



Eulogio Jirasson

Antayóna 1944



MEDITACIONES DEVOTÍSIMAS  
DEL  
**AMOR DE DIOS**



TOMO PRIMERO

Aquí se aprende la  
ciencia del amor divino, el  
único que es digno de que le  
hagamos caso.



Con censura de la Autoridad Eclesiástica





N-229132

AN  
7018

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA

---

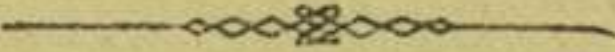
MEDITACIONES DEVOTÍSIMAS

DEL

AMOR DE DIOS

POR

EL P. FRAY DIEGO DE ESTELLA

——

TOMO PRIMERO



BARCELONA

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA

CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16

1882



---

---

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.

---

---





MEDITACIONES DEVOTÍSIMAS  
DEL  
AMOR DE DIOS



MEDITACION PRIMERA

*Como todo lo criado nos convida al amor de Dios*

Todas tus criaturas me dicen, Señor, que te ame, y en cada una de ellas veo una lengua, que publica tu bondad y grandeza. La hermosura de los cielos; la claridad del sol y de la luna; la refulgencia de las estrellas; el resplandor de los planetas; las corrientes de las aguas; las verduras de los campos; la diversidad de las flores; variedad de colores, y todo cuanto tus divinas manos fabricaron ¡oh Dios de mi corazón y esposo de mi alma! me dicen que te ame. Todo cuanto veo me convida con tu amor, y me reprende cuando no te amo. No puedo abrir mis ojos, sin ver predicadores de tu muy alta sabiduría, ni puedo abrir mis oídos, sin oír pregoneros de tu bondad: porque todo lo que hiciste me dice, Señor, quien eres. Todas las cosas criadas, primero enseñan el amor del Criador, que el don. La Escritura dice, hablando de la creación del mundo, que el espíritu del Señor andaba sobre las



aguas, como está la voluntad tan amorosa del artífice sobre la masa de oro, para sacar las imágenes acabadas y perfectas; porque entendamos que sobre todas las cosas andaba nadando el divino amor, el cual con ley suave las sustenta y gobierna. Todo nace de fuente viva de amor, y todo lo que tiene sér viene esmaltado de amor; y de manera, que si la vista de nuestra alma no estuviese ciega de la vileza y polvo de su propia pasión y amor, lo primero que vería en todo lo criado, sería el amor del Criador. De aquí es que tus amigos, Señor, con mayor ingenio y más sutil arte que aquel famoso filósofo llamado Pirodas, el cual enseñó á sacar fuego del pedernal, de cada criatura, aunque pequeña, hacen saltar centellas de fuego de amor. Pues si la tierra me sustenta y sirve con sus frutos, el buen hortelano solícito es el santo Amor, el cual una vez se la mandó cuando la crió. Si el aire me refresca y da vida, el amor se lo mandó, que el por sí (como sea causa segunda) nada podría. Si el agua nos sirve y da sus peces, y corre con gran ímpetu para el mar de donde salió, todo es para cumplir el mandamiento del Amor. Finalmente, si el fuego da calor, si el cielo da luz é influencia, criando diversos metales en la tierra, todo es para mi servicio, y para regalo de un solo amigo, que aquel Amor infinito, nuestro Dios, en esta tierra crió. ¿Qué son, Señor, sinó brasas encendidas los elementos, aves, animales, cielos y planetas, con que pusiste fuego á mi helado corazón, para disponerlo á amar á quien tantos dones le envía por hacerlo diestro amador? ¿Qué son el sol y la luna, cielos y tierra, sinó joyas de tu mano para intimarnos tu grande voluntad y amor? Cada mañana hallarás, alma mía, á la puerta de tu casa á todo el universo, las aves, animales, campos y cielos que te esperan para servirte: para que tú pagues por todos el servicio de amor libre, que tú sola en lugar de todos debes á tu Criador y suyo. Todas las cosas te despiertan al amor de tu Dios; y todas, como un procurador de su señor, te ponen demanda de



---

amor. Convídante á su amor el clamor grande de todas sus criaturas, así superiores, como inferiores; las cuales con voces manifiestas te declaran su majestad, su hermosura y su grandeza. Los cielos cuentan, Señor, tu gloria; y el firmamento denuncia las obras de tus manos: y no hay hablas, ni lenguajes donde no sean oidas sus voces, y tanto, que son inexcusables todos los hombres. Callando manifiestan, Señor, los cielos tu gloria y nos dicen cuál será el aposento de tus escogidos, pues tanta hermosura dejas ver á los ojos de los mortales. ¡Oh! ¡cuán rico eres, mi Dios, pues de tan ricas lámparas te sirves! ¿De qué traza pudo salir labor tan primorosa? ¿Quién pudo hacer tan hermosa claridad, tan diversas influencias, tantos y tan diversos movimientos, sin errar un punto? Con razon pregunta Job, y dice: ¿Quién contará la órden de los cielos y dirá sus movimientos? ¡Oh, pesado corazon mío! ¿cómo el deseo de ver tanto primor y grandeza no te lleva á aquellas celestiales moradas? ¡Oh! ¡cuán grande es la casa del Señor, y cuán inmenso el lugar de su habitacion! Veré los cielos, obra de tus dedos y la luna y las estrellas, que tú criaste. Todo lo que mis ojos ven me dice que te ame. Pues si me convierto al mundo menor, que es el hombre, y pongo los ojos en mí mismo, aquí hallo mayor causa para amarte, pues todo lo sobredicho criaste para mi servicio y provecho. Si abro mis oidos, oiré al Salmista, que me dice: En mí conozco tu admirable ciencia. Del conocimiento de mí mismo vine en el conocimiento de tu muy alta sabiduría. Por amor de esto dijo tu profeta Isaías á los pecadores: Volved, prevaricadores, al corazon. En vosotros mismos veréis quién es vuestro Dios.

---



## MEDITACION II

*Como las criaturas nos envían al divino amor*

Cuanto veo con mis ojos me envía á tí, mi Dios y Señor; y todo lo que criaste me sirve de conocer tu divina grandeza. Como la saeta no para en el aire, pero va adelante, así nuestras consideraciones y pensamientos no han de parar en las cosas de la tierra, sinó en el fin y último paradero, que eres tú, mi Dios. Todas estas cosas que vemos son como camino para considerar al Criador. El espíritu del Señor llenó la redondez de la tierra, y el que todo lo contiene tiene ciencia de voz. Ciego es el que no es alumbrado con tantos resplandores de cosas criadas; sordo es el que con tantos clamores no despierta; mudo es el que con tantos efectos no alaba á Dios; y loco es el que con tantos indicios no conoce al primer principio y causa de todo esto. Abre, pues, alma mía, tus ojos; aplica las orejas espirituales; suelta tus labios y ofrece tu corazón, para que veas á tu Dios en todas sus criaturas y lo oigas, alabes, ames y engrandezcas, porque no se levante contra tí toda la redondez de la tierra. Por no hacer esto peleó la redondez de la tierra contra los locos; y por el contrario, será materia de gloria á los sabios, los cuales pueden decir con el profeta: deleitáste me, Señor, en las cosas que hiciste, y me gozaré en las obras de tus manos. ¡Oh! ¡cuán engrandecidas son, Señor, tus obras! Todas las cosas hiciste sabiamente, y la tierra está llena de su posesion. Veo en cada criatura como en un espejo la omnipotencia de tí, mi Dios. Resplandece en las criaturas como en espejo la majestad del Criador. Es el sentido puerta de la imaginacion, y con el sentido vemos las criaturas, de cuyo conocimiento venimos á



conocer la bondad y sabiduría del Criador. Queriendo dibujar Ezequiel el edificio de la Iglesia comenzó por el muro de fuera. Antes que suba mi alma á la consideracion de las infinitas perfecciones que hay en tí, mi Dios, levantaré mi corazon á tu santo amor, atraído de estas cosas exteriores, que con mis ojos veo, pues ellas me llevan á tu conocimiento. ¡Ay de vosotros, que no miráis á lo que hace Dios, ni consideráis las obras de sus manos! dijo tu santo profeta Isaias. Muchas veces por las obras son conocidos los maestros que las hicieron, aunque no los veamos con los ojos corporales. Las imágenes de Phidia, insigne estatuario, demostraban quién era, y lo conocían los que nunca le habian visto; y Protogenes conoció tambien al gran pintor Apeles por una línea que hizo. ¡Oh, Criador de todas las cosas! ¿qué imagen hay tan clara de quién eres tú, como soy yo? ¿Qué líneas mas sutiles ni delicadas pudo obrar la mano de algun artífice, ni ingenioso y muy excelente pintor, que lleguen ni se puedan comparar con el primor y extremada hermosura de los resplandores del cielo y flores de los campos? Pues si miramos el orden, armonía y concierto de este universo, ¿qué puedes decir, alma mía, sinó estar elevada y suspensa en tu Dios? Es una música tan acordada, con tan admirable consonancia y proporcion, que si no fueses sorda te haría olvidar de todo lo criado, transformada en tu Criador. Cada cuerda de la vihuela suena dulcemente; pero todas juntas hacen suave melodía. Cada criatura por sí sola me representa tu infinito poder y bondad inefable; pero consideradas todas juntas y mirando la orden del universo, ponen estraña admiracion. Con tu orden persevera el día, porque todas las cosas te sirven. Cuando el diestro tañedor pone en proporcion las voces contrarias y diversas de las cuerdas del instrumento, aunque no le veas, le juzgas por grande en su arte. Si miras, alma mía, á todo lo criado, hallarás maravillosa consonancia en las cosas contrarias unas de otras, pues los elementos, con tener cualidades



---

contrarias, no pelean unos contra otros, ni las cosas bajas contradicen á las altas; pero todas concuerdan y hacen música de inestimable proporcion y concierto, moviéndolos la mano de aquella sabiduría infinita de tu Dios. Este Señor, teniendo como vihuela la universidad de las cosas, junta las cosas celestiales con las terrenales, y las universales con las particulares. Mirando esta diversidad de cosas tan bien ordenadas, pienso conmigo en aquellas palabras del Sabio que dicen: Más hermoso es el que esto hizo. ¡Oh! ¡cuánto más hermoso debe ser el que todo lo hizo, porque el Autor de la hermosura lo pinta todo! ¡Oh! ¡cuál debe ser la providencia de aquel que á tanta multitud de cosas provee tan por extenso, como si para una sola fuese Dios! ¿De dónde se sacan los matices de las yerbas, la dulzura de los frutos, las pinturas de las aves y hermosura del mundo? ¡Oh! ¡cuán poderoso debe ser el que de nada hizo esto, y cuán sabio el que dió tan diversas astucias á los animales, tantas propiedades á las raíces, tantas virtudes á las yerbas, y tan varios ingenios á los hombres! Lo cual todo junto en su comparacion es como si no fuese. Levántate, pues, alma mía, abre los ojos y despierta, y si no ves la virtud divina que obra estas cosas, mira las obras, pues ellas manifiestan al que las hizo, para que sea conocido el que no puede ser comprendido. Por amor de esto dijiste tú, Señor, á unos ciegos, que teniéndote delante no te conocían: Si á mí no me creéis, creed á mis obras. Ellas decían quién tú eras. Si tuvieran ojos los que las veían para considerarlas; y como no fuera posible que las consideraran y no te conocieran, tampoco fuera posible conocerte y dejar de amarte.

---



## MEDITACION III

*Como Dios ha de ser amado por sí mismo*

Suma perversidad es fruir de las cosas que hemos de usar, y usar de lo que debemos fruir. Fruir es amar una cosa por amor de sí misma, y usar es amarla, no por sí, sinó por amor de otra cosa. Aquel es malo que usa del Criador y frúe de la criatura. Ama á Dios, no por Él, sinó por respeto de otras cosas y por los bienes que de Él espera, y ama á la criatura por amor de sí misma. Este tal prevaricador es de la ley, y pervierte el órden del amor: indigno es de Dios el que ama sus cosas más que á Dios. El amor tiene su fin, y aquello que es fin último es lo que verdaderamente amamos y usamos de todos los otros medios, no amándolos por sí mismos, sinó porque son medios provechosos para alcanzar el último fin que amamos, donde el amor se quieta y descansa. ¿Pues qué mayor injuria puedes hacer, alma mía, á tu Dios, que amar sus dones más que á ese mismo Criador tuyo? Si no amas á Dios por sí mismo, sinó por lo que te da y por lo que de Él esperas, ¿no prefieres y estimas en más el don que el dador? Injuria hace la esposa á su esposo, cuando quiere las joyas y dádivas del esposo más que á su persona. Bueno es tu esposo y digno de ser amado por sí mismo. Muchos aman á otros hombres, no por sus riquezas, ni favores, ni bienes que poseen; pues los que aman tienen más abundancia de estas cosas que ellos; pero los aman por ser buenos, de sabrosa y dulce conversacion. ¿Pues por qué, Señor, no haré yo contigo lo que hace un hombre con otro hombre, amándote por quien tú eres, sin buscar mi propio interes? Ámote cuanto puedo y todo lo que es á mí posible, y con todo esto estoy descontento por



lo poco que te amo; porque quisiera tener potencia infinita, para amarte infinitamente. Si por caso imposible pudiese estar en la gloria, gozando de la vista de tu divina Esencia, teniéndote ofendido, ó arder en el infierno, sufriendo todas las penas que padecen los dañados, estando bien contigo, más quiero ser atormentado en el profundo del infierno, teniendo tu divina gracia, que gozar de tu gloria con tu ofensa. Mi gloria es tenerte contento; y mi infierno estar tú de mí ofendido. Concédeme, Señor, tu gracia y haz de mí lo que quisieres. Dame tu santo amor, y ordena de mí á tu voluntad, la cual, si es que yo padezca todos los tormentos del infierno, en él estaré como en el paraíso, pues te sirvo en ello y hago tu voluntad. Si aborrezco aquel malaventurado lugar, no es tanto por la pena que recelo, como porque sé que los que allí moran son enemigos tuyos; y si amo la bienaventuranza eterna y gloria celestial, no la quiero tanto por mi regalo y deleite, como porque sé que los que allí te gozan son tus amigos, y están seguros y muy ciertos que nunca te ofenderán. Esto solo desea mi alma, que es nunca ofenderte, y perseverar siempre en tu santo amor. Asegúrame de tu amistad, y corta por donde quisieres; porque á mí basta tenerte conmigo, para nunca ser triste, ni recibir enojo por cosa que me suceda. A tí solo quiero, á tí solo amo; á mí muy bueno es llegarme á tí, y sólo esto me basta. ¡Oh! ¡cuán suave es, Señor, tu espíritu! ¡cuán dulce tu conversacion y cuán digno eres de ser amado por tí mismo! Siervo es y muy vil mercenario el que busca otra cosa sinó á tí. ¿Tan poca cosa eres tú, siendo sumo bien y bondad infinita, que no mereces ser amado por tí, sinó sólo por lo que tienes y nos puedes dar? De manera, Señor, que si no tuvieses que darnos, no serías amado de nosotros. ¡Oh! ¡cuánta injuria te hace el que te sirve y guarda tus mandamientos, no tanto por amor de tí, ni porque tú lo mandas, como por su particular provecho. En el Deuteronomio, despues que dijo Moises que te amásemos, añadió, diciendo: Has



de amar á tu Dios, así como Él te lo manda. En esto nos dió á entender que la causa y razon principal por que te debemos amar, es porque tú lo mandas y quieres. No sólo por los bienes que de tí esperamos, no porque amenazas con tormentos á los que no te aman, sinó más principalmente porque tú lo mandas; y pues tu voluntad es que te amemos, por sólo esto te debemos amar. El que dice que te ama y guarda los diez mandamientos de tu ley solamente, ó más principalmente porque les des la gloria, téngase por despedido de ella. No es guiado este tal por tu santo amor; pero es llevado del amor propio, y á sí mismo busca en lo que hace. Si un hijo dijese á su padre que le obedece y hace todo lo que le manda, no porque es su padre ni por amor que le tiene, sinó solamente por heredarle, ¿no merecía que el padre desheredase á tal hijo? ¿No lo echara de su casa, y mejorara al hijo que le ama y le sirve sin interes? ¿Para quién quiere el padre su hacienda, sinó para el hijo que le tiene amor? ¿Para quién quieres tú, mi Dios, la gloria, sinó para los que te aman? Tu Apóstol dice: No vió ojo, ni oyó oreja, ni llegó á corazon de hombre lo que tiene Dios aparejado para los que le aman. La vida eterna es para los que te aman, y desheredado será de ella el que, no amando á Dios, busca á Dios, no por Dios, sinó por sola su gloria. Para los que te aman tienes, Señor, guardada tu bienaventuranza; y los hijos que te sirven por amor entrarán en ella. El que á tí solo busca, te hallará y tendrá contigo todos los bienes. A tí solo amo y quiero, y tú solo eres el premio de mis trabajos, segun aquello que dijiste al patriarca Abrahan: Yo soy tu galardón grande y copioso. Tú eres aquel galardón muy abundante y grueso, del cual, hablando contigo, dijo David en el salmo: Incliné mi corazon, para hacer tus justificaciones por amor del galardón. De balde debes amar, alma mía, al que de balde te compró, dando el precio de tu redencion sin que merecieses ser redimida. No quieras fuera de Él otra cosa, pues Él solo basta para tí. Por avarienta que seas, te debes conten



tar con sólo Él. Aunque tu avaricia quiera poseer el cielo y la tierra, más es Aquel que hizo el cielo y la tierra. En Él solo tendrás todo cuanto puedes desear, y todo lo que puedes pretender. Perdona, Señor, á tu pueblo (dijo Moises á Dios) ó quitarme del libro de la vida. No quería Moisés ser apartado del amor de Dios; pero tanto amaba á Dios y á los prójimos, que por amor de ellos quería ser privado de la gloria, que era su propio provecho é interes, contentándose con sólo el amor de Dios.

---



## MEDITACION IV

*Que Dios ha de ser amado, por ser sumamente bueno*

Si el objeto de nuestra voluntad es el bien verdadero, ó bien aparente, ó sumo bien y bondad infinita de mi Dios, ¿por qué no te amaré mi corazón sobre todas las cosas, siendo tú sumamente bueno, y la misma bondad? Es imposible amar el hombre alguna cosa, si no fuere verdaderamente bueno, ó so color y razón de algún bien. Cuando ama lo malo, no lo quiere en cuanto malo, sino porque viene el mal cubierto con algún bien; del cual cebándose la voluntad es llevada engañosamente á querer lo malo, el cual nunca sería amado de nuestra voluntad si viniese descubierto. Representa el mundo á la voluntad bienes aparentes, como son deleites, honras, provechos temporales y otras cosas semejantes; debajo de los cuales bienes transitorios y falsos viene escondida la muerte de la culpa, con las abominaciones de los vicios y pecados. Estos engaños recibes tú, alma mía, cuando aficionándote á estas vanidades exteriores compras á costa de perder tu libertad los eternos y perdurables tormentos. No se qué prevaricación y maldad es esta, pues siendo tan natural á tí el amar lo bueno, como al fuego el quemar, dejas á tu Dios (que es sumamente bueno, y un acto puro de bondad) por una bondad tan superficial, como es la bondad que resplandece en la criatura. La bondad de la criatura no es sino una pequeña gota que mana de aquel piélago infinito y profundo abismo sin suelo de la bondad inefable del Criador. Pues ¿por qué dejas la existencia por la apariencia, lo vivo por lo dibujado, y lo que es verdaderamente bueno por una sombra de bien? Debajo de esta pequeña bondad que ves en las criaturas, la cual recibieron emprestada de



la suma bondad del Criador, están muchas imperfecciones escondidas; pero la bondad del Señor es propia suya, sin mezcla de alguna imperfección. Pues ¿qué malignidad es la tuya, que dejando al que es substancialmente bueno, y esencialmente bueno y tan digno de ser amado, por ser la misma bondad, te vas tras un poco de bien momentáneo, que cubre muchas faltas y defectos dignos de aborrecimiento? Ninguno es bueno, sinó solo Dios, dice la Escritura, porque sólo Él es substancialmente bueno, y su bondad es natural á Él y propia de su esencia; mas la bondad de la criatura es adquirida, comunicada, emprestada y muy superficial, y no es buena de sí misma, sinó por participación, que es por la bondad que recibió de Dios. A tí, mi Dios, que eres origen y manantial de donde proceden todas las bondades que amo en la tierra, ame mi corazón sobre todas las cosas, pues según su naturaleza no puede ser llevado sinó de lo bueno, ni cautivo sinó del bien verdadero ó aparente. A tí, Señor, que eres sumo bien y verdadera bondad, debo yo amar, pues eres todo bueno y centro de mi alma, y eres fin de mis deseos, descanso de mi corazón y cumplimiento de mi voluntad. Tú eres esencialmente bueno, y toda otra bondad es cosa muy accesoria é indigna de emplear en ella mi amor. Mandaste á tu siervo Moises que hiciese un Propiciatorio, que era una tabla ancha y grande de oro puro y macizo, sin pintura alguna, la cual estaba encima del arca del Testamento entre dos querubines que la miraban, de donde dabas tus respuestas. Si, como dice tu santo Apóstol, todas las ceremonias de aquella ley eran figura de la ley de gracia, ¿qué representa aquella tabla de oro puro y macizo, sinó tu bondad pura, sólida, substancial y verdadera? Es en nosotros la bondad como oropel que sienta sobre muchos defectos y flaquezas; pero en tí es toda oro fino, por ser tú esencialmente todo bueno. La pintura es cosa muy accidental y exterior, y por eso mandabas que esa tabla no se pintase, porque en tí no hay cosa accidental, ni es accidente la bondad, que te convie-



ne por tu propia naturaleza. Era grande y ancha, porque tu grande bondad se extiende á los extraños, á los infieles y enemigos, Nace el sol para los buenos y malos, y envías el agua sobre los justos é injustos. No desechaste al ladron que te llamó en la cruz; no despreciaste á la mujer pecadora que te buscó en casa del fariseo; no te escondiste de la adúltera que te presentaron en el templo, y no te desdeñabas de recibir á los pecadores y comer con ellos, no obstante las murmuraciones de los fariseos. No eres aceptador de personas; ni llegó á tí algun pecador, por grande que fuese, que no hallase esas entrañas de amor para su remedio abiertas. Aquellos, Señor, se quejan de tí y de tu soberana bondad, que buscándote en sus tribulaciones y trabajos, no hallaron en tí blando y benigno Padre para socorrerlos y ayudarlos. ¡Oh! ¡cuán ancha y extendida es esta tu bondad, clementísimo Señor, pues abrazas al pobre, al esclavo, al siervo vil, al miserable y mezquino pecador, así como al grande poderoso y rico, y como al que está muy adelante en tu servicio! Dos querubines estaban mirando y contemplando el Propiciatorio, porque se entienda que solas dos naturalezas, angélica y humana, te conocen, y solos los ángeles y los hombres tienen noticia de tu bondad infinita. Tenían tendidas sus alas, porque en la consideracion y contemplacion de tu bondad encendiesen nuestros deseos, y extiende el alma sus afectos, volando con sus santos ejercicios y fervientes suspiros, amando la voluntad sobre todas las cosas al que conoce el entendimiento ser digno de ser amado más que todas ellas. Porque todo lo que se ve, se ve en la luz, por amor de lo cual es la luz más visible, así como porque todo lo que se entiende por razon de la verdad se entiende, y por eso la misma verdad es más inteligible. Así todo lo que se ama es amado por razon de algun bien que tiene: luego el mismo bien es más digno de ser amado. Pues como tú, Señor, seas el mismo bien por razon de tu bondad, eres merecedor de ser sumamente amado. Te amaré, Señor, fortaleza mía, firmamento mío, refugio mío y li-



brador mío. Más eres en tí mismo que cuanto has hecho por nosotros; y así es justo que te ame mi corazón por tu bondad infinita, y aún más que por lo que por mí hiciste. Debes, pues, alma mía, sumirte en aquel piélago infinito de la bondad de tu Dios, y entrar en el profundo abismo del sumo bien de tu Criador. Arda mi corazón en este horno de fuego de caridad inmensa de tí, mi Dios, y abrásense mis entrañas, encendidas en el amor de tu eterna y soberana bondad. Te amaré, Dios mío, bien infinito, inefable bondad y amor, sin término ni medida, todo cuanto puedo y sobre todas las cosas, pues eres sumo bien y la fuente de donde manan los bienes que tienen todas las otras cosas.

---



## MEDITACION V

*Que Dios ha de ser amado, por ser sumamente hermoso.*

Si la hermosura tanto poder tiene para robar las voluntades, ¡oh, corazón mío! ¿por qué no te cautivas de aquella hermosura inmensa de tu Criador? ¡Oh, fuente de toda hermosura, de la cual todas las otras hermosuras proceden! ¿Por qué no soy todo llevado de la grande perfección de tan extremada y soberana lindeza? La hermosura de las criaturas pequeña es, transitoria, momentánea y perecedera. Hoy es fresca como la flor del campo, y mañana está marchita. La hermosura de la criatura falta y deja de ser al mejor tiempo; pero la hermosura del Criador para siempre persevera y está con Él. Toda hermosura, comparada con la hermosura del Señor, es fealdad muy grande. Pues ¿por qué, alma mía, te detienes en el amor de la fealdad de la criatura engañosa, cubierta con una falsa apariencia de hermosura, y dejas á la misma hermosura de tu Dios? Más ventaja hace la hermosura del Criador á la de la criatura, que el cuerpo á la sombra. Pues tanto te convida la sombra á que la ames, ¿por qué no te cautiva la luz á que la quieras? Si tanta admiración te causan las labores, que no pudieran ser recibidas con la perfección que tenían en el dechado por la torpeza del sujeto donde fueron labradas, ¿cómo no quedas fuera de tí, contemplando la hermosura y perfección que tenían en el dechado de donde se sacaron? ¿Qué hombre habrá en el mundo que, aficionándose á una figura muy hermosa, sacada al natural de una persona, no se aficione mucho más á la misma persona? Pues si todas las criaturas son dibujo de la mano de tí, mi Dios, y el hombre es imagen y semejanza tuya, ¿por qué, Señor, no me aficionaré más á tí que



á tu imagen y dibujo? Y si yo amo con tanto cuidado las cosas que, comparadas á la nobleza de mi alma, gran parte del bien que tienen, es ser codiciadas de mí, ¿por qué no amaré á Aquel, sin el cual no hay bien alguno, y que crió estas cosas por amor á mí? Será mi corazón cautivo de la hermosura infinita de mi Dios. ¡Oh, hermosura tan antigua y tan nueva! ¡cuán tarde te conocí y cuán tarde te amé! ¿Por ventura no eres tú, Señor, Aquel de quien dice el salmista que eres hermoso entre los hijos de los hombres? De ti dice la Esposa que eres blanco y colorado, escogido entre millares. Y si en este destierro no veo la hermosura de tu divina Majestad, así como eres hermoso en el cielo, por los efectos vengo en conocimiento de la causa, y por la hermosura de los cielos, planetas, árboles, flores y variedad de muy vivos colores de las cosas que tus divinas manos fabricaron, conozco, mi Dios y Señor, ser abismo infinito de hermosura la hermosura de donde estas hermosuras tienen su origen. Pues si aquí en alguna manera venimos en noticia de tu divina hermosura, que es principio y causa de todo lo hermoso, ¿por qué el conocimiento de mi juicio y razón no me arrebatara con impetuoso aceleramiento, y me lleva al amor de tanta perfección y hermosura? Cautivaron los trajes de la hermosa Judith al príncipe Holoférnes, y la hermosura de Esther convirtió en blandura el pecho airado del rey Asuero, y la hermosura del árbol de la vida hizo á Eva que se olvidase de tí y del precepto que le pusiste. Pues ¿cómo no me olvidaré yo de mí mismo, y de todas las cosas del mundo, por amor de esa hermosura infinita, pues una hermosura tan temporal como la de aquel árbol hizo á nuestra primera madre que te pusiese en olvido? Vanidad dice la Escritura que es esta hermosura temporal, por burlar tan presto al que la ama. Mas aquella hermosura eterna, que es propia de tí, mi Dios, durará en tanto que tú durares que será para siempre sin fin. Recreábase Jonas debajo de la verdura de la yedra verde, la cual, roída por el gusano, se secó luego. Aneja



---

es la sequedad y fea corrupcion á toda hermosura corporal, cual es la de la criatura. Pues ¿á quién ha de acudir mi alma, y en quién ha de emplear su corazon mi amor, sinó en esa perpetua é infinita hermosura, que nunca se acaba ni se seca? Si por ser corto de vista en esta vida transitoria no veo tu hermosura con los ojos corporales, basta que con los anteojos de la fe la alcance á conocer, en cuya consideracion mi alma y mis potencias son transformadas en tí, y llevadas al amor de tu inefable hermosura. Grande es el poder que tiene la hermosura corporal para cebar los ojos y llevar tras ellos el corazon, y mayor es la torpeza y pesadumbre del que puede acabar consigo de volver el corazon á alguna hermosura corporal, teniendo presente á una hermosura tan sin medida como la de tí, mi Dios, que hace fuerza á las criaturas insensibles á seguirla.

---



## MEDITACION VI

*Cómo ha de ser Dios amado*

Si quieres, alma mía, saber el modo que has de tener en amar á tu Dios, es sin modo. Cuando mandó amar al prójimo puso tasa, diciendo, que le amases como á tí y no más que á tí; pero mandando que amases á su divina Majestad, no puso límites, mas ántes dijo absolutamente que le amases, porque Dios ha de ser amado todo cuanto pudieres amarle. Eres, Señor, tan bueno, que por mucho que la criatura te ame, nunca te amará cuanto mereces ser amado, y por tanto la medida con que te ha de amar, es amarte sin medida. Así dice la Escritura: Glorificad á Dios cuanto podáis, porque mayor es que toda alabanza. Ama, pues, alma mía, á tu Dios cuanto Él es amable, y eso te basta. ¿Por qué te maravillas de esto que te digo? ¿Por ventura no sabes que la Escritura nos lo manda loar segun la muchedumbre de su grandeza, conviene á saber, como Él es loable? Dirásme que ninguno le puede así amar, sinó Él mismo, ni loarle tampoco; porque Él mismo se iguala á sí amándose, cuyo amor es infinito, como lo es tambien la grandeza. Bien dices; pero si no puedes bastar á loarle, no ceses de loarle; y si no puedes, amar como debes, ama cuanto puedes, porque no tienes por que temer hacer exceso ni demasía en el amor, donde la facultad y poderío es vencido de la gloria y excelencia del amado y el poderío del amador; y la facundia del que alaba es vencida de la virtud y merecimiento del alabado. Arden aquellos serafines, y se encienden las virtudes angélicas en amor de Él, como está escrito: el que hace á sus espíritus ángeles y á sus siervos fuego quemante.



No cesan jamas de aquel ardor, porque nunca les parece que han ardido harto. ¿Y qué es todo el amor de aquí comparado con el ardor y fuego de aquellos espíritus angélicos y almas bienaventuradas? Todo nuestro amor es grande tibieza, si se compara con la fragancia y encendimiento de ellos. Ámote, pues, Dios mío y mi Señor, sin manera y sin medida, porque así nos amaste; y tú, que hiciste todas las cosas en peso, cuenta y medida, en amor no tuviste modo, ni medida. En esto solo excediste, Dios mío, y pasaste el modo, excediendo sobremanera, y excediendo sobre toda razon y entendimiento, y guardando en todas las cosas, desde el principio, manera en amarnos, no quisiste tener modo, ni manera; mas sobre manera fué excesivo y demasiado. Perdona, Señor, te suplico; perdona á tu siervo, que habla de tí con gozo y osadía grande; porque demasiado y muy demasiado fuiste en amarnos, Dios mío ¿No es por ventura demasiado que esté el Hijo de Dios colgado en la cruz, por un vil gusanillo? ¿No es exceso grande que muera el Criador, por que viva la criatura? ¿No es extraño y excesivo caso de amor perder la vida el Hacedor por la obra que hizo, y el inocente por el culpado, y el justo por el pecador? Si esta es medida, Señor, cerca de vuestra sabiduría es medida; porque cerca de todo entendimiento criado, exceso es este, y muy grande exceso, y demasiado grande. No temeré de decir lo que el Evangelista dijo, que hablaban Moises y Elías en la trasfiguracion de tu pasion sagrada, á la cual San Lucas llamó exceso. Naturalmente ponemos la mano y el brazo á peligro, para defender la cabeza, que es miembro más principal; pero exceso fué de grande amor que tú, mi Dios y Señor, siendo nuestra cabeza, te pusieses á peligro de muerte y murieres en la cruz, por amparar á nosotros, miembros tuyos. Tambien tu santo Apóstol, lleno de espíritu, no temió de decir que fué demasiada aquella caridad con que nos amaste; y de tal manera, que siendo Hijo de Dios, te diste por unos viles y despreciados esclavos. ¡Oh, verdaderamente



excesiva y muy grande caridad, que traspasa los términos de toda caridad! A la obra de nuestra redencion copiosa, redencion la llamó el profeta; pero mas propiamente la llamó al Apóstol excesiva, y demasiada. Excesiva fué tu caridad, pues pagaste en tu pasion, por nosotros, más de lo que debíamos. Excesiva satisfaccion, pues bastando para nuestra satisfaccion una gota de tu sangre, por razon de la infinidad del supuesto, la diste toda, mostrando el excesivo amor que nos tenías. Así tengo yo de amar á tí, mi Dios, tan excesivamente, tan de veras y tan de propósito, que no haya término ni medida en mi amor. Saldré de mí mismo y saldré fuera de mí, amándote, sin estar en mí, embriagado de este tu santo amor, y enajenado de mí, porque si el amor es verdadero, ha de sacar al hombre de sus casillas y fuera de sí; porque el amor suspende y hace éxtasis. Por amor de esto, en los Cantares, ponderando el Esposo el amor de la Esposa, lo compara al vino, por la propiedad que tiene el vino de enajenar de sí al que bebe mucho de él; y la Esposa le dice: Metióme el rey en su botillería; y porque hablaba de la caridad, tratando de este vino, añadió luégo, diciendo: É inclinó mi voluntad á diversos grados de caridad. Herida podrá salir el alma en el perdon y sufrimiento de las injurias; mas considerando el ejercicio en que se ejercitó tu amor, ya es muy fácil y muy amable. ¡Oh, mi Dios y Bien infinito! ¡quién tuviese la sabiduría de los ángeles, para declarar este tu pensamiento, acerca de nosotros! Cierto es que quien fuese de esto bien enseñado sería de tu divina majestad y de tu bondad perfectamente enamorado. Tu amor pusiste en la cruz y en hiel y vinagre; y el nuestro en panales de miel. ¡Oh! ¡cuán dura ley la de tu amor, mi Dios, acerca de nosotros, y cuán dulce y fácil la nuestra acerca de tí; pues hasta en el morir no cumplís la ley de vuestro amor, y hasta vivir en vuestro reino y gloria no podemos cumplir, como deseamos, la ley de nuestro amor! Pero, en cuanto pueda y fuere á mí posible, te amaré en esta vida más



---

que á mis cosas y más que á mí mismo. Por amor de esto, preguntaste á tu Apóstol San Pedro si te amaba más que á los otros; ¿por qué quieres ser de nosotros amado más que todas las otras cosas y sobre todas ellas, sin término y sin medida? Todas las otras virtudes tienen medida y tasa; mas sola la virtud del amor y de la caridad no la tiene.

---



## MEDITACION VII

*Como Dios solamente ha de ser amado*

Los piés del alma son el amor, y del amor soy llevado donde quiera que voy; y como este nuestro cuerpo tiene dos piés, con que anda, así el alma tiene dos amores y afectos que la llevan, que son tu amor santo y divino y el amor de las cosas mundanas. Despues que Jacob luchó con el ángel y fué llamado varon que ve á Dios, tocóle el ángel en una pierna y quedó cojo de un pié. En conociendo, Señor, mi alma la excelencia de tu bondad, y en descubriendo algo de tus divinas perfecciones, luégo anda cojeando en el amor del mundo, y camina derecha por el camino de tu santo amor. ¿Por qué será mi alma adúltera, teniendo Esposo tan hermoso y rico, y tan digno de ser amado? Seré cojo en el amor del mundo y camino de maldad, por andar ligero por las sendas de tu divino amor, cuando gustare de tu dulzura, segun aquello que dice el profeta, hablando contigo: Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchares mi corazon. Extiende las telas del corazon la alegría y gusto del amor, la cual alegría hace que corra con deleite por la guarda de tus mandamientos. La carga del amor del mundo pega las alas de tu amor, para que no vuele á tí, mi Dios, siendo centro de mi alma. Pues ¿por qué querré yo cargarme con el amor de cosas que impiden el vuelo de mi alma para su Criador y Esposo? Aborreceré de corazon todo lo que es fuera de tí, pues tú solo bastas para mí. Méno te ama, Señor, el que contigo ama otras cosas, si por tí no las ama. Partido tiene el amor, y dividido está el corazon del que, no contento con tu solo amor, ama, y no por tí, las criaturas. Maravillosa cosa es que siendo el hombre



quien es, te contentes tú, mi Dios, con solo él; y siendo tú quien eres, no se contente el hombre solamente contigo, sinó que quiere amar contigo otras cosas, y no por tí, como si tú solo no bastases para él. ¿Cómo, Señor, Dios mío y todo mi bien, tan poca cosa eres tú, que no bastas para mí? ¡Oh, centro de mi corazon y Esposo de mi alma! ¿Y qué quise yo en el cielo ni en la tierra, sinó á tí? Si tú eres el mismo bien, y contienes en grado eminente todos los bienes, ¿por qué anda mi alma buscando bienes en las miserables criaturas, y deja á tí, fuente de todos los bienes? ¿Por qué anda mi corazon rastreando por el amor de las criaturas, habiéndome la experiencia enseñado que no me quietan, ni hallo en ellas verdadero descanso? Cuando no son poseidas, son codiciadas; y aborrecidas en teniéndolas. Ellas me dicen que ame solamente á tí. Las tengo en mucho precio ántes que las alcance; y despues de alcanzadas son estimadas en nada. Antes de alcanzadas, tenían este bien, que era por su ausencia poder mover mi deseo con apariencia de bien, más vano que verdadero; pero despues de poseidas, cesa el deseo, y cesando el deseo, se descubre su poco valor; y así son tenidas en poco. Quanto la criatura es más poseida, es más conocida; y cuando está ausente, es ignorada: poseyéndose, se comunica; y comunicándose, manifiesta los defectos que ántes no eran conocidos; y así la voluntad la tiene en ménos que ántes. Mucho amaba Amon á su hermana Thamar, y tanto, que estaba enfermo por el grande amor que la tenía; pero despues que alcanzó lo que deseaba fué mayor el aborrecimiento que la tuvo que el amor que primero la había tenido. Dan luégo en rostro los bienes de la tierra; y en comenzando á gozarlos, nos están zaheriendo con sus imperfecciones y defectos. Pues si tú, mi Dios, quanto eres más amado y poseido, descubres más las riquezas de tu bondad y tus infinitas perfecciones, ¿para qué quiero yo tejer contra el mandamiento de la ley vestidura de lana y lino, mezclando el amor imperfecto de la criatura con la excelencia



de tu santo amor? La criatura, si me favorece en algo, no quiere en todo; y si quiere en todo, no puede; y si en todo quiere y puede (lo cual es imposible), no en todo lugar, ni en todo tiempo. Pues ¿por qué no tendré en más ser amado de quien me puede favorecer en más cosas que yo puedo conocer, ni pensar, ni desear, ni pedir, y esto en todo lugar y tiempo? ¡Oh! ¡cuán hechizados nos trae el mundo y nuestra propia carne, y cuán sin centella de claro conocimiento, pues dejamos de amar á aquella bondad eterna y admirable hermosura de Dios, por bajarnos á cosas tan viles, como las criaturas de este mundo! Todas las criaturas me están diciendo: Ama á tu Dios y no á mí. ¿Por qué me amas? ¿Por qué me quieres? Mira que soy tierra y polvo. ¿Qué ves en mí que no sea ajeno? Ama solamente al que de nada nos crió y nos dió todo lo que somos. Guarda que te engañe; porque falso es todo lo que amas en mí y todo lo que quieres y deseas, y te parece bien. Mira que si me amas yo te mataré y te acusaré la muerte. Yo no soy sinó para levantar tu corazón, para que ames á tu Criador y mío. Cuanto más hermosa es la criatura y mayor saeta de amor te echa, tanto más te enciende en el amor de tu Señor. Pues si amas, alma mía, estas cosas temporales por la hermosura que ves en ellas, mucho más debes amar á tí misma, pues vences en lindes y perfección á todo lo terreno. Si vieses la hermosura de tu rostro, conocerías claramente cuán digna eres de reprehension, pues piensas que hay alguna cosa fuera de tí digna de tu amor. Pues si el amor no puede ser solitario, y saliendo fuera de sí ha de amar á otro, ¿á quién has de amar sinó á tu refugio y amparo, que es tu Dios, pues todo lo corporal es ménos que tú? Injuria hace á sí mismo el que pone su amor en las cosas que no son dignas de él. Conviene que cada uno considere á sí mismo; y despues que conociere su dignidad, no ame las cosas que son ménos que él, por no hacer injuria á su amor; porque las cosas que son hermosas consideradas por



---

sí, son despreciadas comparándolas con otras más hermosas; y como es locura juntar las cosas feas con las hermosas, así es cosa indecente igualar las cosas que no tienen sinó una baja imágen de hermosura con las que son perfectas y acabadas en hermosura. Si no quieres, alma mía, tener amor solitario, no quieras tenerle vil y apocado. Si quieres único amor, quiere al únicamente amado. Sabes que el amor es fuego, y que el fuego busca materia donde arda; pues guárdate que no ames cosas que te sirvan de humo. Mira tu hermosura y entenderás qué hermosura debes amar. Todo el mundo te está sujeto; y tú, no digo á todo el mundo, sinó no sé qué partecilla del mundo, que en su especie no es hermosa, ni en el bien necesaria, ni en la cantidad grande, ni en la bondad muy buena, no te desdeñas de admitir en tu amor. Si estas cosas amas, ámalas como beneficios de tu Dios, y con tal condicion, poniendo todo tu amor en tu Criador y suyo. No ames más los dones que te da que el afecto del amante. Mayor injuria haces á su caridad, si recibiendo sus dones, no le pagas el amor en la misma moneda, amando á quien te ama. Desecha sus dones, si puedes; y si éstos no puedes despreciar, págale con el mismo amor. Indigna eres del amor de tu Dios, si pones tu amor en estas cosas temporales. Ama á Él y ama á tí por amor de Él: ama sus dones por Él: ámale, porque goces de Él: y ama á tí, porque seas de Él amada.

---



## MEDITACION VIII

*Como Dios ha de ser amado, por ser centro de nuestra alma*

Todas las cosas naturalmente apetecen su centro y desean su perfeccion y fin, y en él descansan y se quietan. La piedra apetece su centro natural, y por eso descende. Los ríos corren para el mar, de donde salieron, y así con grande ímpetu se mueven, por llegar á su propio lugar. El fuego sube con ligereza á su esfera y no para hasta llegar á su último fin. ¡Oh, Criador de nuestras almas! ¿Y quién eres tú, mi Dios, sinó fin y centro de ellas? Nos criaste por amor de tí, y está inquieto nuestro corazon hasta llegar á tí. Como la piedra es inclinada á bajar al centro, así mi alma desea el sumo bien, que eres tú, mi Dios; y como está violentada la piedra fuera de su centro, lo cual se muestra, pues en quitándole el impedimento que la estorba luégo baja abajo, así mi alma nunca está quieta ni sosegada, hasta llegar á tí. No se quieta mi alma en las riquezas, no en las honras ni en los deleites, sinó solamente en tí, mi Dios, verdadero descanso y reposo de mi corazon. Esto considera el Sabio, cuando dijo: Vanidad de vanidades, y todo es vanidad. Vano es todo lo que no ocupa lugar y vanas son todas estas cosas terrenales, pues no llenan la capacidad del alma, ni cumplen sus deseos, ni son parte para satisfacer á sus apetitos. Pues si todas las cosas naturalmente caminan para su fin, y tú, Señor, eres el fin del hombre y el más perfecto de todas las cosas, con mayor ímpetu y aceleramiento es justo que caminemos nosotros para tí de lo que las otras cosas naturales caminan para su centro y para sus fines particulares; y porque los piés con que se llega mi alma á tí son sus afectos, necesaria



cosa es que yo ame á tí, mi Dios, porque llegue á mi centro. A este reposo y quietud nos llamas, Señor, cuando dices en tu santo Evangelio: Venid á mí todos los que trabajáis y andáis cargados, porque yo os recrearé. Andáis inquietos y desasosegados, sirviendo al mundo y á vuestras pasiones: venid á mí y estaréis en vuestra esfera, gozando de quietud y reposo. Quiebra, pues, alma mía, muy de veras con el mundo, y dejando sus pesadas cargas, vuelve á tu descanso; porque muy claro está, si quieres abrir los ojos, que la fuerza del amor te llevará á tu Señor como á tu propio centro. Bien ves que no tienes descanso fuera de Él; por lo cual, cuando para Él fueres, entónces descansarás, y dirás con el profeta: En paz en Él mismo dormiré y descansaré. Y si quieres consultar á la experiencia que tienes, ella te dice que en ninguna cosa descansa tu amor sinó en Dios, porque todas las otras cosas te lanzan de sí y te envían á tu centro. ¿No ves á las claras que si alguna cosa, fuera de Dios, amas por sí misma, que en el tal amor hay desasosiego grande, amargura y mortales congojas? ¡Oh! ¡cuán desabrida! ¡oh! ¡cuán amarga! ¡oh! ¡cuán congojosa es toda criatura, si por sí es amada! ¡Cuántas tragedias, y cuán flebiles y lamentables casos nos contarían de esto los locos amantes, si se lo quisiésemos preguntar! Nunca ellos acabarían de decir ni nosotros de oirlo. Toda criatura te lanza de sí con ignominia, y te abofetea, para que, apartándote de ella, procures llegarte á tu Criador, como si baldonándote te dijese: ¿Para qué te llegas á mí, miserable? ¿Para qué me quieres, alma mezquina? ¿No soy yo el bien que tú buscas y á que quieres amar? Véte á donde vas; pasa adelante y no dejes el camino verdadero y real que te lleva á tu Dios. Y tú aún con todo esto ciega, loca y desatinada, no procuras sinó de abrazar á la que no te quiere, á la que de continuo te echa de sí, y con vituperio procuras detenerla contra su voluntad, y sigues á la que huye de tí y te es dada en servicio. Aun ella no queriendo la pones en señorío. Tanta es tu locura y vani-



dad. Mas ni estos abrazos te durarán mucho, porque luégo te se volverán en amargura, y muy presto te saciarás, y aborre- cerás lo que con tanto deseo y con tanto trabajo buscaste, y buscarás luégo otra cosa; y así andarás mezquina, no pudién- dote contentar criatura alguna alrededor, como está escrito: La cabeza de ellos es el circuito de ellos. Y en otro lugar dice: Alrededor andan los malos; por lo cual vuélvete á Dios, como á verdadero centro tuyo, y no sean parte las vanidades del mundo y estiércol de la tierra para impedirte. Un peñasco mo- vido de su lugar, y cayendo de lo alto, cosa espantosa es ver con qué ímpetu cae, y con qué estruendo corre abajo, y con qué presteza y ligereza se da priesa para llegar al lugar á él conveniente y donde pueda descansar, y todas las cosas que se le ponen delante las desmenuza, quebranta y deshace, para que finalmente pueda llegar á donde va. Así te debes dar, alma mía, á tu Dios y Criador, que no sea poca tu vergüenza y confusion cuando te vieres vencida de una piedra, que con mayor ímpetu ella se vaya á su centro que tú te vayas al tuyo. Desecha, pues; derroca y destruye todo lo que te se pone de- lante y te impide que no vayas á tu Dios. Quebrántalo y pasa, como está escrito: Traspasaré el muro en mi Dios; porque así como por algun liviano viento de soberbia ó envidia, ó por al- gun impedimento de codicia, de cualquier cosa mundana que sea, eres detenida y estorbada, bien pueden conocer de cuán poco peso seas, y cuán semejante á las pajas livianas, á las cua- les el viento por su poco peso detiene su bajada y las suspende en el aire. Mas á las peñas que caen, ¿quién las tendrá? ¿quién las impedirá? Así, ni más ni ménos, á los virtuosos todo el mundo no puede impedir ni apartar de su Dios. Mira á San Pablo, peña apostólica y de grande peso, con qué ímpetu se iba hacia su Dios, al cual ninguna cosa puede estorbar que no vaya á su centro. ¿Quién nos apartará (dice él) de la caridad de Dios? ¿La tribulacion, por ventura, ó la angustia, ó el ham- bre, ó la desnudéz, ó el peligro, ó la persecucion del cuchillo?



---

Cierto soy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo alto ni bajo, ni otra criatura alguna, nos podrá apartar de la caridad de Dios, que es en Jesucristo, Señor nuestro. ¡Oh, peso grande, excelente y admirable de tan santa alma, como la de aquel divino Apóstol! ¡Oh, poderosísima peña, que con su peso y grandeza destrozaba y deshacía todos los impedimentos, porque no le pudiesen estorbar que no fuese á donde quería y deseaba! Por angustias y por muchos trabajos, por hambre y por sed, por fríos y calores, por cuchillos, por infamias y por todas las cosas espantosas y terribles, con grandísima velocidad se daba priesa por ir y llegar á su centro, cuya voluntad en alguna manera se había vuelto en naturaleza. La piedra con natural ímpetu se va al centro; mas el alma no así, sinó con ímpetu voluntario y libre: pues esta facultad, que te ha dado tu Dios, renúnciala, alma mía, y vuelve la libertad en naturaleza, para que con todo tu poder y con toda tu fuerza llegues á donde vas. Esto es lo que te manda Dios, cuando te dice que le ames de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente, y de todas tus fuerzas, y de toda tu fortaleza; conviene á saber, que le ames según lo último de tu potencia, como la naturaleza.

---



## MEDITACION IX

*Como el amor nos lleva á Dios, como á nuestro centro*

Muy claro está, Señor, y muy averiguado, que así como el bien de los hombres eres tú, así toda la fuerza del amor naturalmente inclina á ese mismo hombre y le lleva á tí, como á su principio y centro, aunque muchas veces desordenadamente sea llevado á otras cosas contra su valor y honra; porque así como la naturaleza siempre endereza á una cosa, así también toda nuestra voluntad nos lleva á una cosa, aunque por el libre albedrío sea capaz de muchas, y por su querer se pueda volver á donde quisiere, porque en la voluntad no hay necesidad como la hay en la naturaleza; y pluguiese á tí, mi Dios, que la hubiese, y que fuese un atamiento necesario y de manera que, aunque no quisiésemos, no pudiésemos hacer otra cosa y nos juntásemos contigo, como despues de esta vida, por tu grande misericordia, seremos á tí juntados. ¡Ay de mí, que veo en los hombres un grande milagro y muy mal milagro, y digno de ser lamentado! ¿No tendrías, por ventura, á muy grande milagro si vieses á un grande peñasco colgado en el aire y que lo tenía una pluma; y ver un río caudaloso, que corriendo con grande ímpetu, fuese bastante un papel para detenerle? ¿Quién, viendo tal cosa, no se santiguaría? ¿Quién no se maravillaría y espantaría? ¿Pues cómo no me maravillo yo en ver hombres que bastan cosas muy pequeñas, que los detengan para que no lleguen á tí, mi Dios? Extraño caso es que un hombre, que naturalmente tiene un peso gravísimo, que lo lleva á tí, mi Dios, que lo detengan cosas tan livianas, como las de la tierra. Peregrinos somos en este mundo, y así nos llaman las divinas Letras, y caminamos á tí,



Señor, como á propia tierra nuestra y naturaleza de nuestras almas, en quien nos movemos, como dice el Apóstol, y vivimos y somos, y siempre que pecamos nos detenemos en el camino y paramos en él; y lo que es grande maravilla, y tanta, que pone admiracion, es que cosas tan livianas nos detienen. Mi amor es mi peso y del amor soy llevado donde quiera que voy. A donde reposa mi amor, allí va mi alma; y así como diste, Señor, á la piedra el peso, para que bajase al centro, que es su lugar natural, así diste á nuestra alma un peso, que es un deseo del sumo bien, para que con ese peso llegase mas ligeramente á tí. Pues si esto es así, ó mi buen Dios, ¿cómo puede ser que toda alma por tí criada no se vaya á gran prisa para tí? Pero vémosla, que suspensa, y colgada de un poco de viento, es privada de todo bien, y se ríe, huelga y descansa. ¿Cómo es posible que alguna criatura capaz de Vos no se vaya hacia Vos cuanto pudiere, centro infinito é infinitamente bueno, y por consiguiente infinitamente atractivo? ¿Qué cosa puede detener á una criatura capaz de tanto bien? ¡Oh, gran peso el del pecado, el cual, puesto sobre las cervices de los hombres animales, las pega y hace sentar en lo bajo, porque no suban á su esfera, para la cual son criados! Verdaderamente más milagro es á las almas no subirse á su Dios por amor, que á las peñas estarse suspensas y colgadas con un poco de viento, para que no bajen á su centro; y más que detener un pliego de papel muy delgado á un impetuoso y caudaloso río, para que no corra y vaya al mar. ¿Quién nunca recibiría en paciencia su vida, si distinta y claramente conociese de cuánto bien es privado y cuánto bien pierde? ¡Oh, ingratisimo velo de mi carne, y de cuánta alegría me privas! ¿Quién me detiene que no te rompa y rasgue con mis propias manos, para que vaya á ver á mi Dios, y goce de Él, y en Él descanse? ¡Oh! ¡de cuántos placeres y de cuán grande bienaventuranza carezco por tí; y aún lo que peor es, que conociendo todo esto y viéndolo y sabiendo que es así, te sufro y



me río y no lloro, ni gimo, como sería razon, días y noches sobre tan grande destierro y tanta ceguedad y miserable desventura mía! ¿De dónde me viene á mí tan mala y tan ingrata paciencia, sinó porque está el velo puesto en medio, y porque esta nube de la carne me impide que la claridad del sol no resplandezca en los ojos de mi alma? Quitá este velamento que impide, y verás con cuán grande ímpetu se irá el alma hacia su centro. Mira las almas de los santos, que suelto ya el velo y libres, con qué priesa y con cuánta ligereza se van para su Dios. ¿Quién las podrá impedir? ¿Quién las podrá detener? ¿Quién las podrá apartar de su lugar? Allí está el perfecto descanso: allí la entera hartura de todos los movimientos y deseos del alma. Verdaderamente grande es el Señor y loable, y no menos amable, sinó tan amable como loable. Aunque esté mi alma en la ciudad del Señor y en el Monte santo suyo, allí está encendida la fuerza del amor, donde ninguna interposicion de velo impide; y áun ahora, cuando este velo es delgado y transparente, tanto más se mueve el alma hacia su Dios, y más se esfuerza en ella el ímpetu del amor; como al contrario acaece á muchos, los cuales tienen tan grueso el velo de la carne con la grande abundancia de riquezas y otros bienes temporales, que muy poco y muy despacio y perezosamente se van hacia su centro. Estos tales, muy poco ó nada aman á Dios: mas los que con vigiliás, ayunos y otras abstinencias adelgazan este velo de la carne, y le quebrantan por su transparencia en alguna manera, áun en esta vida mortal se les trasluce en los ojos de sus almas aquella luz bienaventurada, segun aquello que el Apóstol dice: Vemos ahora por espejo en enigma y oscuridad, y así corren los tales tras el olor de sus unguentos, y áun algunas veces les acontece que por algunos resquicios y agujeros resplandecen aquellos rayos de la Divina lumbre, siquierd por un poco tiempo, en los ojos de sus almas, y se derriten luégo en amor, y con grande ímpetu son llevadas, no ya atraídas por el olor, sinó



---

por gran hermosura. ¡Mas ay, que muy poco dura esta radiacion y muy presto se pasan tan deleitables rayos! Hieren el alma y pasan luégo; y como dice Job: Escondió su luz en las manos, y mándala que venga otra vez, y dice de ella á su amigo que es su posesion, y que á ella puede subir; mas la que por entre los dedos un poco resplandecía, luégo como entre las manos se enciende; porque si con toda su lumbre quisiera resplandecer en lleno, áun los quicios de los cielos, conviene á saber, á los espíritus celestiales, con su resplandor mas cegara que alumbrara, porque serán vencidos de tan grande claridad. Porque ¿quién podrá sufrir la Majestad divina, si ella no se templare? De esta manera son entretenidos los varones espirituales en esta vida, en tanto que no ven á tí, mi Dios, claramente en la otra, donde estarán perfectamente en el centro de la bienaventuranza, gozando de tu divina esencia.

---



## MEDITACION X

*Como el alma no se quieta sinó en Dios, como en su centro*

Como naturalmente mi alma se incline á tí, mi Dios, por su amor, de aquí es que si por el pecado no estuviera afeada y estragada nuestra naturaleza, nunca tuviera necesidad que la mandarás que te amara; como ni ahora nos mandas que nos amemos á nosotros mismos, porque naturalmente hartos y áun demasiado nos inclinamos á ello; ni hay necesidad que nos mandes ni amonestes á hacer aquello que de naturaleza nos viene y conviene. Y pues naturalmente se inclina el hombre á amarte, y más á tí que á sí mismo, ¿por qué se nos manda tu santo amor, como sea más natural, y no se nos manda el de nosotros mismos? Ciertamente el pecado es causa de esto, cuando apartando los ojos el alma de su Dios los llenó y puso en sí misma, y estancó y detuvo aquel arroyo de amor que impetuosamente corría á tí, mi Dios. Pues luégo digamos que no hubiera necesidad de tal mandamiento si la naturaleza se conservara en aquella pureza que fué criada; y de aquí es que en su primera creacion ni á los ángeles ni á los hombres no leemos que tal mandamiento les dieses cuando los criaste, porque naturalmente se inclinaban á esto, y no tenían necesidad de espuelas para cumplir tal mandamiento los que con ley de amor íntima y grandemente habían sido formados de su Hacedor; mas ya nos hemos olvidado de esta ley natural, y enagenados estamos de nuestro propio natural, de tal manera que, ni por mandamientos, ni promesas, ni amenazas, ni cuotidianos y grandes beneficios, nunca te amamos como es razon. Pero así como el plomo que violentamente es detenido en lo alto si lo dejan luégo descende á lo bajo, así nuestra alma, si



un poco y con violencia es arrebatada y subida á las cosas altas, luégo con su peso se baja á las cosas terrenas y transitorias, y se derrama toda por estas cosas sensibles. Díme, pues, ¡oh, alma mía! respóndeme, miserable, y declárame qué sea la causa por que de tan buena gana te andas por las criaturas tan hambrienta y sedienta, y con tanta deshonra tuya mendigando de ellas una gotica de aguas turbias, desabridas y salobres, que más te encienden la sed que te la matan, dejando la limpia, sabrosa y perpetua fuente de todos los bienes, en la cual sola podrías matar toda tu sed y saciarte á tu placer y voluntad. Díme, mezquina, ¿qué cosa puedes desear, que no la halles muy más enteramente en tu Dios? Si te deleita la sabiduría, sapientísimo es; si el poderío y fortaleza, poderosísimo y fortísimo es; si quieres gloria y riquezas, mucha gloria y riquezas hay en su casa; si deleites y placeres, delectaciones hay en su mano derecha hasta el fin; si hartura y abundancia de deseos, embriagados son de la abundancia de su casa los que le poseen. Pues ¿cómo, misera, sabiendo esto y muy mucho más de lo que yo te puedo decir, dejas á propósito al abismo de todos los bienes y te andas acongojada, triste y fatigada, buscando tus consolaciones y placeres por los arroyuelos de las criaturas? Menosprecias la fuente, que te dan de balde, y con grandes trabajos cavas para tí pozos turbios. ¡Oh, intolerable locura, desatino muy grande y ceguedad estupenda! De aquí es que, indignado el Señor por esto, exclama por el profeta, diciendo: Espantaos, cielos, y sus puertas sean destruidas, dice el Señor, porque dos males ha hecho mi pueblo. Dejaron á mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas destruidas que no pueden tener las aguas. Verdaderamente algibe desechado y disipado es la gloria del mundo; cisterna deshecha es el deleite de la carne; alberca destruida es toda honra y dignidad, y balsa abierta y agujereada es toda abundancia de riquezas que no puede tener las aguas. Y si no me crees, ó juzgas que te engaño, pregúntalo á la experiencia, y mira con



cuánto deseo buscaste alguna dignidad y cuántos trabajos pasaste por alcanzarla; y alcanzándola, á tres días no la tuviste en nada, porque balsa agujereada es y no puede tener las aguas. Deseaste algun deleite, alcanzástelo y luégo desapareció, porque es cisterna disipada y no puede tener las aguas del deleite que no se fuesen. Muy presto pasaron estas vanidades y desvanecieron como humo, y tú quedaste cerca la cisterna, sedienta como ántes, y aún á veces más sedienta y deseosa. Discurre por todas las cosas y hallarás ser esto así en todas ellas. Mas aunque esto sea así, por la experiencia verán los míseros hombres con qué trabajos, con qué afrentas y con cuántos sudores cavan estas balsas disipadas y agujereadas por todas partes. Por cavar estos algibes podridos pasan grandes trabajos de día y de noche, por mar y por tierra, en guerras y peligros de muerte, y muchos de ellos en servicios trabajosos de pecados, los cuales todos hacen poco caso de la fuente limpia de aguas vivas que por las plazas les corre, ni la estiman en nada, siendo convidados en ella. Ella es la que á todos, voceando en las plazas, llama: El que tiene sed venga á mí y beba. Y en otra parte por un profeta llama, diciendo: Todos los que tenéis sed venid á las aguas; venid y comprad sin plata, ni oro, ni trueque alguno, vino y leche. ¿Por qué pesáis vuestra plata, y no en panes, y vuestro trabajo, y no en hartura? De gracia se da y ninguno va á Él; y por esto se queja á los ángeles y á sus santos, diciendo: Espantaos, cielos, conviene á saber, vosotros ángeles bienaventurados, y maravillaos sobre esto vosotros, que sois apartados de todo dolor y tristeza; mas vosotros puertas, que sois mis santos, que aún estáis en la carne militando, por los cuales muchos como por puertas entran en el cielo, vosotros os desconsolad mucho y os entristeced mucho sobre tan horrenda y execrable ceguedad de vuestro pueblo, sobre tan grande error de los míseros mortales y sobre tan grande desatino de los hijos de Adan. Deja, pues, alma mía, deja, yo te ruego, estas cisternas disipadas, deshechas y agujereadas, que



---

con tanto trabajo has cavado, y á gran priesa corre y véte á la fuente de agua viva, que es á tu Dios y Esposo, Jesucristo, donde podrás á tu placer matar toda tu sed. Aquí serás llena de deleites, y verdaderos deleites y placeres, segun todo tu corazon y toda tu voluntad, y cómo quisieres. Sólo en el Señor hallarás quietud y descanso, y no en otra cosa alguna de cuantas hay en el mundo. Él solo es tu centro y propia y natural esfera; fuera de Él no hallarás contento, y en Él mucho bien, descanso y gloria.

---



## MEDITACION XI

*Como hemos de amar á Dios, porque nos ama*

Si tantas razones como hay para amarte, Dios de mi corazón y Esposo de mi alma, no bastan para que mi corazón de día y de noche siempre arda en llamas de amor, despiérteme siquiera, y muévame á lo ménos el amor inmenso que me tienes. Ninguna cosa más provoca al amor que ser amado; y así amamos á los que nos aman, aunque sean dignos de nuestro amor, solamente porque nos aman. ¿Quién es tan salvaje y bárbaro que no ame á quien le ama? Los hombres muy crueles suelen amar á quien los ama; y no quieren hacer esto contigo, siendo quien eres y amándolos tú tanto, que te diste á tí mismo por ellos. Pues un amor no se paga sinó con otro amor, muy justo es por cierto, Señor, que yo te ame y arda en vivas llamas de puro fuego de amor, pues tan ardentísimamente soy amado de tí. Si dudas, pues, alma mía, del amor que tu Dios te tiene, sus testimonios por cierto son muy terribles. Testigo es la cruz, testigos son los clavos, testigos los dolores, testigos la confusion, testigos los arroyos de sangre, y testigo la muerte amarga y acerbísima que por tí sufrió; y como todo esto pasase, aún le parecía poco por la grandeza del amor; y si fuese caso posible, aún pide y desea pasar mayores cosas por tí, mayores dolores, mayores angustias y mayores tormentos; porque esto es lo que vocea en la cruz, cuando dice que tiene sed. Y en el Salmo tambiendijo: Corrí en mi sed; conviene á saber, aparejado estoy á sufrir muy mayores penas de las que sufrió por el hombre. Y aunque de Él esté escrito que se llenará de oprobios y en otra parte diga tambien la Escritura que será su alma llena de denues-



tos, con todo eso desea más estando lleno cuanto al efecto, y tiene sed cuanto al afecto. Lleno estaba, porque desde la planta del pié hasta la cabeza no tenía sanidad; y tiene sed, porque aún el amor no estaba lleno de dolores, aunque el cuerpo estaba lleno de llagas. Pues si en amar á tan grande amador eres fría, alma mía, más dura te muestras que las piedras, pues sabes que delante de tan grande dignacion se quebrantaron por duras que eran, y las que no tenían sentido mostraron sentido; porque veas qué serán obligados á hacer los corazones de los hombres que tienen sentido. Si las peñas no pudieron sufrir tan grande peso de amor, aprende de las durísimas peñas á amar á tu Criador. ¿Pues cómo no te ablandas, oh miserable, viendo que las piedras se quebrantan con tan grande beneficio, y que las peñas hacen oficio de corazones por los hombres? Sé, pues, ahora discípulo de las piedras, y ama. Lo más precioso que nos diste, Dios nuestro, y lo mejor que de tus divinas manos recibimos fué el amor. Tu amor para con los hombres era un don y merced íntima, oculta, secreta, entrañable y el origen y fundamento de todos los otros dones y mercedes; porque así como se arguye haber fuego de donde vemos salir humo y centellas, así argüimos el amor que nos tuviste, por los bienes que has hecho en nosotros y por nosotros. De esto te alabas por el profeta Malaquías, diciendo: Mirad que os amé. Sacaste el amor de tí mismo, no por mutacion, sinó por comunicacion. Criaste el cielo, y le llenaste de ángeles: criaste el aire, y le llenaste de aves, y el mar de peces, y la tierra de animales; pero al hombre le aposentaste en tí mismo. Así dijiste al patriarca Abrahan: Yo soy tu galardón grande y copioso. El amor que tienes al hombre es las mercedes que le haces. Tanto nos amas, Señor, que hasta en los castigos que nos das pretendes nuestro bien y provecho, y quieres que nos conozcamos, humillemos y enmendemos. Cuando enviabas á Egipto aquellas siete plagas, dijiste á Moises: Esto hago porque



sepan los de Egipto que yo soy Dios. Querías darte á conocer á aquellos gentiles, para que, dejando la idolatría, te sirviesen y se salvaran. Mandaste en el Evangelio vender al siervo, que debía diez mil talentos: porque amenazado con este castigo se humillase, y mereciese que le perdonases toda la deuda. ¡Oh! ¡cuán bueno eres, Dios de Israel, con nosotros, y cuán grandiosamente nos amas, pues así en los regalos como en las tribulaciones que nos das pretendes nuestro provecho! y así, Señor, no sólo amas tú lo que es en mí de tu parte; pero aún también lo que es de mi parte y de parte de mi libre alvedrío, si es bueno, aunque aborrezcas la malicia que hay en mí; por lo cual, si fuese posible castigar los pecados de los que estan en el infierno sin castigar á las personas, lo harías, segun amas mucho nuestra humana naturaleza. Pero porque no es posible castigar lo uno sin lo otro, porque las culpas y pecados son accidentes y no pueden estar sin sujeto; por amor de esto, cuando atormentas lo uno, atormentas lo otro. Si dan á uno una cuchillada y despues de sano queda la señal, aunque aborrece la herida y señal, ama la carne donde se la dieron. Así también, Señor, amas las criaturas que criaste, aborreciendo los pecados y culpas que proceden de la voluntad humana. En el libro de la Sabiduría está escrito que ninguna cosa aborreciste de las que hiciste. Tu no hiciste el pecado ni la muerte, ni te alegras en la perdicion de los que mueren; mas la malicia de la perversa voluntad es autora del pecado; por lo cual castigando en el infierno el mal que hizo el hombre, conservas la naturaleza, que es bien tuyo: porque tu amor persevera, inmovible, amando la naturaleza buena, que criaste; y así, en todo cuanto haces por nosotros muestras, Señor, el grande amor que nos tienes, y todos los beneficios que comunicas á los hombres, proceden de aquel inflamado y ardentísimo amor con que nos ama. La predestinacion viene del amor; y criar el cielo y la tierra y todas las otras cosas, de el amor



---

procedieron. Por lo cual, como quieres tú, Señor, que en todas las cosas te imitemos, así quieres, que todas nuestras cosas salgan con caridad inflamadas; y de aquí viene que no quieres aceptar alguna que no venga con caridad esmaltada, y la razón es, porque el que te da oro ó plata te da cosas exteriores, pero el que te ama se da á sí mismo: y esta es la causa por que das de mano á los servicios que te hacemos, porque no hallas en ellos el amor que te debemos. Dices, Señor, en tu Evangelio, que como te amó el Padre así amas á nosotros; porque como el Padre te ama en la naturaleza humana que recibiste por gracia, así nos amas por gracia, sin méritos nuestros. ¿Pues cómo no amarás tú, oh alma mía, á quien tanto te ama? Aunque ahora se te haga de mal el amar, despues que comenzares á amar á tu Dios, tanto gusto y deleite hallarás en el amor, que mayor tormento recibirás en dejar de amar por no perder tan grande dulzura, de lo que te sería trabajo en quebrar de veras con el mundo por amor de tu Esposo Jesucristo. No llega este tormento á aquel; pues más dolor es dejar el amor de Dios, despues que gustaste de él, que romper con el mundo y comenzar á amar á tu Dios.

---



## MEDITACION XII

*Como hemos de amar á Dios, porque nos amó primero*

Queriendo, Señor, que te amásemos, tuviste por bien de amarnos primerō, porque ganándonos por la mano, siendo con tu gracia prevenidos, no pudiésemos dejarte de amar. No hallaste mejor medio que amar primero á aquellos de los cuales querías ser amado. Tú nos amaste primero, dice San Juan; porque dejando aparte que tu amor es infinito, y no puede ser pagado, el habernos amado primero es merced tan soberana, que es imposible pagarla nosotros. Nunca David pudo pagar á Jonatas aquel amor primero con que Jonatas amó á David, y aquella liberalidad que usó, dándole sus vestiduras en señal del grande amor que le tenía. Por lo cual, viéndose David tan obligado por pagar el amor que á Jonatas debía, amóla como á su propia vida; y no sólo le amó viviendo, mas áun tambien mostró el grande amor que la tenía en su muerte, cuando la lloró con tan grande sentimiento. Te amaré pues, Dios mío, refugio mío y fortaleza mía, por tus grandes misericordias. Aunque en todas tus obras eres admirable; pero en las entrañas de piedad que tienes con el hombre te hallo más maravilloso. Tus misericordias, dice el profeta, son sobre todas tus obras. A ninguno despides: á ninguno desechas: á ninguno desprecias: y á los que te ofenden y huyen de tí, buscas con perseverancia y llamas benignamente; al que se arrepiente perdonas; recibes al que vuelve y esperas al que dilata la penitencia. Vuelves al camino al errado; convidas al que rehusa; despiertas al perezoso; abrazas al que viene; al triste consuelas; alzas al caido, y abres al que llama.



Cosa maravillosa es que el pecador, que te dejó á tí, sumo bien y bondad infinita, no hallando ningun descanso en las cosas que ama, no le queda otro remedio sinó volver á quien ofendió. No puede vivir sin tí; y dejándote á tí, le compele la necesidad á volver á tí. No hallando el hijo pródigo sinó trabajos y miserias en todas las cosas criadas, ningun otro remedio tuvo sinó volver á la casa de su padre, que despreció. Tú eres nuestro amparo y guarida, y así nos amaste, que por grangear nuestro amor tomaste, como dice Isaías, nuestros dolores, y recibiste nuestras enfermedades. Trocaste con nosotros tus bienes por nuestros males. Lloras, porque riamos; ayunas, porque comamos; trabajas por nuestro descanso; eres pobre por enriquecernos, y en fin, mueres, porque vivamos. Pegámoste la enfermedad, y tú nos pegaste la salud. El que toma una camuesa fría en la mano caliente la mano pega á la camuesa el calor, y ella pega á la mano el olor y frialdad. Por amor de nosotros dice tu Apóstol que quisiste ser pobre, porque con tu necesidad fuésemos nosotros ricos. El amor nuestro, por ser finito y limitado, no puede hacer de dos cosas una, porque por mucho que se amen el marido y la mujer, ó el hermano y el hermano, siempre serán dos distintas personas; pero el amor infinito que nos tuviste hizo que tu divina naturaleza y nuestra naturaleza humana estén en una persona simplicísima y un supuesto. Salomon dijo que en todo tiempo ama el que es amigo, y el hermano en la angustia se prueba. ¡Oh, verdadero amigo de mi alma, que en todo tiempo me amaste! en las honras y deshonoras, en la vida y en la muerte; y como no tuvieses suelta más que la lengua para hacerme merced cuando estabas enclavado en la cruz, con ella me alcanzaste perdon del Padre, orando con lágrimas, como dice tu santo Apóstol. Cuando éramos ménos dignos de ser amados, entónces más declarabas el amor que nos tenías, manifestándolo con mayores obras. Predicabas más veces y hacías más milagros en Cafarnaum que en otras ciudades del reino



de Judea, ni de la provincia de Galilea, porque en aquella ciudad marítima, donde había más usuras y vicios, y menos merecía tu presencia, resplandeciese más tu misericordia, según aquello que dijo tu santo Apóstol: Donde abundó el delito, sobrepujó la gracia. ¿Quién no amará á un Dios tan amoroso, que no se desdeña de amar donde es menos amado? ¿Qué pecho habrá tan horrible y lleno de pecados, que desespere de la misericordia de Dios, viendo que no vuelve el rostro á las idolatrías, avaricias y torpezas de Cafarnaum? ¡No sé qué pecho habrá tan duro, ni qué corazón tan helado, que no se ablande y derrita con la presencia de tan grande amador! Escribiendo el evangelista San Lucas como en la noche de tu sagrada pasión te apartaste de tus discípulos á orar en el huerto por espacio de un tiro de piedra, usó de este vocablo *avulsus*. Esta palabra *avulsus* es propiamente arrancar, como cuando se pone gran fuerza en arrancar un árbol con su raíz y tierra. Estaba tan unido tu corazón por amor con aquellos Apóstoles, que como si te arrancaran esas tus entrañas, te apartaste de ellos. ¡Oh, gran fuerza de amor, que ni por distancia de un tiro de piedra sufre ausencia sin gran dolor! ¡y estás tú, alma mía, apartada de tu Dios tantos años, y casi no lo sientes! Falta es de amor de Dios, no lo puedes negar. Este grande amor no sufrió que se apartase media legua de los suyos, sinó tan pequeño intervalo como un tiro de piedra. Dios amor es, suave es y dulcísimo es, porque no hay mayor dulzura que santamente amar. Amor es Dios, y no es fe, sinó fundamento y objeto donde se funda nuestra fe. No dijo San Juan sinó que es Dios amor; porque entendamos cuán propio le es amarnos, como á hechura de sus manos. ¡Oh! ¡con cuánta justicia pide ser amado de todas nuestras fuerzas y corazón, queriendo el homenaje de nuestra alma á solas, pues á Él solo se debe toda nuestra voluntad y amor! ¡Oh, dulzura de amor santo, y cuán bien te supo el nombre de aquel singular amigo de Dios, cuando dijo: Dios es caridad,



---

y el que persevera en amor está en Dios, y Dios en él! ¡Oh, compañía admirable y trueco de grande ganancia, que siendo yo quien soy te pongas tú, mi Dios, en cambio conmigo, y que amándote yo me ames por hacer paga de amor con amor! Libre es el amor, porque nace de madre libre, que es nuestra voluntad, la cual ni por premios ni tormentos no sufre ser compelida, porque si lo fuese ya dejaría de ser voluntad. Por eso es tan precioso el amor, y nos le pides tú, Señor, como celoso amigo nuestro, porque es la joya más nuestra que te podemos presentar. Por esta perla preciosa y rubí encendido de amor diste al hombre todo lo criado, haciéndole señor de este universo, como dice el salmista; porque dándole todo le obligues á pagar con toda la deuda de amor que te debe, como á su Criador. Pusiste al hombre primero en los verjeles del paraíso terrenal: hicístele señor del universo, y previnístele con singulares dones y muchos beneficios porque te amase; mas como la mucha leña suele matar el fuego y se acaba dando humo, así Adán, cargado con tantas mercedes, salió llorando, cuando por ingratitude murió el fuego divinal de amor en su mísero corazón. Mas tu, Señor mío y Redentor mío, como querubin, queriendo cebar el fuego con fuego, entraste debajo de las ruedas de mis penalidades, y tomando brasas en tus sagradas manos, las derramaste sobre la ciudad de Jerusalem, que es cada una de nuestras almas, según que lo vió el profeta Ezequiel en figura.

---



## MEDITACION XIII

*Como el amor que Dios nos tiene es eterno y tan antiguo como Él*

Manifiéstase, Señor, el amor grande que nos tenías en amarnos ántes que fueses amado de nosotros. No fué tu amor paga de mi amor; ni mi amor pudo satisfacer al amor que me tuviste. En amarme primero está la prueba del amor; y eternamente me amaste primero, segun aquello del profeta: La misericordia de Dios es eterna y durará en la eternidad. Usó el santo rey del nombre de misericordia, hablando de tu santo amor; porque mayor conocimiento me da de quien tú eres este nombre de misericordia que el nombre de amor. La misericordia es afecto del ánimo, que se apiada de la miseria ajena y provee al necesitado, dándole primero la compasion del alma. Quitando lo que á tí no conviene por ser impasible, reconoceré lo que es propio y entenderé el amor. No pertenece á tí compasion ni corazon doloroso, porque tu naturaleza es esencia de perfeccion y gloria; mas es muy propio á tí proveer al mísero y necesitado. Conozco los bienes que me diste amándome, y esto debajo de nombre de misericordia, porque no hallaste en mí hermosura y bienes que amar, sinó miseria que sanar y pobreza que enriquecer. Por amor de lo cual usó ántes el profeta del nombre de misericordia que de amor; y así amaste á mí, miserable pecador, sin merecimientos míos, por sola tu bondad y amor: y este amor así fué ántes que yo fuese, que diciendo San Juan que nos amaste primero, y cantando David que tu misericordia es eterna, declaró la antigüedad de tu amor, pues sin principio y eternamente nos amaste. Conoces todas las cosas en tí mismo y no es menester que sean



hechas, ni que hagan bien ó mal, para que sean conocidas de tí; porque como no recibes conocimiento de las cosas, así no esperas á que obren, para entender sus obras. No puede haber novedad ni accidente en tí, porque sería grande imperfeccion, y la menor está muy léjos de tí; por lo cual, cuando veo hacerse alguna cosa de nuevo, no considero que entónces tienes nueva voluntad, ni que entónces lo quisiste; mas sube mi pensamiento á aquella antiquísima y eterna disposicion tuya, en la cual eternalmente ordenaste todas las cosas y determinaste todo cuanto vemos hecho de nuevo. Nuevas son las cosas á nuestros ojos y eternas á los tuyos, pues ántes que sean hechas las conoces; y así tu misericordia y amor son eternos, porque en tu eternidad viste y conociste perfectamente la miseria de nuestra culpa; y siendo merecedores de condenacion, compadeciéndote de nosotros, tuviste misericordia, y eficazmente quisiste á su tiempo darnos gracia y gloria para sanar nuestras heridas y destruir nuestra muerte, dándonos resurreccion y vida. Considera, pues, ahora, alma mía, cuán obligada estás al divino amor por haberte Dios amado tanto, ántes que tú le pudieses querer bien. Mide esas dos horas que há que comenzaste á ser con la eternidad de Dios, en la cual te ama. Mil años son en el divino acatamiento como el día de ayer, que acabó de pasar. Compara unas cosas con otras, y te hallarás corrida y vencida; y pluguiese á Dios que entrases en la ley de las vencidas, que son aprisionadas debajo del poder del vencedor. Pluguiese á Dios que te hallases tan atada y vencida, que quedases presa en el amor del que tanto amó en su eternidad, para que fueses libre de aquellas cadenas de fuego en que serán aprisionados todos los pecadores de la tierra. Nunca, Señor, por desagradecidos que nos conociste, te arrepentiste por habernos hecho bien, ni volviste atras en tus misericordias; porque, como dice el Apóstol, sin arrepentimiento son tus dones. No hay en tí sí ni no, porque tu sí permanece para siempre fiel y verdadero. Yo comencé á ser ayer, y he



gastado mis días ociosamente; y lo que peor es, en mil ofensas tuyas. Muchas veces propuse de amarte y volví atrás; y comenzando algunas veces á servirte, volví á ofenderte. De esto es testigo mi corazon, los ángeles y toda criatura. ¡Oh, grande afrenta y vergüenza! ¡Oh, confusion llena de salud, si lo conociese! ¿Cuándo fuiste tú que no me conocieses y amases? ¿Por ventura aguardaste á que viniese tiempo en que nacieses, para quererme bien? ¿Por ventura estorbó á tu divina bondad y hermosura mi fealdad de culpa, para que no me quisieses bien? ¡Oh, Dios mío, bondad infinita, amor eterno y salud verdadera! Yo no te conocí ni áun muchos años despues que tuve sér; y cuando ya por tu inmensa caridad te me diste á conocer, y tu grande hermosura y bondad me aficionó, puse en la fealdad y corrupcion de las criaturas mi amor, dejando de amar á tí, que eres bondad infinita y gloria y hermosura de los ángeles. Detúveme en las criaturas, habiéndomelas dado tu cuidado paternal para regalo y servicio mío, y para manifestacion de quién tú eres, tan digno de amor y reverencia. Compiten, Señor, tu bondad y mi malicia, pues cuanto más bueno y liberal te mostrabas conmigo, tanto más rebelde y desconocido me hallaste de los bienes que de tu largueza recibía. No agotó mi ingratitude la fuente de tu misericordia, porque tu bondad y clemencia vence á toda malicia humana; y así como el amor no sabe estar ocioso, y se manifiesta en las obras por el amor que nos tuviste, nos diste bienes de naturaleza y gracia, y nos prometiste bienes de gloria, si guardáremos tus mandamientos. Pues ¿por qué, Dios mío y bondad infinita, no te amaré mi corazon, viéndome tan prevenido con tu amor y que te anticipaste á quererme y amarme, y mostraste el amor soberano que me tenías con tantos beneficios? La primera cosa que en naciendo vieron mis ojos fueron los dones de tus mano, con los cuales prendiste mi corazon para amarte perpetuamente. Como el primer movible arrebató tras sí las otras esferas y cielos, moviéndome



---

dolos de Oriente á Occidente, así la fuerza de este amor santo, que me tuviste primero en tu eternidad, arrebatada todas las potencias del alma y sentidos del cuerpo, sujetándolos al servicio suave del yugo de tu santo amor. Esto te pedía la esposa en los Cantares por singular merced: Traedme en pos de Vos, y correremos tras el olor de vuestros unguentos. Del conocimiento de estas cosas se sigue hallarme muy obligado á amar á quien, amándome tan antigua y eternamente, me obligó con tan grandes beneficios.

---



## MEDITACION XIV

*De dónde nace el amor que Cristo nos tiene*

Si despues de contemplar la antigüedad y eternidad del amor con que me preveniste, quiero considerar la grandeza de este amor, aquí en tal meditacion, oh Redentor y Señor mio, se agotará todo entendimiento criado. No hay lengua que baste á decirlo; y tu Apóstol San Pablo dice que tu caridad excede á todo conocimiento y sentido, aunque sea el de los ángeles. ¿Pues qué hombres lo podrán explicar, si los ángeles no lo alcanzan á conocer? Algunos ignorantes y duros no acaban de caer en la cuenta de este amor; porque como el amor de ellos nazca de la bondad y perfeccion de la cosa amada, porque el cebo del amor es la bondad y perfeccion de las cosas, siendo el hombre una criatura tan baja y tan imperfecta, segun el cuerpo y segun el alma, un vaso de maldad, ¿qué amor se puede tener á criatura tan miserable? Y si tambien en especial consideran que tu divino amor no es ciego, ni apasionado, ni antojadizo, así creerán errando que es pequeño el amor que nos tienes, si juzgan que nace de nosotros; porque donde no hay ceguedad, ni pasion en el que ama, y la cosa que se ha de amar es tan imperfecta, fea y miserable, ¿qué amor se le podrá tener? No es esta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor; porque no nace, Señor, tu santo amor de la perfeccion que hay en nosotros, sinó de lo que tú tienes que mirar en tu Eterno Padre: por lo cual, si quieres, alma mía, considerar el amor que te tiene tu Redentor, toma este negocio de los primeros principios, considerando la grandeza de la perfeccion y gracias inestimables que por toda la Santísima Trinidad fué concedida á aquella Santísima Huma-



nidad de tu Esposo Jesucristo en el instante de su Concepcion. Allí le fueron concedidas tres gracias tan grandes, que cada una de ellas en su manera es infinita; conviene á saber, la gracia de la union divina y la gracia universal que se le dió, como á cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su alma. Diósele primero á aquella santa humanidad el Sér divino, juntándola y poniéndola con la divina Persona: de manera, que á aquella humanidad se le dió el Sér divino; y de tal suerte, que podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios é Hijo de Dios y que ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Dios. Esta gracia ya se ve ser infinita por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios, y por la manera que se da, que es la más estrecha que hay, que es por vía de union personal; y así Cristo no es dos personas, sinó una persona y un supuesto infinito. Tambien se le dió á aquel nuevo hombre que fuese padre universal y causa de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud: de manera que en cuanto Dios es igual al Padre Eterno, y en cuanto hombre es principio y cabeza de todos los hombres; y conforme á este principado se le dió gracia infinita, para que de Él, así como de una fuente de gracia y como de un mar de santidad, reciban la gracia todos los hombres, y Él se llame Santo de los santos, no solamente por ser el mayor de todos, sinó por ser santificador de todos; y como si dijésemos, un tinte de santidad, de donde ha de recibir este color y lustre todo lo que ha de ser santo. Esta gracia tambien es infinita, porque es para toda la generacion: de manera que no tiene número determinado de personas, sinó puede, cuanto es de su parte, multiplicarse en infinito; y para todo lo que en ello se multiplicare hay méritos y gracia en la bendita alma de Jesucristo. Diósele particularmente otra gracia especial para la santificacion y perfeccion de su vida, la cual tambien se puede llamar infinita, porque tiene todo



aquello que pertenece para el sér y condicion de la gracia, sin que nada le falte y sin que nada se le pueda añadir. Diéronsele tambien en aquel punto de su santísima concepcion todas las gracias *gratis datas* de hacer milagros y maravillas, cuantas Él quisiese. Diéronsele todas en sumo grado y perfeccion; porque esta es aquella hermosa flor de hermosura, donde se sentó la paloma blanca del Espíritu Santo, y tendidas las alas, la cubrió y extendió sobre ella toda su virtud y gracias cumplidamente. Este es el vaso de escogimiento, donde se infundió aquel caudaloso río de todas las gracias, con todas sus avenidas abundantísimamente, sin que ninguna gota quedase sin entrar en él. Aquí le hizo Dios el mayor beneficio que le pudo hacer y le dió todo cuanto pudo dar, porque aquí hizo lo último de potencia y gracia, dando todo lo que podía á aquella alma dichosísima en aquel punto que fué criada. Y sobre todo le fué dado en aquel mismo punto que viese luégo la Esencia divina y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo con que era juntada; y así viendo, fuese bienaventurada y llena de tanta gloria esencial cuanta tiene ahora á la diestra del Padre. Si te pone admiracion esta dádiva tan grande, junta con ella esta otra circunstancia maravillosa que hay en ella, y es que todo esto se dió de pura gracia ante todo merecimiento, ántes que aquella bendita alma pudiese haber hecho obra meritoria alguna por donde lo pudiese merecer. Todo fué junto, el criarla y dotarla de todas estas gracias, no por más de que así quiso el Señor amplificar y extender sus manos y largueza con ella y magnificar así su gracia: por lo cual llama San Agustin á Cristo dechado y muestra de la gracia, porque así como los grandes escribanos y pintores suelen hacer algunas muestras de labores en sus oficios cuando se quieren dar á conocer, en las cuales, empleando todo su saber, hacen todo lo último de potencia, para que todo el mundo vea que tanto es lo que alcanzan: así la bondad y magnificencia de Dios determinó



---

criar una nueva criatura y usar con ella en su manera de toda su magnificencia y gracia, para que por esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de Dios. El rey Asuero hizo un convite solemnísimó, para que todos sus reinos viesén la grandeza de sus riquezas y potencia. El rey del cielo quiso hacer otro convite maravilloso á esta santa humanidad con quien Él se desposaba, para que todas las criaturas celestiales y terrenas conociesen por Él la grandeza de la bondad y largueza divina, que á tales cosas se estendió. Mira tú, pues, ahora alma mía, qué dadiva sea esta tan admirable y cuán dichosa haya sido aquella bendita alma de tu Redentor, á quien Dios tal gracia quiso hacer, y no tengas envidia, sinó alegría, pues la gracia que él recibió, no solamente la recibió para sí, sinó también para tí. En nombre suyo se escribieron aquellas palabras de Job: Si comí yo á solas mi bocado y el extranjero no comió de él; porque desde mi niñez creció conmigo la misericordia y del vientre de mi madre salió conmigo: así que no comió su bocado á solas, mas ántes lo repartió con los peregrinos y como verdadera cabeza nuestra recibió lo que recibió, no sólo para sí, mas también para sus miembros.

---



## MEDITACION XV

*Del origen y causa del amor de Jesucristo*

Recoge, pues, ahora tus pensamientos, alma mía; entra dentro de tí misma, y en silencio y soledad pasa adelante, y considera la parte que te cabe de tan grandes riquezas como estas. Díme, cuando aquella alma santísima de Jesucristo, en aquel dichoso punto que fué criada, abrió los ojos y se vió tal cual se vió, y conoció de cuyas manos la venía tanto bien, y como el que nace rey, y no lo ganó con su espada, y se hallase con el principado de todas las criaturas, y viese arrodilladas delante de sí á todas las jerarquías del cielo, que en aquel dichoso punto lo adoraron, como dice el Apóstol: díme, si es posible decirse, ¿con qué amor amaría esta tal alma al que así quiso glorificarla? Con qué deseos codiciaría que se le ofreciese algo en que poder agradar y servir á tal dador? ¿Hay algunas lenguas de serafines, ni querubines, que esto puedan decir? Pues añado más, que á este deseo le fué dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio se encargase por la honra y obediencia suya, y que tomase á pechos esta empresa tan gloriosa y no descansase hasta salir al cabo con ella; y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas para obrar es por amor, porque todas ellas obran por amor de algun fin que desean, cuyo amor concebido en sus entrañas les hace trabajar; y porque el Hijo de Dios humanado había de tomar sobre sí esta obra de la redencion de los hombres, era menester que los amase con tanto amor y deseo, que por amor de verlos remediados y restituidos en su primera gloria, se pusiese á hacer y padecer todo lo que para



esto fuese necesario. Despues que conoció esto aquel ánimo tan generoso, deseoso de agradar al eterno Padre con linaje de inefable amor, volvióse hacia los hombres para amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre. Vemos que cuando algun tiro de artillería echa una bala con mucha pólvora y fuerza, si la pelota resulta al soslayo de donde va á parar, con tanto mayor ímpetu resulta, quanto mayor furia llevaba. Pues así aquel amor del alma de Jesucristo para con Dios llevaba tan admirable fuerza, porque la pólvora de la gracia, que lo impelia, era infinita, quanto despues de haber ido á herir derechamente en el corazon del Padre resultase de allí al amor de los hombres; con cuánta fuerza y alegría volvería sobre ellos para amarlos y remediarlos, no hay lengua ni virtud que esto pueda significar. Esta es aquella fuerza que significó el profeta cuando dijo: Alegróse así como gigante para correr el camino; desde lo más alto del cielo fué su salida, y su vuelta hasta lo más alto de él, y no hay quien se pueda esconder de su calor. ¡Oh, amor divino, que saliste de Dios, y bajaste al hombre y volviste á Dios, porque no amaste al hombre por el hombre, sinó por Dios, y en tanta manera lo amaste, que quien considere este amor no se puede defender de tu amor, porque hace fuerza á los corazones, como dice tu santo Apóstol: La caridad de Cristo nos hace fuerza! Este es aquel fervor y diligencia que significó tu santa Iglesia en los Cantares, cuando dijo: Miradlo cómo viene con tanta priesa, saltando los montes y traspasando los collados. Semejante es mi amado á la cabra montés y al hijo de los ciervos, segun la ligereza que trae. Esto mismo significó el profeta Isaías cuando dijo: No se entristecerá ni turbará hasta establecer en la tierra juicio y concierto; y su ley esperarán las islas. De aquí nacieron aquellas palabras tan animosas que dijiste: Si diere yo sueño á mis ojos, y dejare siquiera pegar un poquito mis párpados, si tomare algun descanso para mi vida, hasta que halle en la tierra morada y lugar para con los hombres. Esta es la fuente



y origen del amor de Cristo para con los hombres, si lo quieres saber; porque no es causa de este amor la virtud, ni bondad, ni hermosura del hombre, sinó las virtudes de Cristo, su agradecimiento, su gracia y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras tuyas, cuando dijo el juéves de la Cena á sus discípulos: Porque conozca el mundo cuánto yo amo á mi Padre, levantaos y vamos de aquí á donde he de morir por los hombres en la cruz. Mira aquí ahora, alma mía, la causa de este amor tan grande. Tanto más quema el resplandor del sol, cuanto más recios son los rayos que lo hacen reverberar. Los rayos de fuego de este divino sol iban derechos á dar en el corazon de Dios, y de allí reverberaron sobre los hombres. Pues si los rayos son tan derechos, ¿qué tanto quemará su resplandor? No alcanza ningun entendimiento angélico qué tanto arda este fuego, ni hasta dónde llegue su virtud. Quieres, Señor, que te paguemos nosotros este amor con amor, y que amemos en recompensa de aquel amor inmenso con que nos amaste y amas. El amor que nos tuviste y tienes te puso en la cruz; y por ser de nosotros amado te entregaste á la muerte. ¡Oh, mi buen Jesus! que ahora entiendo lo que dijiste: Fuego vine á poner en la tierra, y ¿qué es mi deseo, sinó que arda? Todo te veo abrasado en amor, y con millares de bocas de fuego; y con llagas casi sin número das combate á mi alma, cercada por todas partes de fuego de alquitran, que es tu santísimo amor. No sé como ya no se rinde dándose á partido en las manos de tu divina Majestad, pues no puede ser que muera quien libremente se sujetare en las manos del que es verdadera vida, segun aquello que dijiste á Santa Marta: Yo soy resurreccion y vida. ¿Qué temes, alma mía? ¿Por qué te defiendes de quien es infinito poder? Sera fin encendido de amor es; no temas, sinó ámale, que no pide sinó amor. Si huyes de la vida, ¿qué resta sinó que halles la muerte? Y si temes la muerte, ¿por qué no te das, ofreciéndote á la Vida, Cristo Jesus, en quien (segun dice su Apóstol



---

tienes vida, sér y movimiento? Mira cuán grandemente te amó tu Esposo Jesucristo, y no pares ni descanses hasta convertirte todo en su amor, y seas una brasa encendida en puro fuego de amor, segun eres obligada á querer á quien tan admirablemente te amó.

---



## MEDITACION XVI

*Que este amor de Cristo es sin término*

Es de tal suerte el amor que nos tienes, Señor nuestro, Redentor nuestro y vida de mi alma, y tan altamente nos amas, que no es el término de tu amor solamente hasta la muerte donde llegó, y muerte de cruz, pero pasó más adelante; porque, si como tuviste mandamiento de padecer una muerte, te mandarían sufrir millares de muertes, para todas ellas tenías amor; y si lo que te mandaron padecer por todos los hombres te mandarían hacer por cada uno de ellos, todo eso hicieras por cada uno como por todos; y si como estuviste aquellas tres horas penando en la cruz, fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo, si más tormentos y más tiempo fuera necesario padecer; de manera, Señor, que mucho más amaste que padeciste; y mayor amor te quedaba en las entrañas encerrado que lo que mostraste acá fuera en tus llagas. No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese entre las otras particularidades del templo de Salomon; conviene á saber, que las ventanas de aquel templo eran más rasgadas y abiertas de la parte de dentro que de fuera, y así por de dentro eran mayores de lo que de fuera parecían. ¡Oh, amor divino, y cuánto mayor eres de la parte de dentro de lo que pareces por acá de fuera! Tantas llagas, y tantos azotes, y tan crueles heridas, sin duda nos predicaban grandísimo amor; pero no dice toda la grandeza del amor, porque sin duda mayor era el amor que allá dentro ardía en tu pecho sagrado de lo que parecía por acá fuera. Centellas son esas llagas que salen de ese fuego; rama es esa que procede de ese árbol; arroyo que sale de ese piélago infinito de in-



menso amor. Esta es la señal que puede haber de amor, poner uno la vida por sus amigos: señal y no igualdad.

Pues si tanto te debo, Dios mío y Señor mío, por lo que hiciste por mí, ¿cuánto más te deberé por lo que deseaste hacer? Si tanto es lo público, que ven los ojos de todos, ¿qué tanto más es eso que ven solos los ojos de Dios? ¡Oh, piélago de infinito amor! ¡Oh, abismo sin suelo de amor! ¿Quién dudará, Señor, del amor que nos tienes? ¿Quién no se tendrá por el más rico del mundo, pues de tal Señor es amado? Suplíco-te, Salvador mío, por la entrañas de misericordia que te movieron á darme tal dádiva, que me des ojos y corazón para que yo conozca y sienta esto y me gloríe siempre en tus misericordias y cante todos los días tus alabanzas. Si quieres, pues, ahora, alma mía, descubrir algo de la grandeza del amor de tu Señor y del deseo que tuvo para padecer por tí, ponte á pensar en la grandeza del deseo que los santos tuvieron de padecer por Dios, y por aquí podrás entender algo del deseo que tuvo el Santo de los santos, pues excede tanto en santidad y gracia, cuanto la lumbre del sol á las tinieblas, y mucho más. Mira aquel deseo, que tenían aquellos bienaventurados Padres San Francisco y Santo Domingo, los cuales así deseaban el martirio, como el ciervo las fuentes de las aguas; y pedía el glorioso Santo Domingo que todos los miembros de su cuerpo fuesen cortados, pareciéndole que era poca cosa un martirio solo, deseando para cada miembro un martirio. Mira el deseo del bienaventurado Apóstol San Andrés, que viendo la cruz en que había de morir, se recreaba con ella, como con esposa muy amada, y la rogaba se alegrase con él, como se contentaba con ella. Vengo á otro más alto martirio y otra nueva manera de deseo, que fué el de San Pablo, al cual, pareciéndole poco todos los géneros de tormentos juntos para satisfacer al amor que á Dios tenía, deseó las mismas penas y tormentos del infierno, por la honra de Dios y salud de los hombres. Codiciaba (dice este santo Apóstol) ser anatema de



---

Cristo por mis hermanos. Deseaba en esto ser para siempre apartado de Cristo cuanto á la participacion de la gloria, aunque no cuanto á la gracia y amor de Dios. Toma, pues, ahora, oh alma mía, alas para volar, y sube de este escalon hasta las entrañas y corazon de tu Esposo Jesucristo, y mira que si aqueste Apóstol sagrado, no teniendo sinó sola una gota de gracia, tenía tan grande amor á los hombres, ¿cuánto mayores serán los deseos del Salvador, que es un mar infinito de gracia, pues segun el amor es el deseo? Este, Señor, nos quisiste dar á entender en aquellas palabras, cuando dijiste: De un bautismo tengo de ser bautizado; ¿y cómo vivo en estrechura hasta que llegue su hora? Angustiábase y affigíase, Señor, tu corazon porque era tan grande el deseo que tenías de verte ya por amor de nosotros teñido en tu propia sangre, que cada hora que esto se dilataba te parecía mil años por la grandeza del amor; y de aquí nacía aquella fiesta gloriosa de los Ramos, que quisiste que se te hiciese cuando ibas á padecer, por enseñar al mundo la alegría de tu corazon, pues así, cercado de rosas y flores, quisiste ir al tálamo de la cruz. No parece, Señor, que vas á la cruz, sinó al desposorio, pues es tanta la fiesta que quieres que se te haga en el camino.

---



## MEDITACION XVII

*De la muestra de amor que el Salvador nos dió en su muerte*

Pues salid ahora, hijas de Sion: salid, almas devotas de Jesucristo, y veréis al rey Salomon con la guirnalda, que le corona su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. No hallo, Señor, otra guirnalda, sinó la que hizo tu madre la sinagoga en el viérnes de la cruz, no de hojas ni flores, sinó de crueles espinas, para atormentar tu sagrada cabeza. ¿Pues cómo se llama este día de fiesta y alegría de tu corazón? ¿Por ventura estas espinas no te lastiman? Mas lastiman á tí que á ninguno de los hombres, porque tu delicadeza era mayor; mas por la grandeza del amor que nos tenías no mirabas á tu dolor, sinó á nuestro remedio; no á tus llagas, sinó á la medicina de nuestras almas enfermas. Si al patriarca Jacob los muchos años del trabajoso servicio le parecían pocos días por casar con Raquel, á causa del grande amor que la tenía, ¿que te parecerán á tí tres horas de cruz, y un día de pasión, por desposarte con la Iglesia y hacerla tan hermosa, que no la quede mácula ni ruga? Este amor te hace morir tan de buena gana: éste te embriagó de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado en una cruz, hecho escarnio y oprobio del mundo. Tú eres aquel Noé, que plantaste una viña, y bebiste del vino de ella con tanta abundancia, que embriagado de aqueste poderoso vino de amor, caiste dormido en la cruz y padeciste tales deshonoras en ella que tus mismos hijos se escandalizaron é hicieron burla de tí. ¡Oh, maravilloso amor, que á tal extremo descendiste! Y extraña ceguedad de los hombres, que tomaron ocasion para



descreerte, donde la habían de tomar para más amarte. Dime, oh dulcísimo amor, si sola esta centella que nos mostraste acá fuera, fué tan espantable á los hombres, que ha sido escándalo á los judíos y locura á los gentiles, ¿qué hicieran, si les dieras alguna otra muestra que declarára toda la grandeza de este amor tuyo, pues si sola esta muestra, que es menor que el amor que nos tienes, hace á los hombres malos salir de sus sentidos y perder la vista en medio del resplandor de la luz? ¿Qué haran tus hermanos, hijos y amigos, que tan creído tienen y tan conocido á cuánto más se extiende tu amor? Esto es lo que les hace salir de sí y quedar atónitos, cuando, recogidos en el secreto de su corazón, les descubres estos secretos, y se los das á entender y sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas: de aquí el desear los martirios: de aquí el holgarse con las tribulaciones: de aquí sentir refugio en las parrillas y pasearse sobre las brasas encendidas: de aquí el desear los tormentos como convites, y holgarse con lo que todo el mundo teme, abrazar lo que el mundo aborrece, y buscar las abominaciones de Egipto para sacrificar el alma á Dios. El alma que está desposada contigo, Redentor del mundo, y voluntariamente se junta contigo en el tálamo de la cruz, ninguna cosa tiene por más gloria que traer consigo las injurias del crucificado. ¿Pues cómo te pagaré yo, amor mío, este amor? Esta sola es digna recompensacion, cuando la sangre se recompensa con sangre. Aquella sangre que Moises celebró en la amistad con Dios y su pueblo, confederándole y haciendo pacto con él, la cual era figura de esta, parte se derramó sobre el altar y parte sobre el pueblo: la que caía sobre el altar era para aplacar á Dios, y la que caía sobre las cabezas del pueblo para obligar á los hombres. Dulcísimo Señor, yo conozco esta obligacion; no permitas que yo salga de ella; véame yo con esa sangre teñido y en esa cruz enclavado. ¡Oh, cruz, hacedme lugar y recibe en tí mi cuerpo, y deja al de mí Señor! Ensánchate, corona, para que pueda yo



---

meter mi cabeza. Dejad, clavos, esas manos inocentes, y atravesad mi corazon y llagadlo de compasion y amor. Por amor de esto, dice tu santo Apóstol, moriste, para enseñorearte de vivos y muertos, no con amenazas ni castigos, sinó con obras de amor. Cuéntame entre los que mandares por vivo ó por muerto, y véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor. ¡Oh! ¡cuán maravillosa y excelente manera de pelear has escogido, Señor! porque ya no con diluvio, ni con fuego del cielo, sinó con halagos de paz y de amor has conquistado los hombres; no matando, sinó muriendo; no derramando sangre ajená, sinó dando la tuya propia por nosotros en la cruz. ¡Oh, maravillosa y nueva virtud, pues lo que no hiciste desde el cielo servido de ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones! Tantas son las bocas de fuego, que me dicen que te ame, cuantas llagas veo que tienes por mi amor en ese tu sagrado cuerpo. Cada herida de esas es una lengua, que me da voces que te ame. Bien será, alma mía, que te ocupes en amar al que en todo tiempo y lugar con tan grande amor se ejercitó en buscarte. ¡Oh, grandeza de amor divino! inflama todo mi corazon, para que todo se emplee en tí, no hallando lugar en mí otro adúltero amor. Paraiso de deleites de Dios, y templo de paz de nuestra alma, recíbenos fugitivos y peregrinos en este valle de miserias.

---



## MEDITACION XVIII

*Como la cruz de Cristo enciende nuestras almas en amor*

¡Oh, robador de corazones! Roba, Señor, este mío, pues en la Escritura tienes nombre de robador apresurado y violento. ¿Qué espada será tan fuerte? ¿Qué arco tan recio y bien flechado, que pueda penetrar un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes. Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones. Tú has inflamado á todo el mundo con tu amor, como tu dijiste por un profeta: Con el fuego de mi amor será abrasada toda la tierra. Y en tu Evangelio dijiste: Fuego vine á poner en la tierra; ¿y qué quiero yo sinó que arda?

Bien había entendido la virtud de esta venida y valor de este fuego aquel santo profeta, que daba voces, diciendo: Ojalá rasgases ya los cielos y vinieses, y las aguas arderían con fuego. ¡Oh, dulce fuego! ¡Oh, dulce llama, que así enciendes los corazones, helados más que nieve, y los conviertes en amor! Esta es la causa de tu venida, traer este fuego desde el cielo y llenar el mundo de amor, como lo dijo el profeta: Visitaste la tierra y embriagástela de amor. ¡Oh, amantísimo, suavísimo, hermosísimo y clementísimo Señor! Embriaga nuestros corazones con ese vino, abrásalos con ese fuego y hiérellos con esa saeta de tu amor. ¿Qué le falta á esa tu cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hieres los corazones? La ballesta se hace de madera, y una cuerda estirada y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para disparar la saeta con furia y hacer mayor la herida. Así, estando tu sacratísimo cuerpo extendido en el madero de la cruz como cuerda, y los brazos tan estirados, veo que en la rotura de



ese costado se pone como en nuez la saeta de tu amor, para que de allí salga á herir el corazon. Sepa ahora todo el mundo que yo tengo el corazon herido. ¡Oh, corazon mío! ¿Cómo te guarecerás? No hay remedio alguno que te cure, sinó morir. Cuando yo, mi buen Jesus, veo que de tu costado sale este hierro de lanza ensangrentado, y esa lanza es una saeta de amor que me traspasa, siento que de tal manera hiere mi corazon, que no deja parte en él que no penetre. ¿Qué has querido hacer, amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazon? Vine aquí para curarme, y me has herido; y vine para que me enseñases á vivir, y me haces loco. ¡Oh, dulcísima herida! ¡Oh, sapientísima locura, nunca me vea yo jamas sin tí! No solamente la cruz, pero aún la misma figura que en ella tienes nos llama dulcemente. ¡Oh, amoroso Señor y puro fuego de amor! La cabeza tienes inclinada para oirnos y darnos beso de paz, con la cual convidas á los culpados, siendo tú el ofendido: tienes los brazos tendidos para abrazarnos, las manos agujereadas para darnos tus bienes, el costado abierto para recibirnos en tus entrañas, los piés enclavados para esperarnos y para nunca poderte apartar de nosotros; de manera que mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto ven mis ojos me convida á tu amor. El madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo, y sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y que nunca te olvide. Pues ¿cómo me olvidaré de tí? Si me olvidare de tí ¡oh, buen Jesus! sea echado en olvido de mi mano derecha. Péguese mi lengua á los paladares si no me acordare de tí, y si no te pusiere en principio de mis alegrías. Mira aquí, pues, alma mía, declarada la causa del amor que Cristo te tiene; porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sinó del amor divino y deseo que tiene de hacer su santa voluntad, pues por este mismo camino podrás entender de dónde provienen tantos beneficios y promesas como Dios tiene hechas al hombre, porque de aquí se esfuerce tu esperanza, viendo sobre cuán firmes funda-



mentos está fundada, y como la causa porque Cristo amó al hombre no es el hombre, sinó Dios; así tambien el modo por que Dios tiene prometido tantos beneficios al hombre no es el hombre, sinó Cristo. La causa porque el Hijo nos ama es porque se lo manda su Padre; y la causa por que nos favorece el Padre es porque se lo pide y merece el Hijo. Estos son aquellos sobrecelestiales planetas, por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la gloria y se envían todas las influencias de gracias al mundo. ¿Ves cuán firmes son los estribos de amor? No lo son ménos los de nuestra esperanza. Tú nos amas, Redentor nuestro, porque tu Padre me lo manda; y tu Padre nos perdona porque tú se lo suplicas. De mirar tú su corazon y voluntad resulta que me ames á mí, porque así lo pide tu obediencia; y de mirar Él tus pasiones y heridas procede mi perdon y salud, porque así lo piden tus méritos. Miraos siempre, Padre é Hijo, miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud. ¡Oh, vista de soberana virtud! ¡Oh, aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece, yo seré amado; y si el Padre mira, yo seré perdonado. A un suspiro que dió aquella doncella, llamada Axa, ante su padre, Caleb, la dió el padre piadoso todo cuanto le pidió. Pues ¿qué podrá negar tal Padre á los suspiros y lágrimas de tal Hijo? ¿Cuándo, Redentor mío, olerá tan mal el cieno de mis pecados, que no huela más suavemente el sacrificio de tu pasion? Es tan grande la hermosura de tu pasion sagrada, que todos los pecados del mundo juntos no son más parte para afearla que un lunarico muy pequeño en un rostro de grande hermosura y belleza. Pues ¡oh alma flaca y desconfiada, que en tus angustias no sabes confiar en Dios! ¿por qué te acobardan tus culpas y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en tí, sinó en Cristo; porque si el demérito del primer hombre terreno fué principio de tu caida,



---

el mérito del segundo celestial fué principio y fin de tu remedio. Trabaja por estar unida con éste por fe y amor, así como lo estás con el otro por vínculo de parentesco, porque si lo estuvieres, así como por el parentesco participas la culpa del transgresor, así por el deudo espiritual comunicarás la gracia de Cristo. Si con Él estuvieres de esta manera unida, cree cierto que lo que fuere de Él será de tí; y lo que fuere del Padre será de los hijos; y lo que fuere de la cabeza, eso será de los miembros; y, como dice el Evangelio, donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas. Esto es lo que en figura de este misterio dijo el rey David á un hombre temeroso y turbado: Júntate conmigo, que lo que será de mí será de tí; y conmigo serás guardado. No mires á tus fuerzas, que te harán desmayar, sinó mira á este tu Remediador y tomarás esfuerzo. Si pasando el río te se desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, levanta los ojos en alto y mira los merecimientos del Crucificado, y pasarás segura. Si crees de veras que el Padre te dió á su Hijo, cree tambien que te dará lo demas, pues todo es ménos. No juzgues, alma mía, que porque subió á los cielos te tiene olvidada, pues no se pueden compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda te dejó cuando subió allá, que fué el palio de su carne preciosa en memoria de su pasion y amor. Mira que no solamente viviendo padeció por tí, mas áun despues de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fué la lanzada en el costado, para que sepas que en vida y en muerte es tu amigo verdadero; y para que entiendas tambien por aquí que cuando dijo, al tiempo de espirar, acabado es, que aunque se acabaron sus dolores, no se acabó su amor. Jesucristo (dice San Pablo) ayer fué y hoy es tambien y será en todos los siglos; porque cual fué en este siglo mientras vivió para los que le querían, es ahora y será para siempre para todos los que le buscaren.

---



## MEDITACION XIX

*Como Dios ha de ser amado, por ser nuestro bienhechor*

Si, como dice un sabio gentil, no podemos pagar á los dioses ni á los padres, que nos dan solamente esta casa de alquiler en que mora el alma, ¿cuánto te debo, verdadero Dios y único Señor mío, pues me diste alma, cuerpo y todo cuanto yo soy? Con las cuerdas de Adan dices que me traerás y con ataduras de amor. Estos cordeles son las mercedes que hiciste á Adan y á sus hijos. Dices en esto que harás tales obras al hombre, que lo traerás á tí. Si el amar es querer bien para el amado, tanto decimos que amas á uno cuanto mayores bienes le comunicas; y si al que más amas haces más bien, si yo quisiera entrar en cuenta contigo, y sumar los bienes que de tu mano he recibido, faltará el tiempo y primero se acabará la vida que se acabe tan larga cuenta. Cuantos miembros tengo en mi cuerpo, tantos beneficios hallo, por los cuales debo amarte. Si uno perdiese un ojo, ¿qué tanto amaría al que se lo restituyese? Si uno mereciese perder sus ojos, ¿cuánto amaría al que se los conservase? No ménos debo yo amar al que me dió los ojos y me los conserva, pues muchas veces, usando mal de ellos, merecí perderlos. Esto mismo considero de los otros miembros; y ¿cuánto más sería obligado á amar al que siendo muerto me resucitase? ¡Oh, Hacedor de mi vida, Restaurador y Conservador de ella! ¿qué hay en mí que no haya recibido de tí? Y si tanto es justo que te ame por el cuerpo y vida que me diste, ¿por qué no te amaré, y mucho más, por el alma racional que en mí criaste, pues sin comparacion es más prestante y excelente que este nuestro cuerpo mortal y corruptible? Y si esta mi alma perdiese el uso de la razon, ¿cuánto amaría yo al que



se lo restituyese? Mucho, pues, te debo amar, pues me diste uso de razon, alma, cuerpo y vida, y conservas esta union, mereciendo muchas veces la muerte por mis pecados.

Levanta, pues, alma mía, todos tus pensamientos á este inefable amor de tu Dios. Ninguna cosa hay más justa, más útil y más saludable, ni dulce, que amar el hombre á Aquel de quien recibió todo el sér y conservacion que tiene. Si no puedes, alma mía, conocer qué tal sea Aquel que tanto te ama, considera siquiera las arras que te dió de amor. En los dones que tienes contigo conocerás con cuánto afecto y con cuánto cuidado y diligencia lo debes amar. Insignes son sus arras, y nobles sus dones, porque al grande no conviene dar cosas pequeñas. Abre tus ojos y mira al universo cielo, tierra, aire, todos los elementos y criaturas, que todos te sirven. Recibes el beneficio y no conoces á quien te le da. Pues si quiero, Señor, poner mis ojos en el tratamiento que me haces, véote, Dios mío, tan ocupado en hacerme mercedes, que parece que, olvidado de todos los demas, te ocupas solamente conmigo, y que de mí solo tienes cuidado. Tú siempre fuiste para mí solaz en mis adversidades, y guarda en mi prosperidad. A donde quiera que me volvía, me precedía tu gracia y misericordia; y cuando estaba á punto de perderme, me libraste. Cuando iba errado, me volviste al camino; cuando ignoraba, me enseñaste; cuando pecaba, me corregiste; cuando estaba triste, me consolaste; cuando caí, me levantaste; y estando en pié, me tuviste. Tú me diste que verdaderamente te conociese; que puramente te amase; que sinceramente te creyese, y ardientemente te siguiese. ¡Oh, Dios de mi corazon, dulzura de mi vida y lumbre de mis ojos! ¿Quieres que te ame? ¿Cómo te amaré, y quién soy yo para amarte? ¿Cómo no amaré á tan noble bienhechor, viéndome tan cercado de sus dones? Cuando el virtuoso mancebo José fué en Egipto requerido de su deshonestá señora, acordándose de los beneficios que de su señor había recibido, respondiólá, diciendo: Mi señor me ha en-



tregado todas las cosas de su casa, excepto á tí, que eres su mujer. ¿Pues cómo podré yo pecar contra mi señor? No sólo dijo cómo querré ofender á mi señor, sinó cómo podré; porque le parecía que no era posible injuriar á quien tanto debía. Pues ¿cómo podré yo ofender á tí, mi Dios, de cuyas magníficas manos he recibido tantos bienes? Aunque mi perversa voluntad, con su libertad y señorío, te quisiese desamar, yo no sé cómo será posible que pueda ofender á quien está tan obligada. Si Putifar entregó á José su casa, no le hizo señor de toda ella, pues algo reservó para sí, como él mismo lo dijo. Pero tú, Señor mío, ¿qué tienes, que no me hayas dado? Dándote á tí mismo, me diste contigo todos los bienes; y ¿qué tengo yo que no lo haya recibido de tí? Así me fuerza á amarte la memoria de tan innumerables y altos beneficios, que aunque quiera dejar de amar, no podré jamas acabar conmigo. La pascua del Cordero, que mandabas celebrar á los judíos, y todas las otras fiestas, servían de encomendarles la memoria de los beneficios que habían recibido de tu mano. La Pascua era memoria de la salida de Egipto; el ofrecerte los primogénitos era memoria de los primogénitos de sus enemigos, que mataste en Egipto; el maná, que mandaste guardar en el Arca del Testamento, fué (como tú mismo lo dices) en memoria del mantenimiento con que sustentaste á tu pueblo cuarenta años en el desierto; y las doce piedras que sacó Josué del Jordán era para que se acordasen para siempre los hijos de Israel del beneficio que recibieron, mandando parar á las aguas de aquel río, para que tu pueblo pasase á pié enjuto. En esto, y en la fiesta de las cabañas, y en todas las otras fiestas y memorias que mandabas celebrar, no pretendías otra cosa sinó hacer á los israelitas que no se olvidasen de las mercedes que les hiciste, porque la memoria de tan soberanos beneficios despertase sus voluntades al amor de tan grande bienhechor. Cuando en el Deuteronomio mandaste que te amásemos, ántes que pusieses aquel precepto, dijiste á tu pueblo: Yo soy el Señor Dios



---

tuyo, que te saqué de tierra de Egipto. Pusíteles delante de los ojos la obligacion que tenían de amarte, trayéndoles á la memoria el beneficio recibido. Todos tus dones proceden de amor; y así quieres obligarnos con las mercedes que nos haces á que te amemos, pues tantas razones hay para ser de nosotros amado.

---



## MEDITACION XX

*Que Dios ha de ser amado por los beneficios que nos hace*

Si dádivas quebrantan peñas, más duro que peña eres, corazón mío, si no te derrites en el amor de tu Señor, viéndote tan obligado con la multitud de mercedes que de su mano recibiste y recibes cada hora. Los perros y todos los otros brutos irracionales aman á su bienhechor, y reconocen y agradecen el bien que se les hace. Pues ¿por qué yo, siendo criatura racional, y criado á tu imágen y semejanza, seré peor que las bestias, no amando continuamente á tí, mi Dios y Señor, pues nunca cesas de obligarme con nuevos y singulares dones? Quéjaste, Señor, de esta ingratitud y desconocimiento de los hombres, diciendo por tu profeta Isaías: Conoció el buey á su poseedor, y la bestia el pesebre de su Señor; é Israel no me conoció, y no entendió mi pueblo. Como sea natural á toda criatura viviente amarse á sí misma, y pretender su conservación y sér, así le es muy propio amar á quien le hace bien; y por ser esto cosa muy natural al hombre, dice el Apóstol que el que hace buenas obras al enemigo pone carbones de fuego sobre su cabeza para encenderlo en su amor. Así leemos en la Escritura haberlo hecho dos veces David con su cruel enemigo y perseguidor Saul, al cual con buenas obras convirtió en amor. ¡Oh, perverso y duro corazón mío! ¿Qué obstinación es esta tan grande, pues tan innumerables beneficios de tu Dios no te ablandan y derriten en su amor? ¡Oh, clemencia y obras de David, y cuán atras quedáis, si con las de este Señor se comparan! Todo cuanto, Señor, me diste, fué por obligarme á amarte, y porque te diese mi amor. Servíteme, siendo tú Rey del cielo y Señor de los ángeles, por solicitarme,



para que te pague amor con amor. ¡Oh, Señor Dios mío y todo mi bien, y cuánto has hecho por ser amado de nosotros, miserables pecadores! Si me dieras licencia para amarte, era muy grande el favor y merced que me hacías, siendo tú quien eres, Majestad infinita, y siendo yo quien soy, gusano de la tierra. Cuanto más que no sólo no te desdeñas de ser amado de mí, mas aún solicitas mi amor con muchedumbre de dones: tanta es tu bondad y clemencia. Criástemme por amor, que si no me amaras no me criaras. La causa de todas las cosas es tu voluntad; y si á mí me criaste es porque quisiste; y si al otro no criaste fué porque no quisiste; y no sólo tuviste entrañable amor en criarme, pero excesivo en redimirme. Aunque te debo amar porque me hiciste, tambien excesivamente te debo amar porque me diste nuevo sér, redimiéndome, cuando estaba perdido. Quedando reducido por el pecado á vil sér, y condenado para fuego eterno, tú me tornaste á reformar de nuevo por vía de rescate, para el cual no enviaste un ángel, ni un serafin, ni espíritu celestial, sinó á tu propio Unigénito Hijo coeterno, consubstancial é igual á tí. ¡Oh, admirable ardor de caridad! ¡Oh, maravillosa piedad, y extraño caso de amor, que por redimir al siervo enviaste á tu Hijo natural para morir; y por vivificar un gusanillo de tierra, formado de barro, bajó el Hijo de Dios desde el cielo á tomar la muerte! ¿Quién causa esto? El grande amor que tuvo á nosotros y á nuestra naturaleza. Más amaste á mí que á tu vida temporal, pues quisiste morir por mí. ¿Parécete, pues, alma mía, que debes amar á quien tanto te ama? ¿Parécete que debes tributo de amor á quien ántes que fueses te amó? Justo es que pagues á tu Dios esta deuda tan debida. Preguntaría yo, Señor, á tu divina Majestad, si osase, y si no fuese en mi perjuicio: ¿Por qué amas, Señor, una cosa tan vil, y una criatura tan inútil como el hombre? Acaece tener un señor un esclavo muy feo y abominable, á quien ama mucho su señor: y si preguntamos á este señor por qué pone su amor en cosa tan dis-



forme, responderá que le tiene amor porque es de él amado, y le sirve con mucho cuidado y diligencia; y alegará algunas cosas que ha hecho por él. ¡Oh, Señor! ¿callaré ó hablaré? Verdaderamente yo callaría, si la justa razon no me forzase á hablar. Amas, Señor, á este siervo miserable, afeado con mil máculas de pecados; y siendo tú quien eres, y siendo él quien es, no menosprecias su bajeza, ni te desdeñas de emplear joya tan rica como tu santo amor en cosa tan vil. ¿Ámasle, por ventura, por lo que ha hecho por tí? ¿Ámasle porque te amaba él primero, ó por sus diligentes y fervientes servicios? ¡Oh, soberana bondad y caridad infinita de mi Dios, pues tan de balde, solamente por quien tú eres, tan altamente nos amaste, y con tantas y tan excelentes obras nos mostraste y muestras el estupendo amor que nos tienes! Y tú, alma mía, pues amas á un etiope, porque te ama y ha hecho algo por tí, ¿por qué no amas á tu Esposo Jesucristo, pues se anticipó en amarte, y puso la vida por tí? Como entre los dones de tu Dios el menor de todos será este mundo, ¿qué tan grande piensas que será el mayor don de todos, pues este, que es el menor, es tan grande? Quien dijo dádivas dijo obligaciones, porque á los bienhechores tenemos obligacion.

Quieren los hombres que no sólo les agradezcan el bien que hacen cuando están haciendo algun beneficio, mas áun tambien piden agradecimiento por las buenas obras que hicieron, las cuales quieren que sean siempre tenidas en la memoria, y que pasando los dones no pasa la obligacion de la deuda. ¡Oh, bonísimo y magnificentísimo Señor! ¡cuán grande es tu bondad y misericordia, pues te contentas con que te amemos, siquiera cuando actualmente nos estás haciendo bien! Entónces, alma mía, ama á tu Dios cuando te enviare dones desde el cielo; y pues estas prendas de amor recibes en todo tiempo de su liberalísima mano, justo es por cierto que en todo tiempo ames á tan magnífico y noble bienhechor. Amale á lo ménos cuando te está haciendo bien; y pues siempre



hace esto, siempre debes amarle. Todos los géneros de beneficios, que son tres, sumó el santo rey David, cuando dijo en el salmo: Conviértete, alma mía, á tu holganza, porque el Señor te hizo bien. Libró mi alma de la muerte; mis ojos de las lágrimas; y mis piés de caída. Todos los bienes que recibimos de alguno son en tres maneras; conviene á saber, bienes dados, males de que nos libró y bienes prometidos. Los dones que recibió de Dios tocó el salmista cuando dijo á su alma que se volviese á Dios por los bienes que recibió de Él. Trató del segundo género de mercedes cuando dijo que libró su alma de la muerte y sus ojos de las lágrimas. Buena obra nos hace el que nos libra de algun mal ántes que caigamos en él, avisándonos del peligro. Habló de los bienes prometidos, diciendo que libró su alma de la caída, prometiéndole la gloria y bienaventuranza eterna, donde confirmados en gracia, veremos á Dios, libres de resbalar y caer en culpas y pecados; y por más incitar á su alma, para que se convirtiese á su Dios, llama al Señor su holganza y descanso, donde se recreará y descansará de los trabajos y miserias que padece sirviendo al mundo y á sus pasiones y apetitos. Justo, pues, es, alma mía, que te conviertas á Dios, que es holganza y refrigerio tuyo, de quien tantos bienes has recibido y recibes cada punto; pues sin los dones, que te dió, te sacó de pecados y te libró del infierno y te ha prometido bienes celestiales. Estos tres géneros de beneficios debes contemplar, discurriendo por los pasos de tu vida y sacándolos de tu memoria, conociéndolos el entendimiento y representándolos á la voluntad, para que, inflamada en el amor de tan magnífico bienhechor, le ames y sirvas, segun la obligacion que tienes. Sobre estos dos versos del salmo hallarás larga materia que contemplar cerca de las innumerables mercedes que de tu Dios recibiste: de suerte que ya que no quieres amar á tu Criador, por ser sumo bien, bondad infinita y hermosura celestial, le ames, aunque no quieras, por los bienes que te hace.



## MEDITACION XXI

*Que Dios ha de ser amado, por ser holganza nuestra*

Conviértete, alma mía, á tu holganza, dice á Dios el real Profeta. Si es á todo hombre cosa muy natural amar su bien y descanso, debes, pues, ahora, corazon mío, dar de mano á las cosas de este mundo y negocios del siglo. que estorban é inquietan, y recogiendo tus pensamientos, volverte á Dios y poner todo cuidado con Él. ¡Oh! ¡cuánto descanso y quietud hallarás, si de veras, cerrando la puerta á todo otro cuidado, te pusieres en las manos de tu Esposo Jesucristo! Aquí se enjugarán tus lágrimas: aquí cesarán las quejas que tienes de los hombres, que tantó te desasosiegan: aquí se acabarán todas tus tristezas, enojos y trabajos, y hallarás paz interior, alegría de corazon y paraíso encima de la tierra. Muchas molestias padeces, andando derramada y distraida por las cosas exteriores, y deseando holganza, no la quieres, pudiendo hallarla á pié quedo. La paloma de Noé no halló donde reposar fuera del arca, y así la necesidad la compelió á volver á ella. No hallarás, paloma mía, descanso fuera de las manos del verdadero Noé, Jesucristo: por eso vuélvete á Él, en quien consiste tu holganza. Buscando descanso dejas á tu Dios, al cual por fuerza has de volver, si quieres hallar lo que buscas. Al mismo á quien ofendiste has de volver, aunque no quieras, como lo hizo el hijo pródigo. Huye Jonas de Dios, y en apartándose de Él no halla sinó tormenta y tempestad en el mar; pero convirtiéndose y volviendo al que dejó, halló descanso y puerto seguro. Vase Agar de casa de su señor, Abrahan, y anda por el desierto perdida y muerta de sed; pero mándala el ángel que vuelva á casa de Abrahan, donde tiene vida y



regalo. Quita, pues, alma mía, este bien y el otro bien; vuélvete para Aquel que es verdadero bien. No quieras amar este ó aquel bien; conviene á saber, el finito y limitado bien; mas ama el bien infinito y sin límites. Nos busques esta ó aquella dulzura mas busca y ama á aquella dulzura ; que por sí subsiste. No ames esta ó aquella hermosura; mas á la misma hermosura, no á aquel ó á este bien, sinó al sumo Bien. Si quieres dulzura y delectacion no la busques en frutas, ni en panales, ni en pan, ni en carne, ni en otro manjar alguno, ni en otra particular naturaleza; mas busca á la misma delectacion y á la misma dulzura que por sí subsiste y de nadie depende, que de ninguna cosa es dulzura; mas tan solamente es dulzura, y toda dulzura; y por semejante manera, si buscas hermosura no la busques en el sol, ni en la luna, ni en las estrellas, ni en el hombre, ni en los cielos, ni en las vestiduras, ni en el oro, ni en la plata, ni piedras preciosas; mas busca á la misma hermosura, porque no es hermosura de esto, ni aquello, sinó la misma pura hermosura, que no es naturaleza mezclada, sinó todo es sér hermoso; y esta dulzura, bondad y pura hermosura necesario es que sea infinita é ilimitada. ¡Oh! ¡cómo nos hartará la misma hartura, y cómo te holgarás, alma mía, con la misma holganza! ¿Quién podrá decir, aunque tuviese cien lenguas y otras tantas bocas, cuán sabroso sea el mismo sabor, y cuán delectable la misma delectacion? ¡Oh! ¡cómo me alegrará la misma alegría, y cómo nos llenará de todo bien el mismo cumplimiento de toda bondad! Si el panal es dulce por la dulzura que está en él, ¿cuánto más dulce será la misma dulzura? Si sabe el pan por el sabor, que está mezclado, ¿cuánto más sabrá el mismo sabor? Si deleita el oro por la hermosura, que en él labró el artífice, ¿cuánto más deleitará la misma hermosura? Jáctese quien quisiere y diga que trabajó desde la mañana, llevando el peso del día y del estío; y alábese el otro, diciendo que no es como los otros hombres y que ayuna dos días cada semana; pero á



---

mí muy bueno es, Señor llegarme á tí y poner en tí mi esperanza. Confíen otros en sus ciencias y sutileza de ingenio y en nobleza de sangre y en dignidades, honras y vanidades de este siglo; mas yo todo esto tuve por estiércol, porque tú, Señor, eres mi esperanza y mi refugio muy alto. Pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas; pero yo confío en tu palabra, por amor de la cual desprecié todas las cosas. Tú dices que busquemos primero el reino de Dios y que nos serán dadas todas las otras cosas. Para tí es dejado el pobre, y tú serás ayudador del huérfano. Si se levantara contra mí batalla, en tí solo esperaré, porque tú, Señor, eres mi holganza, refugio mío y único bien mío. Pues ¡oh alma mía! quita este bien y aquel bien y goza del mismo bien; conviene á saber, de la misma subsistente sustancia de la bondad, de la cual y por la cual es bueno todo lo que es bueno. Esta es la que promete y da tu Dios á sus amigos y escogidos, no premiándolos con algun bien, sinó con el mismo bien y con la misma bondad. De aquí es, que como Abrahan preguntase á Dios lo que le había de dar por sus trabajos le fué respondido: ¡Oh, Abrahan! te he de dar todo mi bien. Este ha de ser el jornal de tu obra y este el galardón de tu trabajo. Conviértete, pues, según consejo del salmista, á tu holganza: vuélvete para tu Dios y Señor, porque en Él solo hallarás en suma perfección todo lo que andas mendigando por las miserables y pobres criaturas. Ama siquiera á tu Dios por tu descanso y provecho, pues en Él solo está tu verdadera holganza.

---



## MEDITACION XXII

*Del beneficio que nos hizo Dios en darnos á su Hijo.*

Entre los innumerables beneficios que de tus magníficas manos recibimos, Dios nuestro y Señor nuestro, el que tiene el primado y donde más claramente mostraste el inmenso amor que nos tienes, es en darnos á tu unigénito Hijo; porque, como dice tu santo Apóstol, el que nos dió á su Hijo, ¿cómo con él no nos dará todas las otras cosas? ¿Cómo nos negará lo que le pidiéremos el que tan liberalmente se dió á sí mismo, y con él todos los bienes? Y si los beneficios recibidos obligan á amar al bienhechor, comenzando á contar las mercedes á mí hechas (si es posible contarse lo que no tiene cuento ni número), comenzaré á considerar lo mucho que me diste por ser amado de mí, pues te diste á tí mismo por mí, procediendo este don de puro amor, segun aquello que tú mismo dijiste á Nicodemus: Tanto amó Dios al mundo, que le dió á su unigénito Hijo. Este es el sumo bien, infinito bien, y divinísimo, que nos quisiste, dándonos á tu Hijo en testimonio y muestra del inefable amor con que nos amas. El medio y la fuente manantial de infinitas gracias fué la encarnacion de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, ordenando que se hiciese hombre en nuestra carne mortal y pasible. Esta leccion tengo yo de leer con aquellos ojos y con aquella consideracion que Moises vió la zarza llena de fuego, en la cual se dibujó la obra de este misterio; porque así como se mostró el fuego entre las espinas de la zarza sin quemarla ni consumirla, así juntaste á la divina persona de tu Hijo nuestra humanidad, sin consumirla, donde ardía el fuego de tu infinito amor. En fuego fué tambien manifestada esta admirable obra



á Ezequiel, porque en medio del fuego vió una figura de electro, que es oro finísimo de veinte quilates, por la gloria y excelencia de nuestra humanidad, la cual resplandeció con maravillosas virtudes y milagros, y fué ensalzada sobre todo lo criado. En fuego y en medio de él se manifiesta este misterio, porque mana esta divina obra de aquel divino fuego de amor que nos tuviste; y así la tengo de considerar y tengo de llegar á ella como á fuego para recibir calor de divino amor, que venza la frialdad de mi corazón. Cuanto voy mas adentro de esta leccion, tanto más me voy acercando al fuego, por lo cual más debería crecer tu santo amor en mi pecho, para arder en vivas llamas de fuego de amor. Aquí descansaré y parará mi corazón, sin pasar adelante, sacando riquezas divinas, hasta llegar al fin de mis deseos. La primera brasa de amor que aquí se me da es ver el tiempo en que se prometió al hombre esta merced, y el fin por que se le concede. Entre otras muchas revelaciones hechas á los santos profetas, que declaraban que nos habías tú, Señor, de dar á tu unigénito Hijo, una de las más principales es aquella que dijo Isaías, cuando fué al rey Achaz. Fué puesto en grande angustia aquel impiísimo rey y á punto de ser destruida Jerusalem, ya queriendo tú librarle, enviástele al profeta Isaías con embajada de tanto bien, y para que estuviese seguro de la promesa divina, le dió el profeta eleccion que escogiese cualquier señal en el cielo ó en la tierra, la cual cumplida, conociese que verdaderamente lo librarías, así como el profeta se lo decía, y perdiese todo el miedo que tenía. Entendió el mal rey que si pidiese algun milagro en el cielo, como que se detuviese el sol, ó volviese atras, ó en los infiernos, como que resucitasen algunos muertos, ó se abriese la tierra, que sería Dios glorificado, y se convertiría á él su pueblo y le adorarían como á verdadero Señor; y no queriendo esto, mas procurando estorbarlo, quiso quedarse en su temor y peligro, y no pedir señal alguna ni milagro. Levantó entónces Isaías su voz, y lleno



del celo de la honra de Dios, dijo: En poco tenéis ser enojosos á los siervos de Dios, dándoles cárceles, tormentos y muertes; ¿y no basta esto, sinó que tambien á Dios en su propia persona y honra habéis de ser enemigos y contrarios, estorbando el testimonio de su divinidad? Por esto os dará el Señor una señal, en que se glorificará y magnificará mucho más de lo que este pueblo le podía dar de honra y alabanza, convirtiéndose á él. *Ecce*: Atended y mirad que una vírgen concebirá, y parirá un Hijo, que se llamará Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros. ¡Oh, admirable palabra esta, que dice por lo cual! ¿Qué es este por lo cual? ¿Por qué se ha de hacer Dios hombre? Porque el hombre no quiere su honra y gloria, y procura estorbarla áun con peligro de su vida. Por amor de esto le quieres tú, mi Dios, dar el mayor de los dones, y hacerle el mayor que pudo el hombre recibir; conviene á saber, dándole á tu unigénito Hijo hecho hombre verdadero. ¿De dónde procede, Señor, esta grande magnificencia que usas con el mundo, sinó de aquella infinita caridad y amor tuyo, pues el mayor de los dones se promete y declara en tanta fealdad de culpa? ¿Qué razon fuera que dijera el profeta, despues de haber querido el hombre embarazar y estorbar la honra de Dios? Por cierto muy justo fuera que mandara que se abriera la tierra y descendieran vivos al infierno los obradores de tanta maldad, y no se hace esto; mas promete que se abrirán los cielos, y que descenderá Dios vivo en la tierra, y se hará verdadero hombre. De manera que si consideras, alma mía, la encarnacion de tu esposo Jesucristo, revelada por Isaías, y la contemplas tambien en aquel primer punto, que el primer hombre ofende á su Criador, la hallarás siempre en medio del fuego de amor. Ofende Adan á la divina Majestad, y nosotros con él. Estórbase la honra y gloria divina, que tanto se había de magnificar en la vida de los hombres, y su traslacion al paraiso de su reino, sin que muriéramos. Entonces no trata Dios de nuestra condena-



cion; mas visto que se estorbaba el consejo de su amor acerca de los que se habían de salvar, ofrece el Padre Eterno á su Hijo. Considera que dice Dios Padre en el punto que peca Adan: Pues se pone estorbo á la gloria de los míos, que tanto amo, yo ofrezco á mi Hijo unigénito, para que muera y pague este pecado y todos los demás. Había de hacerse hombre, como convenía á la honra del unigénito del Padre, inmortal é impasible; mas yo le doy para que vaya en forma de siervo, semejante á la que sus hermanos tienen, para que muera y sean salvos.

---



## MEDITACION XXIII

*Del amor que Dios nos tuvo dándonos á su Hijo*

Queriendo declarar al mundo el grande amor que nos tuviste ¡oh, clementísimo y piadoso Señor! escribe tu evangelista San Juan, que tanto le amaste, que le diste á tu unigénito Hijo. La causa de haber hecho al mundo tan singular merced, no fué otra sinó el grande amor que le tuviste, pues el amor hizo que le dieses á tu Hijo. Si miramos quién ama, hallaremos que dice que eres tú, mi Dios, y á quien amas es al mundo, y lo que le das en testimonio del amor que le tienes, es á tu unigénito Hijo. El que ama eres tú, Señor, que eres Dios, sumo bien, bondad infinita, incomprendible, inefable y omnipotente, cuyo centro está en todo lugar, y la circunferencia, ó fin, en ninguna parte. Pues tú, Señor, que eres sin principio y sin fin, que no procedes de nadie, y de quien todas las cosas dependen y reciben su sér, amas al mundo. Si dijera el evangelista que amabas á los ángeles, no fuera mucho, pues de ellos dice el profeta que son tus ministros y siervos que hacen tu voluntad. Si dijera que amas á los varones justos, pues guardan tus mandamientos, no nos maravilláramos de ello; pero pone grande admiracion que pongas tus ojos en el mundo rebelde, transgresor de tus preceptos, y que ames al mundo, traspasador de tus divinos mandamientos; pues el que ama es Dios, y el amado es el mundo. Mirad la diferencia y desigualdad que hay del uno al otro, de Dios al mundo y del mundo á Dios. Tanto te allanaste, Señor, en poner tu amor en tu criatura, que fuera de ser desiguales en cualidad de nobleza (y por esto no merecedora de este amor), era por otra parte indigna de él, por ser mala por su culpa; porque



quien dice mundo dice flaqueza y pecado, y esto significa en la Escritura mundo; y quien dice pecado, dice pecadores; y quien dice pecadores, dice enemigos Dios; y quien dice enemigos de Dios, dice dignos del infierno; y así, y aunque aborrece los pecados, ama á los pecadores. ¡Oh, extraño y estupendo caso de amor, que ame Dios, siendo quien es, al mundo tal cual es! Pues siendo tú, mi Dios, tal, y tan grande, es tanta tu bondad, que no te desdeñas de amar al mundo perdido, y de darle á tu unigénito Hijo, en señal del inmenso amor que le tienes. Esto sentía tu santo Apóstol, cuando dijo, escribiendo á los romanos: Engrandece Dios su caridad, pues siendo pecadores quiso morir por nosotros. Engrandeces tu amor en amar á los hombres; y no tanto en esto cuanto en amarlos y en morir por ellos, siendo pecadores y enemigos tuyos. Tanto nos quiso Dios, siendo nosotros sus enemigos, que entregó á su Hijo á la muerte por nuestra redencion y rescate. Si miramos la cantidad de este amor, no se puede decir. Tanto (dice San Juan) amó Dios al mundo. ¿Qué tanto? No hay quien pueda decir el cuánto de este tanto. Inefable es por cierto la cantidad de este amor, y así no tuvo palabras para decirlo, por ser sin término ni medida.

Cuando alguna cosa es tan grande que no se pueda dar á entender con palabras, acostumbra la Escritura decirla por esta palabra, *así*. El grande dolor que la Virgen sagrada pasó en los tres días que perdió á su unigénito Hijo, manifestó por esta palabra *así*, cuando dijo: Hijo, ¿por qué lo hiciste con nosotros *así*? El cansancio que el Señor tenía, cuando fatigado del camino se sentó en la fuente cerca de Sichen y vino á Él aquella mujer samaritana, escribió el evangelista, diciendo: Fatigado del camino, sentóse *así* junto la fuente. A la grande virtud divina que mostró el Redentor, cuando en la cruz con grande voz dió el alma, explicó San Márcos, diciendo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios. ¡Oh, amor mayor que el cielo, la tierra y cuanto Dios tiene criado,



pues todo es cifra en comparacion de este amor! Aquel amor soberano, aquel piélago infinito y profundísimo mar de amor con que nos amaste incluyó el evangelista en esta palabra, *así*: Así lo amó. Tanto lo amó y tanto lo quiso, que no hay quien diga la cantidad de este amor por que *así* lo amó, que ninguno puede decir ni imaginar la grandeza de este amor. Y para declarar el evangelista el grande amor que tú, mi Dios, tuviste al mundo, mide el amor con el don que nos hiciste, el cual fué tan grande, que no hay peso ni medida que lo pueda pesar ni medir. Nos diste á tu unigénito Hijo; este don es igual contigo y tus deleites y substancia, sér, bondad y riquezas tuyas; y tan grande fué el don, que fué el mismo Dios. Tan grande, pues, fué el amor como el don. Amaste, Señor, al mundo con amor, que era Dios. Nos amas, Señor, como á tu unigénito Hijo, pues nos le diste por amor. ¿Quién, pues, es el hombre, para que tanto le ames? ¿Qué cosa es el hombre, pues tanto lo engrandeces y pones cerca de tu corazon? Toda carne es heno y toda su gloria como la flor del campo y semejante á vanidad; y con todo esto aún no acaba el mísero hombre de ofender á su Dios, siendo Dios quien es y Él quien veis. Porque no entendiese alguno que nos amabas con sólo el corazon y con solas palabras, mostró el evangelista el infinito amor que nos tenías, diciendo que diste á tu unigénito Hijo al mundo. Hiciste por el mundo todo cuanto pudiste hacer y dístele cuanto le pudiste dar. Muchos servicios te hizo Abrahan, pues dejó su tierra y parientes, y como dice tu Apóstol, creyó con esperanza y contra esperanza que podía concebir Sara; pero con todo esto, cuando ofreció á su hijo en sacrificio, así le agradeciste este servicio, que parecía olvidarte de todos los pasados, y le dijiste: Ahora conozco que temes á Dios, pues no perdonaste á tu hijo unigénito por amor de mí. Muy bien te había servido Abrahan ántes de ahora; pero ahora dices que conoces su bondad, pues puso al degolladero á su unigénito hijo por amor de tí, porque todo lo pasado no



---

llegó á tan grande testimonio de amor como entregar á su hijo á la muerte por tí. ¡Oh, amador de nuestras almas, Dios mío y dulzura de mi vida, que ahora, mi Dios, conozco lo mucho que me amas, pues no perdonaste á tu unigénito Hijo por amor de mí! Considera, pues, alma mía, si son estas verdaderas señales y muy ciertas prendas del amor infinito que tu Dios te tiene. ¡Oh, largueza y liberalidad de Dios, pues un Hijo que tenía, y ése tan querido, lo da Dios al mundo, y no lo da prestado, sinó dado! Así dijo el profeta Isaías, hablando del tiempo en que nos fué dado en su nacimiento: Un Niño nos es nacido y un Hijo nos es dado, y en la muerte se dió Dios al hombre, para que haga de Él el hombre lo que quisiere. Esto es lo que dijo San Lúcas, que el presidente Pilátos, despues de haber determinado dar la muerte al Autor de la vida, que lo dió á la voluntad de sus enemigos para que hiciesen de Él lo que quisiesen. Mira, hombre, que tan señor eres de Dios como de cosa propia tuya, y Él es tuyo y está tan rendido á tí, que áun morir no quiere si no alcanza licencia tuya. ¡Oh, obra inestimable de amor, pues por dar vida al siervo entregó á la muerte á su unigénito Hijo, y en testimonio del infinito amor que nos tenía nos dió á su Hijo, no prestado, sinó dado para nosotros.

---



## MEDITACION XXIV

*Cuán grande fué el amor de Dios, dándose á sí mismo*

¡Oh, suma é inefable magnificencia de tu caridad acerca de los hombres, Señor mío! ¡Oh, admirable fuego de amor! Maravillosa cosa es como no se quebrantan nuestros corazones con tan grande caridad. Porque ¿qué otra cosa restaba, Señor mío, despues que pecamos, sinó que luégo nos arrojases en el infierno, como á los ángeles que te ofendieron? Y si quisieras, Señor, muy bien pudieras criar otra criatura más noble, que de noche y de día te sirviera. ¿Qué amor fué éste, buen Dios, que convidado de nuestra caída, que fué tu ofensa, veniste á buscarnos con tanto cuidado, y despues de nuestras culpas quisiste magnificarnos mucho más que ántes? ¿Qué fué esto y de dónde vino tanto bien, siendo nuestra culpa merecedora de grande pena? Todo procedió de puro fuego de amor. Lo que más mueve mi corazon para amarte es considerar profundamente el amor que nos tuviste. Más mueve el amor para ser uno amado que los beneficios recibidos; porque el que hace beneficio á otro le da algo de lo que tiene; pero el que ama se da á sí mismo con lo que tiene, sin que le quede nada por dar. Ahora, pues, veamos, Señor, si nos amas y qué tanto es el amor que nos tienes. Mucho aman los padres á los hijos. ¿Por ventura nos amas tú como Padre? No hemos entrado nosotros en el seno de tu corazon para saber esto; mas tu unigénito Hijo, que descendió de ese seno, el que nos trajo nuevas de ello y nos mandó que te llamásemos Padre por la grandeza del amor que nos tenías; y sobre todo esto nos dijo que no llamásemos á otro padre sobre la tierra, porque tú solo eres nuestro Padre; porque así como tú solo eres



bueno por la eminencia de tu soberana bondad, así tú solo eres Padre, y de tal manera lo eres y tales obras nos haces, que en comparacion de tus entrañas paternales no hay alguno que pueda así llamarse. Bien conocía esto tu profeta cuando dijo: Mi padre y mi madre me han dejado y olvidado; mas el Señor me ha recibido. Tú mismo te quisiste comparar con los padres, diciendo por Isaías: ¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito y no tenga piedad con el hijo que salió de su vientre? Posible será que ella se olvide; mas yo nunca me olvidaré de tí, porque en mis manos te tengo escrito y tus muros están siempre delante de mí. Y porque entre las aves el águila es muy afamada en amar á sus hijos, con el amor de ella quisiste, Señor, comparar la grandeza de tu amor, diciendo: Como el águila defiende su nido y como extiende á sus pollos sus alas y los recibe sobre sí y los trae sobre sus hombros, así yo fuí tu guía y amparo. Sobre este amor es el del esposo á la esposa, del cual se dice: Por ésta dejará el hombre á su padre y á su madre, y se llegará á su mujer, y serán dos en una carne. Mas á este amor sobrepuja tu amor, porque, segun tú dices por Jeremías: Si el marido echa á la mujer de su casa y despues de así echada se junta con otra, ¿por ventura volverá otra vez á él? Mas tú has adulterado con cuantos amigos has querido, y con todo eso vuélvete á mí, dice el Señor, que yo te recibiré; y si todavía eres incrédula á este amor, mira todos los beneficios que te tiene hechos, porque todos ellos son prendas y testimonios de amor. Echa la cuenta de todos ellos cuántos son, y hallarás que todas cuantas criaturas hay el cielo y en la tierra y todos cuantos huesos hay en todo tu cuerpo y todas cuantas horas y momentos tienes de vida, todos son beneficios del Señor; y mira tambien cuántas inspiraciones buenas has recibido de mano de tu Dios y cuántos bienes has tenido en esta vida, de cuántos pecados te ha librado y en cuántas enfermedades y desastres pudieras haber caído si Él no te hubiera librado, y que todas estas co-



sas son muestras y señales de amor. Hasta los mismos azotes y tribulaciones que te envía son argumentos de amor, porque son muestras del corazón de aquel Padre que castiga á todo hijo, que recibe para enmendarlo, despertarlo, purgarlo y conservarlo en todo bien. Amenazando á tu querido pueblo de Israel si no guardase tus mandamientos, dijiste por tu profeta: Si dejaren tus hijos mi ley y no anduvieren en mis juicios, si profanaren mis justicias y no guardaren mis mandamientos, visitaré en vara sus maldades y sus pecados con azotes; y por mostrar que este castigo era de padre amoroso y que no te olvidas de tu acostumbrada misericordia, añadiste, diciendo: Mas no apartaré ni quitaré de él mi misericordia, ni lo dañaré con mi justicia. Y cuando castigaste como Padre á Adán, echándole del paraíso de deleites, hicístele vestidura con se defendiese del calor del verano y se abrigase en el invierno. ¡Oh, clementísimo y piadosísimo Señor, pues aún en los trabajos que nos das y cuando nos castigas muestras el grande amor que nos tienes! Pues si pongo los ojos en este mundo, veo que todo él se hizo para mí y sólo por amor de mí, y que cuantas cosas hay en él predicán amor y significan amor; y si á todas estas cosas estás sorda, alma mía, no es razón que lo estés á las voces que el Salvador te da en el Evangelio. De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su unigénito Hijo, porque todo el que creyere en Él no se pierda, sinó alcance vida eterna. Todas estas son señales de amor, y ésta más que ninguna de todas, como escribe aquel tan amado y amador de Dios, su evangelista San Juan, diciendo: En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, que nos dió á su Hijo, para que vivamos por Él; y este beneficio, con los demás, son muestras del amor que Dios nos tiene, y son como centellas que saltan acá fuera de aquel infinito y abrasado fuego de amor. ¿Qué tanto mayor juzgas debe ser aquel fuego escondido, pues las centellas que de él salen son tan grandes? ¡Oh, amor infinito, amor grande y gracioso, digno de ser



gratificado con amor! Danos, Señor, á sentir con todos los santos la alteza y profundidad, la anchura y largueza de este amor, porque por todas partes sea nuestro corazon herido y conquistado de tan grande amor.

---



## MEDITACION XXV

*De la excelencia del divino amor*

La caridad con que nos amaste, clementísimo Señor, es una virtud que, respecto de las otras virtudes, es como el oro en comparacion de los otros metales; porque así como el oro excede á cualquier otro metal en valor, estima y hermosura, así excede la caridad en perfeccion y excelencia á las demas virtudes, las cuales, si no están engastadas en caridad, tienen poco ó ningun valor. Declara muy bien esto tu santo Apóstol, diciendo: Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, soy como metal que suena. No tienen valor alguno las otras virtudes sin la caridad, y todas ellas tienen dependencia de la caridad, y ella no la tiene de alguna otra; ántes ella sola incluye todas las virtudes. Da vida á la fe: con la esperanza confía seguramente: con la paciencia sufre: con la fortaleza vence: con la misericordia se compadece: con la mansedumbre calla: con la liberalidad reparte: y finalmente, que á todas las virtudes ejercita; porque, como dice el santo Apóstol, es paciente y benigna; no tiene emulacion, no hace mal, no se ensoberbece, no busca sus cosas, no burla de nadie, no piensa mal, no se goza con la maldad, ántes se alegra con el bien: todo sufre, todo cree, todo espera y todo lo sustenta. Todos estos son propios efectos de otras virtudes, los cuales tienen por anexos la caridad, como la experiencia nos lo muestra. En el amor natural, y tambien en el mundano, cuando un amigo quiere mucho á otro, luégo se cree de él y le fía cuanto tiene y le da lo que tiene y le perdona cualquier enojo ó agravio que haya recibido. No tiene envidia del bien que otro le hace: trabaja por contentarle: no le hace



injuria alguna: sufre por el amado grandes trabajos: acomete cualquier peligro: y es mayor la pena y dolor que produce en él la compasion de la pasion ajena que la misma pasion: y así, si aquella persona de cuyo amor es cautivo tiene falta de alegría, él tiene sobrada tristeza; si tiene falta de salud, él está más enfermo; si está pobre, él no está rico; si le ve en adversidades, él se tiene por atribulado. Pues si esto hace el amor mundano en el sujeto donde está, ¿cuánto más al propio obrará esto el amor divino, si está dispuesto el sujeto por la gracia preveniente y el término es el sumo bien, que es Dios, de donde mana toda perfeccion? ¡Oh, fuerza grande, excesivo poder y vigor grande de este santo amor! ¿Qué cosa hay que, aunque parezca imposible, no puedas? ¿Qué cosa tan ardua que no acometas? ¿Y qué cosa tan fuerte que no venzas? ¡Oh, poderosísimo amor, que eres más fuerte que la muerte y tanto más fuerte que todas las cosas fuertes! ¡Cuánto más poderoso que todas las cosas poderosas! ¡Cuánto más suave y blando que ninguna cosa del mundo! ¡Oh, admirable fuerza de amor, que no con hierro, ni con armas, no con mano armada, sinó con una suave dulzura, ó con una dulce suavidad, tienes las cosas debajo de tu imperio, y por admirable manera constriñes al mundo á tu servidumbre y sobre todas las cosas tienes tributo! Bien sabemos, Señor, cuán opulenta, abastecida y rica es tu casa y cuán llena de riquezas divinas. No hay mayor riqueza entre todos tus celestiales tesoros: no hay mayor tesoro que tu santo amor: ni hay cosa más preciosa, ni más espléndida, ni más de desear; y pues esto es así, la mayor merced y beneficio que puedes hacer á un hombre es darle este tu santo amor. Pida quien quisiere á tí, mi Dios, el don de sabiduría: pida el don de profecía: pida humildad y castidad y lo que él quisiere, que yo no quiero pedir para mí sinó tu divino amor, porque quien éste tiene todo lo tiene. Este es el mayor bien que se puede desear y el mayor don que se puede dar; y es la razon, porque cualquier



don que se me conceda y cualquier beneficio que se me otorgue no lo tengo en nada, si me niegas tu amor divino, con el cual te tengo de poseer, porque el amor tiene tal poder, que hace que tú, Señor, seas mío, y mi posesion y heredad; y quien tuviere todo lo que puede tener, si no tiene amor de Dios, no tiene fruicion de Dios. La fruicion divina y tu santo amor están tan hermanados, que no puede haber fruicion donde no hay amor. Luego ¿qué aprovecha poseer todo lo que se posee, si no poseemos á tí, mi Dios? Porque así como no puedes dar otra cosa de más valor que á tí mismo, tampoco puedes dar otra cosa más preciosa, que á tu amor, pues con él nos das á tí mismo en posesion. Posible es de tu potencia absoluta y plenario poderío que la vista y amor que tienen de tí los santos, las dividas de manera, que uno te vea y no te ame, y otro te ame y no te vea, y tenga conocimiento de tí, porque si no te conociese no te podría amar. Manifiesto está que en tal caso como este ninguno de éstos sería bienaventurado, porque el que ve tu divina Majestad, no goza del sumo bien que ve, porque no ama; y el que te ama y no te ve, no puede sosegar, ni descansar, hasta que vea distintamente lo que ama; y no puede haber bienaventuranza donde falta gozo y hay deseo; y aunque ninguno de estos dos tiene perfecta bienaventuranza, que consiste en amor y vision todo junto; pero si á mí me dices á escoger, ántes escogería yo amarte sin verte que verte sin amarte; porque no amándote, no puedo poseerte enteramente, ni tener tu amistad; y amándote, aunque no te vea, puedo ser tu amigo y agradar á tu divina Majestad, lo cual sin amor es imposible. ¡Oh, sumo Bien! ¡Oh, Bondad infinita, dame tu santo amor, y haz de mí lo que quisieres! No tengas, pues, temor, alma mía, por ser de fuego este carro de Elías, que es el amor santo y encendido que arrebató las almas y las lleva al cielo, pues los niños en Babilonia no le temieron, mas ántes entraron en este fuego osada-



---

mente, y quemadas las ataduras, andaban libres, cantando y alabando en todas las criaturas á Dios. No quema, sinó da luz, este fuego del santo amor. ¡Oh! ¡diremos que quema y no quema; porque quemando las ataduras quita los lazos, consume las tribulaciones y roba las cadenas de culpa! Mas no quema ni áun los cabellos de la cabeza á los niños que se han hecho inocentes y limpios en las llamas encendidas de amor puro del benigno y dulce Jesus, de lo cual, como otro Nabucodonosor, se maravilla mucho nuestro adversario Satanás. Tal es el poder y fuerza del divino fuego de amor, que purificando la sensualidad, la espiritualiza y levanta á gozarse en tí, Señor, juntamente con el espíritu, segun aquello que dijo tu santo profeta: Mi corazón y mi carne se gozarán en Dios vivo. Cosa grande es haber subido la carne á tan alto grado espiritual, y estar tan sujeta al espíritu, que se goce á una con el alma en Dios; mas todo lo puede la gran fuerza del amor, el cual ántes de la resurrección, á donde será el entero dominio del espíritu á la carne, comienza el amor santo á dar un gusto del aquel deseado día, haciendo paces por algun tiempo entre estos dos enemigos, espíritu y cuerpo, cuya guerra nació del pecado.

---



## MEDITACION XXVI

*Del beneficio de la encarnacion*

Sabías muy bien, Señor, que la semejanza es causa de amor, y que no hay union de amor entre dos diferentes sujetos, no siendo en algo semejantes. ¡ Oh, bondad infinita de mi Dios! y ¡ qué lengua podrá decir las cosas que tú has hecho por ser amado de un vil gusanillo de la tierra como yo! Beneficios sin cuenta hacías al hombre ántes de tu encarnacion, y le visitabas con innumerables dones desde el cielo, porque atraído con tantos bienes, y viéndose tan obligado, pusiese su amor en tan magnífico Bienhechor; y viendo que todo esto no aprovechaba para que te amase, quisiste hacerte semejante á él, y ser hombre verdadero como él, porque por este camino grangeases su amor. Antes había desemejanza, y en muchas cosas éramos diferentes, y de distintas y diversas propiedades, porque tú, Señor, eras impasible, invisible, inmortal, infinito, incomprendible y eterno; y nosotros pasibles, visibles, mortales, criaturas finitas y limitadas, comprensibles, temporales y terrenas; pero fué tan inefable tu caridad y amor que nos tienes, que siendo quien eres quisiste ser lo que nosotros somos, recibiendo en tu divino supuesto nuestra naturaleza humana, haciéndote hombre como nosotros, mortal y pasible, visible y semejante á nosotros, por ser de nosotros amado. Estás ahora presente y visible en la humanidad, que recibiste; y cuando fué menester que para mi redencion y vida te ausentases de mí, y despues de tu muerte subieses al cielo y te sentases á la diestra del Padre, mi semejanza, quitando delante de mis ojos tu presencia corporal, entónces en la partida instituiste el santísimo sacramento del altar, porque teniendo siempre presente



tu presencia corporal no pudiese olvidarme de tí. Apareciste en el mundo hombre verdadero, siendo Dios, en semejanza de carne de pecado, en las penas que con ella tomaste, aunque no en la culpa, de la cual totalmente careciste, semejante á carne de pecado, por las penas y muertes que trajo el pecado al mundo, las cuales recibiste sin deberlas. De esta manera venciste al pecado, y con él á la muerte, que entró en el mundo por él, como quien con las ramas de un árbol pegase fuego al mismo árbol, para que, como dice tu Apóstol, del pecado naciese la destruccion y damnacion del pecado. ¡Oh, buen Jesus! y ¡cuánta más razon tenemos nosotros de cantar tus alabanzas, que las mujeres que cantaban las proezas de David, que degolló al gigante con sus propias armas! Tú, Señor, entraste en el campo con el soberbio demonio, contra quien nadie se atrevió, y con el báculo de tu cruz y sufrimiento más que de piedra, disimuladas las armas de tu divinidad, lo derribaste, cortándole la cabeza con su mismo alfanje, que son los efectos del pecado, que son penas y muertes; y así condenaste al pecado en la carne, dando tu santísima carne á las penas y muerte, por donde tu gloria fué mayor y la afrenta del enemigo más vergonzosa. En esto mostraste el grande amor que nos tienes, y descubriste los tesoros de tu infinita sabiduría, y mostraste al mundo tu alto poder. Cuando un nudo está bien dado, cuanto más se tira por los extremos tanto más fuertemente se aprieta. Así, Señor, te anudaste, siendo Dios, con nuestra naturaleza humana, que tirando la muerte por los extremos, entónces se apretó más el nudo del amor para nunca más apartarse, porque lo que una vez recibiste nunca lo dejaste, ántes entónces mostraste más el inmenso amor que nos tenías. Deesta manera los que una vez se asen contigo por amor, ántes dejan la vida y la pierden, que desasirse ni soltar el amor. ¿Qué pudiste, Señor, hacer por nosotros, que no lo hayas hecho? Siendo tú inaccesible, y teniendo el cielo cerrado nuestros pecados, y no pudiendo con el peso de nuestras culpas



llegar á tí, tuviste por bien, clementísimo Señor, de venir á nosotros en carne humilde, porque pudiésemos llegar á tu divina Majestad y gozar de tus misericordias. Cuando un toro bravo anda suelto y libre en el coso, pocos osan llegar á él; pero si fuere despues unido y atado cualquiera se llegará á él sin miedo. Antes que encarnases, Señor, y te vistieses de nuestra mortalidad, como á otro toro bravo no osaba nadie llegar á tí; y por amor de esto dijo Moises al pueblo de Israel: que ninguno se llegase á las raíces del monte donde tú estabas cuando diste la ley, ni hombre ni animal, porque no muriesen. Llegóse Oza, y tocó en el arca del Testamento, y murió luégo. Llegaron Nadab y Abiú, hijos de Aaron, y fueron castigados con arrebatada muerte; y llegó el rey Ozías como no debía, y fué herido con lepra. Por eso dijo David, hablando de tí en el salmo, que eras Dios de venganzas; pero despues que te uniste con nuestra humana naturaleza, y te sometiste al yugo de la mortalidad, haciéndote hombre, dice el Evangelio que se llegaban á tí publicanos y pecadores, y que comías con ellos. No sólo no los desechabas ni los matabas, mas ántes con benignidad los recibías, y misericordiosamente les perdonabas sus pecados, y amorosamente los consolabas. No huyas, pues, alma mía; no huyas de tu Esposo Jesucristo, porque aunque estés fea y sucia con pecados, para lavar tus inmundicias y perdonar tus culpas viene el Señor del cielo á la tierra en semejanza de carne de pecado. ¿Quién hizo tanto por alguna mujer, como Cristo por la naturaleza humana? Si un rey muy poderoso, enamorado de una negra cautiva, tanto la amase, que no sólo la rescatase, mas aún se casase con ella, ¿no sería éste excesivo amor? Y si, no contento con esto, quisiese morir por los delitos de ella, ¿qué mayor amor? ¡Oh, Esposo de mi alma, Príncipe de la gloria y Rey del cielo, que todo esto hiciste por mí, pues tanto me amaste, que no sólo me rescataste, pero haciéndote hombre te desposaste en el tálamo virginal con la naturaleza humana en indisoluble matrimonio, y así la



ensalzaste, igualándola contigo, que lo que se dice de tí en cuanto Dios, que eres Criador impasible y omnipotente, se dice de Dios hecho hombre, y lo que se dice en cuanto hombre se dice de Dios, que muere, padece y es sepultado por comunicacion de los títulos y nombres; y no paró en esto tu inefable amor, pues quisiste morir por mis culpas y pecados! Murmuraban Aaron y María de su hermano Moises, porque se había casado con una etíope; pues ¿qué dijeran si muriera por ella? Mas tú, Señor, no sólo en tu encarnacion santísima te nos diste hecho hombre, pero aún quisiste en la cruz perder tu vida por darnos vida.

---



## MEDITACION XXVII

*Del beneficio de la redencion*

Mucho me atrae á tu amor, Dios mío y Señor mío, el beneficio de la encarnacion; mas la redencion, si bien lo quiero mirar, grande fuerza hace á mi voluntad para amar á tan noble bienhechor. Las piedras se hicieron pedazos en tu muerte; y si tú, corazon mío, eres tan duro, que no eres por esto convencido, ni te ablandas para amar á tu Dios y Redentor, grande sospecha hay de que eres guardado para los martillos del infierno. En los otros beneficios y mercedes que nos hiciste no pusiste, Señor, cosa alguna de tu casa, no te costaron trabajos, ni hiciste más de mandarlo, porque tu boca fué medida; y, como dice el real profeta: Tú lo dijiste y fué hecho; Tú lo mandaste y fué criado. No te costó nada criarme; pero el redimirme te costó mucho: pues te costó la vida y la honra, y diste tu preciosa sangre en precio de mi redencion. Y si por los otros beneficios te debo tanto, que no pago dándome á mí mismo todo á tí ¡oh, clementísimo Redentor mío! ¿con qué te pagaré el redimirme, pues fué mucho más que criarme? Si tanto te debo por la creacion, ¿qué te daré por la redencion? Sin morir por mí, pudieras en otras muchas maneras redimirme; pero esta fué soberana manera de redencion, la cual escogiste por mostrar el grande amor que me tienes. ¿Qué mayor señal ni muestra de amor que poner la vida por el amigo? Tú dices que ninguno tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos; pero mayor fué tu caridad, y excede á toda la caridad posible, pues pusiste tu vida por tus enemigos; por lo cual tu santo Apóstol dice: Encomienda mucho nuestro Dios la caridad en nosotros, pues siendo enemigos suyos fuimos re-



conciliados con la muerte de su unigénito Hijo. Si por otros caminos podías redimirme, con ninguno pudieras tanto obligarme ni dar tan claros señales de amor como dándome tu vida. Díme, pues, ahora, alma mía, ¿qué más pudo hacer Dios por tí, que morir por tí? ¿Qué más te pudo dar, que darte su propia vida? Si estando un vil esclavo cautivo aherrojado en una mazmorra, y por sus grandes delitos condenado, y sentenciado por mandado del rey á cruel muerte, y pasando por la calle el príncipe, hijo del rey y heredero del reino, tomase las cadenas del siervo sobre sí, y muriese por él, y pagase por sus delitos, ¿no quedaría en perpetua obligacion este siervo al tal príncipe á amarle todo lo posible? ¡Oh, Rey celestial y Príncipe de la gloria, que estando yo cautivo de mis culpas, y aherrojado en las cadenas de mis males, condenado á muerte eterna por mis deméritos, tú, Señor, tomaste, como dice Isaías, sobre tí mis enfermedades, y hecho obediente hasta la muerte de cruz, libraste mi alma de la muerte, y mis ojos de las lágrimas, y mis piés de la caída! Pues ¿cómo no amaré yo á tal Príncipe y á tal Rey y Señor?

Como el ama que recibe la purga, porque sane el niño enfermo que cría, así tú, Señor, que eres, como dice Oséas, el ama de Efrain, recibiste los dolores y penas que yo merecía, por sanar mis enfermedades, segun aquello que dices por el salmista: Pagaba lo que no tomé. Grande era, Señor, el fuego de amor que te abrasaba, pues con el calor de tu inefable caridad así ardías en amor, que no pudiste sufrir las vestiduras, y por eso, desnudándote de ellas, tuviste por bien de estar desnudo por mí en la cruz, como otro Noé, embriagado del vino del amor sin medida que á tu Iglesia tenías. ¿Pues quién es tan duro y tan obstinado que no inclina su ánimo para amarte, pues tanto nos amaste, que nos lavaste nuestros pecados con tu propia sangre? ¿Quién no te amaré con diligencia, fervor y dulzura cuando se acordare que extendiste tus brazos en la cruz, deseando abrazar y recibir entre tus bra-



zos á todos los que se acogen á tí? Sobre todas las cosas te me hace amable, Dios mío y Redentor mío, el cáliz que bebiste y la obra de nuestra redencion. Esto lleva para sí á todo nuestro amor. Esto es lo que trae más blandamente nuestra redencion y más justamente la pide, y más estrechamente la tiene y con mayor vehemencia la trae. En tus dichos tuviste contradictores, en tus obras calumniadores, en tus tormentos mofadores, y en la muerte escarnecedores. Pues aunque me entregue todo á tí, mi Dios, y te ame cuanto puedo, todo es nada en comparacion de la menor cosa que tú hiciste por redimirme. ¿Qué te puedo yo volver, Señor mío; qué te puedo yo dar, clementísimo Padre, por lo que por mí has hecho y por lo que me has dado? Dísteme todas tus cosas; y ademas de esto, así magnificaste hacerlo conmigo; y en tanta manera, que te diste á tí mismo, segun aquello del Apóstol: Dióse á sí mismo por mí. Amásteme, Dios mío, en alguna manera más que á tí, pues moriste por mí, y redimiéndome con tan caro precio, me recataste y librásteme de los tormentos á que era obligado. Librásteme de miserable servicio, porque siervo era de Satanás, duro tirano, que duros servicios me hiciera servir, si tú, Señor, no me libraras y me socorrieras, derribándole del gran poderío que sobre el mundo se había tomado. Pero tú en la sangre de tu Testamento sacaste los cautivos del lago. Tenga yo, pues, grande vergüenza y confúndame mucho, si no respondiere á tu grande amor con mi amor, porque por tan grande beneficio como este, de este y de mucho más soy deudor. Tú eres, Señor, el que dices que cuando subieres á la cruz todas las cosas traerás á tí. Conoces la condicion de los hombres y que con buenas obras son atraidos y llevados en pos del bienhechor: y así dices que con el beneficio de la redencion y perdiendo la vida por él, ganarás su voluntad. Ya no puedo resistir, Redentor mío, á tan grandes obligaciones: no puede mi corazon sufrir tan grandes golpes de tu poderoso amor,



---

y por eso no deseo otra cosa en esta vida sinó ser perfectamente crucificado contigo: por lo cual dame, Señor, la muerte, ó imprime en mi alma tu muerte. Más quiero ser aquí contigo crucificado que gozar contigo de tus deleites. Más quiero estar en la cruz con el buen ladron, confesando tu santo nombre, que subir al monte con San Pedro y verte en él transfigurado. No conviene gloriarme sinó en tu cruz, por la cual el mundo es á mí crucificado, y yo al mundo. Si es preciosa la muerte de tus santos mártires en tu presencia, porque mueren por tí, ¿cuánto más gloriosa debe ser tu muerte delante de mis ojos, pues mueres por mí? No hacen mucho en dar la vida por quien les dió la vida; pero gran cosa es que tú, mi Dios, des la vida á quien es causa de tu muerte. No quieras, pues, alma mía, dejar á tu Esposo Jesucristo solo entre ladrones; mas ántes debes ir y morir con Él, como decía Santo Tomás á los otros Apóstoles, y pedir á tu Dios y Señor tenga por bien de rociarte con su sangre, para que entres como paloma sin hiel de pecado en los agujeros de la piedra y en la concavidad del valladar. Conviene que pagues á tu Dios esta deuda de amor, perseverando hasta el fin de tu vida, porque así como tu Redentor te amó hasta el fin de tu vida: así tambien le ames hasta la muerte. No vivas para tí, sinó para Aquel que murió por tí. Si de este amor faltas, así como miembro podrido serás apartada de Cristo, cabeza tuya, y contada en compañía de los que le aborrecen. La caridad de Cristo nos compele y hace fuerza, dice el Apóstol.

---



## MEDITACION XXVIII

*Del amor de la redencion*

Muy largo campo tienes aquí, alma mía, en que puedes espaciarte en la consideracion de la bondad infinita con que Dios te redimió. Mira, pues, ahora la dignidad grande del que padece, que es el Hijo de Dios, sabiduría infinita; y, como dice el Apóstol, Verbo del Padre, resplandor de la gloria y figura de la substancia paterna, que quiso purgar nuestros pecados. Resplandor de la gloria lo llamó, por ser claridad sin medida del Padre; y siendo quien era se entregó á la muerte y deshonra por purgar nuestros pecados. Es tan poderoso, que dice David en el salmo que con solo mirar la tierra la hace temblar. No quiso disimular en su pasion esta Majestad y poder, pues en el principio y fin de ella mostró su poderío. Cuando le quisieron prender con gente de armas, declaró su divinidad; pues sin ponerles las manos, con sola una palabra dió con todos sus enemigos en tierra. En la muerte todas las criaturas le reconocieron por Señor, negando el cielo su luz, la tierra con grandes temblores, las piedras abriéndose por medio, así como en señal de sentimiento y dolor. Este, pues, es aquel, oh alma mía, que por tí padece; y si consideras lo que padece, es la más cruel pasion y el más terrible dolor que pasó jamas hombre en este mundo despues que Dios le crió; porque quanto las potencias son mas nobles, reciben mas los objetos; y así, cuando una potencia es muy delicada, es muy sensible. Cualquier herida, ó golpe, se siente más en la cabeza, por ser miembro más principal y más sensible, que si se recibiese en otra parte del cuerpo; y no siente tanto el rústico pastor el frío ni golpe que recibe, como el



delicado y noble. Pues como Cristo nuestro Redentor fuese de más delicada complexion que hubo jamas, por ser su cuerpo sacratísimo, formado en el vientre virginal milagrosamente por obra del Espíritu Santo, y las obras hechas por milagros excedan á las que obra la naturaleza, cualquier herida pequeña causaba en la humanidad de Cristo mayor dolor y sentimiento que las heridas grandes pudieran afligir á otros cualesquier hombres. No dieron tanto tormento á San Estéban las piedras, ni á San Lorenzo sus parrillas, como al Redentor del mundo atormentaron los azotes y corona de espinas. Cuanto más que padeció grandes y crueles heridas en todo su cuerpo, siendo sus piés y manos con duros y grandes clavos traspasados, su sagrado cerebro con agudas espinas penetrado, afeada su cara con torpes salivas, sus claros ojos fueron con vil paño cubiertos, sus oídos afligidos con horribles injurias y abominables blasfemias, su boca con hiel y vinagre atormentada, con bofetadas sus mejillas heridas, su barba y cabellos furiosamente con el cuero arrancados, su cuello y garganta con ásperas sogas y pesadas cadenas desollado y herido, sus piés y manos clavados en la cruz, rotas sus venas y nervios, su carne con crueles azotes herida, su costado abierto, y todo su cuerpo descoyuntado. ¿Pues qué piensas que padeció en el alma? ¿Con cuántas angustias y tristezas fué su alma santísima atormentada, pues sola la imaginacion de la pasion venidera tanto la afligió, que estuvo en el huerto agonizando y sudó gotas de sangre? Este sudor de sangre fué argumento de la acerbísima y dolorosa pasion de Jesucristo y claro testimonio de la grande tristeza de su alma. ¿Quién de los mortales estuvo alguna vez tan triste, afligido y angustiado, que sudase sangre, y en tanta abundancia que regase la tierra? Juntas todas las tristezas que en el mundo han tenido todos los hombres no llegan á la tristeza que tuvo Cristo nuestro Señor en su pasion. Veía la ingratitud de los hombres; conocía los pocos que de su pasion se habían de apro-



vechar; y esto affligía más su corazón que los clavos y azotes. Tuvo Cristo particular noticia de todos los pecados del mundo, pasados, presentes y por venir, y particular tristeza de cada uno de ellos, á los cuales tenía tanto aborrecimiento cuanto estimaba la honra de Dios; y cuanto más la amaba, y como el amor que le tenía era infinito, así el aborrecimiento que tenía á los pecados era infinito, de lo cual se le seguía suma tristeza hasta la muerte. Y porque sería para nunca acabar tratar de los tormentos y penas que tu Dios y Señor padeció por tí, levanta ahora tu pensamiento, alma mía, y entra contigo á solas en el silencio de la noche, y considera profundamente que todo lo que padece tu Esposo Jesucristo es solamente por el grande amor que te tiene.

Tan intenso era el fuego de vivo amor que tenía ocupadas aquellas reales entrañas de Jesucristo, que á San Pedro, porque contradice su pasión, le llama Satanás; y cuando se pene en armas para impedirla, le manda meter el cuchillo en la vaina, y sentándose á la mesa en la última cena, como el que alcanza lo que mucho desea, dijo á sus discípulos: Mucho he deseado comer esta Pascua con vosotros. Teniendo otros muchos medios como podernos redimir, escogió el mas dificultoso y penoso, por mostrarnos el grande amor que nos tenía. No enviaste, Señor Dios nuestro, algun ángel, que nos redimiese; más la grandeza del amor que nos tenías no sufrió que manos ajenas entendiesen en negocio tan grande, como era redimir al hombre, tan amado de tí. La primera palabra que dijiste en la cruz fué rogar al Padre Eterno por los que en ella te enclavaron. Cada uno se queja primero de lo que más le duele; y así como te dolían más nuestras culpas que tus propias llagas, y sentías más nuestros males que tus dolores, por el infinito amor que nos tenías: por amor de esto, primero te quejas de nuestros males y pides el remedio de ellos, que es la clemencia y misericordia del Padre. ¡Oh, fuego de infinita perfección, al cual no pueden matar las muchas



---

aguas de persecuciones, blasfemias y deshonras que en tu pasión te dieron; mas ántes parece que como la fragua, que con el agua más se enciende, así cuando en la cruz se llebaron como á una todos tus trabajos, allí más resplandecieron tu humildad y paciencia y tu largueza, que centellas de tu divino amor! El fuego en el monte no es menester echarle leña, porque él mismo se ceba. El fuego de amor santo en tu sacratísima pasión levanta sus llamas, porque estaban en él á la mano tormentos y aflicciones, que son la leña con que tan santo fuego arde. ¡Oh, grandeza de amor! Amor soberano, pues por un vil gusano de la tierra diste á tu unigénito Hijo. Tantas cuantas llagas ves, alma mía, en el cuerpo de Cristo, tantas llamas de fuego has de considerar que salen de la fragua de aquel divino pecho, que arde con amor más que de madre. Todo nacía de la grande compasión que tenía de nuestras almas. Considera la dolorosa pasión que por nosotros padeció y la gran compasión que, áun padeciendo, tenía de nosotros. Cuando vió Jonas la tormenta que por su causa padecían los navegantes, compadeciósese de ellos y dijo: Por amor de mí se levantó esta tempestad: lanzadme en el mar. Por amor de tí, y por el amor que te tiene Cristo padece tan grande tormenta de tribulaciones y dolores: lánzate en este mar tempestuoso de trabajos y aflicciones, sufriendo muchos agravios y penas por amor de Aquel que tanto pasó por tí, y amando á quien tan de veras te amó, que se puso en la cruz por amor de tí.

---



## MEDITACION XXIX

*Del amor con que Cristo se ofreció para nuestra redencion*

Quisiste, Señor, que tu corazón fuese abierto con lanza, para que la entrada de mi consideracion me fuese más fácil, como casa cuya puerta está abierta, que convida á ver las hermosuras que en sí tiene. Así dice tu Apóstol San Juan, que abrió el Templo de Dios y vióse en él el Arca del Testamento. Abriéndose tu sagrado templo y mirando los pensamientos de tu corazón, diré en alta voz con el salmista: En tus pensamientos, que para mi provecho tuviste, no hay semejante á tí. Todas las cosas que padecías de fuera nacían de aquel pensamiento amoroso de tu corazón: y así San Juan cifra toda tu pasión en amor, cuando decía que nos amaste y lavaste con tu sangre nuestros pecados. ¿Quién habrá que sin interes propio haga otro tanto por otro? No cabe en entendimiento humano tan extraño y espantoso caso de amor, pues la Majestad divina quiso dar su vida por una vida de tan poca importancia como la nuestra. ¿Quién se acordará de tal amor, que no se le arrasen los ojos de lágrimas, viendo qué vida tan preciosa se dió por cosa tan vil? Los años y días se habían de hacer muy cortos, para agradecer tan alta merced. Y si la obra me maravilla, mucho más me debe maravillar, Dios, mío, y todo mi bien, el amor que dentro de tu pecho ardía, el cual si los serafines vieran en el Calvario (con llamarse así, porque están encendidos en amor) vieran juntamente que su amor, cotejado con este, era tibieza y no merecía nombre de amor; porque el Espíritu Santo infundió amor en la santísima alma de Cristo, en el punto de su concepcion, á la medida de la alteza á que



fué levantada. Y como esta exaltacion es la mayor que Dios pudo dar, que es unirla personalmente consigo, así su amor es sin alguna proporcion el mayor de todos los ángeles y santos. Y de ella se dicen aquellas palabras de los cantares: Me tióme el rey en su botillería de vino y ordenó en mí la caridad. Y segun dice otra letra: Puso sobre mí su abundancia de amor. Puso la bandera del amor sobre ella, en señal que estaba vencida y conquistada de amor; porque Aquel merece la bandera en la guerra del amor de Dios, que más vencido y poseido es de amor. ¿Qué maravilla que tal amor salga fuera y quemase las vestiduras de su cuerpo, pues dice el Espíritu Santo que ninguno puede llevar fuego en su seno sin quemarse las vestiduras? Este amor fué, Señor mío, el que te ató las manos con cordeles y te llevó de un juez á otro, sufriendo bofetadas, azotes y espinas; y el que te puso la cruz á cuestas y te hizo tender en ella tus brazos, en señal, que tu amor se extendía á todos los hombres pasados, presentes y por venir; porque no sólo los llevas sobre tus hombros, como el gran sacerdote llevaba los nombres de las doce tribus de Israel, mas escritos en lo íntimo de tu corazon. Y tanto los amas, que habiéndolos Adan vendido por una fruta y ellos á sí mismos por cosas vilísimas. los vas á rescatar por precio tan costoso. ¡Oh, Jesucristo benditísimo Redentor nuestro, que verte de fuera abofeteado y tu delicadísimo cuerpo cardenalado y abierto con tantos mil azotes, y tu santísima cabeza traspasada de espinas y tus piés y manos con clavos muy agudos cosa es que quiebra el corazon! No hay vista humana que alcance los dolores que interiormente te atormentaban, sinó tú, Señor, que lo pasaste. De tí dijo el profeta Isaías que cada uno le perdió por su camino y el amor puso sobre tus espaldas nuestros pecados; la cual carga tú aceptaste con tantos dolores, que tú solo puedes contar el número de todos los pecados que te causaron tantos tormentos y conocer la grandeza de tan grandes penas. David manifiesta que tiene más peca-



dos que pelos en la cabeza, y áun pide perdon de los que no conoce. ¿Pues qué será de los pecados de todos los hombres, los cuales han tenido y tienen muchos más pecados que David? ¡Oh, cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo! ¡y en cuán grande trabajo te metiste! De tí, Señor, está escrito: Cercáronme muchos becerros y los toros gruesos me rodearon. Abrieron contra mí su boca, como leon que brama y hace presa. No se dijo esto tanto por la compañía de gente que te fué á prender, como por los pecados de los hombres, que cercaron tu corazon. ¿Qué retablo tan doloroso, Señor, traías contigo, andando cercado de tantos y tan enormes pecados como se han cometido en todos los siglos? Derramado fuiste, Señor, como agua con los tormentos de fuera; mas tu corazon derritióse dentro como cera, con el fuego de amor que en tu pecho ardía. ¿Quién dirá cuán grandes fueron tus tormentos, pues tan grande fué el número de los pecados que los causaron? Y no sólo pagaste la pena debida á los pecados cometidos; mas la preservacion de otros muchos te costó dolores, pues la gracia y favor divino, que preserva de pecar, se nos da á costa de tus trabajos. Ni fueron solos pecados los que te costaron dolores; mas todos los bienes espirituales nos compraste con el precio costosísimo de tu sangre, el cual excedió y sobrepujó al valor de lo que comprabas, para enseñar en esto más tu amor. Padre del siglo venidero te llamó Isaías; porque así como todos los hombres, segun la generacion de la carne, vienen de Adan, así ninguno hay que, segun la gracia, no venga de tí. Tú, Señor, diste vida con los bramidos de tus dolores, como leona á los hijos que el primer padre mató. Aquel, bebiendo la ponzoña que le ofreció la serpiente, engendró hijos emponzoñados, y tú te deshaces y pierdes tu frescura por albergar y regalar á tus hijos, como hace la gallina, á quien tú te comparaste. ¿Y qué diré del ferviente amor con que morías? Como tu cruz y muerte eran donde más habías de mostrar el grande amor que nos tenías, viendo que se



---

dilataba tu muerte, angustiábase el deseo, y congojábbase, por ver léjos la pasión, porque no podías morir un día ántes, según el mandamiento y ordenación del Padre: y así en la última cena, sabiendo con divina sabiduría la determinada voluntad y obra de Júdas el traidor, le dijiste que se diese prisa y despachase; porque con tanto fervor nos amabas y tan grande era el deseo que tenías de verte en la cruz por salvar nuestras almas, que la diligencia de Júdas te parecía muy perezosa. ¡Oh, buen Redentor y dulce amor nuestro! No querías el pecado del traidor, ni se lo mandaste; mas deseabas morir por nosotros, y al que andaba muy solícito le decías que hiciese presto lo que hacía. Con tan ardentísima caridad nos amabas, que deseabas que el tiempo corriese más apriesa, y que los piés de Júdas caminasen con más presteza á traer los que te habían de prender, y con deseo admirable te fuiste tantas horas ántes á esperarlos al huerto; y porque se tardaban, en tanto que venían, gastaste aquel tiempo en oración; y faltando quien con heridas derramase tu benditísima sangre, tú la ofreciste en abundancia, luchando con la muerte.

---



## MEDITACION XXX

*Del amor de Dios en dársenos en manjar*

Entre las muy grandes prendas de amor que me diste, clementísimo y piadosísimo Señor, una de las muy altas y soberanas mercedes y muestras señaladas del amor que me tienes y siempre me tuviste, fué darte á tí mismo en manjar de vida en el venerable Sacramento de la Eucaristía, que instituiste, despidiéndote de nosotros en la última cena. Tu evangelista San Juan dice que como amases á los tuyos, que tenías en el mundo, que en el fin los amaste. Siempre los amaste mucho; pero en el fin, despidiéndote de ellos, con manifiestas obras les mostraste el amor sin medida que les tenías en la institucion de este santísimo Sacramento. Y por eso San Juan, queriendo hablar de esta cena, habló del amor que á los tuyos tenías, por ser esta cena toda llena del infinito amor con que dejaste al mundo tu presencia corporal, en memoria perpetua de tu sagrada pasion. Si ántes que nos dieses tu sagrado cuerpo en mantenimiento de vida nos amabas y nos diste muchos dones, todo fué poco, comparado con la merced que nos hiciste, dándote á tí mismo á nosotros. Nunca te mostraste magnífico en todo cuanto criaste, hasta que instituiste este Sacramento. La obra para ser magnífica, no sólo ha de ser grande, mas áun tambien se ha de nivelar con el poder del que la hace; y de aquí es que una obra será magnífica, respecto de un señor, la cual, si la hace el rey, no será magnificencia, porque baja de la dignidad real. Criaste, Señor, el sol, luna y estrellas, mar, hombres y ángeles, y todas las cosas hiciste de nada; pero en todo esto no te mostraste magnífico, porque aunque estas obras sean grandes en sí, conside-



rando tu omnipotencia, hallaremos que son muy pequeñas, según lo que tú puedes hacer. No te costaron trabajo, porque, como dice el salmista: Tú lo dijiste y fueron hechas: Tú lo mandaste y fueron criadas. Si el rey no será magnífico por dar un real, ¿cómo serás tú magnífico por criar el cielo y la tierra, pues es más para el rey dar un real que para tí criar á todo el mundo? Tantos reales puede dar el rey, que se quede pobre; pero tú, Señor, aunque críes millares y millares de mundos, quedarás después tan rico y poderoso como ántes. La mano del Señor, dice Isaías, no es abreviada, ni se agota su omnipotencia. Pero en este santísimo Sacramento del altar mostraste tu magnificencia, pues lo que das es de valor infinito, y diste al hombre todo lo que puedes dar. Dándote á tí mismo, diste todo lo que pudiste dar é hiciste todo cuanto pudiste hacer. Esta fué obra verdaderamente magnífica, en la cual echaste todo el resto de tu omnipotencia y extendiste toda tu largueza y majestad. Mostraste aquí las riquezas de tu divinidad y omnipotencia, así como el rey Asuero mostró su gloria y poder en el banquete que hizo á los príncipes de los persas y medos. ¿Qué más me pudiste dar y qué más pudiste hacer por mí, para traerme á tu amor? ¿Qué mayores muestras y qué mayores señales de amor? ¿Qué más evidentes testimonios podías dar del amor tan sin medida que me tenías? Cuando el profeta Natan reprendía al rey David en aquella parábola que le trajo del rico que tenía muchas ovejas, y del pobre, encareciendo el amor que tenía aquel hombre pobre á la única oveja que poseía, díjole que comía del pan de su Señor y que bebía de su cáliz. Muy grande y muy claro testimonio fuera de lo mucho que nos amabas, si nos hicieras participantes de tu mesa y nos dieras de comer de tu pan y á beber de tu vaso; y con sólo esto estaba bien probado el grande amor que nos tenías. Pero extraño caso es de amor, que no solamente tienes por bueno que comamos de tus manjares, pero aún quieres tú mismo ser nuestro manjar y comida. No



estaba poco ufano Aman por verse convidado en la mesa del rey Asuero, y así se jactaba y gloriaba con su mujer Zares y con sus amigas, y decía, alabándose, que la reina Esther á ninguno había convidado sinó á él y que ese otro día había de comer con el rey. ¡Oh, rey de gloria, y no era suficiente argumento de lo mucho que nos amabas, convidándonos solamente á tu mesa! Con esto solo probabas el grande amor que nos tenías. Pero el estupendo y espantable amor que tenías á nosotros, pecadores, no se contentó con sólo esto, mas pasando más adelante, llegó á todo lo que pudo llegar y subió todo lo que pudo subir, pues quisiste ser tú mismo el manjar, y que asentados contigo en una mesa y en un altar te recibiésemos en nosotros mismos, y juntamente con tu sagrado cuerpo se nos comunicasen los innumerables dones y gracias que reciben nuestras almas por medio de este santísimo Sacramento. Del amor grande que tenía á David Jonatas, hijo del rey Saul, dicen las divinas Letras: Amaba Jonatas á David como á su vida, porque despojóse Jonatas de la túnica de que estaba vestido y dióla á David y todas las otras vestiduras, hasta su espada y arco, y hasta la banda de caballero, de donde tenía colgadas las armas. Pues si esto dice la Escritura para probar el grande amor que tenía Jonatas á David, ¿cuánto mayor testimonio de amor es darme tú, mi Dios, no tus vestiduras, sinó tu propia carne y sangre? ¿Cuánto más es desnudarte de tu propia vida y darte á tí mismo en manjar? El amor que tenía Jonatas á David, con ser muy grande, áun sombra no merece ser del amor tan sin medida que nos tuviste. ¿Qué pastor amó tanto á sus ovejas, que las diese en pasto sus propias carnes? ¿Qué pastor así quiso á su ganado, que se sacase su sangre por untarlo con ella y quitarle la roña? Esto, pues, hizo con increíble amor aquel gran Pastor Jesucristo, que dice: Yo soy buen Pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. ¡Oh, preciosa perla y sobrepujante margarita, por la cual el que la halló dejó todo cuanto tenía, que por mostrar el grande amor



---

que nos tenías quisiste deshacerte en el vinagre de tu acerbísima pasión, y darte á nosotros en comida! En historias verdaderas hemos leído y sabemos de cierto, y tambien consta de la divina Escritura, que muchas madres con grande hambre mataron á sus hijos y los cocieron y comieron por sustentar sus vidas. Esto leemos haber hecho las madres con sus hijos; ¿pero qué madre cortó sus brazos ni dió de sus carnes á su propio hijo? ¿Qué madre quiso perder su propia vida por dar vida á su hijo? Pero Aquel que es más que madre, cuyo amor excede á todo amor de madre y á todo amor criado, se entregó á sí mismo á la muerte porque viviésemos nosotros, y nos dió su propio cuerpo en manjar y su sangre en bebida.

---



## MEDITACION XXXI

*Como Dios en el Sacramento del altar satisfizo al amor que nos tenia*

Cuando en la última cena te despedías, Señor, de tus muy amados y queridos discípulos, era tu corazón combatido del amor infinito que nos tenías con dos cosas contrarias. Por una parte te decía el amor que te fueses, y por otra parte te decía que te quedases. El amor te decía que te fueses; pues tu ida por muerte y pasión era nuestra redención y vida, y así convenía que te fueses, porque de esta manera nos abrías las puertas del cielo y nos aparejabas sillas en la gloria. Dependía todo nuestro bien de tu partida, porque yendo al Padre, por la cruz nos alzabas el destierro y lavabas nuestras almas con tu sangre. Esto es lo que dijiste á tus Apóstoles en esta cena sagrada: Conviene á vosotros que yo me vaya. Si tú no fueras primero al cielo, no pudiéramos nosotros entrar en él; y así nos importaba no ménos que la vida en que te fueses, porque, presupuesta la divina ordenación, no nos podíamos salvar sin tu muerte y partida. Por otra parte, este mismo amor grande que nos tenías te decía que te quedases; porque el que ama recibe pena cuando se aparta de la presencia del amado, al que querría siempre tener presente, y siente la despedida, según la grandeza del amor que le tiene. Pero tú, Señor, con tu muy alta é infinita sabiduría cumpliste con estos dos contrarios amores, é hiciste lo uno y lo otro, porque te fuiste y te quedaste. Fuiste al Padre por cruz y pasión, y subiste al cielo y quedaste aquí en la tierra con tu Iglesia militante real y verdaderamente en este santísimo Sacramento.

Esto es lo que dijiste á tus discípulos cuando te ibas: Con



vosotros estoy hasta el fin del mundo. ¡Oh, infinita sabiduría de mi Dios! ¡y quién pudiera dar tal traza! ¡Quién hallara tal invencion! Fuése y quedóse, y quedóse y fuése. Fuése al Padre y quedóse en este sacramento; y quedándose aquí real y verdaderamente debajo de especies de pan y vino, fuése á disponernos lugar en el cielo. Yo voy al Padre (dice Él) á disponeros lugar. No quisiste, clementísimo Señor, dejar á la Iglesia, tu amada Esposa, desconsolada, privándola de tu real presencia. Cuando el esposo hace alguna grande ausencia, y le conviene apartarse de la esposa, si ella verdaderamente le ama quedará desconsolada y triste con la partida del esposo; ni bastarán para alegrarla y tenerla contenta las dádivas ni joyas que recibió de él, porque más quiere la presencia del esposo que sus dones. Así tú, Señor, despues que redimiste y dotaste á la Iglesia, tu Esposa, ántes cautiva del pecado, dístela muchos tesoros de gracias y sacramentos, con que la adornaste y enriqueciste; pero aunque la dejaras los ricos dones del bautismo y confirmacion, órden y los otros sacramentos, siempre quedará triste y desconsolada, no teniéndote presente, y estuviera como viuda la Señora de las gentes. Mas quedándote con ella para siempre en este admirable sacramento en cuerpo y alma, Dios y hombre verdadero, tan grande y omnipotente como andabas en la tierra y estás ahora en el cielo, cumpliste sus deseos y mostraste el amor inmenso que la tenías, pues nunca pudo este soberano amor acabar contigo, que estuvieses una sola hora ausente de tu amantísima Esposa; y así, por modo inefable quisiste quedarte con nosotros en este santísimo sacramento, haciendo en él un sumario de todas tus muy grandes y antiguas maravillas. No me maravillo de que pudieses, sinó de que quisieses. Conozco tu omnipotencia, y así no me espanto, considerando lo que puedes, que pudieses, siendo quien eres, Dios de tanta majestad, ocultarte en tan humildes accidentes; pero me maravillo mucho de que quisieses, ¡oh, amor incomparable y caridad infinita de mi Dios, pues quisies-



te visitar al hombre pecador y venir á él con toda tu córte de ángeles, arcángeles, serafines y querubines, y comunicar las riquezas de tu gracia y gloria á nuestras almas por modo tan exquisito y admirable, viniendo tú, Rey de la gloria, disfrazado á la hostia consagrada! ¿Quién pudiera llegar á tí, si vieras con la gloria y majestad que estás en el cielo, descubierto y patente? ¿Cómo pudieran sufrir nuestros ojos tan inmensa claridad y resplandor? No pudieron los hijos de Israel sufrir la claridad que salía de la cara de Moises por haber hablado contigo en el monte; y así fué menester que pusiesen un velo delante de su rostro. La reina Esther cayó desmayada viendo la majestad del rey Asuero; y cuando apareció un ángel al profeta Daniel, quedó amortecido. Pues ¿cómo pudiéramos nosotros sufrir tanta gloria, ni llegarnos á tu infinita Majestad, si tú, Señor, con tus grandes misericordias no te humillaras y vinieras encubierto debajo de tan humildes accidentes? Mostraste el amor infinito que nos tenías muriendo por nosotros; y porque no sólo los sabios, sinó tambien los ignorantes y pequeños entendiesen el amor con que nos amabas, quisiste dejarnos este sacramento en memoria del beneficio inestimable de tu pasión sacratísima. Como los príncipes quieren que sus grandes hazañas, no sólo las escriban sus cronistas, pero ponen estatuas é imágenes de bulto que representen sus claros hechos á los venideros, y lo sepa tambien el pueblo que no sabe leer, así, Señor y Dios nuestro, no contento con escribir la grande obra de tu pasión y nuestra redención los profetas y evangelistas, quisiste poner como en imagen y estatua en este sacramento la memoria de aquella famosa victoria, que alcanzaste en la cruz, del demonio y de la muerte. Es este sacramento una estatua viva y perpetuo memorial de tu sagrada pasión, segun lo canta la Iglesia, diciendo: Dios, que en este admirable sacramento nos dejaste la memoria de tu pasión, represéntasenos en la hostia consagrada tu santísima pasión. De todos quieres ser conocido y á todos



quieres comunicarte; y por eso debajo de especies visibles de pan y vino te comunicas á todos tus fieles, así á los idiotas como á los letrados. Por eso dijiste en el libro de los Cantares: Yo soy flor del campo. De las flores de los huertos cerrados y verjeles no gozan sinó personas particulares y los señores de los tales huertos; pero de las flores de los campos gozan todos y son á todos comunes, así á los pequeños como á los grandes. Muy bien dices, mi Dios, que eres flor del campo, pues á todos te comunicas y á todos te das, sin esconderte y negarte á nadie, dándote á tí mismo en este sacramento, así á los pobres y pequeños como á los ricos y poderosos. No es estrecha la caridad, sinó muy ancha y extendida, que á todos abraza y hace sombra.

---



## MEDITACION XXXII

*Cómo mostró Dios su amor en el tiempo que instituyó este sacramento*

El amor grande que tenía ocupadas todas tus entrañas, clementísimo Señor y Redentor nuestro, fué tan sin medida, que nunca la malicia del mundo pudo matar tan grande fuego como este; mas ántes parece que como fuego de alquitran, que más se enciende con el agua, así tu soberano amor con nuestros grandes pecados se aumentaba. Resfriaran á otro corazón por muy encendido que estuviera, y endurecieran á cualesquier entrañas por amorosas y tiernas que fueran; pero tú, mi Dios, cuando nosotros éramos peores y más dignos del infierno, entónces mayores mercedes nos hacías. ¿Quién no amará tanta bondad? Y ¿quién no servirá á tal Señor como este? Mira, pues, alma mía, la grandeza del amor de tu Esposo Jesucristo. El mayor pecado que se cometió en el mundo fué la muerte que dió á su Redentor y Señor; pues cuando el mundo más encendido estaba en matar á su Criador, y cuando le trataba la muerte, entónces estaba el Salvador dándole su propia vida. Cuando Júdas le vendía, y los enemigos estaban más encendidos en ira y odio mortal que le tenían, en esta misma hora el clementísimo Señor, abrasado de amor, les daba su propia carne y sangre en manjar de vida, é instituía este sacramento. Estaba el mundo tratando su muerte, y Él estaba dándoles manjar de vida con que para siempre viviesen. La mayor dádiva que diste jamas al mundo fué darte, Señor, á tí mismo en manjar, y entónces hiciste al mundo la mayor merced, cuando era ménos digno de recibirla. Este amor grande quiso significar tu santo Apóstol cuando notó el



tiempo en que instituiste este sacramento, diciendo en la primera epístola que escribió á los corintios: Nuestro Señor Jesucristo, en la noche que fué vendido, tomó el pan, haciendo gracias, partiólo y dijo: Tomad y comed; éste es mi cuerpo que será entregado á la muerte por vosotros. Dijo el Apóstol el tiempo en que instituiste este sacramento, que fué en la misma noche que te prendieron, por encarecer el grande amor que nos tenías; y porque entendamos que no sólo nos diste á tí mismo en manjar, mas áun tambien que nos hiciste tan grande merced cuando ménos la merecíamos. Nunca el mundo fué tan digno del infierno como cuando le diste el manjar de gloria. Merecía muerte eterna, y tú, mi Dios, estabas entónces dándole vida perdurable. Ellos tratan de tu muerte, y tú tratas de su vida. Cuando el pueblo de Israel estaba idolatrando y adorando el becerro, entónces, Señor, estabas tú dándoles ley en que viviesen, y enseñando á Moises lo que había de hacer para salvarse y alcanzar la gloria. Así tambien cuando San Pablo perseguía con mayor calor tu santa Iglesia, y se hacía ménos digno de tu misericordia, entónces, Señor, le llamaste y convertiste, y le mostraste tu divina esencia. Indignado contra el incrédulo rey Acaz y contra su pueblo, y reprendiéndolos Isaías, en lugar de castigarlos les prometes dar á tu unigénito Hijo humanado. Cuando el pueblo rebelde decía que te había de dejar é irse tras sus amadores, tú, Señor y Dios mío, le dices por Oséas que lo llevarás á la soledad y le hablarás al corazon, haciéndole especial favor y regalo. Así tambien aquí, en lugar de hundirlos y mandar á la tierra que tragara á tan crueles enemigos tuyos, das al mundo tan grande prenda de gloria.

Amor soberano, amor infinito, el cual no sólo nunca pudieron nuestros pecados agotar, mas áun entónces mostrabas y declarabas más, clementísimo Señor, el grande amor que nos tenías, cuando con nuestras maldades eras más provocado á ira y enojo. Por amor de esto dijo la Esposa en los Canta-



res: Yo duermo y mi corazon vela. Yo estoy durmiendo, dice el alma floja, descuidada de mi bien y olvidada de mi salud: y mi corazon, que es mi amado, mi querido y todo mi bien, está velando, haciéndome mercedes y desvelándose en regalarme. Con increíble amor me despierta y me llama con beneficios, porque no duerma descuidada en la culpa. La voz del amado, que me llama: Abreme, hermana mía, y amiga mía. Con estos golpes y obras grandes de misericordia eres despertada, alma mía, al amor de tu Dios y Señor, pues á sí mismo se da en manjar, siendo tú indigna de llegar á él. Cuando te diste, Señor, á nosotros en tu encarnacion, entonces, siendo Dios, te hiciste hombre; pero cuando te nos das en este Sacramento, hácese el hombre semejante á Dios, porque este manjar no se convierte en el que le come; ántes al reves, porque el que le recibe se convierte en el manjar. Múdase el alma en Cristo, cuando más y más es semejante á Cristo en gracia y en virtud; lo cual se hace por virtud de este Sacramento. Quisístenos, Señor, incorporar con tu cuerpo, y darnos tu sangre, porque, embriagados con tu amor, seamos una alma, una voluntad y un corazon contigo. ¿Qué cosa es beber tu sangre, que es silla del alma, sinó atar mi alma con tu alma con inseparable vínculo y atadura de amor? Queriendo que me llegase á tí por amor, quisiste venir á mí disfrazado en este santísimo Sacramento. ¿Qué amor sería el de un príncipe que, bajándose á casar con una vil esclava, y viéndola fría y tibia en su amor, anduviese buscando modos y maneras exquisitas para atraerla á su amor, y la diese bocados conficionados para provocarla á su amor? ¡Oh, infinito amor del Rey del cielo, que siendo nuestra alma esclava y cautiva del pecado la redimiste y te desposaste con ella, y viendo que estábamos fríos en tu amor, para encendernos en fuego de caridad buscaste modos exquisitos y bocados misteriosos! Grandes son las obras del Señor y exquisitas en todas sus voluntades. Así como pudiendo redimirnos en otras



muchas maneras escogiste la más excelente de todas, que fué hacerte hombre y morir, así para encendernos en tu amor buscaste el más excelente modo que se pudo imaginar. Enciéndose nuestra alma en amor y es enriquecida con inestimables riquezas. ¿Qué príncipe ó rey entra en casa de un pobre y no le da de comer? ¿Cuánto mejor harás tú esto, Rey soberano y Príncipe de la gloria? Entraste en el vientre virginal de tu santísima Madre, é hicístelo sagrario del Espíritu Santo. Entraste en casa de Zacarías y santificaste á San Juan y su madre fué llena del Espíritu Santo. Entraste en tu nacimiento en un establo y dejástelo hecho paraíso de ángeles. Entraste en Egipto huyendo de Heródes y derribaste los ídolos de aquel reino. Entraste en el Jordan y santificaste las aguas. Entraste á ayunar en el desierto y lo honraste con tu presencia, y por eso hubo tantos santos en él. Entraste en casa de San Pedro y sanaste á su suegra de calenturas. Entraste en casa de Jayro y resucitaste á su hija. Entraste en casa de Zaqueo y lo justificaste. Entraste en casa de Marta y María y las hiciste devotísimas discípulas tuyas. Entraste en el Cenáculo é instituiste este santísimo sacramento. Entraste en el huerto y lo regaste con tu sangre. Entraste en el sepulcro y lo llenaste de ángeles. Entraste en el limbo y lo despojaste. Y entraste en el cielo y lo llenaste de nueva gloria. Pues ¿qué juzgas, alma mía, que hará este Señor si entra en tu pobre posada, sinó que de pobre la hará rica, de enferma sana y de pusilánime y cobarde esforzada y valiente? Los tormentos que tocó, como la cruz, clavos, espinas y azotes, santificó y los reverenciamos y adoramos. Pues si á los trabajos da tanta dignidad, ¿qué hará á los descansos? Si enriquece á la cruz, ¿qué hará al alma del justo? Da vida á nuestras almas, medicina á nuestras llagas, salud á nuestras enfermedades, consuelo á nuestros trabajos y casa á nuestra peregrinación. Con este manjar es el alma unida con su Esposo. Con éste se alumbra el entendimiento, se aviva la memoria, se aficiona la



---

voluntad, se deleita el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, avívanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza y toma aliento con el profeta Elías para caminar hasta el monte de Dios. ¿Qué lengua podrá decir las excelencias de este sacramento y bienes que hace en el alma? Es memoria de las maravillas de Dios.

---



## MEDITACION XXXIII

*Del amor y disposicion con que se ha de recibir este sacramento*

Cuando apareciste, Señor, en otro tiempo á tu siervo Moises en el monte, dice la Escritura que estabas en una zarza que ardía en llama de fuego, y mandaste á Moises que se descalzase para llegar á tí. ¿Cómo te contemplo yo en este sacramento, ni cómo estás, sinó hecho llamas de fuego de amor en las espinas de los accidentes de pan? Como el fuego calienta y alumbra, así aquí es encendida en tu divino amor el alma que dignamente te recibe y alumbrada en el conocimiento de este misterio. Por amor de esto, cuando altercaban los judíos y decían: ¿cómo puede éste darnos á comer su carne? tú, Señor, les respondiste: Dígoos de verdad que si no coméis la carne del Hijo de la Virgen y bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros. ¿Qué tiene que ver esta respuesta con la pregunta que ellos hicieron? Ellos, como incrédulos, dudando, preguntaban: ¿cómo puede ser esto? y tú, Señor, les das por respuesta: que si no comen no vivirán. Muy á propósito es la respuesta: porque si queréis saber el cómo, comedle y lo sabréis; porque este sacramento alumbra el entendimiento del alma, y le da luz y claridad para conocer la suavidad de este manjar del cielo; y así no lo conoce sinó quien lo gusta, y no lo gusta sinó quien dignamente lo recibe. La suavidad y dulzura de este manjar es escondida, y conócela y participa de ella el que lo recibe como debe. Gustó Jonatas un poco de miel y fueron sus ojos alumbrados. ¡Oh, panal de miel dulcísimo, qué no sólo eres dulce, sinó la misma dulzura, que en gustando de tu suavísima dulzura se abren los ojos de nuestra

*en misas p. recibir dignamente este sacramento y se conseguirá*



alma para conocer cómo te nos das en este Sacramento! Por eso dijo David en el salmo: Llegaos á Dios y seréis alumbrados. Están litigando los judíos, y dicen: ¿Cómo puede darnos éste á comer su carne? Pregunta el hereje y el infiel: ¿Cómo puede ser esto? Y si quieren saber el cómo lo sabrán comiendo. Dejen la infidelidad y dejen los pecados, porque llegándose con pureza de conciencia á este fuego de excelentísima caridad se encenderán sus corazones en divino amor y sabrán lo que ahora no saben. Y ¿cómo se llegarán á tratar con su Dios? Con reverencia y temor, descalzándose de los afectos terrenos y amor del siglo, porque así quiere Dios que se llegue Moises. Si cuando dabas la ley al pueblo de Israel mandaste que ninguno llegase á su propia mujer, y que lavasen sus vestiduras, y se dispusiesen con tanta diligencia y limpieza, ¿cómo, Dios mío y todo mi bien, me llegaré yo á tí cargado de inmundicias de pecados? ¡Oh! ¡cuánto más es recibir al dador de la ley que á la ley! No comieron los hijos de Israel el maná del cielo hasta que se les acabó la harina que habían sacado de Egipto. Ni tú, alma mía, gozarás de este pan celestial hasta que se acabe en tí el amor de las tinieblas del mundo. Y como el maná (que fué muy clara figura de este sacramento) puesto al calor del sol se regalaba y derretía, y al calor del fuego se endurecía, así este sacramento con la caridad se regala, y engorda al alma que en caridad lo recibe; y mata al que lo come, cuando lo recibe con fuego de sensual concupiscencia, y se endurece en el estómago de los que se llegan á él con calor de codicia de las cosas del mundo. Por amor de esto dice el Apóstol que cada uno se pruebe á sí mismo, si no quiere recibirle indignamente. El que quiere comer algun manjar, pruébalo, y si no le contenta dale de mano. Pero aquí es al revés, porque no tengo yo de probar el manjar, sinó probarme á mí mismo; porque aunque tú, Señor, seas este manjar bueno y salutífero, de tal manera lo puedo recibir, que muera en este convite,



como murieron Amon y Simon Macabeo, no por culpa del manjar, sinó por mi mala disposicion. Cuando te sientas á comer con el príncipe, dice el Sabio, mira con diligencia lo que tienes delante, y pon un cuchillo en tu garganta, si tienes tu alma en tu poder. Mira diligentemente, que lo que en esta mesa se pone es el mismo Dios.

Si en la ley vieja pedías, Señor, tantas purificaciones para comer los panes de la proposicion, y primero que el sacerdote Abimelech los diese á comer á David y á los suyos preguntó si estaban limpios, y amasaban estos panes los sacerdotes, y estaban encima de una tabla de oro fino: ¿cuánto más debo yo hacer para recibir á tí, mi Dios, pan vivo y verdadero? Si Salomon tan riquísimo templo edificó para poner en él la arca del Señor, donde estaba el Maná, y ofreció mil sacrificios cuando la puso en el templo; y el rey Asuero en siete días dispuso el convite á los príncipes persas y medos, ¿cuánto debo yo hacer para llegarme á esta mesa? Si José Abarimathía envolvió tu santo cuerpo, estando muerto, en una sábana limpia y lo puso en un sepulcro nuevo, donde no habia sido otro sepultado, ¿cómo recibiré yo tu santo cuerpo vivo y verdadero en conciencia que no esté muy blanca y limpia de pecado y donde no se halle algun muerto? Mira, pues, dice Salomon, que con diligencia consideres, alma mía, á quién recibes en el altar y qué manjar es este, que te se pone delante, y que le recibas de manera que no te sea dicho: ¿Cómo entraste aquí, no teniendo vestidura de boda? Mira bien este manjar, y que es mantenimiento de vivos y no de muertos: por amor de lo cual primero el Redentor resucitó la hija de Jairo y despues la dió de comer. Suspira ántes que comas, pues esto lo hacía Job para comer el pan material; y el rey Josías no hizo al pueblo aquel gran banquete y fiesta sin limpiar primero á Judea de la idolatría. Con suspiros y lágrimas debes primero disponerte: por amor de lo cual primero lavó el Señor los piés á sus discípulos que los comulgase, quitan-



do de tí la avaricia, que es servidumbre de ídolos, y á tu vientre, que tienes por Dios, y á todos los otros ídolos de vicios y pecados. Estando los Apóstoles tristes y contritos, recibieron este Sacramento; y porque Júdas no lo recibió así, entró luego en él Satanás. Primero comió el Señor el cordero y cumplió todo lo que la ley mandaba, que instituyese este Sacramento y comulgase á los suyos, porque la verdadera disposición para recibirle es hacer lo que manda Dios y guardar su santa ley. Mira, pues, con diligencia lo que te ponen delante, dice el Sabio, considerando quién es este Señor que vas á recibir; y dice más, que pongas un cuchillo en tu garganta. Así debes comulgar, como si tuvieses el cuchillo á la garganta. Mira como aquellos que quieren degollar en la plaza por justicia cuán devotos y contritos están, cuando el verdugo, tapándoles los ojos, les pone el cuchillo á la garganta, porque así debes llegar á recibir esta hostia viva. Los que están de esta manera en el artículo de la muerte no tratan de buscar honras, dignidades, ni deleites, ni de juntar dineros; ántes perdonan á sus enemigos, desprecian el mundo, tienen la muerte delante y la justicia de Dios ante sus ojos, y sola la vida venidera en su memoria, olvidando la presente. Así debes comulgar, como si luego en comulgando hubieses de morir y como si ya tuvieses el cuchillo en la garganta y estuvieses á punto de dar cuenta á Dios de toda tu vida. Y despues de la comunión, no te derrames en la conversacion del mundo, porque no seas como aquellos que con alegría recibieron al Señor en Jerusalem con ramos de olivas y palmas, y despues lo maltrataron. Despues que comulgó el Señor predicó fervorosísimamente, y se recogió en el huerto para darse á la oracion. Muchos que devotamente comulgan á menudo, aprovechan poco en la vida esperitual, porque no se recogen despues de la comunión, ántes se distraen en las conversaciones del siglo. Acaece que un hijo de padres ricos y que come delicados y sustanciales manjares en la mesa de su padre anda amarillo,



---

flaco y enfermo; y es la causa de esto, porque despues que se levanta de la mesa de su padre, come tierra en escondido. Si no aprovechas, alma mía, en el servicio de Dios, comiendo cada día en la mesa de tu padre este manjar divino, es porque comes despues tierra, y tienes pláticas y conversaciones mundanas. De aquí viene que andas tan flaca y amarilla y tan desmedrada en la vida espiritual. Entra dentro de tí misma en comulgando y no pierdas tan buena coyuntura para negociar con Dios. Mira con fe viva que tienes dentro de tus entrañas al mismo que estuvo en las de la Virgen y al que está en la diestra del Padre y dí con Santa Isabel: ¿De dónde me vino que mi Señor venga á mí? ¿Quién soy yo y quién es Él? En esta meditacion gastaré el tiempo de mi vida.

---



## MEDITACION XXXIV

*Del beneficio de la creacion*

Recopilando, Señor, contigo en santas meditaciones y haciendo suma de las innumerables mercedes que de tus magníficas manos he recibido, por las cuales sumamente te debo amar, despues de haber tratado algo de los mayores y más altos beneficios, que son el darte á nosotros humanado, puesto en una cruz por nuestra redencion y en la hostia por nuestro manjar y vida, ofrécese, Criador mío, el haberme criado de nada y hacerme capaz de gozar de las mercedes sobredichas, sin haber precedido de mi parte méritos algunos. Todo procede de amor; y las gracias se den á tu infinita bondad y misericordia. El amor grande que eternamente tuviste, Señor, á tu misma bondad, fué causa que me criases; porque no permitió tu amor que estuvieses sin criar las criaturas. Dísteme, cuanto á la esencia, sér sustancial, por ser yo sustancia y no accidente; y cuanto al sér de gracia, me diste mejores accidentes que á las otras criaturas. Dísteme sér, y no sér de piedra, ni árbol, ni ave, sinó de hombre y criatura racional, hecha á tu imágen y semejanza en cuanto al alma, organizando el cuerpo con maravillosa composicion y armonía; y puesto caso que los padres fuesen causa de la formacion del cuerpo, no lo fueron sinó secundariamente, y áun esta causa recibieron de tu mano. En los otros animales tienen los padres causalidad cuanto al alma y cuanto al cuerpo; pero en los hombres solamente cuanto al cuerpo, queriendo en esto servirte de las causas segundas, no por necesidad, sinó por ennoblecer á tus criaturas, siendo Criador solo y causa de nuestras almas, no interviniendo causa segunda alguna: por lo cual la misma na-



turalaleza me convida á amarte; porque si la naturaleza enseña que el padre debe ser amado, ¿cuánto más tú, Criador mío, que de nada me hiciste? Toda obra amaría al artífice que la hizo, si tuviese voluntad para poder amar: pues ¿por qué no te amaré yo todo lo que pudiere, pues todo el poder que tengo recibí de tí? Mucho, pues, debo yo amar á aquel por quien vivo, siento, amo y tengo sér. Miro, pues, Señor, cual me hiciste, segun el cuerpo, noble criatura, y segun el alma, á tu imágen y semejanza, participante de razon y capaz de bienaventuranza. Juntaste estas dos cosas con un artificio incomprehensible y sabiduría investigable. Yo no lo merecí, pues no era; porque nadie puede merecer ántes que tenga sér. No hiciste esto con esperanza de galardón, pues tú eres mi Dios, y no tienes necesidad de mis bienes. No me criaste como á las otras criaturas; pero con grande consejo y acuerdo de toda la Santísima Trinidad, diciendo: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, para que desde su primera creacion entendiese el hombre lo mucho que debe á su Criador, y así tanto mas fervorosamente te amase cuanto entendió ser más maravillosamente criado y hecho á tu imágen y semejanza. Como tú eres uno y estás en todo lugar, dando vida, moviendo y gobernando todas las cosas, en quien nos movemos, vivimos y somos, así nuestra alma está toda en el cuerpo y toda entera en cualquier parte de él, vivificándolo, moviéndolo y gobernándolo. Esta dignidad concediste á solo el hombre y la diste á mí; y demas de esto encerraste en mí las perfecciones naturales de las otras criaturas, la cuales criaste para que me sirviesen. Mandaste á los ángeles que me guardasen y dísteme entendimiento, memoria y voluntad, haciéndome semejante en alguna manera á tu suma sustancia, pues por estas potencias soy hecho á tu imágen. Dísteme el entendimiento, para que te conociese y me entendiese á mí mismo y gozase de mí; pues la criatura que carece de entendimiento ni puede gozar de sí, ni conocer si se sirve de las otras criaturas.



No pueden hacer reflexion sobre sus operaciones, ni la órden de los fines para que los hacen, como el hombre, que se conoce á sí y á sus obras y los fines á que se ordenan; porque como el hombre por la voluntad y entendimiento es señor de sus obras, por las mismas potencias tiene dominio en las otras criaturas. ¿Pues cómo, Señor, no te amaré yo por estas potencias que me diste, y te daré tambien gracias por los bienes que por amor de mí recibieron de tu mano las otras criaturas? Quanto son muchas las criaturas que criaste para mi servicio, tantas son las obligaciones que tengo de amarte; por lo cual cuando no te amo, no solamente hago injuria á tu divina Majestad, mas áun tambien á mí mismo y á todo el resto del mundo.

Justo, pues, es por cierto, mi Criador y Señor, que el efecto corresponda á su causa. Yo soy el efecto y el amor que tú, Señor, me tuviste y tienes, fué la causa que yo fuese; porque así como tú, viéndote á tí mismo, ves tambien á nosotros: así tambien amándote á tí mismo amas á nosotros en tí, y aquel amor fué causa que nos criases, y ahora lo es para que nos conserves; luego es muy justo responderte con amor, porque pues el amor fué causa que yo de tí fuese producido, el mismo amor sea causa que sea reducido á tí; y así, por el amor que yo tuviere, que soy el efecto, seré semejante á mi causa, por lo cual es muy justo que, aunque sea trabajoso á mi sensualidad caminar por el camino de la virtud y servicio tuyo, deba con alegre ánimo pasar tales trabajos por adquirir tu amor. Por amor de esto, dice el Eclesiástico: Con todas tus fuerzas ama al que te hizo. ¡Oh! ¡cuán justa cosa es, Señor, que te ame la obra que hiciste y la hechura que tus divinas manos fabricaron! Por sola tu voluntad la hiciste, y porque la quisiste la criaste. Pues luego ¿con quién, sinó contigo tengo de tener mi conservacion y á quién tengo yo de mirar, loar y amar sinó á tí? Si un pintor pintase una muy hermosa imágen en una tabla, y le pudiese dar vista y sentido para ver su gen-

La  
Causa  
de mi  
trao  
cion  
fue  
el  
amor  
que  
nos  
hizo  
Dios



---

tileza y conocer á su hacedor, y le viese puesto delante de sí, ¿con qué amor, con qué entrañas y con qué benevolencia le amaría? ¿Qué otra cosa haría esta imágen con todas sus fuerzas, sinó amar, loar, bendecir, glorificar y honrar á pintor, del cual tuvo que fuese tan hermosa, tan mirada y tan loada de todos? ¿Por ventura esta hermosa imágen no se encendería toda en el amor de su pintor? ¿No le daría de día y de noche muchas gracias, y cuantas ella pudiese, porque la había hecho tal y de tanta belleza? Pues ¿por qué tú, alma mía, siendo no solamente imágen y hechura de tan grande y tan mirífico pintor, como es tu Dios y Señor, y no sólo obra de sus poderosas manos, pero aún en tí se pintó á sí mismo, pues eres hecha á su imágen y semejanza, por inclinarte y moverte á más amarte, no le bendecirás y amarás continuamente? Pues mira cuán gran pecado cometes y de cuánta pena eres digna, si menospreciases tanta gracia y pusieres en olvido tan soberano beneficio. A quien te hizo tal debes todo lo que eres, todo lo que puedes, todo lo que sabes y á tí toda. A Aquel debes amar, que te dió facultad para amar; y á Aquel debes todos tus deseos y apetitos, que te dió poderío de codiciar y desear. Si á otra cosa apartas tus pensamientos ó en otra cosa empleas tu amor, ladrona eres y robadora, y enajenas las cosas que tienes. Y por eso en el día del juicio, no sólo de las palabras ociosas, mas aún tambien de los pensamientos vagos y deseos vanos te tomarán cuenta; y con mucha razon, porque á Aquel que te dió que fueses se debe de justicia todo el acto y operacion de este sér que tienes. Y por esto, Criador mío y Señor mío, pídesme justicia cuando me mandas que te ame de todo mi corazon y de toda mi alma y de todo mi entendimiento y de todas mis fuerzas, pues todo soy tuyo y todo esto recibí de tí.

---



## MEDITACION XXXV

*Del beneficio de la conservacion*

Cantaré á tí, Señor, pues me diste tantos bienes, y alabaré tu santo nombre. Como el sol produce de sí los rayos de la luz en este aire, y el mismo que los produce los conserva en el sér que les dió, así tambien lo haces conmigo, clementísimo Señor, sacándome de no ser á ser cuando me criaste, y despues conservándome en este mismo sér que me diste. A tu gracia y benignidad refiero que me hiciste libre, no sólo en el general beneficio de darme albedrío, como á todos los hombres, para poderme gobernar; pero sacásteme de la dura sujecion en que á otros muchos veo, que á unos tiene el tirano de nuestro enemigo atados á los pesebres como á groseros animales, gustando de roer paja y otros semejantes mantenimientos; esto es, que tienen por regalo gozar de los deleites que á los brutos son comunes. Pero tú, Señor, cortaste la sogá con que algun tiempo me ví atado, quitásteme las sueltas y rompiste mis ataduras, por lo cual siempre te daré sacrificio de alabanza. Me dejaste libre, para que pueda subir á lo alto de los montes y gozar de las frescuras y yerbas de tus espirituales consolaciones y de las aguas claras de tus santas Escrituras. A otros veo sometidos al yugo, arando la tierra y desentrañándose á sí mismos por adquirir hacienda, empleándose del todo en esto, arando (como dice el profeta Oséas) injusticia y segando pecado, y al cabo el fruto paró en nada. Conmigo, Señor, fué tan larga tu misericordia, que el yugo se rompió con la abundancia del aceite, y quedóme el cuello libre para poder alzar los ojos al cielo, y para que, mirando á una parte y á otra la vanidad de lo presente, pueda huir de ello y grangear lo por-



venir. Algunos tiran el carro, y con el peso y estruendo de las ruedas no pueden atender á otra cosa, como los que con negocios ajenos y cuidado de su familia no pueden pensar sinó en aquello, tirando muchas veces con sogas de vanidad, que quiebran al mejor tiempo. Pero tu piedad me libró á mí de esta pesadumbre y me diste, Señor, ligereza para ir saltando de monte en monte y allí, desviado del ruido de la tierra, pueda sentir alguna vez la armonía del cielo; y aunque no entienda la letra á lo ménos percibiré la consonancia de las voces, y sobre todo, oiré el silbo del aura suave en que viene tu voz envuelta, como en el monte fué mostrada al profeta Elías. Bien sé que estoy siempre delante de tu divina presencia, y que tú estás sobre mí amparándome y debajo sustentándome. De fuera me cercas y de dentro me conservas, y tu rostro no es figurado en cantidad para que sea menester larga tierra. Tu potencia me dió sér como yo fuese; tu misericordia me reparó para que no me perdiese; tu benignidad me dió con que te pudiese merecer y tu providencia me guardó que no te perdiese despues de habido. ¿Qué oficial no ama lo que con sus manos hizo? ¿Quién no tiene cuidado de sus propias cosas? Quien no tiene cuidado de los suyos, en especial de los de su casa, negó la fidelidad que á los suyos debe, y peor es que infiel. Pues como tú, Señor, seas sumo bien y nosotros hechura de tus manos, no cabe en razon que no conserves lo que hiciste y no tengas cuenta con lo que criaste. Como recibí de tí el sér, así tambien recibo el conservar, pues con tu poderosa mano me sustentas y con tu benignidad y clemencia me regalas, inspiras, alumbras, llamas é interiormente me consuelas. Así te ocupas, buen Dios y Señor mío, solamente conmigo, visitándome con tan expresas consolaciones espirituales, que parece que, olvidado de todo el mundo, de mí solo tienes cuidado. Detente, Dios mío, detente, porque no puedo sufrir la muchedumbre de misericordias que llueven sobre mí: encoge tu mano, pues la carne flaca no puede llevar tan grande



---

multitud de dulzuras espirituales que das á mi alma. El cuerpo corrupto apesta al alma, y la morada terrena abate al entendimiento que piensa en muchas cosas. ¡Oh! ¡si viniese ya aquel día, en el cual, libre mi alma de las pigüelas de la carne, pueda contigo gozar de tu vista y suave conversacion sin las molestias y pesadumbres que siento del peso de mi cuerpo! Desdichado de mí, y ¿quién me librárá del cuerpo de esta muerte? Será esto cuando este cuerpo corruptible se vistiere de incorruptibilidad y de inmortalidad este cuerpo mortal. Cuando con el alma inmortal gozare de inmortalidad en el cielo, mi corazon y mi carne se han de regocijar en Dios vivo. En tanto que vivo en este destierro y no viene aquel dichoso día en que mi alma te verá en el cielo y gozará de tu divina esencia, ¿qué quieres, Señor, que haga? ¿Quieres que te ame? Dame cómo te ame, porque aparejado está mi corazon, Señor: aparejado está mi corazon: cantaré y te alabaré en mi gloria. Quisiera ser alguna muy grande cosa, para poder darte una grandeza; pero tal cual soy justo es que me dé á tí, pues tú, siendo quien eres, tan liberalmente te diste á mí. Quisiera, Señor, tener cien vidas, cien almas, cien voluntades y otros tantos corazones que te pudiera dar, dándolo todo con amor libre y voluntario á tu divina Majestad; pero eso poco que soy así es tuyo: y de tal manera te he entregado todo cuanto hay en mí, que si me fuese lícito tomaría la muerte con mis manos cuando hallase en mí alguna cosa que no fuese tuya. ¡Oh, Criador nuestro, que con tu poderosa mano sustentas, mantienes y gobiernas todas las cosas que criaste! No huyas, Señor, no huyas: déjate amar de tus criaturas, para que sea tu nombre alabado, santificado y bendecido para siempre en la tierra, como lo es de los santos, y de tus ángeles venerado y glorificado en el cielo.

---



## MEDITACION XXXVI

*Del beneficio dado á nuestro cuerpo*

Habías, Señor, trazado en tu divino entendimiento hacer al hombre compuesto de alma y cuerpo, que son dos sustancias diversas y muy apartadas la una de la otra; y por otra parte hay tanta hermandad y amor entre ellas, que la una comunica sus bienes y males á la otra. Alégrase el alma en las cosas que causan alegría para su cuerpo, y entristécese de las que lo angustian. Ordenó tu divina providencia para cada uno de los sentidos del cuerpo muchos regalos, para que se entretenga en aquel breve rato que ha de morar en la tierra. ¿Quién dirá las muchas cosas que criaste para contento de los ojos? Deleitabile criatura fué la luz, para que por ella fuese visto todo lo demas. Muchos y varios fueron los colores que halló tu sabiduría, para que en cada uno hallasen nuestros ojos más gusto, y cada uno hallase lo que más contento le diese y á lo que fuese más aficionado. ¿Cuántas fueron las diferencias de sabores que pusiste en tus criaturas para regalo del gusto? ¿Quién sabrá declarar la fragancia de buenos olores, que diste á las flores y especies aromáticas para regalo del sentido del oler? ¿Pues qué diré de la música tan acordada que enseñaste á lasavecillas, para que diesen solaz y recreacion á nuestros oidos, sin la que enseñaste á los hombres de voces é instrumentos de música, en la cual hay tanto regalo para el alma y para el cuerpo? Con ella lanzaba David el espíritu malo, que atormentaba á Saul; y el profeta Eliseo levantó el espíritu de la devocion para orar y saber tu voluntad. Criaste animales de grandes fuerzas y mansos, para que nos sirvan y lleven cargas pesadas, y no tenga trabajo el



hombre, y para que de ellos coma, se vista y calce, y muchas frutas de diversos sabores para su apetito y regalo. Pues para nuestras enfermedades ¿de cuántas medicinas nos proveiste? Las mismas serpientes y víboras convertiste en medicina y salud del hombre. Asentaste casa al hombre, y pusístele mesa ántes que le criases, criando primero cielo, tierra y elementos y todas las otras cosas. Si me criaras ántes de estas cosas, entonces viera la necesidad que de ellas tengo. ¿Dónde asentara mis piés si no hubiera tierra? ¿Con qué aire respirara y viviera, si no lo criaras? No hace otra cosa el verdugo al que ahorca de quitarle el aire con que vive, y quien con tiempo le corta la soga le da la vida. ¡Oh, mi Dios, que cada punto me cortas la soga, dándome aire con que viva, y no agradezco esta merced! y viniendo á lo más particular de la creacion de la persona humana entre todos los cuerpos terrenos, el que tiene más hermosura, gracia y dignidad es el cuerpo humano. Así la moderada altura como ser derecho hacia el cielo, para donde fué criado, declaran ser de mayor perfeccion. Siendo la fábrica de nuestro cuerpo como la fábrica universal del mundo, como tú, mi Dios, hermoseaste los cielos con el sol y luna que pusiste en ellos, esto mismo hiciste con el hombre, poniendo en lo más alto de su cuerpo los ojos con que mire lo que conviene, ó lo que le es dañoso para todo el cuerpo. Siendo tan pequeños, caben en ellos los grandes cielos, los altos montes, los espaciosos valles y campos, los anchos mares y tierras, como de continuo puedo mirar. ¿Qué diré de las manos? ¿Qué platero del más excelente metal, que es el oro, labrará una mano con tanta sutileza y primor, que por sus coyunturas se cierre y abra, y que siempre trabajando no se gaste ni acabe? Ningun metal fuera tan conveniente ni provechoso. Si las manos del labrador fueran de oro pudiera ser que se acabaran en un año; y estas en cien años, ni se gastan ni se acaban, siendo de un poco de cieno formadas. ¡Oh! ¡cuán engrandecidas son tus obras, Señor! Todas

el  
cuerpo  
po  
hu-  
me  
no



las cosas hiciste sabiamente. ¿Pues qué dire de los otros sentidos? En la cabeza están todos ellos con maravillosa composición dispuestos, y de ella baja el regimiento y mantenimiento á todo el cuerpo y á todos los miembros, que son como siervos suyos. A unos manda que lleven cargas; á otros que reciban el mantenimiento; á otros que defiendan y se ofrezcan al peligro por la guarda de su cabeza, y todos la obedecen. ¿Pues quién considerará la celestial sabiduría con que formaste las orejas, y con cuánta hermosura y provecho las pusiste delante de los oídos, para que en sus senos sean recibidos los sonos, y en ellos se templen, porque no entren violentos al órgano de este noble sentido y lo destemplen? Pusiste las orejas como antepuertas contra el frío y calor, para defender que ninguna cosa entre á dañar al oído, y porque entre la música con más dulzura por tantos rodeos. Si vengo á la consideracion de la boca, dientes, lengua, narices, garganta y los otros miembros, faltará el tiempo para contemplar sus perfecciones, oficios y dignidad, que nos enseñan muy bien tu alta sabiduría y lo mucho que te esmeraste en hacer mercedes al hombre en el principio de su creacion. No quiero tratar ahora de la excelencia de nuestra alma, de la cual diré despues; pero agótase mi entendimiento en la consideracion de la composicion y artificio de este cuerpo humano; y más me maravillo de la honra y merced que le hiciste despues de haberle en tanta perfeccion criado. En tanto estimaste este nuestro cuerpo, que por honrar esta fábrica, que tus manos hicieron, quisiste en el viejo Testamento vestirte de ropas de cuerpo humano, apareciendo en figura de hombre mucho ántes que encarnases. Honra es del hábito de una religion, cuando en la muerte le viste un rey para ser enterrado en él; y mucho más si en vida le trajese. ¡Oh, mi Dios! ¡y cuánto quisiste honrar nuestros cuerpos, pues tantas veces en vida apareciste vestido de su hábito y ropa! No sólo pretendías aparecer en aquella forma que fuese conveniente y



proporcionada con aquellos hombres con quien habías de tratar, mas áun deleitándote y probando la ropa, que despues habias de vestir, de verdadera carne, para nunca más desnudarla, hablabas con los padres antiguos, apareciéndoles en forma humana, porque tus deleites son estar con los hijos de los hombres y parecerte con ellos. Y por amor de esto dice tu santo Apóstol que nunca recibiste la naturaleza angélica, sinó la humana. ¿Qué quiere decir nunca? Una vez te hiciste verdadero hombre en las entrañas virginales; y como apareciste algunas veces en figura humana y ninguna vez apareciste en figura de ángel, por eso dijo el Apóstol: Ninguna vez se vistió Dios de la naturaleza angélica. Pues tanta honra diste, mi Dios y Señor, á este cuerpo humano, ¿qué sacaré yo de aquí, sinó aprender, como dice tu Apóstol, á poseer el vaso de mi cuerpo en honra y santificacion? Aunque no hubiese otra razon para poseer este cuerpo en honra y honestidad, aborreciendo los deleites y apetitos sensuales con que los malos lo afrentan, debería bastar solo esto para amar la castidad. ¿No sabéis (dice tu santo Apóstol) que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo? Al que violare este templo lo ha de destruir el Señor. Debería bastarme á mí para tener en mucho el templo de mi cuerpo saber que tú, Señor, juntaste nuestra humanidad contigo en un supuesto. De esta honra y merced, que nos hiciste, no debe nacer soberbia, sinó temor de no violar este cuerpo con deshonestidades, pues fué consagrado en templo y morada para el Espíritu Santo, en quien tu divina Majestad agradablemente mora. Mucho te esmeraste en la creacion del cuerpo humano; y no se puede declarar la armonía y concierto que hay dentro de él para su conservacion, sustentacion y mantenimiento. ¿Quién dirá la autoridad que en este cuerpo pusiste, para que tiemblen de él y le reverencien todos los animales más fuertes? Conozco, Dios mío, en esto la grande obligacion que tengo de amarte, y como me llamas á tu santo amor por aquel ca-



mino que entiendes que yo iría. Así como los imperfectos estiman en mucho los bienes del cuerpo, y aún á veces más que los del alma, así tú, mi Dios, con grande liberalidad diste á sus cuerpos tantas perfecciones, para que siquiera esto sea á ellos materia en que prenda el fuego de tu santo amor.

---



## MEDITACION XXXVII

*De los bienes de naturaleza dados á nuestra alma*

Criaste, Señor, mi alma, no mandando con majestad real, así como cuando hiciste las otras criaturas; mas para mostrar la dignidad y preeminencia del hombre, no tratas su creacion con voz de mandamiento, sinó con palabras de acuerdo y consejo, diciendo: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, y sea señor de los peces del mar, aves del aire y bestias de la tierra. Pusiste en su mano todas las criaturas de la tierra. Como el pintor, que tomando á su cargo algun grande retablo, reparte entre sus oficiales y criados muchas tablas de él, pero la imágen del medio, y más principal, la hace él por su propia mano, como cosa que ha de estar á la mira de todos, así tú, Criador nuestro, en la pintura de esta máquina universal de criaturas, y compostura del mundo, mandaste á la tierra que produjese yerbas, aves y animales, y á las aguas peces, y salieron estas criaturas de la potencia de la materia de estos elementos. Mas al hombre, que era el Señor de todo lo criado, lo criaste por tu propia mano, poniendo el resto de todas las otras criaturas debajo de su señorío y mando.

Por alta manera pregona toda criatura tu señorío, confesándote por Criador universal y estando sujeta á tu voluntad; y por la misma en su grado confiesan todas ellas que tiene el hombre esta dignidad por ser hecho á tu imágen, pues claramente vemos que ninguna tiene este género de obediencia y servidumbre á otra, por más ventajas que se lleven entre sí, y todas obedecen al hombre. A todas las criaturas de la tierra diste una pequeña participacion de tu sér y virtud, y en cada una de ellas reluce un vestigio y huella tuya; y así en su ma-



nera cada una recibió don y grande merced: más mejoraste al hombre dándole que verdaderamente tenga tu imágen, no en algun accidente que la pueda corromper y acabar, de manera que la pierda, mas en la sustancia incorruptible de su alma. Dístele las riquezas de tu imágen; adornástele de tu divino resplandor, sellando la luz de tu rostro sobre ella y dándole joyas y virtudes de gracia para que tal imágen no sea criada sin tal hermosura. Dístele tan ancho sér y capacidad, que tu divinidad y majestad, por principal ilapso, more en ella, de manera que sea magnificada sobre todas las criaturas de la tierra. Por ser el hombre imágen tuya es capaz de tí y de tu bienaventuranza; y por ser capaz de tí ninguna cosa basta para llenar su capacidad y deseo, pues toda criatura es nada en tu comparacion. Por amor de esto, como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mí alma á tí, mi Dios. Bien mostró esto el hambre del hijo pródigo, pues ningunos manjares, estando fuera de la casa de su padre, pudieron llenar su voluntad ni satisfacer su apetito. ¿Qué puede hacer mi alma, teniendo tanta capacidad, sinó andar, como otra Agar, vagueando por el desierto de este mundo y soledad de la tierra, fuera de la casa de Abrahan, y morir de sed, apartada de tí, mi Dios, que eres fuente de aguas vivas, único bien mío y refugio perdurable? Para grandes cosas guardabas al hombre cuando le criabas con tanta perfeccion. Aunque no sea mi alma de tu naturaleza, que eres Dios, mas en ella consideraré yo tu imágen; porque así como eres uno en esencia, lo es mi alma, teniendo todas las potencias, que son vegetativa, sensitiva y racional, para que de esta manera participe de todo lo que tiene vida, así plantas como brutos y ángeles. Tan semejante la hiciste á tí, que como tú eres inmortal, invisible, espíritu y perpetuo, así lo sea mi alma. Por contemplarla tan excelente criatura hubo muchos que dijeron ser un grande milagro, y otros que era suma del mundo, donde habías sumado y recogido todo lo que en esta hechura tan grande y tan hermosa



vemos. Ningun hombre cuerdo labrará ricas casas, salas doradas, cuadras pintadas con columnas de jaspe, para aposentar en ellas murciélagos ó palomas. La compostura y hermosura de la casa ha de ser segun la cualidad y autoridad de la persona que en ella ha de vivir. Criaste, Señor, todo este universo; adornástele con diversidad de flores y pinturas; pusiste resplandecientes estrellas en el firmamento, y hermoseaste los cielos con muy claros planetas; y finalmente, que toda esta máquina universal, con la redondez de la tierra y cielos, criaste para morada y habitacion del hombre. En la casa que le edificaste conozco su nobleza; por amor de lo cual dijo David que era poco ménos que los ángeles y que lo habías puesto por cabeza de todo lo criado. Y si el cuerpo es tal como hemos visto, ¿qué tal será el alma moradora de tal cuerpo? ¿Qué podré yo aquí decir ¡oh, Criador mío! sinó cantar con el salmista, que dice: Venid y oid, contaré á todos los que teméis á Dios cuántas cosas ha hecho Dios por mi alma. Si un rey muy cuerdo y sabio diese un millon de hallazgo por una perla que perdió, ¿qué tanto podíamos entender que valía aquella perla? Mira, pues, alma mía; conoce lo que vales, pues habiendo sido perdida por el pecado, en tanto te estimó Dios, que dió á su Hijo unigénito para que te buscase en este mundo con muchos trabajos, y que por hallarte dió, no un millon, ni cielo y tierra, porque todo era poco, sinó á sí mismo, que es todo lo que puede ser y todo lo que Dios con toda su omnipotencia podía dar. Mira, pues, el precio que por tí se dió y lo que eres y vales. No fuisteis redimidos con oro y plata, que son cosas corruptibles, dice el Apóstol San Pedro, sinó con la preciosa sangre del Cordero sin mancilla, Jesucristo. Sola esta consideracion debería bastar, Señor mío, para estimarme en mucho, mirando mi sér y valor. Y pues diste tu sangre por mí, que es precio infinito, no conviene que yo me dé por lo que vale ménos que yo. Muy léjos estoy, Señor, de vender mi alma por ninguna cosa de la tierra, despues que conozco haber sido



---

comprado con tan inestimable precio. A esto nos amonesta tu santo Apóstol, diciendo: Sois comprados con grande precio; glorificad y traed á Dios en vuestro cuerpo. Teneos en mucho y no traigáis á otro que sea ménos que vos en vuestro cuerpo. Y el mismo Apóstol en otro lugar dice: Con precio habéis sido comprados; no queráis haceros siervos de hombres. No es justo, Señor, que sea yo siervo de ningun hombre, sinó sólo de tí, que eres hombre y Dios, y me compraste con tu sangre. A tí solo entregaré yo mi alma, por quien tú diste tu propia vida. Cosa sería muy indecente y ajena de razon echar carbones en una bolsa de seda y oro hecha para guardar perlas, y poner cieno en vasos destinados para preciosos licores, y dar de comer á los puercos en la plata que ha de comer el rey. ¡Oh! ¡cuánto peor parecerá en el alma criada para riquezas del cielo, echar el estiércol del mundo, y en vaso de gracia echar culpa, y dar de comer á los puercos y sucios apetitos sensuales en las potencias que has de comer tú, mi Dios y Rey de gloria. Sabida cosa es que la semejanza es causa de amor; y que cuantas cosas hay en el mundo aman á sus semejantes. Quieres poner en mí más amor y aficion, y por eso me criaste á tu semejanza. De mayores cosas tratas que las presentes, pues tantas mercedes nos haces; y en las unas y en las otras muestras tu liberalidad y dulcísimo amor, pues tan de balde nos engrandeces. Principio de tus mercedes fué ésta, de lo cual se entiende cuál será el medio y el fin, pues las demas han de ser pregon de mayor amor. Distes con esto á nuestra alma tanta libertad para el bien y para el mal, que ya que te ofendiese, quebrantando tus mandamientos, pudiese convertirse á tí por penitencia y arrepentimiento, y volver á la primera dignidad y lugar. Dura esta merced todo el tiempo de esta vida, la cual no se concedió á los ángeles, pues luégo en pecando y confirmándose en su voluntad quedaron para siempre sin algun remedio, perdidos, obstinados y condenados.

---



## MEDITACION XXXVIII

*De los bienes de gracia dados á nuestra alma*

Abre, pues, tus ojos, alma mía; dispon tu corazón para que entren en él las riquezas del grande amor que Dios te tuvo dándote el excelente bien de su gracia. Ya te procura más alto ser y más engrandecida dignidad; ya te da de las riquezas de su gloria; ya te da parentesco con su real y divino linaje; ya te hace de su cámara, y te compone con vestidura digna de su presencia, y te da un principio meritorio de vida divina en la eternidad. Sin esta gracia todos los bienes de naturaleza que te dió el Señor cuando te crió no eran sinó para hacerte noble en la vida presente; mas no para dar aquella felicidad eterna y bienaventurada, para la cual fué el hombre criado. Es tan grande bien el de la gloria, que no bastan todos estos bienes naturales para alcanzarla si no añade Dios su gracia. La gracia de Dios es vida eterna. En el primer padre de nuestro linaje, nos diste, Señor, excelentes dones y favores, porque en él recibimos la justicia original, y gracia, y lumbre de entendimiento, que se le dió como en mayorazgo para sí y para todos sus descendientes. Mas ofendiendo él, todos fuimos hechos hijos de ira, desterrados del reino de los cielos, procurándolo por envidia nuestro enemigo antiguo. ¿Qué hiciste entónces, grande Amador nuestro? ¿Por ventura desechaste y desamparaste la criatura, que en tanta dignidad formaron tus manos, y ella se puso de su voluntad en tanta miseria? No agotó su maldad á tu bondad infinita; ántes si le habías preparado gracias y dones, ahora se los prometes mayores. Ahora le dispones á tu Hijo, para que hecho hombre muera y enriquezca, y salve á nosotros pecadores. ¡Oh, ciertamente caridad infinita



la de tí, mi Dios! ¡Oh, buen Señor y verdadero amador nuestro, que no despreciaste al que en tan poco te tuvo; ántes le miraste con ojos de mayor clemencia, y le diste mayores bienes y más perfecta salud, conforme á lo que dice el Apóstol, que no eran iguales el delito de Adan y el don de la redencion, porque donde abundó el delito sobreabundó la gracia. Venció el don al delito; y más poderoso fuiste tú, Señor, para sanar, que aquel antiguo pecado y todos los nuestros para herirnos. De aquí fácilmente entenderemos cuánto nos amaste, pues nos diste tu gracia por tal medio, tan á costa tuya y tan en honra nuestra.

Quedó el hombre tan herido en los bienes naturales y tan despojado de los graciosos, que sin tu gracia y auxilio ningun bien podemos hacer, ni áun pensarle, segun aquello que tu santo Apóstol escribe á los corintios: No somos suficientes para juzgar alguna cosa que convenga á nuestra salud eterna, sin que seamos despertados de Dios; mas nuestra suficiencia nos viene de sus dones y gracia. Quedé tan enfermo, tan ciego y tan dejado á mi flaqueza, que no tengo valor ni virtud para tratar de mi salvacion, si no fuere llamado y despertado de tí, mi Dios; y mucho ménos podré ejercitarme en tu servicio y hacer obras meritorias de vida eterna, si tú no me tocas con tu mano y me das tu gracia para negociar mi salud, Quedó tan herida la voluntad, que no puede sin tu gracia amarte sobre todas las cosas, ni ordenar y encaminar á tí todas sus obras. Natural es á toda criatura, no sólo á las racionales, mas áun á las bestias y á las otras que no usan de sentido, amar á tí, mi Dios, sobre todas las cosas, cada una dentro de los términos de su conocimiento y apetito; mas el miserable hombre, dejado á su propia enfermedad, inclina su voluntad á su propio amor desordenadamente por la corrupcion de la naturaleza, y no puede amar á Dios sobre todas las cosas si no fuere sano con el auxilio de la gracia, para que entre dentro de aquella tu divina ordenacion, con que conviertes todas las cosas á tu



amor. Con esta gracia ordena el hombre su amor á tu amor, y toma y escoge á tí por último fin y paradero de su amor, y de todas las cosas que bien quiere. De aquí entiendo cuán imposible nos es, sin esta tu divina gracia, que sane y se esfuerce esta nuestra naturaleza, mortalmente herida á guardar tus mandamientos. No ménos, despojado de la gracia y justicia original, quedó herido nuestro entendimiento con ceguedad, y la voluntad con su propia pasion de lo que fué maltratado, robado y acuchillado aquel que descendía de Jerusalem á Jericó y cayó en manos de los ladrones. Descendimos de la vision de paz, sosegada y pacífica vida de gracia, que teníamos robados y destruidos por el pecado. Mas tú, Señor verdadero, Prójimo nuestro y grande Amigo, como hizo el samaritano, viniste del cielo á la tierra á curar nuestras llagas y vendar nuestras heridas, lavándolas con tu propia sangre. Dístenos la gracia perdida, y con ella muchos y muy ricos dones del Espíritu Santo, y saludables sacramentos y favores, para alcanzar el cielo, que por nuestra culpa perdimos. Dístenos el bien de la gracia, que nos muestra como hacha encendida lo que debemos hacer; mas como don que eficazmente nos da esas mismas buenas obras con la ayuda de esa libre voluntad. Esta gracia, no sólo alumbrá á los ciegos para que vean lo que han de hacer, mas aún les da eficacia y fuerzas, para que hagan aquellas obras con caridad y amor que ya han conocido que deben hacer. No hay lengua, Señor, que pueda decir la dignidad y excelencia del hombre, adornando tú su alma con tu divina gracia, pues por ella es llamado hijo de Dios por adopcion y heredero juntamente contigo del reino del cielo. Si el alma se viese en la hermosura de la gracia que tú la diste nunca amaría á otra criatura más que á sí misma. Bendice, pues, alma mía, al Señor: Dios mío, notablemente me has engrandecido. No quisiste, Señor, que viésemos en esta vida nuestras almas; porque si cuando estamos en gracia y tenemos tu santo amor, viésemos su hermosura y be-



---

lleza, podría ser que de tal manera nos amásemos por vernos tan perfectos y hermosos, que nos aconteciese lo que á los ángeles en el cielo, que enamorados de su hermosura, se ensoberbecieron, y cayendo de aquel alto estado, perdieron la hermosura de la gracia que tenían y el alto lugar donde fueron criados, sin esperanza de cobrarle. Y si, por el contrario, viésemos al alma fuera de tu gracia y privada de ella, tan fea, y, como dice un profeta, más negra que los carbones, tomaríamos ocasion para desesperar y desconfiar de su remedio.

---



## MEDITACION XXXIX

*Del bien de esta divina gracia y amor*

¡Oh! ¡cuánto bien nos has hecho, Señor, y cuán grande es el amor que nos tienes, pues con tanta liberalidad y abundancia nos diste lo que tanto habíamos menester! Dísteme con tu gracia muy cierta prenda de tu bienaventuranza y perdurable gloria, por ser el medio con que se alcanzan aquellas celestiales moradas. Hicísteme ciudadano del cielo, compañero de los ángeles y participante de tus divinos tesoros. Hiciste á mi alma más hermosa que cielo y tierra y que todo lo criado, señora del mundo, servida de los ángeles y terrible y espantosa á los demonios. ¡Oh, bondad infinita de mi Dios y largueza soberana! ¿Qué puedo yo hacer en tu servicio por tan grandes é innumerables beneficios? ¡Oh, dulzura de mi vida! ¿Quién soy yo, vil gusanillo de la tierra, para que, siendo tú quien eres, Dios de tan alta majestad, hagas tanto caso de mí? ¿Qué cosa es el hombre, hijo de Adán pecador, vaso de corrupción y arca donde se encierra toda iniquidad y flaqueza, que tanto lo engrandeces y pones cerca de él tu corazón? Dándole tu gracia le das tu amistad y amor; de siervo del demonio es hecho hijo tuyo; y de morador de la infernal Babilonia por tu gracia es ciudadano de la Jerusalem celestial. ¡Oh, Rey de la gloria, perdona mi atrevimiento, pues oso hablar contigo y parecer delante de tu divina presencia! Conozco mi indignidad, y que no merezco alzar mis ojos delante de tí, viéndome tan desnudo de virtudes y cargado de vicios. Querría esconderme de tu cara; ¿pero dónde iré que no te halle? ¿Dónde huiré de tu espíritu y dónde huiré de tu rostro? Si subiere al cielo, allí estás tú; y si bajare al infierno te hallo presente. Si



es confusion y vergüenza mía parecer tan desnudo de bienes ante tu divino acatamiento, ¿quién podrá vestirme y remediarme, haciéndome digno de tu presencia, sinó tú, Señor que vistes cielo y tierra de admirable hermosura? ¿Quién puede hacer limpio al que es concebido y formado de materia inmunda? Tú solo eres el que puedes hacer esto. Por afrenta tengo parecer delante de tí, siendo quien soy; pero ya que no me puedo esconder de tí, y tú solo puedes remediar mi necesidad y pobreza, vísteme, Señor, de tu gracia, porque pueda llegar á tí. Afligido está mi corazon, y mi alma cercada de angustia, viéndose de dos contrarios combatida, pues por una parte conozco no ser merecedor de parecer mi inmundicia delante de tus limpios ojos; y por otra veo que aunque quiera huir de tí no puedo. ¿Qué medio se puede dar en semejante contrariedad, sinó suplicarte, ya que no puedo huir de tí, que me hagas digno de tu presencia, pues sin ella ni quiero ni puedo vivir? Tú, clementísimo y benignísimo Señor, que encogiéndote en tí tu justicia y extendiendo sobre nosotros tu misericordia, viniste del cielo á la tierra á vestir de gracia la desnudez de nuestras almas, y por dárnosla te pusiste en la cruz, envíala ahora del supremo trono de tu gloria, no mirando mi poco merecimiento; pues si es por méritos la gracia, no es gracia. Cuanto más indigno soy yo más glorificado serás tú. Con ésta podré yo cumplidamente guardar tus mandamientos y amarte sobre todas las cosas, pues sin tu gracia nada de esto podré hacer cumplida y perfectamente. ¿Y qué sería de mí sin tu amor y sin la guarda de tu ley? ¿Qué criatura sería más vil que el hombre sin tu amor y sin la obediencia de tus mandamientos? Todas las demas criaturas te aman y sirven y no salen un punto de tu mandamiento, y áun si les mandas cosas contrarias á su condicion natural en un punto con dulcedumbre te obedecen. Mandaste á las aguas del Mar Bermejo que diesen lugar para que pasase tu pueblo de Israel; y al río Jordan que se retirase; y al sol que parase y



estuviese quedo; al fuego que no quemase á los niños en el horno de Babilonia; á la ballena que recibiese en su vientre al profeta Jonas; y á los hambrientos leones que no tocasen á Daniel y luégo te obedecieron. Sólo el hombre de su voluntad es hecho tan miserable, que cae de aquella dignidad que posee toda criatura, perdiendo tu santo amor; pues ni te obedece ni puede cumplir tus mandamientos, como conviene, perdida tu gracia. Bendito seas tú, Señor, para siempre, pues volviste á encender el fuego de tu amor en nuestras almas, y sanas nuestras voluntades, para que podamos amarte y servirte; porque, dejando á parte que en esto nos va la vida eterna para el alma y para el cuerpo; y dejando aparte que en esto nos va tambien la honra de no ser animales insipientes, estaba de por medio tu honra y gloria, que el hombre tanto había afrentado. Esto debe ser, alma mía, delante de tus ojos de muy grande precio; y cuando llegares á este grado de sentimiento darás gracias á Dios, más porque te dió gracia y medio con que pudieses magnificar y honrar su nombre, que porque te libró de la muerte y dió su reino. Estima en mucho, pues puedes, con la gracia de tu Dios, glorificarle sobre la tierra, y áun en aquellas obras y servicios que enteramente contradicen á nuestro apetito y gusto natural, y áun á la propia vida. Podré ya con la gracia y con sus fuerzas ayunar, perdonar injurias, velar en oracion, peregrinar, guardar perpetua castidad y áun morir, ofreciéndome al martirio, como muchos santos mártires lo hicieron. Cualquiera de estas obras (y las más principales no las hubiera en aquel estado), hechas con igual gracia y esfuerzo, son de más honra para tí, mi Dios, y de más honra para el hombre. Mas pone el nombre de su casa, y á más costa de la mortificacion del cuerpo y de sus apetitos y deseos, sirve de lo que entónces sirviera. Conoce, pues, alma mía, el gran bien de gracia que Dios te dió, pues sin él no te podías salvar; y que te fué dado de balde y no por tus merecimientos, y entiende cuánto te obliga Dios á su amor, pues te hizo tanto



---

bien. Grande bien es este que Dios te hizo, porque dándote Dios su gracia mora su Majestad divina en ti; y tanto tiempo, cuanto la lámpara de la fe arde con el fuego de la caridad y divino amor. Ceba, pues, ahora esta lámpara de aceite con continua meditacion del amor que te tiene tu Esposo Jesucristo, y arderá y morará en tí misma por gracia, hasta que te dé el gran bien de la gloria, que te tiene prometido.

---



## MEDITACION XL

*De los males de que Dios nos libró*

Habiendo en alguna manera comenzado en las meditaciones pasadas á decir lo que nunca se podrá acabar de decir ni agradecer, acerca de las mercedes hechas y beneficios dados por tus magnificentísimas manos á nosotros pecadores, por las cuales somos obligados á amarte sobre todas las cosas, justo será que ahora se trate del segundo y tercer género de dones, que son de los males de que nos libraste, preservándonos de ellos, y de los grandes bienes á nosotros prometidos. De éstos habló David en aquellos versos del salmo, donde sumó los tres géneros de beneficios, que eran bienes dados, males de que nos libraste y bienes prometidos, cuando dijo: Conviértete, alma mía, á tu holganza, porque el Señor te hizo bien. Libró mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas y mis piés de caída. Tocando algo de los bienes á nosotros dados, resta ahora, alma mía, que te conviertas á tu Dios y Señor y como otra ave fénix ardas en llamas de fuego de amor debido á tan noble bienhechor, pues te libró de la muerte eterna, del infierno y de sus perpetuos llantos y perdurables tormentos. ¡Oh, Esposo de mi alma y Dios de mi corazón! ¿Qué merecí yo ante tu divino acatamiento, ántes que fuese, para que con tanto cuidado me quisieses prevenir, anticipándote con las mercedes sin cuento que me hiciste, guardándome de tantos males? Todo se ha de atribuir á tu gracia y bondad infinita con que me amaste, aun ántes que tuviese sér, solamente por quien tú eres, sin haber méritos de mi parte. Ya que no me hiciste criatura insensible, como árbol ó piedra, ni animal irracional, sinó hombre criado á tu imágen y semejanza y capaz



de tu gloria, en tu mano estaba ser yo concebido de padres infieles, moros, herejes, gentiles ó judios, y nacido de tinieblas, vivir y acabar la vida en la ceguedad de sus errores y arder despues en fuegos eternos, apartado de tu vista, como vemos gentes sin número, que fuera del gremio de tu santa Iglesia se pierden y condenan, atormentados para siempre en cárceles infernales. ¡Oh, mi Dios y Señor! ¿con qué te pagaré tan grande merced, pues me alumbraste con la lumbre de tu fe, naciendo primero de padres católicos y cristianos? Quisiera el comun enemigo de la naturaleza humana ahogarme en el vientre de mi madre en siendo concebido; pero tú, mi Dios, que tan diligentísimo eres en hacerme merced, con aquel increíble y solícito cuidado que tienes de mí, en el punto que criaste mi alma la diste un ángel del cielo que la guardase en el vientre de mi madre y la defendiese del enemigo. Grande merced es esta, pues destinaste para que me sirvan y guarden á unos espíritus bienaventurados, sustancias incorpóreas, inmateriales é incorruptibles, que ven siempre la cara de tu Padre en el cielo. Por lo cual el salmista dijo: A sus ángeles mandó que te guarden en todos tus caminos. ¿Cuántos ha habido que, permitiéndolo tu divina Majestad, despues de ser concebidos, muriendo ántes que naciesen sin ser lavados de la culpa original con el agua del santo bautismo, están ahora y estarán para siempre jamas privados de ver tu cara en el cielo? Esto mismo pudiera acaecer á mí, si tú, mi Dios, con tu amorosa mano no me guardaras y defendieras de la muerte. Sacásteme á luz: hicísteme cristiano: infundiste en mi alma tu santa fe, segura y cierta esperanza y perfecta caridad. Hiciste á mi alma semejante á tus santos ángeles, inocente, santa, sin mácula de pecado, vestida de gracia y adornada de virtudes y dones en el bautismo. ¿Qué hice yo en conociéndome y en alumbrándome con el uso de razon? ¡Ay de mí, que primero supe ofenderte que servirte! ¿Qué ha sido todo el discurso de mi vida pasada, sinó un continuo



ejercicio de pecados? ¿En qué nos hemos ocupado tú y yo en los años atras tan mal gastados, sinó yo en ofenderte y tú en perdonarme? Tú nunca te cansaste en hacerme merced; y yo nunca me cansaba en ofender á quien con tanta razon había de servir. ¿Hasta cuándo ha de durar eso? ¿Hasta cuándo diré: mañana, mañana: espérame, espérame? ¿Desprecias, alma mía, las riquezas de la bondad de tu Dios, de su longanimidad y paciencia? ¿No ves que la benignidad de Dios te trae á penitencia? Pero tú, segun tu dureza y corazon impenitente, haces tesoros de ira de Dios. Todas las cosas me cansan, Señor, y cánsome de andar y estar quedo y de asentarme y estar en pié; y cánsame la cama y la música, el comer y el beber, y todo me cansa; y el pecar nunca me cansa. Yo siempre hallé en tí Padre piadoso, amigo verdadero, liberal señor, bienhechor magnificentísimo, juez misericordioso y perdonador de mis culpas sin límites ni tasa. Siempre fuiste para mí alegría en mi tristeza, remedio en mis males, salud en mis enfermedades, consolacion en mis descontentos, sufrido en esperarme, benigno en recibirme y misericordioso en perdonarme. Yo siempre fuí para tí ingrato á tus beneficios, rebelde á tus mandamientos, desconocido á las mercedes que me hiciste, sin memoria de lo que te debo; y he vivido como si no te conociera ni estuvieras presente en todas mis obras. ¿Qué bondad no acabara mi malicia y quién no se cansara de dar y encogiera la mano, habiendo de mi parte tanto desconocimiento? Cuando más digno era del infierno mayores mercedes me hacías y más grandes misericordias llovían sobre mi alma. Entremos, pues, ahora en cuenta, Dios mío. Si cuando yo andaba apartado de tu gracia (plegue á tu misericordia no sea tambien ahora), si entónces muriera, segun mis pecados lo merecían, ¿dónde estuviera yo ahora? Apartado de tí y de tus santos ángeles, desterrado de la gloria, desheredado del cielo, compañero de los demonios, enemigos tuyos, atormentado con tan duros tormentos, que el menor de los innumerables



que padecen los dañados es el mayor que en esta vida se puede imaginar; y estos intolerables tormentos son de menor dolor y pena de lo que fuera verme para siempre apartado de tu vista, sin esperanza de poderte gozar. ¡Oh, pena acerbísima y terrible! ¿Qué fuera de mí entonces, viéndome apartado de tu vista, pues mi alma encarcelada en este cuerpo, como desea el ciervo las fuentes de las aguas, desea ir á tí y verse contigo, y está anhelando y suspirando por gozar de tu divina esencia? ¿Qué hiciera, viéndose privada de las esperanzas que ahora tiene de verse contigo en el cielo? Sufre con paciencia los trabajos y molestias de esta miserable vida por la esperanza que tengo que algún día vendrá en que, suelta mi alma de la pesadumbre de la carne, descansará con su Esposo Jesucristo en su gloria. ¿Pues qué vida tuviera, viéndome privado de tal esperanza? No es vida, sinó continua y perpetua muerte la de aquellos malaventurados que están en el infierno, pues de ellos dice la Escritura que los apacienta la muerte. Tú, Señor, por tu infinita bondad y grande misericordia me libraste de aquellos horribles y espantosos tormentos, deteniendo á la muerte para que no me llevase, alargándome la vida para que me convirtiese, inspirándome y dando recios golpes á mi corazón para que te llamase, alumbrándome para que te conociese y dándome salud para hacer penitencia. Cuando más huía de tí tú más me seguías. Buscábasme cuando pecando me apartaba de tí, y siendo tú el ofendido, mostrándome tus llagas y el costado abierto, me rogabas con el perdón; y no sólo me sacaste de tantos males pasados, pero áun también me preservaste y guardaste de otros muchos pecados que cometiera, si tú, Señor, con tu misericordia grande no me tuvieras con tu mano piadosa para que no cayera en ellos: por lo cual, alma mía, alaba á tu Dios para siempre, bendícele y ámale sobre todas las cosas, pues te hizo mucho bien y te libró de la muerte eterna, y tus ojos de las lágrimas y lloros infernales, y tus piés



---

de caída, teniéndote con su mano para que no cayeses en otros muchos males y pecados, que hicieras, si no te sustentara su misericordia para que no los cometieses.

---



## MEDITACION XLI

*De los bienes á nosotros prometidos*

Tan cercado me veo de obligaciones, y tan obligado á servirte, Dios mío y todo mi bien, por las infinitas mercedes que he recibido y recibo cada hora de tu largueza, que se embota mi juicio y queda atada mi lengua y suspensas y pasmadas todas las potencias de mi alma. No sólo muestras tu infinita bondad y magnificencia en querer que te amemos y tener por bueno, siendo quien eres, ser amado de nosotros, viles criaturas; pero lo que causa grande y estupenda admiracion, y hace estremecer á los que tienen uso de razon, es ver que por tan ligero y suave precepto, como es el mandamiento del amor, prometes premio de gloria y vida eterna. Esto es lo que tu santo Apóstol dice: Ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni jamas subió en el corazon del hombre lo que Dios ha prometido á los que le aman. ¡Oh, largueza inefable de mi Dios, pues á los que te aman son prometidas tan grandes cosas! ¿Y qué razon de premio hay en el amor? ¿Qué trabajos, qué molestias, qué dificultades, qué sinsabores y qué penas hay en el amor? El mismo amor es bastante galardón para sí. El amor es más amable que todo cuanto se puede amar: es más deseable que todo lo que es posible desearse; y con todo eso le añades galardón y premio. Cosa maravillosa es, Señor, que das amor por amor, gracia por gracia, paraíso por paraíso, y don sobre don. Cuando premias nuestros merecimientos, ¿qué otra cosa premias sinó tus dones y mercedes, pues nuestro merecimiento no es otra cosa sinó tu don? ¿Quién no se maravillará de tan inmensa bondad y magnificencia? ¿Quién nunca vió poner á un hambriento delante



preciosos y sabrosos manjares, que coma, y darle premio porque coma, y dar de beber al sediento y hacerle mercedes porque beba? Así lo haces con nosotros, magnificentísimo Señor, cuando á los que desean tu amor se lo das de gracia y aún por él les prometes para más adelante tu gloria. ¿Qué magnificencia es esta, Señor, que finges trabajo en el mandamiento jocundísimo del amor, no habiendo en él sinó suavidad y dulzura, porque así tengas ocasion de premiarnos; y lo que no es trabajo premias como si fuese trabajo, segun es grande, Señor, la voluntad que tienes de hacernos bien? De tí dice David que finges trabajo en el precepto, porque en el mandamiento del amor, que es dulce y hace todos los trabajos dulces, finges que hay trabajo, por tener ocasion de premiarnos. El amor es premio de sí mismo; y dándonos gloria porque te amemos das don sobre don, merced sobre merced y gloria sobre gloria. ¿Pues cómo tan bueno y tan liberal Señor negará á sus siervos su justo jornal, si á los que no trabajan porque aman, así como si trabajasen promete galardones? Tal es, Señor, tu amor, tan grande y tan bueno, que por alcanzarle, cualesquiera tormentos, por muchos y grandes que fuesen, se habían de sufrir; y tú, no solamente nos le das de gracia, mas aún le premias con paraíso y gloria: por lo cual en el Deuteronomio, despues que diste la ley al pueblo de Israel, mandaste que te amasen. En poniéndoles el precepto del amor, hablaste luégo del premio celestial, y dijiste: Mira que el cielo y el cielo del cielo es del Señor Dios tuyo. En aquella parábola del que envió los jornaleros á su viña nos muestras, en igualarte y en hacer concierto con ellos, tu infinita bondad y misericordia, pues das el dinero de la bienaventuranza eterna por tan pequeño trabajo como la guarda de tus mandamientos, siendo nosotros obligados, así como así, á guardarlos sin premio alguno. Cuando uno tiene un esclavo, y le envía á su viña, no se conierta de darle nada, ántes le hace ir aunque no quiera, porque el que compra el esclavo compra con



él todas sus obras. ¿Pues nosotros no somos, Dios mío, esclavos tuyos y comprados con tu sangre? Con grande precio dice San Pablo que fuimos comprados; y San Pedro declaró el precio cuando dijo que fuimos comprados con el precio de tu inocentísima sangre. Pues luego si nos tienes comprados por tan inestimable precio, sin darnos premio, nos podías mandar y áun compeler á amarte y á la guarda de tus mandamientos. Por solo el beneficio de la encarnacion y redencion, sin esperar galardón, nos podías obligar á andar desnudos y á comer siempre yerbas, y á todo cuanto pudiéramos hacer, y nosotros estábamos obligados á cumplirlo; pero es tanta tu bondad, que con poderlo hacer así, y justamente, no quieres sinó concertarte con nosotros é igualarte, prometiéndonos vida eterna en galardón. Concertaste con nosotros, y te obligaste á darnos tu gloria, y de tal manera te quisiste obligar, que amándote nosotros y guardando tus mandamientos, no puedes tú dejar de darnos tu gloria; y esto de justicia, porque tu palabra no puede faltar. El Apóstol, despues que contó sus muchos trabajos á su discípulo Timoteo, añadió diciendo: Guardada está para mí la corona de justicia; y no sólo para mí, sinó tambien para los que aman su venida. Y si tú, Señor, no quisieras obligarte á darme la gloria, guardando yo tu ley, nadie te la pudiera pedir de justicia, pues no son dignas las pasiones y trabajos de este siglo, ni todo cuanto puede el hombre hacer, para merecer tu bienaventuranza eterna; pero presupuesta tu liberalidad y amor soberano que me tienes, con el cual por tu propia bondad quisiste obligarte, sin yo merecerlo, no puedes dejar de cumplir tu promesa y palabra; porque palabra de rey, y más de tal rey, no puede faltar. Tú eres, Señor, el que dices en tu santo Evangelio: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Así tambien te igualas con los labradores que envías á tu viña, prometiéndoles la gloria por su trabajo; y en hacer pacto y concierto con nosotros nos tratas como libres, siendo tus esclavos, pues



---

el concierto no se hace con los siervos cautivos, sinó con los hombres libres. ¿Pues qué es esto, Señor mío, que no sólo porque te amase me hiciste tantos bienes y me libraste de tantos males, pero aún me prometes, porque te ame, vida eterna? Si el amor se vende, nadie lo compra tan caro como tú, pues das por él la vida eterna. No solamente con tan innumerables mercedes me obligas á amarte, mas aún me haces tan altas promesas por ser amado de mí. Me das la vida eterna, de la cual no se puede hablar, pues es imposible decir lo que hallan los bienaventurados que te ven, porque hallan lo que tú eres, aunque no con aquella grandeza que tú gozas de tí mismo. Para nosotros lo uno y lo otro es incomprendible: por lo cual se dice en el Apocalipsis que en aquella piedra que se da á los vencedores va un nombre escrito, que no lo entiende sinó quien lo recibe: y tambien dice que le dará el maná escondido, que quiere decir un gusto que de solo el que le gusta puede ser conocido; y un precio tan grande por la victoria, que quien la alcanza solo le puede estimar. Entender (dice) que declarar aún los que la gozan, no podrían, y así dice el Apóstol, que no tiene licencia para hablar en lo que allá vió; porque todo lo que hombre á hombre puede decir, es tan poco, que pudiera ser ocasion de ser ménos estimado de los que tan poco pueden entender de cosa tan subida, y así es bien que por una parte conozcamos algo y por otra adivinemos; y por eso dijo tu Apóstol que aquí en esta vida en algo conocemos. Si del todo se ignorara, no se pudiera amar; y si del todo se conociera no tuviéramos que desear; y así tu sabiduría lo templó de manera que supiésemos lo que bastase para caminar como quien anda tras la luz de una lámpara que alumbra la oscuridad de esta vida, en que siempre es de noche, hasta que, como dice San Pedro, venga el día y aparezca el lucero en nuestros corazones.

---



## MEDITACION XLII

*Como el fundamento de todos los beneficios de Dios es el amor*

En todas las buenas obras que unos hombres hacen á otros más se ha de mirar el amor con que se hacen que á la cantidad y grandeza del dón que reciben; porque aunque lo que se da sea mucho, si el que recibe el beneficio entiende le fué dado forzosa y violentamente y contra la voluntad del que le dió, no hay obligacion de agradecimiento. Lo principal que se ha de mirar en el que hace algo es la voluntad y amor con que nos sirve. ¡Oh, Redentor del mundo, que si mucho has hecho por nosotros, si nos has dado grandes cosas, si nos libraste de muchos males y nos prometes bienes eternos y perdurables, todo esto (con ser tanto) es ménos que el amor que nos tienes!

Por amor te diste á nosotros, veniste del cielo, encarnaste y moriste; y por el inefable amor que nos tienes nos criaste y redimiste, y te nos das en el sacramento de la Eucaristía, y nos libras de tantos males, y nos prometes tan grandes bienes. Es tu amor para con nosotros de tal suerte, que la menor merced que nos haces, por venir esmaltada con tan finísimo amor, no somos suficientes para acabar de agradecer y pagar, aunque entrásemos en hornos de fuego muy encendidos por amor de tí; cuanto más que las obras que nos haces son sin cuento, y tan grandiosas, que ponen espanto en la tierra y admiracion en el cielo. Si son soberanas las mercedes, y excelentísimos los beneficios que nos haces, mayor es el amor que nos tienes, el cual sobrepuja á todo entendimiento criado y trasciende los límites de la razon natural. El fundamento y raíz de todos los dones y mercedes que nos haces es tu santo amor.



Todos los dones que nos diste no son sinó indicios y señales de este amor, que es el mayor y el primer don. Mira, pues, alma mía, y siente bien si del amor proceden todos los dones, que tan grande debe ser el amor que Dios te tiene, pues todos los beneficios que hemos dicho, y otros infinitos que podríamos decir, proceden y manan de este su tan inmenso amor; porque si tú, Señor, hiciste el mundo y todo lo criado en él por amor del hombre, síguese que primero amaste al hombre, y que en todas las otras criaturas no amaste ni amas sinó al hombre, por el cual las hiciste, porque en los medios ordenados para algun fin solamente amamos á aquel fin; y pues tu amor excede en infinito á todas las otras cosas que nos diste, síguese que dándonos tu amor nos amaste y nos diste don infinito, y tal, que no se puede estimar, el cual don, como sea gratuito y liberal, sin duda alguna es el hombre más obligado por sólo esto que por todos los otros dones juntos que de tu larga mano ha recibido, pues aquéllos, por muchos y grandes que sean, son finitos y tienen cabo; mas tu amor es infinito y sin remate. No tenías necesidad que nosotros los recibiésemos; mas por sola tu bondad y liberalísima voluntad nos los diste, y nosotros teníamos grande necesidad de recibirlos, porque sin ellos no podíamos vivir un momento; pues tanto mayor suele y debe ser la obligacion que nace del beneficio, cuanto es mayor la necesidad del que lo recibe, y mayor y más libre la voluntad del que lo hace. Pues ¿qué necesidad tenías tú, Señor, de nosotros, ni de las cosas que por amor de nosotros criaste? Ninguna por cierto, dice David. Y nosotros de ellas, ¿qué tanta? Que sin ellas un punto no podemos vivir. Si Dios ama y quiere tan regaladamente sus obras y lo que ha hecho, no es tanto por ser efectos suyos, ni porque las hizo, sinó porque las crió con tanto amor. Amas, Señor, todas las cosas que hiciste, y ninguna cosa aborreces; y aunque amas á todo lo criado, pero al hombre más que á nadie. Si alguno habías de querer más que á él, había de ser al ángel, y ése quedó muy atras, porque



cuando se perdió no cuidaste de su remedio, ni tomaste la naturaleza angélica, sinó la humana; pero cuando el hombre se perdió trataste tan de veras de su reparo y salud, que aventuraste la vida y la honra, haciéndote hombre por él; y con todo esto nunca acaba el hombre de quererte, siendo tú quien eres y siendo él quien ves. Naturalmente, Dios mío, te amas á tí mismo sobre todas las cosas, y con aquel inefable amor é infinita caridad que te amas sobre todo. Amas á tus criaturas, y á todas ellas amas por mi respeto, pues las pusiste todas, como dice David, debajo de mis piés, aves, animales y todas las bestias del campo. ¿Cómo podrían ellas permanecer, si tú no quisieses? Y ¿cómo se podrían ellas conservar, si tú no las amases? Perdónanos, Señor, porque nos amas, y recíbesnos con misericordia, por lo mucho que nos quieres. Esto es lo que dices por un profeta: En caridad perpetua te amé, y por eso te atraje, teniendo de tí misericordia. Por amor diste alguna virtud á todas las cosas, y vístelas cuando las criaste y eran todas buenas, porque tu bondad las hizo buenas. Si á los padres que nos engendraron amamos, ¿cuánto más debemos amar á tí, Criador de nuestros padres y Hacedor nuestro? Si estando yo ciego hubiera alguno que me alumbrara y diera vista, ¿qué tanto fuera justo que le amara? Si naciera sin piés ni manos, y un hombre me diera manos para obrar y piés para andar, ¿no fuera obligado á amar á tal bienhechor? Pues ¿qué hiciera si siendo muerto me resucitara, y si no teniendo sér me diera el sér que tengo? Toda mi vida me anduviera tras él, sirviéndole de rodillas, y le besara los piés, y aún la tierra que pisara. ¡Oh, Criador mío! y ¿á quién debo yo estos ojos, sinó á tí? ¿Quién me dió piés y manos, cuerpo, alma, vida y sér, sinó tú, mi Dios, que de nada me hiciste? Y si en estos ojos, que mañana se han de convertir en polvo y ceniza, tanto te quisiste esmerar, que hiciste, cuando los criaste, cómo pudiese con ellos ver el cielo con sus planetas, estrellas y resplandores, y la tierra con la variedad de colores y diversidad



---

de criaturas, ¿qué será de los ojos interiores del alma, que para siempre durará? Si esto corporal es de tanto primor, ¿de cuánta mayor perfeccion y excelencia es esta espiritual sustancia de mi alma, que no veo? Y despues de darme alma y cuerpo, y todo cuanto soy, tengo y valgo, estando muerto por el pecado me resucitaste, y tan á costa tuya, que por darme vida perdiste tu propia vida. Pues ¿qué hombre flaco, pecador y falto en muchas cosas, hiciera por mí la menor de las mercedes que tú, mi Dios, me has hecho, siendo tú sumo bien y bondad infinita, que no me perdiera yo por él? No mirara á sus faltas, sinó al beneficio recibido, y anduviera desalado tras él por montes y valles, sirviéndole de día y de noche, y áun nunca juzgara que acabara de agradecerle tanta merced. Pues ¿por qué, Dios mío y todo mi bien, no ando yo perdido por tí, pues siendo tú la misma bondad y sustancia dignísima de infinito amor, has sido conmigo tan liberal, que me diste sér, vida, alma, cuerpo y todo lo que soy? Y lo que más es, que estas y otras mercedes sin cuento que hiciste á mí, criatura tuya y obra de tus manos, proceden de amor, porque por amor me criaste y por amor me redimiste; y así conviene que te ame todo cuanto fuere á mí posible y muera herido de tu santo amor.

---



## MEDITACION XLIII

*Del mandamiento del amor de Dios*

Mándasme, Señor, que te ame, y con recio mandamiento, y me amenazas con graves penas si no te amo. Confúndesme, Señor, con este mandamiento. ¿Cómo, Señor, tan ingrato soy yo, siendo obra de tus manos, y habiendo recibido de tí todo mi sér, y siendo el amor el principio y origen de donde manan todos los bienes, y habiéndome redimido con tu preciosa sangre, dícesme ahora que te ame? ¿Qué es menester que me mandes que te ame? ¿qué necesidad tengo yo de tal mandamiento? Si, como dice un sabio, el que halló beneficios halló cadenas para prender los corazones, ¿qué corazón había de haber tan duro, que considerando tantos y tan grandes beneficios, no se encienda en tu amor? ¿Cómo es posible que sea yo tan ingrato que no te ame, teniendo tanta multitud de razones que me obligan? ¿Quién es el hombre, á quien así os manifestáis, ó el hijo del hombre, de quién hacéis tanto caso? ¿Qué se os da á vos, Señor, de ser amado del hombre? Tenéis ángeles en el cielo; y, como dice Daniel, millares de millares os sirven, y millones de ellos están en vuestra presencia, ¿y hacéis caso de un vil gusanillo de la tierra? Tenéis serafines sin cuento, que, encendidos en vuestro amor, están hechos llamas, amándoos perpetuamente sin nunca cesar, ¿y hacéis caso de una criatura tan baja, como es el hombre, mandándole estrechamente que os ame, prometiéndole por eso la vida eterna, y amenazándole con la pena perpetua del infierno si no lo hiciere? Pudieras, Señor, mandar al hombre otras cosas de más dificultad, como era que te sacrificara á sus hijos, ó que edificara templos, ó que anduviera á peregrinaciones, y todo



eso no lo estimas; y sólo lo que tienes en mucho es que te ame. El fin del precepto es la caridad, dice el Apóstol. El cumplimiento de toda ley, y lo que pides al hombre, es que te ame. Pluguiese á tí, mi Dios, que conociésemos los hombres con cuánta piedad pides que te amemos. Porque me amas, y muy de veras, por eso me pides que te ame. ¡Oh, jocundo, oh, leve; oh, suave y deleitable precepto! Gracias te doy, Señor mío, y muy muchas gracias por tan benévolo, tan deseable y tan grato mandamiento como me has dado. Pusiste, mi Dios, las espuelas al que de gana corría. Y ¿qué cosa más grata ni más deleitable puede ser á mí que amarte? Y ¿quién puede no amarte? Si me mandases que no te amase eso sería á mí penoso, imposible é intolerable, y en alguna manera me sería más tolerable el infierno que dejarte de amar. Cuando algunas veces juzgo, ó hablo, ó me dicen de las penas del infierno, lo que más me espanta y atemoriza es que los que están atormentados en aquel malaventurado lugar te aborrecen, maldicen y detestan. ¡Oh, misérrimas é infelicísimas criaturas! ¡Oh, desventuradas almas, y dignas de ser lamentadas, pues tal pago dais á vuestro Hacedor y á vuestro Dios por los bienes que os hizo!

Nunca, Señor, tú permitas que yo deje de amarte, ni que cese jamas mi voluntad de arder en llamas de tu divino amor. Si me olvidare de tí, mi Dios, sea dada mi diestra en olvido, y péguese mi lengua á mi garganta, si no me acordare de tí, y si no te pusiere delante de mis ojos en principio de toda mi alegría. ¡Oh! ¡cuán bueno es el Dios de Israel á los que son de buen corazon! ¿Qué bondad es esta, Señor, que no sólo quieres ser amado de mí, mas áun estrechamente me mandas que te ame? ¿Quién soy yo ó quién es mi sustancia cerca de tí, pues no sólo quieres que te ame, pero áun me amenazas con eternos tormentos si no te amare? ¿Cómo, Señor, tan grande cosa soy yo en tu presencia, para que estimes en tanto que yo te ame? Gracias te doy, Señor, porque así me honras y



porque haces tanta cuenta de mí. Grande favor y merced me hicieras en darme licencia para amarte, cuanto más mandándome que te ame. Claro está que pondría admiración si un poderoso rey tuviese por bien que un grosero y rústico pastor, y muy pobre, tuviese la llave de su recámara y facultad para ir y venir, y tratar con el rey cada vez que quisiese. Mucho sería esto; pero no es tanto como parece, pues al fin entrambos son hombres y el ser natural los iguala, aunque el estado sea muy desigual. ¿Pues qué es esto, Señor, que siendo tú Dios omnipotente y Rey soberano de la gloria, das libertad al hombre, siendo criatura hecha por tus poderosas manos, para que trate contigo y te ame y contemple tus grandezas y que tenga llave para libremente entrar y salir, presentándose delante de su Criador, dándole sus entrañas y deseos? ¿Quién no entiende ser esto muy singular merced? Y no sólo se extiende á esto tu infinita bondad, sinó aún tambien le mandas que te ame; y tan de veras, que le das el arte y manera de amor, diciendo que te ame de todo su corazon y con toda su alma y con todo su entendimiento y fuerzas ¿Por qué, Señor, te quisiste tanto reever en este mandamiento, pues no te contentas con que te amemos de todo nuestro corazon, sinó que añades otras tres cosas tan grandes como la primera, pues con lo primero quedábamos tan obligados como con todo lo demas que añadiste? Muéstraste solícito en pedirnos nuestro amor por tantas vías, porque viéndote tan codicioso de nuestro amor, pudiésemos conjeturar de dos cosas la una, ó que tú entendías de amarnos y amabas mucho y querías ser bien pagado, ó que el amor debe ser cosa tan preciosa que no quieres perder grano de él. Si viésemos á un hombre sabio coger con mucha diligencia una yerba muy despreciada nos tendríamos por engañados y que habíamos hasta entónces sido engañados de su virtud. No sólo una de estas cosas, sinó aún entrambas las podemos tener por ciertas; porque pues tú, Señor, con tanta solícitud mandas que te amemos, siendo tan sabio como



eres, es cosa clara que el amor es cosa muy preciosa y que andan engañados los que no lo estiman en mucho; y por más sublimar este amor, y porque nosotros entendiésemos en cuánto lo estimabas, escribiste con tu dedo las leyes de amor que nos diste. No escribiste la ley de amor con dedo de ángel, ni de hombre, sinó con tu dedo. Si el rey, por mostrar favor al que ama, le escribe con su propia mano, ¿en cuánto más hemos de estimar este mandamiento de amor, pues quisiste tú, Señor, escribirle con tu propia mano? Encomendaba el Apóstol San Pablo las cartas que escribía á las Iglesias, porque las escribía con su propia mano: ¿cuánto más ha de ser apreciado de nosotros este mandamiento del amor, pues tú, Señor, lo escribiste con tu propia mano? Y para más encomendarnos este precepto, no sólo lo escribiste tú, mas áun tambien aderezaste é hiciste las tablas en que lo escribiste: como el padre, que por mover al hijo á que aprenda le adereza por su propia mano la tablilla y le escribe en ella las primeras letras que los niños aprenden. Así lo hiciste con nosotros, Dios nuestro y Padre nuestro, que estás en los cielos, dándonos escrito por tu mano el suave precepto de amor en las Tablas que tú mismo hiciste, por más encomendarnos la guarda de este jocundo y deleitable mandamiento. Aunque no dejo de confundirme, y confusion es mía y muy grande, que habiendo tantas causas para amarte y estando tan obligado por tantas razones á darte todo mi amor, voluntad y querer, con tan grande diligencia y cuidado me mandas que te ame. Si el hombre fuera el que debía ser, no tenía necesidad de tal mandamiento; porque tu misma bondad y su propia naturaleza, sin las obligaciones sin número que tiene de amarte, lo llevaran á tu amor; y cuando todo esto cesara, la misma necesidad que tiene de tí lo llevara á tu divina Majestad, pues es el único remedio y verdadero socorro en todas sus faltas. Pero viendo á nuestro apetito estragado por el pecado y á la naturaleza mal inclinada, mandas que te amemos, no



por amor de tí, que no tienes necesidad de nuestro amor, sinó por amor de nosotros, por hacernos por esta vía mucho bien y merced.

---



## MEDITACION XLIV

*Que manda Dios que le amemos por enriquecernos*

¿Por qué quieres, Señor, y me mandas que te ame sobre todas las cosas y me pones precepto de amor, y me amenazas con la pena si no te amo? Tú eternamente te amas con amor infinito; ¿y qué tienes que ver con el amor de un hombre pobre y tan miserable criatura como yo? ¿Qué gloria se te acrecienta, aunque seas amado de todos los hombres? El amor con que te amas infinitamente no crece, ni por otro amor es aumentado. El amor con que amas al hombre, que criaste, ese mismo amor nos manda que te amemos sobre todas las cosas. Quieres, clementísimo Señor, que te acompañe el hombre perpetuamente en tu gloria y que goce para siempre de tu bienaventuranza, y quiéreslo dotar y honrar aquí en esta vida con muchos bienes. La fuente de donde mana toda la perfección de las criaturas eres tú, Señor; y cuanto más cerca está la criatura de tí, tanto de más perfección está dotada y enriquecida. ¿Y por qué quieres, Dios mío, comunicarme tus divinas perfecciones y repartir conmigo tus celestiales tesoros? Para esto es menester que el hombre se llegue á tí; y para llegarse es menester que te ame, ¿y por amor de esto nos mandas que te amemos sobre todas las cosas? Esta diferencia hay entre las cosas espirituales y corporales, que las corporales júntese y lléganse unas á otras por movimiento y pasos corporales; pero las espirituales no se juntan sinó por amor. De manera, Señor, que cuanto la criatura espiritual más te ama, tanto está más cercana á tí, porque así como el cuerpo se mueve con pasos, así el alma se mueve con afectos y deseos. Quisiste, pues, Señor, mandarme que te amase; y la cau-



sa de esto fué porque el amor era un camino necesario por donde el hombre pudiese llegar á tí, y era un medio muy importante para poder recibir la gracia. Si el fuego es un elemento tan noble que cuanto uno más se llega á él, tanto más le alumbra y tanto más ve y tanto más participa de su calor, ¿cuánto más harás tú esto, Dios mío, que eres infinitamente más noble y más comunicativo que ninguna criatura, por nobilísima que sea? ¡Oh! ¡si de nuestra parte no hubiese desvíos ni impedimentos, cuánta más lumbre de entendimiento y calor de caridad recibiríamos de tí, Señor, del que reciben los que se llegan al fuego! Llegaos (dice el salmista) á Dios, y seréis alumbrados. De apartarte, alma mía, de este divino fuego, vienes á andar tan ciega y errada: de aquí nace toda tu frialdad y tibieza; y de aquí procede el demasiado amor que tienes á las cosas perecederas y olvido de aquellas celestiales, que para siempre duran. Dios es fuego, dice la Escritura; y por llegarse á Él y andar tan cerca aquellos dos discípulos que iban á Emaus, ardían sus corazones dentro de sus pechos. Llégate, pues, corazon mío, á este fuego: quema, Señor, mis renes y mi corazon, para que pueda cantar con tu profeta: Fué inflamado mi corazon y alteróse todo lo interior de mi alma. Con tu ausencia, Señor, está mi corazon frío y helado, y los efectos que hace la ausencia del sol en la tierra, eso hace en mi alma el desviarme de tí. Como cuanto más se aparta el sol de la tierra tanto más crece la frialdad y son mayores las tinieblas, así cuanto mas me aparto de tí, que eres sol de justicia y luz de mi alma, tanto más crece en mí la frialdad y tibieza de tu amor y quedo más ciego. Cuando el sol se va poniendo van creciendo las sombras de las cosas corporales, y cualquier cosa, por pequeña que sea, causa grande sombra; pero cuando el sol está en su fuerza y vigor todas las sombras son pequeñas. Así, Señor, cuanto más apartado estoy de tí me parecen mayores las sombras de las cosas de esta vida y tanto más me aficiono á ellas; pero cuando tú, Señor, que



eres sol de mi alma, estás en tu rueda y estamos cerca de tí, todas las cosas nos parecen pequeñas y así las despreciamos. De las cosas de esta vida dice la Escritura que pasaron como sombra, las cuales no aprovecharon á los que la siguieron.

La diferencia que hay de las cosas pintadas á las verdaderas, y de la sombra á la existencia de las cosas, hay de los bienes de este siglo á los verdaderos bienes que son del cielo. Pasa la figura de este mundo. Ví todas las cosas que se hacen debajo del sol, y ví que era todo vanidad. Pues ¿por qué, alma mía, dejas la verdad por la mentira y amas la vanidad? Por estar apartada de Dios te parecen grandes esas cosas pequeñas; pero llégate á Él, y dirás con el Apóstol: Todas las cosas tengo por estiércol. De la comunicacion que tuvo contigo Moises, Dios mío y Señor mío, se le siguió que bajó del monte con tanta claridad, que los hebreos no le podían mirar al rostro. Los que están juntos contigo por amor están resplandecientes y transformados en tí, porque participan de tus perfecciones y comunicasles tus grandes tesoros celestiales. ¡Oh, amor ardiente! ¡Oh, caridad inflamada, cuyos rayos penetran desde el muy alto y supremo cielo hasta la tierra! Sabes ¡oh, amador de nuestras almas! Sabes ¡oh eterna sabiduría del Padre! que sin tu amor no podemos llegarnos á tí. Por amor de lo cual nos mandas que te amemos sobre todas las cosas, porque se llegue á tí el hombre, que tanto amas, y goce de tu gracia y divinos resplandores. Con el amor con que nos amas nos mandas que te amemos; y tú, que amas, quieres ser de nosotros amado, queriendo levantar al hombre á muy alta dignidad, desde el cielo á la tierra, para que, levantada el alma del hombre sobre las estrellas, more en tu casa para siempre y goce del sumo bien. Quieres darnos, no cualquier bien, sinó aquel sumo bien que excede á todos los bienes. El camino por donde subimos á tí es tu amor sobre todas las cosas; á quien se sube eres tú, amado sobre todas las cosas, y á donde veni-



mos eres tú, infinito sobre todas las cosas. Mandas que te ame por darme bien sobre todos los bienes, para que sea participante, no sólo de todos los que alaban y guardaron tus mandamientos, mas aún también de Aquel que alaban las estrellas matutinas, de cuya hermosura se maravillan el sol y la luna y se alegran todos los hijos de Dios; por lo cual muy justo es, Señor, que deje el hombre el padre y la madre y se llegue á tí, para que, amándote sobre todas las cosas, sea un espíritu en amor y caridad con su Dios. Queriendo, pues, el sumo Amador dar suma dignidad, suma honra y suma felicidad á los hombres, manda ser amado sobre todas las cosas, como si el hombre racional (si no es con perversa voluntad) pueda amar otra cosa sinó á tí. Por tí soy criado; por tí me son sujetas todas las cosas, y las criaste para mi servicio; por tí yo vivo; por tí reinan los reyes y los poderosos administran justicia. Tú, amándome siempre, me mandas te ame más que todas las cosas, porque suba sobre todas las cosas y sea bienaventurado para siempre; porque no entendiendo esto seré comparado á las bestias insipientes y hecho á ellas semejante, y puesto debajo de los piés de los demonios, espíritus malos y privados de tu amor. A tí, sumo Dios, amor sin medida, amador de nuestras almas, sea alabanza, gloria, bendición, claridad, sabiduría y hacimiento de gracias por todos los siglos de los siglos, amén, pues mandas á tu criatura que te ame sobre todos, porque no des bien sobre todo bien, el cual eres tú mismo, bendito para siempre. ¡Oh! ¡cuán suave es, Señor, tu espíritu para con nosotros, pues nos pones tan suave precepto de amor, el más grande y primer mandamiento! El que guarda los otros preceptos distingue unos de otros, porque el homicida puede no hurtar y el avariento no adulterar; pero el que te ama, Señor, sobre todas las cosas está en caridad y no puede traspasar ningún mandamiento tuyo, y así acaece que con la guarda de este suavísimo precepto guarde todos los otros mandamientos. ¿Qué cosa más suave se pudo mandar, ni qué



---

cosa más dulce ni más santa que decirnos que te amemos? Tu santo amor es fuente de todos los bienes; y por darnos con él todos los otros bienes, llegándonos á tí por amor, mandas que te amemos.

---



## MEDITACION XLV

*Que manda Dios que le amemos, porque vivamos*

Es cosa tan debida el amarte, Dios mío y todo mi bien, que no se debe para esto dar razon. ¿Qué razon hay para amarte? Mas ¿qué razon hay para dejarte de amar? ¿Qué causa puede haber, para que te deje de amar mi alma un solo punto? ¿Qué ocasion, por grande que sea, será bastante para quitar de tí por un solo momento su amor? ¿Qué disculpa tiene el que no te ama? Tengo delante de mis ojos tu infinita bondad, y estando aquí presente tus soberanas perfecciones, está mi corazon dando saltos dentro de mis entrañas con los golpes y latidos que recibe del sumo bien, que tiene presente, y mi alma se deshace dentro de la estrecha cárcel de este miserable cuerpo, deseando verse suelta, metida y absorta en ese ardentísimo fuego de amor. ¿Cuándo vendrá el día en que libre de la corrupcion del cuerpo, que agrava al alma, sea metida en ese horno de vivas llamas de amor, porque sin recelo de poder resfriarle, hecha una brasa encendida, te ame para siempre sin fin? ¡Oh! ¡qué congojosa tardanza y qué penosa dilacion! Y una de las cosas en que veo, Señor, lo mucho que me amas, es en mandarme que te ame. No por tí, Señor, sinó por mí quieres ser amado de mí. Porque me amas á mí, por eso quieres ser amado de mí. Porque sabes muy bien que en tu amor está toda mi salud y toda mi vida, por eso quieres y buscas mi amor, porque me des la vida, porque esta es la vida eterna, que te conozca, y conociéndote, ame á tí y al que enviaste, Jesucristo, tu Hijo. Pusiste en el amor la vida, y mándasme que te ame por darme vida. Así lo dice tu discípulo amado San Juan, que el que no ama está en la muerte: y que



somos trasladados de la muerte á la vida, porque amamos. Quieres, Señor, que vivamos, y por eso nos mandas que te amemos. Cuando amamos al mundo nos perdemos, nos ensuciamos con muchos pecados, y con mil cuidados somos atormentados y fatigados con grandes miserias, porque no pusimos nuestro amor en su lugar. Entónces, pues, gozamos de suma paz, cuando amamos al sumo bien, que es Dios, y entónces vivimos cuando amamos. No tengo por cosa dura que me mandes, Señor, que coma cuando tengo hambre, ni que provea á mi cuerpo de las cosas que ha menester; pues ¿por qué tendré por cosa áspera que me mandes buscar tu santo amor, siendo tan necesario para mi alma? Vive el cuerpo con manjar, y el alma con tu santo amor, porque el que no ama no vive. Si la vida del alma es el amor, así debo procurar amarte como á mi propia vida. La vida del cuerpo es el alma, y la vida del alma el amor; y como el cuerpo donde hay alma tiene vida y calor natural, así el alma con este tu santo amor tiene calor de caridad y hace obras de caridad, y está fría, helada y muerta, sin hacer actos ni operaciones de vida, cuando es privada de este tu santo amor. Pues ¿qué me mandas, cuando me dices que te ame, sinó mandarme que viva? Cuando aquel doctor de la ley te preguntó lo que haría para alcanzar la vida eterna, respondístele tú, Señor, que amase á Dios de todo su corazon, segun que en la ley estaba escrito. Porque el amor es vida, al que pedía vida dijístele que amase. Quien quiere tener vida en esta vida y despues vida, que para siempre viva, ame á Dios, y vivirá verdadera vida. A un pecador, que parecía estar vivo, siendo muerto, fué dicho en el Apocalipsis: Nombre tienes de vida, y estás inuerto. Llamaste, Señor, á tu profeta Ezequiel, y llevándolo á un grande campo lleno de huesos secos, mandástele que profetizase y dijese que tú enviarías las almas en aquellos muertos tan antiguos y secos, y que vivirían. ¡Oh, maravillosa promesa, que tan grandes alientos da á los pecadores obstinados y envejecidos en



maldad, para que confíen en tu infinita bondad y clemencia, pues despues de tan largas esperanzas de misericordia das vida verdadera de gracia y caridad, dando á nuestras almas tu divino amor! Y porque el amor es vínculo de perfeccion, porque la perfeccion cristiana consiste en amarte, y es vínculo ó atadura, porque ata unas cosas con otras y las junta y llega á sí, comenzaron á juntarse aquellos huesos secos unos con otros, aunque estaban esparcidos y derramados por diversas partes de aquel campo. Pareció luégo un ejército armado grande y poderoso. Hace tan fuerte y espantoso el amor al pecho donde está, que despues que entró tu santo amor en los muertos no sólo tuvieron vida, mas áun tambien parecieron armados y valientes. De tu santa Iglesia primitiva escribe San Lúcas que la multitud de los creyentes era de un corazon y de una voluntad. Aunque eran muchos en número, el amor los juntó de manera que era una cosa en el querer; y porque ardían en tu santo amor, fueron tan espantosos á sus enemigos, que dice la Escritura, hablando de tu santa Iglesia: ¿Qué veis en la Sunamitis, sinó coro de huestes? Fué terrible á sus contrarios, y espantosa á sus enemigos, así como ejército de muy ordenados escuadrones; por amor de lo cual, aunque pocos en número y pequeños, segun la estimacion de este siglo, conquistaron al mundo, vencieron á los príncipes de la tierra, y sujetaron á la fe al orbe universo.

Lleno de este tu divino amor hace campo el Apóstol á todos los males del mundo, diciendo en la epístola que escribió á los romanos: ¿Quién nos apartará del amor de Jesucristo? ¿Por ventura nos apartará la tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion ó el cuchillo? Muy cierto soy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni otra cosa alguna nos podrá apartar de la caridad de Jesucristo. Son hombres vivos los que aman á Dios, y poderosos para acometer y vencer, y tan fuertes, que de ningunas fuerzas humanas son ven-



cidos. Esta virtud y fuerza procede del amor, el cual es vida de nuestra alma. Quien tiene caridad tiene á Dios y todas las cosas vence. San Juan dice: Dios es caridad, y el que está en caridad está con Dios, y Dios está con él. Mantiénese y vive nuestro cuerpo con manjares y viandas corporales, las cuales es menester que perezcan y se consuman, para que el cuerpo se sustente, y que mueran y pierdan la vida las aves del cielo y los animales de la tierra, y los peces, que andan en las aguas, porque el cuerpo del hombre no muera y tenga vida. Vive nuestro cuerpo muriendo muchos animales: de suerte que otros han de perder la vida para conservar la nuestra. De esta manera, clementísimo Señor, como quisiste que mueran muchas cosas para conservar la vida de mi cuerpo, así tambien tuviste por bien que muriese el que es manjar de mi alma, para que viva con su muerte. Por amor de esto, Redentor mío, siendo tu caridad infinita y el mismo amor, que es mantenimiento de mi alma, quisiste morir, porque mi alma viviese. Tu muerte es mi vida; y muriendo fuiste manjar de vida para mi alma, la cual no podía vivir sinó con tu muerte. La muerte del animal es vida de mi cuerpo; y tu muerte, sacratísimo Redentor, es vida de mi alma. El Espíritu Santo dijo que convenía que un hombre muriese, porque no se perdiese toda la gente. Tanto quisiste ensalzar nuestras almas en su creacion, que proveyendo de manjar competente á todas las criaturas, á cada una segun su naturaleza, tú mismo quisiste ser manjar de mi alma y que sólo tu santo amor fuese su mantenimiento y vida; y porque la caza fatigada y cansada es más tierna y sabrosa á nuestro gusto, así, despues de hacerte manjar de mi alma, te cansaste, y fatigado y cansado, ántes de tu muerte te sentaste junto al pozo de Sichar, cuando vino á tí aquella mujer samaritana, porque de esta manera fueses más deleitable al gusto de mi alma. ¡Oh, Señor, y qué lengua podrá decir lo mucho que te debemos y lo mucho que hiciste por engrandecer al hombre! Ya que mi corazon an-



---

daba frío en tu amor, por no alcanzar mi rudeza las mercedes sin cuento que de tu mano recibí, porque de esta manera amase á tan noble bienhechor, quisiste poner la vida de mi alma en el amor, porque siquiera por este camino te amase, forzado del amor natural que cada uno tiene de vivir y de conservar la vida, en cuanto á él fuere posible: y pues me es tan natural el amarte como el vivir, yo te doy, Señor, mil cuentos de gracias por la merced que me haces en mandarme que te ame, pues no me mandas otra cosa sinó que viva, que es lo que yo más deseo y naturalmente apetezco y procuro.

---



## MEDITACION XLVI

*Como el amor de Dios es vida de nuestra alma.*

Mucho te debo, Señor, amar, pues tu santo amor es vida mía. Entre las cosas que los hombres aman ninguna cosa es tan amada como la vida. Por conservarla toma el enfermo jarabes y purgas, y consiente que le saquen su sangre y permite, si es menester, que le corten cualquier miembro de su cuerpo, por no perder la vida. Cualesquier trabajos, por grandes que sean, sufre el hombre por vivir; aunque esta vida, que tanto aman los hombres, no se puede llamar propiamente vida, sinó sombra de muerte, y una imágen de vida: por amor de lo cual llamó el Apóstol muertos á los colosenses. En la Escritura sola la vida que los justos viven en tu santo y divino amor es llamada vida, y la de los pecadores muerte. Esta vida corporal no es otra cosa sinó tener el hombre dentro de sí una alma que da forma al cuerpo, mediante la cual sentimos, oímos, vemos y hacemos todas las operaciones y efectos de vida; pues como la vida del cuerpo consiste en tener dentro de sí una alma segun la cual el cuerpo se menea, siente y anda, así consiste la vida del alma en tener dentro de sí otro espíritu, que eres tú, mi Dios, segun el cual vive nuestra alma y se mueve para hacer obras de vida, de gracia y meritorias de vida eterna. Por lo cual, Señor, hablando tu santo Apóstol de la vida que das á nuestra alma con tu presencia, dice que en tí vivimos y nos movemos y somos. Tú eres amor y con tu presencia vive nuestra alma, como está muerta cuando no te tiene consigo. Marta dijo que si tú estuvieras presente no muriera su hermano Lázaro. Como en tu ausencia corporal murió Lázaro segun el cuerpo y resucitó con tu presencia, así



tu ausencia espiritual causa muerte en el alma, como nos da vida de gracia tu presencia; y como la presencia del alma da calor al cuerpo, segun el cual calor natural vive, de esta manera tu presencia, que es vida del alma, le da un calor, que es la caridad y amor que tiene el alma cuando estás en ella. Pues si quieres saber, alma mía, si estás muerta ó viva, mira si amas á tu Dios ó no. El que no ama está en la muerte. Como desees vivir, así debes amar á tu Dios, pues él es camino, verdad y vida. Busca, alma mía, el verdadero amor y trueca este amor terreno por aquel amor celestial y divino de tu Esposo Jesucristo, pues en estas cosas temporales no hay amor verdadero ni permanente donde tu gusto no siente la dulzura ni suavidad de su Criador. No consiste tu vida en letras ni sabiduría, ni en posesion de grandes riquezas, ni altos estados, sino sólo en amar á tu Dios. ¿Quieres, pues, vida? No hay cosa más amada, pues por ella dice la Escritura que dará el hombre todo cuanto posee. Pues si tanto amo yo la vida del cuerpo, la cual depende en tener en sí el alma, mucho más debo amar la vida del alma, pues su presencia es causa de la vida del cuerpo, que tanto amo. Mejor es la causa que el efecto, y si la causa de la vida del cuerpo es el alma, mejor es la vida del alma que la del cuerpo. Así debo yo amarte, Dios mío y mi Señor, sobre todas las cosas por dar vida á mi alma, pues si ésta no tiene vida morirá para siempre con el cuerpo; y si vive vivirá en perpetuo descanso en el cielo contigo: y si tanto amo esta vida corporal, mucho más debo amar la vida del alma, pues con su vida hago perpetua la vida del cuerpo. ¡Oh! ¡cuanto más debes trabajar, alma mía, por gozar de aquella verdadera vida eterna y bienaventurada! Esta es transitoria; aquélla perpetua: ésta momentanea; aquélla estable y permanente: ésta mudable; aquélla inmovible y fija: ésta sujeta á trabajos y miserias; aquélla exenta de toda corrupcion y molestia: ésta cautiva y cercada de muchas enfermedades y trabajos; aquélla libre de toda calamidad y zozobras: ésta no es vida, sinó



muerte prolija y sombra de vida; y aquélla es vida verdadera, donde viven los hombres seguros de morir, gozándose con Cristo en su gloria.

Pues si esta vida es, Señor, tan amada, ¿por qué no es querida aquélla? Si ésta tanto deseo, ¿por qué no muero por la verdadera? Si tanto hago por ésta, ¿por qué no trabajo alguna cosa por alcanzar lo que, segun verdad y propiedad de vocablo, se llama vida? Cuando llegó á tí aquel mancebo á preguntarte lo que haría para alcanzar la vida eterna, le respondiste, diciendo: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. No le dijiste, si quieres entrar en la vida eterna, así como él había preguntado, sinó si quieres entrar en la vida; porque absolutamente por este nombre vida, aunque no añada eterna, no se entiende esta vida de aquí, sinó la vida eterna. Pues ¿cómo alcanzaré yo esta vida? Dando á mi alma vida de amor; porque como el infierno es sepultura de muertos, así el cielo es casa de vivos, segun aquello del salmo: Tú eres mi Dios, y mi parte será en la tierra de los vivientes. Vive, pues, alma mía, vida de amor, si quieres vivir para siempre en el cielo; y si no amas y estás muerta, oye lo que la misma vida te está diciendo: Yo soy resurreccion y vida; resurreccion para los pecadores y vida para los justos. De los pecadores resucitados de la muerte del pecado á la vida del divino amor dice San Juan: Somos trasladados de la muerte á la vida, porque amamos. Bien ves como el amor resucita á los muertos y da vida; y el que carece de este amor, aunque viva en este mundo, lo juzgan Dios y los ángeles por muerto, y los demonios no tratan sinó de su sepultura y en qué lugar del infierno lo aposentarán, donde lo apaciente la muerte. Al que vemos no tener pulso y estar ya frío, tenémosle por muerto. Así los demonios al hombre que ven carecer de pulso y movimiento espiritual, y que no tiene calor natural de amor, al cual la propia naturaleza inclina, júzganlo por muerto, conociendo que le falta la vida del amor. Pues ¿cuál es el hom-



---

bre que quiere vida? Todos quieren vivir, y cada uno desea vida. Porque quieres, Señor, que vivamos todos, á todos nos mandas amar, y pusiste la vida en el amor, porque vivamos sin trabajo, pues amar es oficio sabroso y deleitable. Muchos veo, Señor, en el mundo que ganan la vida con el sudor de su rostro, cercando el mar y la tierra por alimentarse; y todos estos trabajos tienen por bien empleados, porque con ellos ganan de comer para sustentar la vida. ¡Oh, Criador nuestro, y cuán bueno eres, Señor, en los mandamientos que nos mandas guardar, pues pudieras poner duros preceptos, para que con muchos trabajos grangeáramos la vida del alma, pues con tantos sudores adquirimos y negociamos la del cuerpo! Pero no quisiste sinó darnos tan de balde la vida del alma, que la alcanzásemos con suavidad y deleite, mandando que amásemos. ¡Oh, precepto jocundo! ¡Oh, mandamiento soberano y lleno de todo sabor y dulzura, pues aunque quieres, Señor, que trabajando gane de comer para el cuerpo, no quieres sinó que amando y holgando gane vida para el alma!

---



## MEDITACION XLVII

*Que manda Dios que le amemos por darnos vida descansada*

Propio efecto es del amor hacer dulces las cosas amargas, y ligeras y suaves las cargas pesadas y dificultosas. Sabiendo, pues, Señor, los trabajos de nuestra vida, y á cuántas miserias nos trajo el pecado de Adán, mandas que te amemos, por quitarnos la pesadumbre y molestias que padecemos. El que ama á su superior hace con deleite lo que le manda; pero al que lo aborrece todo se le hace muy cuesta arriba. No quieres, Dios nuestro, que recibamos pena en la guarda de tus mandamientos, sinó que guardándolos llevemos aquí buena vida, y merezcamos, por guardarlos, la otra. Porque no se nos hiciese carga pesada el cumplimiento de los otros mandamientos, nos pusiste, Señor, el precepto de tu divino amor, porque guardando este mandamiento, guardásemos los otros con gusto y suavidad. Hace el amor suaves los trabajos; y ya que nuestra vida es de suyo trabajosa, quisiste, Señor, que te amásemos, por darnos vida descansada. Diste deleite á nuestra vida con el amor, pues sus molestias y pesadumbres, amando, se convierten en dulzura y suavidad deleitable; de manera, Señor, que por regalarnos y quitarnos los trabajos, que son anejos al desierto que aquí tenemos, nos pusiste precepto de amor. Con este mandamiento de amor son deleitables los otros mandamientos, porque el amor ignora el nombre de dificultad y todo lo convierte en dulzura. Por amor de esto dices en tu santo Evangelio que tu yugo es suave y tu carga ligera. ¿Cómo puede ser que sea carga, y ligera? Por el mismo caso que es carga ha de ser pesada; y por el mismo caso que es yugo ha de ser áspero. La carga de los pecados es tan pesada que consume la



vida del cuerpo y tambien la del alma; y es tan grande su peso que da con ella en el profundo del infierno. Once cielos no pudieron sustentar el peso del pecado, por lo cual en pecando el ángel encima del más alto y supremo cielo, cayó luego, y no paró hasta el centro de la tierra y lo más profundo de ella. Bajaba y caía con tanta ligereza, que dices, Señor, en tu Evangelio, que viste á Satanás que caía del cielo como un rayo. Es la masa de plomo que dice un profeta que pusieron encima de la boca de una mujer, que era la impiedad; porque el pecado es peso que cae sobre la impiedad del corazón y malicia de la propia voluntad y da con ella en el abismo. Esta carga, Señor, es la que veniste á quitar de nuestros hombros, cargándonos con la carga de tu santo amor. No quieres que andemos descargados; mas ántes quitándonos una carga nos pones otra; y quitando la carga del mundo nos cargas con la deuda de obligacion que tenemos de servirte, por la merced que recibimos de tu mano cuando nos descargaste de las cargas de los pecados. Esta tu carga es suave y ligera; y tan léjos está de ser pesada, que ayuda á andar al que la lleva y lo libra de toda pesadumbre. Cuanto mayor carga trae á cuestras tanto mayores fuerzas cobra el que las tiene. Cuando más cargados los justos, y más se ejercitan en la guarda de tus santos mandamientos, entónces andan más ligeros y descansados. Correrán (dice la Escritura) y no trabajarán; andarán y no se cansarán. ¡Oh, yugo del santo amor! ¡con cuánta suavidad atas, cuán benignamente cargas, cuán dulcemente aprietas y cuán blandamente llagas! No hiere el yugo las cervices de los bueyes que lo traen, porque el labrador pone debajo del yugo la melena, que es cosa blanda y suave, hecha de lana. Así, Dios mío, llevaban tus santos á cuestras las asperezas de la penitencia y cargas de ayunos, injurias y cilicios, y todo esto con alegría y gusto, sin ser heridos ni lastimados de las cosas que dan pena á los mundanos; y la razon de esto es porque tú, Señor, con tu clemencia y misericordia infinita, debajo del yugo



de los trabajos de esta vida, pones en los cuellos de tus amigos la suavidad de tu santo amor y la blandura de tus consolaciones espirituales que interiormente das á los tuyos. Con estos favores espirituales y deleites verdaderos del alma que no alcanza ni goza el mundo, alegremente llevan la carga los buenos, andando los malos con las cargas del mundo, heridos, llagados y atormentados, segun aquello que ellos mismos dijeron: Andamos cansados en el camino de maldad. Como llevan el yugo y carga de los trabajos de la vida sin la blandura de la melena de tu amor, no es maravilla que anden los malos tan lastimados y trabajados en el servicio del mundo. Por el contrario tu santo Apóstol Pablo, como quien era de tu divina largueza tan visitado en sus tribulaciones, llevando suavemente la carga de sus trabajos, decía á los corintios: Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolacion, que nos consuela en toda nuestra tribulacion, porque como abundan las pasiones de Cristo en nosotros, así por el mismo Cristo tenemos abundancia de consolaciones. No os maravilléis si llevamos el yugo del Señor con tanto esfuerzo y alegría, porque por dentro estamos llenos de consolaciones espirituales, por lo cual no desfallecemos; porque aunque el hombre por fuera, que es la sensualidad, se maltrate y destruya, el interior es renovado de día en día. Del testimonio que dan los malos y los buenos, claramente se conoce ser esta carga ligera á los unos y pesada á los otros; de lo cual es causa el amor que tienen unos y la falta de este santo amor que hay en otros. Intolerables fueran los trabajos de esta vida, y muy mal se pudieron llevar sus pesadumbres y dolores, si no fueran acompañados de tu amor. Muy pesado fuera el yugo de tu ley si no le atara á nuestros cuellos el amor. Este amor es el que hace de vida mala vida buena y de vida trabajosa vida descansada. A los buenos que te aman, son tus mandamientos suaves; y hácenseles incomportables á los malos, que sin amor los toman. Tu santo Apóstol,



---

con todos los tormentos y con todos los males, se atreve á hacer campo y á salir vencedor, teniendo de su parte á sólo tu divino amor; y despues que ha desafiado y despreciado á todas las las tribulaciones y trabajos del mundo, concluye diciendo: Porque por amor de tí somos mortificados todo el día y en todas estas cosas esperamos, por amor de Aquel que nos amó padecemos trabajos hasta la muerte por amor de tí. Por esta razon es comparado tu santo amor á las ruedas del carro, porque aunque son carga y peso, más ligeramente se mueve el carro con ellas que sin ellas. Así tambien, aunque las plumas del ave tengan su carga y peso, con todo eso son al ave causa de mayor ligereza. De la misma manera, mi Dios y Señor, éste tu mandamiento de amor es de tal calidad, que por virtud de él toda tu ley y toda la carga de tus mandamientos se vuelve fácil y ligera; por lo cual, cuando dices que tu yugo es suave, entiéndese para los que te aman; y cuando dices que el camino del cielo es estrecho y trabajoso, se ha de entender que es tal para los que no te aman. Todo es fácil y suave para el que ama; y todo es penoso y trabajoso al que no ama, pues por darnos, Señor, buena vida quieres que te amemos. Cuando nos mandas, Señor, que te amemos, no haces otra cosa sinó procurarnos y granjearnos una dulce vida sin dificultad, aún en medio de las angustias de este mundo. El que fuere imperfecto, con este grande interes que acá hay, se convidará á tu santo amor, siquiera por llevar aquí en este mundo una muy dulce y descansada vida.

---



## MEDITACION XLVIII

*Como el amor de Dios hace suaves todas las cosas*

El que ama hace todas las cosas suavemente, porque al verdadero amante ninguna cosa es dificultosa, y por mucho que haga, y con toda la diligencia á él posible, siempre desea hacer mucho más. Si amases, alma mía, muy de veras á tu Dios y Señor, y como su divina Majestad merece ser servido, no andarías tan inquieta ni derramada, ni te darían pena ni enojo las cosas que ahora te desasosiegan y fatigan. Andas triste y descontenta porque no ha hecho presa en tí el divino amor. El amor de tu Esposo Jesucristo hace dulces todas las cosas amargas. En la Escritura leemos que como uno echase en la olla, de donde habían de comer los hijos de los profetas, unos yerbas agrestes, mortíferas y amargas, no pudiendo comer de tal olla, echando en ella el profeta Eliseo un poco de harina, quedó luégo sabrosa, sin memoria de amargura.

Si te dan pena las injurias y si te amargan las adversidades y tribulaciones, echa en la olla de tu corazon un poco de harina de amor de Dios, y toda esa amargura se convertirá en dulzura. Cuando te quejas de los agravios que recibes y de la ingratitud de los hombres, con tu propia boca confiesas que no amas á Dios. Tú misma das, alma mía, testimonio contra tí, que no amas á tu Dios y Señor. ¡Oh, Redentor mío y Esposo de mi alma, y qué buena y dulce vida podría llevar entre las molestias y trabajos de esta vida, si yo quisiese! Si yo, Dios mío, de veras amase á tu divina Majestad, en medio de los hornos encendidos y fuego de tribulaciones y persecuciones, estaría como en el paraíso. Los santos mozos en medio de



las llamas del fuego de Babilonia, siendo perseguidos y condenados á muerte, sanos y buenos te alababan y bendecían, porque allá dentro en sus pechos ardía el fuego de tu divino amor. Daniel entre los leones hambrientos estaba sentado muy seguro; y Jonas dentro del vientre de la ballena te glorificaba con devota oracion. ¡Oh, Señor! y ¡cuán honrados son tus amigos! ¡Cuán seguros andan los que te aman! ¡Y cuán consolados y contentos son todos los que te sirven! A solos éstos se debe tener envidia: solos éstos son los que aún acá en esta vida tienen vida, porque todos los demas mezquinos son miserables y desventurados. ¿Por qué estás triste alma mía? ¿Y por qué me conturbas? Ama á Dios y estarás alegre y quieta. Si se pusieren contra mí escuadrones de gente armada, no temerá mi corazón. Si se levantara contra mí batalla, en esto esperaré. Dame, Señor, tu santo amor y échame, si quisieres, en el fuego del infierno, que allí estará contento y alegre. Este tenga yo en mi pecho y levántese el infierno y todo el mundo contra mí. ¿Quién me da pena? Yo mismo me doy pena. ¿Quién me persigue? Yo me persigo. Esas congojas que padeces, alma mía, y esas quejas que tienes y las cosas de que tanto te sientes, están diciendo que no amas á Dios, al cual, si de veras amases, tendrías vida descansada y dulce, porque todo lo que ahora te enoja te daría despues consolacion grandísima. Eran amargas las aguas de Marat, las cuales; como los hijos de Israel no las pudiesen beber por su amargura, echando Moises un madero en ellas, luégo fueron dulces. Así tambien eran saladas las aguas de Jericó; y quejándose de esto los moradores de la tierra á Eliseo, echó el profeta un poco de sal en ellas y quedaron sabrosas. ¿Pues por qué no hará este efecto en nuestras almas, y muy mejor, tu amor divino? El amor santo de Jesucristo convierte en deleite y jocundidad todo lo amargo y áspero de la vida. El fuego da sabor á los manjares. El amor fuego es, y así como fuego, da sabor y gusto á todos los manjares. La divina Escritura dice que Jacob



amaba mucho á Raquel y sirvió por amor de ella á Laban muchos años, los cuales parecieron á Jacob muy pocos días, por la grandeza del amor que á Raquel tenía. Mira como al que ama los años parecen días y lo mucho se le hace poco. Si no amara, los siete años le parecieran setenta edades; pero, porque amaba, siete años le parecían siete días. Si el amor que á una mujer tenía pudo hacer tan maravilloso efecto, ¿cuánto mejor hará esto, Señor mío, tu santo y divino amor? Si te amáremos, todos nuestros servicios parecerán pequeños y tendremos en nada los trabajos que pasaremos por amor de tí. Si hallamos dificultad en tu santa ley, y si se nos hace de mal pasar dolores y trabajos por amor de tí, esto es porque no te amamos. Al que ama muchos preceptos le parecen uno; así como al que no ama le parece un precepto muchos. Esto se verifica muy bien en nuestra madre Eva, la cual dijo á la serpiente que la habías tú, Señor, mandado que no comiese del árbol de la vida, ni aún le tocase tampoco. No la mandaste que no tocase el árbol, sinó solamente que no comiese; pero porque no amaba un solo precepto la parecieron dos. Por el contrario, á más de seiscientas leyes que habías dado á tu pueblo de Israel, David, que te amaba, llamó en el salmo una sola ley, cuando dijo: Como ame, Señor, tu ley, todo el día meditaré en ella. Y hablando de los muchos mandamientos dijo: Muy extendido es tu mandamiento. Esto dió á entender tu unigénito Hijo y Salvador nuestro, Jesucristo, cuando hablando de sus mandamientos y de los que le amaban dijo á sus discípulos: Si alguno me ama guarda mi mandamiento. Y hablando de los que no le aman dijo luégo: El que no me ama no guarda mis mandamientos. De estos dos dichos y sentencias del Redentor se ve como á los que aman es la ley de Dios un precepto y á los que no le aman es muchos mandamientos; y por eso, tratando de los primeros, hablé en número singular, dijo en plural, hablando de los segundos que no aman: Es tu santo amor de tal calidad, que de muchas cosas hace una,



---

y fácil lo dificultoso y leve lo áspero, y dulce y deleitable todo lo amargo y desabrido. Como las manzanas de las mandrágoras al que las huele ó come hacen que no sienta dolor alguno, aunque le corten cualquier miembro de su cuerpo, así tu amor divino hace que no sienta el hombre los trabajos y dolores de esta vida, segun aquello de los Proverbios: Hiriéronme y no me dolió: llagáronme y no sentí el dolor. Por esta causa diste, Señor, á muchos santos mártires tuyos este tu divino amor, para que con él no sintiesen tanto el dolor de los grandes tormentos. No sólo como amigos tuyos tenían el amor esencial, que es tu gracia y caridad, de la cual estaban llenos; pero dísteles el amor sensible y alegría espiritual, con el cual favor y auxilio especial les eran aliviadas grande parte de las penas. Este amor divino pone facilidad y deleite en todas las obras penosas de nuestro cuerpo; y si quieres conocer, alma mía, cuán sin amor de Dios vives, bastante argumento es la dificultad con que haces las obras de virtud. ¿Qué dificultad puede haber donde hay amor? ¿Qué cosa puede haber aceda donde está la dulzura del amor? ¿Qué cosa puede ser áspera ó espantosa donde está el escudo del amor y su gusto y blandura? Ama, pues, alma mía, muy de veras á tu Dios y Señor, y tendrás aquí alegre y jocunda vida, y despues con tu Amado gozarás de vida gloriosa y perpetua en el cielo.

---



## MEDITACION XLIX

*Que manda Dios que le amemos por honrarnos*

El amor vende al amante por el amado: de manera que nuestra alma más está en sus actos que en sus potencias y más donde ama que donde anima. Cuando amo al mundo doy mi alma por el mundo; y por eso dijiste, Señor, en tu Evangelio que donde está mi tesoro allí está mi corazón; pues amando yo las riquezas temporales y bienes de la tierra doy mi corazón, que es de alto precio, por el estiércol y basura del mundo. Soy como niño sin juicio, que doy un precioso rubí por una manzana, pues hago venta de mi alma por el estiércol de la tierra, entregando esta preciosa perla y sobrepujante margarita por la vanidad y corrupción de la carne. Así dicen tus divinas letras, hablando del rey Acab y de unos perversos israelitas que se confederaron con los gentiles é hicieron pacto con ellos, que se vendieron para hacer mal. Esto lloraba también el profeta Baruc, cuando dijo de ciertos pecadores hebreos que se habían vendido á los gentiles. Grande ceguera es que quiera el hombre que usa de razón y tiene juicio dar cosa tan preciosa como su alma, criada á tu imagen y semejanza, y que la venda por las cosas viles del mundo: por lo cual el profeta Isaías dijo: ¿Quién es ciego, sinó el que se vende? Pues viendo tú, Señor, nuestro engaño y ceguera y cuán atormentados y vendidos estamos en el mundo, por deshacer esta venta y sacarnos del engaño en que vivimos nos mandas que te amemos, porque amando á tu divina Majestad damos lo bueno por lo mejor, la criatura por el Criador, el alma por Dios, y esta piedra preciosa por aquel que ningun precio recibe. Todo lo que es, es Criador ó criatura;



porque todo lo que no es Dios es hecho por Él. El amor es como fuego, que siempre obra y quema, teniendo materia, y así nuestra voluntad no puede estar ociosa, porque siempre se ha de ocupar amando una cosa ú otra; y así necesariamente ha de amar al Criador ó á la criatura. Cuando ama nuestra alma á la criatura terrena ama lo que es ménos que ella, por ser ella más noble. Por amor de esto nos mandas, Señor, que te amemos, por honrarnos y mejorarnos en la vida, vendiéndonos por tí, que eres precio y valor inestimable.

A unos pecadores que, dejándote á tí, fuente de aguas vivas, cavaron cisternas agujereadas, dijo tu profeta Isaías: De balde os habéis vendido. Con razon dice que se vende de balde el que se da á sí mismo por las heces del mundo. Pero tú, clementísimo Señor, compadeciéndote de nosotros, mandas que te amemos, porque nos hagamos bien á nosotros mismos. Quieres honrarnos y que nos estimemos en mucho, mirando lo que somos, pues nos criaste á tu imágen y semejanza; y así quieres que no nos demos sinó por cosas que valgan más que nosotros. Esto hacemos amándote, pues de esta manera es transformada la criatura en su Criador y entregada al que de nada la hizo. Esta es la fuerza del amor, que tal nos conviene que seamos cual es aquello que amamos; y así, amando la tierra, nos hacemos terrenos, y poniendo nuestro amor en el cielo, somos hechos celestiales y divinos. Nabucodonosor por el amor desordenado fué como bestia, y anduvo paciéndose las yerbas del campo: y muchos dice el Apóstol que mudaron la gloria del incorruptible Dios en semejanza de imágen corruptible de hombre, de aves, cuadrúpedos y serpientes. Para no hacer monstruosa mi alma con semejantes y disformes figuras, hermoheando la figura del Rey celestial, que en su creación le fué dada, te amaré, Dios mío y gloria mía, para que pueda decir con la santísima Virgen y Madre: Mi alma engrandece al Señor. Ninguno puede decir alma mía, sinó el



que tiene su alma libre de toda servidumbre de pecado. El que ama al mundo más que á sí no tiene el alma consigo, sinó con el mundo. Sólo aquel puede decir que su alma es suya, que la tiene en su poder y libertad, y no la tiene enajenada ni entregada á vicios y pecados. Aquel evangélico negociador, cuando halló el tesoro escondido en el campo, fuése y vendió todo cuanto tenía, y compró el campo donde estaba el tesoro. No todos hallan este divino tesoro, porque no todos te conocen, pues tantos infieles viven y mueren en las tinieblas de la infidelidad. Hallado por fe, como te halla el cristiano que en tí cree, no todos tienen caudal para comprar este campo y poseerte y gozarte, porque el precio es la voluntad, que se da por amor, y ésta no es nuestra cuando amamos las cosas terrenas más que á nosotros. Renunciando las cosas del mundo y detestando los pecados, hallamos á nosotros mismos, pues envueltos en estas cosas por desenfrenado amor, no éramos nuestros. Fuése, y vendió todo cuanto tenía y compró el campo. Fuése fuera de sí mismo, y fuése negándose á sí, y lo que ganó fué hallar á sí mismo, renunciando el mundo; y despues que cubrió su propia voluntad y se vió señor de su alma, vendióla toda, dándola á tí, mi Dios, por amor, y amándote sobre todas las cosas, y quedó rico, poseyéndote y gozándote; pues no te poseen sinó los que te aman ni te das sinó por precio de amor. Maravillosa mercadería y extraño género de compra y venta, donde se vende el hombre y se compra Dios. Da el hombre su propia voluntad por ganar á Dios, á quien amando sobre todas las cosas y más que á sí mismo, niega á sí mismo, y ya no vive á sí mismo sinó vive en Dios, segun aquello del Apóstol: Vivo yo, ya no yo, pero vive en mí Cristo. Levántate, pues, ahora, alma mía, y entra dentro de tí misma y mira cúya eres; haz contigo diligente inquisicion, y rigurosamente con todo cuidado examina cúya eres, porque de aquel eres á quien amas. No seas sierva del mundo, cautiva de la carne ni esclava del demonio, pues tanto te amó



---

tu Esposo Jesucristo, que se puso en la cruz y se entregó á la muerte, por recibirte por su esposa. Desata las ataduras de tu cuello, cautiva hija de Sion; cobra tu antigua libertad, quebrando de veras con el mundo, porque no acepta tu Dios sinó libre y voluntario servicio. ¿Cuál es más honroso estado para tí, ser sierva y cautiva de la vanidad, ó servir á tu Dios, á quien servir es reinar? ¿No será mejor que ames á quien has de amar, y que vivas y reines? ¡Oh, mi Dios y Señor, y cuánto te debo, pues mandas que te ame! Pues en esto no pretendes tu interes ni provecho, sinó mi bien y mi honra, pues deshaciendo el engañoso contrato y venta que he hecho con el mundo, te ame á tí solo, entregándome á tí con amor, y sea de esta manera transformado en tí, y de hombre carnal y terreno sea celestial y divino, porque tal me conviene que sea cual es aquello que amo.

---



## MEDITACION L

*Cómo se entiende el mandamiento del amor de Dios*

No tengas, pues, alma mía, por tan dificultoso guardar este mandamiento del amor de tu Dios sobre todas las cosas, como parece sonar la letra de fuera; porque como sea precepto afirmativo, el cual no obliga en todo tiempo, sinó solamente cuando se ofrece la ocasion y necesidad, así aunque sería santísimo y muy loable estar siempre actualmente amando á Dios, pero no quiere el clementísimo Señor mandarte esto, sinó sólo que le ames cuando la razon te obliga. Entónces, pues, seremos, Señor, obligados á amar á tu divina Majestad sobre todas las cosas, cuando ofreciéndose la ocasion de ofenderte, quisiéramos ántes perder cualquier bien, por grande que sea, que cometer algun pecado. Cuando siendo tentado y convidado á pecar por los enemigos del alma tuviere por mejor descontentarlos y perder cualquier bien temporal ántes que ofenderte, Señor y Dios mío, verdaderamente entónces amo á tí más que á todas las cosas. En tanto que esta ocasion no se ofrece, no soy obligado á estar actualmente amando á Dios, aunque en todo tiempo tengo obligacion á tener la preparacion del ánimo, que es determinado propósito de nunca ofenderle; y en cuanto á esta parte, por ser el precepto negativo, obliga en todo tiempo, y así en todo tiempo somos obligados á nunca ofender á Dios. Conforme á esto se sigue manifiestamente que este precepto en parte es afirmativo y en parte negativo. Afirmativo, porque nos pide que amemos á Dios y que verdaderamente y no con fingimiento en su tiempo y lugar le sirvamos con todas nuestras fuerzas interiores y exteriores. Es negativo, porque como pide toda el alma y todo



el corazon, para que le amemos, por el mismo caso tambien nos manda que con estas fuerzas no sirvamos á otro Dios; y así, aunque los bienaventurados guardan y cumplen este mandamiento mucho mejor que nosotros, porque así como en parte conocemos, en parte tambien amamos, no por eso nosotros no guardamos este divino mandamiento como nos obliga y nos es mandado, amando al Señor Dios nuestro de tal manera, que no amemos con su ofensa á otra cosa más que á Él, aunque con tibieza y sin grande fervor nos empleemos en su servicio, y aunque amemos otras cosas, y aunque pensemos en otras cosas y aunque sea nuestro servicio con contradiccion de la sensualidad. Por lo cual es tambien de notar que tampoco nos obliga nuestro Dios y Señor á que le amemos con mayor intensidad y afecto que á las otras cosas del mundo, sinó solamente que le amemos con mayor precio y estimacion, teniendo en más su amistad que el amor de las criaturas. Puedes lícitamente amar tus cosas y sentir muy mucho la pérdida de ellas, y no ir contra este mandamiento. Ama el vasallo á su príncipe y rey, y tiene en mucho su amor, y juntamente con esto ama tambien á su vecino, con quien trata y conversa con mucha familiaridad y amor. El que de esta manera ama al príncipe y á su vecino y hermano ama con mayor intensidad al vecino que al rey, y así siente más la muerte del vecino que la del rey; pero con todo esto ama al rey con más estimacion y precio, porque estima en más el amor del rey, y en caso de necesidad, ántes escogerá ofender al vecino y caer en su desgracia que perder la gracia y amistad del rey. No nos obliga Dios, ni nos manda amar á Él con mayor intensidad, calor y sentimiento que á las criaturas; pero quiere solamente que le amemos con mayor estimacion, estimando y apreciando más su amor que el amor de las criaturas. El que tiene en tanto el amor de Dios, que ántes quiere perder cualquier amor terreno que ofender á Dios y ser privado de su santo amor, este tal ama á Dios sobre todas las



cosas, aunque quiera y ame á las otras cosas con más intensidad y calor, y aunque las ame con mayor conato y fuerza de voluntad. Sólo esto nos pide Dios, que estimemos en más su divino amor que todo otro amor, de suerte que el amor de Dios sea preferido á todo otro amor. Como esto se guarde, puedes amar las otras cosas, y sentir y llorar su pérdida muy afectuosamente, sin ir contra el mandamiento del amor. Verdaderamente muy poco nos pide el que tanto nos dió. Verdaderamente inexcusable eres, oh, hombre que no amas á quien es bondad y hermosura infinita y tanto te quiso, que cuando te da el mandamiento de su amor no estrecha el camino de tu salvacion, ántes le ensancha y dilata. Propio es del amor querer y procurar al amado todo el bien que ha menester. Tal es el amor que nos tiene nuestro Dios y Señor, pues nos da tan larga licencia para amar otras cosas, porque aquel ama á Dios de todo su corazon y sobre todas las cosas, que guarda todos sus mandamientos, y no hace cosas que contradicen al divino amor. Por lo cual del rey Josías dicen las divinas Letras: No hubo otro como él, que así se volviese á Dios de todo su corazon y de toda su alma y con todas sus fuerzas, segun la ley de Moises. Porque cumplió y guardó toda la ley de Moises, dice que se volvió á Dios de todo su corazon y voluntad.

Aquel te ama, Señor y Dios nuestro, de todo su corazon, que no ama ninguna cosa de las que tienes vedadas y antepone tu santo amor á todo otro amor. Así lo hizo aquella casta Susana, cuando estimando en más tu santo amor que el sensual y mundano tuvo por mejor caer en aborrecimiento y odio de los hombres que ir contra el mandamiento de tu amor. Lo mismo fué dado á escoger al virtuoso José en Egipto, y él eligió ántes la persecucion que padeció que ofenderte. Por mejor tuvo el santo Moises (como dice el Apóstol) la ignominia y oprobio del pueblo de Israel cautivo que los regalos y deleites del palacio de Faraon. Por lo cual el salmista dice:



Antes escogí ser despreciado en casa de mi Dios, que morar con los pecadores. Tu santo amor como el aceite ha de nadar sobre todos los otros licores, y éste ha de ser estimado más que las otras cosas. Como en caso de necesidad, cuando la ley nos obliga, guardando tus santos mandamientos no te ofendemos pecando, cumplimos con este tu precepto de amor, aunque fuera de este caso amemos mucho las criaturas. Amarte, Dios nuestro, sobre todas las cosas, es tener el corazón tan rendido á tan divina Majestad, que ántes quiera yo padecer mil muertes que apartarle de tu amor. Así te amaba aquel santo Apóstol que decía: ¿Quién nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿La angustia, tribulación ó trabajos de esta vida? Sé que ni la muerte, ni la vida, me podrá apartar del amor de Jesucristo. Muy poco es por cierto, alma mía, lo que te manda este benigno Señor, pues te da tan larga licencia para amar tus cosas, y no te pide sinó que por ninguna de ellas le ofendas, amando todo lo demas cuanto quisieres. No admitas en tu voluntad ni en tu entendimiento cosa que sea contraria á la voluntad de Dios. Cuando vió Sara que se burlaba Ismael con Isaac, echóle de casa: así cuando las riquezas y honra del mundo se burlaren con la honra de Dios, vayan fuera. Y por quitar este escrúpulo, y porque nadie juzgase que el cumplimiento de este mandamiento era imposible, despues que Moises hubo dado este mandamiento, dijo luégo: Este mandamiento, que yo te mando hoy, no está sobre tí, ni léjos de tí, ni en el cielo, para que puedas decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo, para que le traiga á nosotros y le oigamos y le pongamos por obra? Ni está puesto de esa otra parte del mar porque no digas: ¿Quién podrá pasar el mar y traerle á nosotros, para que le podamos oír y hacer lo que nos manda? Pero está muy cerca de tí, y en tu boca y en tu corazón, para que lo cumplas. Mira que ames á tu Dios y Señor y que guardes sus mandamientos.

---



## MEDITACION LI

*Como el mandamiento del amor de Dios es el grande  
y primer mandamiento*

Despues que respondiste, Señor, al que preguntaba por el mayor mandamiento de la ley, diciéndole que amase á Dios sobre todas las cosas, añadiste más: Este es el grande y primer mandamiento. Este es el muy grande y principal mandamiento, y el mayor en dignidad, porque todos los demas se pueden sin tu amistad guardar, sinó este. Es grande en merecimiento y es grande este mandamiento, porque el acto y obra de este precepto, que es amar, es más excelente que las obras de los otros mandamientos. El cumplimiento de este precepto es de suyo meritorio, lo cual no es de los otros mandamientos, sinó en virtud de este mandamiento. El que cumple este precepto merece por sí; pero el que cumple el precepto de la limosna ó del ayuno, ú otro cualquier precepto y buena obra, no merece por sí, sinó en virtud de este mandamiento del amor, porque la caridad da el mérito celestial á todas nuestras buenas obras. En virtud de este mandamiento todas nuestras obras tienen sér y valor, y sin él pierden su valor todas ellas. Es grande, porque grandemente nos lo pides, y da grande paz y quietud en el alma, y alcanza grande corona en el cielo, si se guarda, y grande tormento en el infierno, si no se cumple. Este finalmente, es el mandamiento grande, y tan grande mandamiento, que sin él todos los otros mandamientos son pequeños, y áun, segun dice el Apóstol, son nada. Si repartiere toda mi hacienda entre los pobres y entregare mi cuerpo de manera que arda en llamas de fuego, si no tuviere caridad, ninguna cosa me aprovecha. Si tuviere espíritu de profecía y



supiere todos los misterios y todas las ciencias, y si tuviere tanta fe que pase los montes de una parte á otra, si no tuviere caridad, no soy cosa alguna. Y por el contrario, las cosas muy pequeñas con el amor son hechas muy grandes, porque dar un jarro de agua fría con amor, dices, Señor, en tu Evangelio que es cosa tan grande, que darás por esto el cielo. ¡Oh, alquimia maravillosa, que todo lo que toca convierte en oro! ¡Oh, verdadera vida de virtudes, sin la cual ninguna virtud tiene vida! ¡Oh, verdadera reina de todas las virtudes y de toda buena obra, y esmalte de toda la vida cristiana! Apartando tu cara todas las cosas se convierten en nada; pero mostrando tu rostro y soplando y enviando tu espíritu todas las cosas son recreadas y renuévase la redondez de la tierra. Tú nos envías al infierno, si nos dejas; y nos sacas de él, si estás presente: matas todas las cosas con tu ausencia, y les das vida, viniendo á ellas. Si vuelves, vivificas al hombre, le enriqueces con tu presencia, y cuasi le haces celestial y divino. Cosa es sobre todo cuanto hay maravillosa. No hay cosa más dichosa que tu presencia, ni más miserable ni desventurada que tu ausencia, porque tu presencia nos trae á Dios y tu ausencia nos le quita. La mas excelente obra que mi alma puede hacer es amar á su Criador; y por amor de esto, Redentor del mundo, encomendaste este mandamiento del amor con tan grande encarecimiento, que muy específicamente dijiste todas las particularidades como querías ser amado, y despues concluiste diciendo ser este mandamiento el mayor y más principal de todos y el primer mandamiento. Es primero en dignidad, porque tu santo amor es el crisol donde se purifican las obras virtuosas. Este es el grande y nuevo mandamiento, del cual dices: Un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos á los otros. ¿Cómo, Señor, es nuevo lo que tantos años ántes habías mandado? Nuevo es por cierto, porque no hemos recibido espíritu de servidumbre, ni temor, mas espíritu de devocion de hijos, en el cual te llamamos Padre.



No es mandamiento de temor, sinó de amor, y dado por nueva manera, no en tablas de piedra esculpido, sinó en las tablas de nuestros corazones, y por nueva manera se cumple y pone por obra; porque viendo los hombres lo mucho que nos amaste, y hasta la muerte de cruz, y viendo tan grande y tan excesivo amor, aprendan á amarte con nuevo amor, habiendo experimentado tan nuevo y tan nunca oído amor. Y así este santo mandamiento del amor es viejo y nuevo: viejo cuanto al darse; y nuevo cuanto á la virtud, fuerza y valor del amor porque desde entónces comenzaron los hombres y las mujeres á darse á sí y á todas sus cosas por tu divino amor, oyendo predicar á los Apóstoles como tú, siendo Dios, vencido del amor, te habías puesto en la cruz con grandes tormentos, por librarlos á ellos. ¡Oh, nuevo mandamiento de amor y nuevo género de amar, pues por darnos este amor y encender en nuestros corazones este divino fuego, tan nuevas y nunca oídas ni vistas muestras de infinito amor diste á nosotros! Este es el fin de todo mandamiento, conforme aquello que dice tu santo Apóstol: El fin del precepto es la caridad de corazón puro y de buena conciencia y fe no fingida. Fin quiere decir perfección, paradero y remate de toda ley. Así es este mandamiento norte á quien miran y por quien se rigen todos los otros mandamientos. Por amor de lo cual el Apóstol San Pablo, habiendo tratado de muchas virtudes, cuando quiso hablar de la caridad, dijo, escribiendo á los corintios: Ahora os quiero mostrar otro camino más excelente. Es tan excelente el amor, que sin trabajo obra con manos ajenas y hace suyos los bienes de los otros, sin perjuicio de nadie. Participante soy yo, dijo David, de todos los que temen á Dios. Gozándome yo del bien que los otros hacen soy participante de sus méritos. Mira, pues, ahora, alma mía, cuán grande es la excelencia de este singular y primer mandamiento del amor. Tan grande es la destreza del amor, que como recio eslabon á cada golpe que hiere saca centellas de fuego de amor. Si



te vieres próspera de salud, honras ó riquezas, saca fuego de amor, alabando á Dios. Si te vieres triste, perseguida y desconsolada, saca fuego de amor, dando gracias á Dios. Si te vieres afligida y cargada con pecados, saca fuego de amor, implorando el favor divino y llamando por su misericordia.

¡Oh, precepto jocundísimo el del amor, y cuán grande merced me hiciste, Dios mío y todo mi bien, en mandarme que te ame! El amor es cosa muy apacible, muy deleitable y muy suave, y no hay en él cosa áspera, dura ni trabajosa. Si para poseer tu reino nos mandarás navegar por todo el mar, ó caminar largas jornadas por tierra, ó andar desterrados muchos años peregrinando, ú otra cosa semejante muy trabajosa y dificultosa, pudiera yo tener alguna excusa, aunque no legítima ni bastante. Mas pues no me mandas sinó que te ame, siendo cosa tan fácil y deleitable, grande locura es perder reinar contigo y con tus ángeles por no amarte. Si mandase pregonar el rey que á quien le amase le daría parte de su reino y cuanto más le amase le daría mayor parte de él, ¿cuántos hallaría que le amasen por gozar de sus bienes? Pues tú, Señor, que eres Rey de los reyes, das tu gloria á quien te ama y apénas hallas quien te ame. Tú eres, Señor, el que dices que estás á la puerta y llamas y ruegas que te abran. ¿Para qué pides esa licencia? Entra, Señor, en tu casa, que tú la fabricaste. ¿Quién pidió licencia para entrar en su casa? Grande es por cierto tu mansedumbre, Señor, pues criando nuestra alma para morar en ella no quieres entrar por violencia ni haciendo fuerza, sinó por su voluntad, y viniendo á enriquecerla estás rogando. Abreme, amiga mía y hermana mía; mira que tengo mi cabeza llena de suave rocío celestial y de aguas de gracias; mira que no vengo á tí por tener necesidad de posada, porque mi posada es la eternidad, sinó por tu provecho. ¿Qué viste en mí, para que no me ames? Te amaré, Señor, mi corazón todo cuanto fuere á mí posible, pues pides ser amado de mí y me das tan noble y dulce mandamiento de amor.



## MEDITACION LII

*Cómo Dios ha de ser amado por ser Señor*

Respondiendo, Señor, al que te preguntaba cuál era el mayor mandamiento de la ley, dijiste de esta manera: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. En estas pocas palabras sumariamente con mucha brevedad dices cómo quieres ser amado de nosotros y las causas y razones por que quieres que te amemos. Hemos de amarte con todo nuestro corazón, alma y fuerza; y te hemos de amar, porque eres Señor, y porque eres Dios, y porque eres nuestro. Cada cosa de estas en particular es menester que desmenuce y contemple mi entendimiento, para que mi voluntad se encienda en tu divino amor y suba mi alma á gozar de los dulces abrazos del Esposo. Tocas en estas palabras las razones por que te debo amar, diciendo: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón: como si más claro nos dijeras: le amarás porque es Señor; le amarás porque es Dios; le amarás porque es tuyo: y le amarás de todo tu corazón por estas tres causas; conviene á saber, porque es Señor, porque es Dios y porque es tuyo. De manera que le amarás por sí, porque es Dios; y le amarás por sus cosas, pues es Señor; y le amarás por tí, pues es tuyo. De todas partes te muestras, Señor, muy amable. Amable porque eres bueno: amable porque eres deleitable y amable porque eres provechoso. No puedo, pues, Señor, huir, ni me puedo excusar de tu amor. Te amaré, fortaleza mía y bien mío, pues eres mi Señor. Con grande justicia el fruto del árbol y de la viña es del señor que la plantó; y el que quitase á su señor el fruto de su viña, con mucha razón sería acusado de hurto. Por lo cual el Apóstol dice:



¿Quién planta la viña, y no come de su fruto? Todos los hombres que vivimos en este mundo somos como árboles plantados por tus divinas manos, y en cada uno de nosotros plantaste tus potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad, con que te sirviésemos: luego si el árbol acude con sus frutos al señor, obligación tengo yo de acudir con mis potencias á tí, mi Dios, pues eres Señor de ellas. ¿A quién, pues, has de amar, alma mía, sinó á quien te dió poder para amar? ¿En quién has de ejercitar tu conocimiento, sino en el que te dió entendimiento para conocer? ¿A quién has de tener en tu memoria, sinó al que te dió potencia para acordarte? Los que reciben en vano su alma, dice el salmista que no subirán al alto monte de Dios. Aquellos sin duda recibieron de balde su alma y potencias, que no las emplean ni ocupan en las cosas para que se hicieron. Hicísteme, Señor, para que entendiese el sumo bien; y entendiendo lo amase, y amando lo poseyese, y poseyéndolo lo gozase. No recibiré yo en vano mi alma, ni estará en algun tiempo mi voluntad ociosa; pero gastaré las noches y días dando el fruto de mi voluntad, que es el amor, á quien plantó el árbol y á quien me dió poder para amar. Con razon fueron castigados y lanzados de la viña aquellos rebeldes labradores que no acudieron á su señor con la renta y fruto de ella. Merecedor es por cierto que sea quitada la voluntad al que no la emplea en tu amor. Indigno es de poseer los dones el que no usa bien de ellos. Pues si tú eres mi Señor, y es tuyo todo cuanto yo tengo, ¿por qué no te serviré con lo que me diste? Con mucha razon vendrá sobre mí aquella sentencia que pronunciaste en el Evangelio contra los ingratos cuando dices: Darán al que tiene y será quitado al que no tiene aquello que parecía tener. Cuando un siervo recibe de su señor una grande merced, si es agradecido, convida al señor á que le haga otra mayor merced; pero cuando es ingrato, no sólo no le hace más merced, pero aun aquella le quita. Así el que usare bien de los beneficios que



recibió de tus magníficas manos recibirá otros nuevos dones; pero si fuere ingrato le será quitado lo que parecía tener. Por amor de esto fueron castigados aquellos de quienes dice tu santo Apóstol que, como conociesen á Dios, no le glorificaron como á su Señor, ni le dieron gracias; pero desvaneciéronse en sus pensamientos y oscurecióse su insipiente corazón, y diciendo ser sabios, fueron hechos locos. Conociendote, Señor, con el entendimiento que les diste, tuvieron la voluntad ociosa, no amando ni dando gracias á tí, Señor, de cuyas manos recibieron estas potencias: y los que te habían de amar y adorar vinieron á adorar las imágenes de piedra y de palo. Del toque del eslabon en el pedernal, aunque salga fuego, no prende, si no se aplica la yesca. Así, aunque dé mi alma con el eslabon del entendimiento en el pedernal, que eres tú, mi Dios, bien podrá sacar lumbre de entendimiento y muchas centellas de perfecciones, que alcanzará á conocer en tí; pero nunca prenderá en mi alma el fuego de tu divino amor, si la yesca de mi voluntad no estuviere de por medio. ¿Qué aprovecha que te conozca, si no te amo? ¿Para qué quiero tener el entendimiento ocupado en la contemplacion de tu bondad y excelencias de tu divina persona, teniendo la voluntad ociosa? Por amor de esto conviene, Señor que así te ame como te conozco, y que como empleo mi entendimiento en conocerte, gaste toda mi vida en amarte, acudiendo con los frutos de las potencias de mi alma al Señor de ellas. ¡Oh, amor infinito y soberano bien, que mi voluntad, aunque potencia libre, no sé si es libre, y digo que no es libre, sinó cautiva de tu amor, porque aunque quiera no amarte no puedo dejarte de amar, ni quiero gozar de tan mala libertad como es poder no amarte, porque descubriste á mi entendimiento tanta parte de tus divinas perfecciones, que no puedo, aunque quiera, detener á mi voluntad, sin que se arroje, tendidas las alas de sus afectos, en ese horno de infinito fuego de amor! Mándame lo que quisieres, y no me mandes que no te ame, pues será á mí im-



---

posible dejarte de amar. Tú eres, Señor, el que dices á mi alma: Ponme por señal en tu corazon y en tu brazo, porque fuerte es el amor como la muerte, y dura la emulacion como el infierno. Mata la muerte á amigos y enemigos, porque lleva á los que la aman y á los que la aborrecen; y así tu amor se extiende á amar á los enemigos, la cual caridad no pudieron matar las muchas aguas ni grandes avenidas de tribulaciones y adversidades. Dícesme, pues, Señor, que te ponga por blanco en mi corazon y en mi brazo, porque no ame otra cosa con mi corazon, ni con mis obras, sinó á tí, pues con tan fuerte amor me amas, que á todos comprende tu amor, así como la muerte á los mortales. Y dices más, Señor, que como el infierno atormenta á los que recibe, así te abrasa en caridad este celo y amor. Oye, pues, ahora, alma mía, una cosa increíble, pero verdadera. Si Dios pudiese ser afligido y atormentado, de ninguna otra cosa puede ser atormentado sinó del amor. Y si no me quieres creer, pon delante de tus ojos á tu Esposo Jesucristo, que es imágen y sustancia de Dios y verdadero Dios, en quien están á lo vivo todos los afectos del Padre Eterno. Es el que dice: Fuego vine á traer á la tierra, ¿y qué quiero sinó que arda? De un bautismo tengo de ser bautizado; y ¿cómo me aflijo y angustio hasta que sea? Angustiábase y atormentábase el Señor, sintiendo en sí las llamas del amor y celo que nos tenía. Confiesa este Señor y Dios tuyo ser del amor atormentado. Y pues eres, Señor mío, tan grande, tan amoroso y tan bueno, y conoce el buey á su poseedor, y la bestia el pesebre de su señor, así conoceré yo á tí, mi Dios, por Señor mío y á mí por hechura de tus manos, y no sufriré que las criaturas que carecen de razon me hagan ventaja; ántes te conoceré por Señor, adoraré como á Dios y amaré como á sumo bien y bondad infinita, dando todo lo que soy á quien me dió todo lo que soy, puedo y tengo.

---



## MEDITACION LIII

*Como Dios ha de ser amado por ser Dios*

Siendo tú Señor verdadero, Dios nuestro y Criador del cielo y de la tierra, sumo bien, en quien está todo bien, dignísimo eres y merecedor de todo amor, por grande que sea. ¡Oh, Señor, y cuánto debo yo, miserable criatura, amar á quien es verdadero Dios, omnipotente, eterno, infinito, incomprendible, esencialmente bueno y un acto puro de bondad! ¡Cuánta es, Dios mío, tu bondad, cuánta tu gloria, cuánta tu potencia, cuánta tu sabiduría, cuánta tu plenitud, cuánta tu suavidad, cuántos tus deleites, cuánta tu luz, cuánta tu perfeccion y cuánto, finalmente, tu cumplimiento de todos los bienes y de todas las cosas que se pueden desear! Ensancha tus senos, alma mía, dilata tus afectos y extiende como piel tus deseos; y como el profeta dice: Ensancha el lugar de tu tienda, y las pieles de tus moradas extiende, y haz léjos tus cuerdas, y confirma tus clavos, porque sobrepuja á toda tu capacidad y á todo tu deseo aquella majestad, aquella bondad y aquella bienaventuranza que Él tiene preparada para los que le aman. Es todo nuestro afecto, comparado con aquel sumo bien, como una gota de agua cotejada con el gran mar Océano, porque sobrepuja á todo su sentido y á todo su deseo aquel océano infinito de gloria y hermosura; aquel abismo profundísimo de lumbré y claridad, la cual no es comprendida con nuestro deseo. Esto fué dibujado en aquella corona que en el *Sancta Sanctorum* cercaba por todas partes el Propiciatorio, por ser tu bondad y majestad divina como figura esférica perfectísima, y sin principio y fin, y digno de ser amado por tí, por el cual y al cual es hecho todo amor, y hacia el cual todo amor arroja al que



lo tiene, porque es Dios un centro de amor, al cual endereza á toda criatura á peso del amor. Luego á solo Dios, por si conviene, el amor, así como la honra. Y de aquí es que si alguna cosa se ama, la cual por Él no se ama, vanamente se ama; y por eso ni el ángel dignamente por sí ultimadamente ha de ser amado. Tan amable eres, Dios mío, que de todas las cosas, aún de las insensibles, en cierto modo eres amado; porque ¿qué son las inclinaciones de las cosas naturales, sinó unos amores, con los cuales son llevadas á tí, aunque por su imperfeccion no pueden llegar hasta donde van, conviene á saber, hasta el bien increado, mas quédanse en el bien criado, participando de él? Porque ¿qué es el peso de la piedra, sinó un amor que tiene al centro? y ¿qué es la ligereza en el fuego, sinó un amor que tiene á su esfera? Bien es aquel que todas las cosas desea, y ninguna cosa hay sin amor; y este natural apetito de bien en las cosas en algun modo se puede decir amor de Dios. Mas porque la naturaleza insensible no puede llegar hasta el bien inconmutable, por eso se queda y descansa en el bien participado. Mas la criatura intelectual y racional, que son el ángel y el hombre, tienen esta dignidad, que pueden llegar hasta el sumo bien que desean y ser de Él capaces. ¿Por qué andas, pues, alma mía, rastreando por las criaturas, y buscando el sumo bien en las cosas corruptibles del siglo? Vuélvete á tu Dios, porque en Él hallarás bondad infinita, delectacion sin medida y hermosura inefable, y todo tu bien junto, segun aquello que ese mismo Señor dijo á Moises: Yo te mostraré todo el bien. No imagines á tu Dios sabio, poderoso, ni hermoso, como al hombre ó al ángel, porque el hombre y el ángel por accidente son buenos; mas Dios esencialmente y sustancialmente es bueno, no por alguna cosa que se le junte, porque no se junta á su bondad alguna bondad ó hermosura por la cual Dios sea bueno y hermoso, ni á la naturaleza de Dios se mezcla bondad; mas el mismo Dios es la infinita é ilimitada bondad, hermosura, sabiduría y poderío.



Y así en todas las otras cosas que de Dios se dicen, no denominativamente y por participacion, como en las otras criaturas, mas esencialmente. Lo que hemos dicho de la bondad, sabiduría y hermosura de Dios mira que no lo extiendas de esta manera á las otras naturalezas, de suerte que por semejante manera quieras llamar á Dios color y blancura y otras cosas semejantes, como se dice grandeza, fortaleza, poderío y sabiduría; poaque estas cosas nombran perfecciones simplemente en Dios, y por consiguiente en las criaturas; pero esas otras cosas no así, porque no es Dios blanco ni colorado, como es sabio y poderoso. Este nombre Dios, y esto que es ser Dios, incluye en sí todo el deleite, contentamiento, descanso y alegría que se puede imaginar. Incluye todo el provecho é interes que puede ser pensado, y encierra en sí todo lo honesto, santo y bueno. Esto es ser Dios: tener en sí todos los bienes honestos, útiles y deleitables. Pues si toda la causa por que yo pongo mi amor y aficion en alguna persona es porque en ella espero algo de estos tres bienes, honesto, provechoso ó deleitable, ¿por qué no amaré á tí, mi Dios, que eres riquísimo de todos estos bienes? Gran culpa mia es, Señor, si no te amo, pues de todas partes te muestras amable y digno de ser amado. Amable porque eres bueno; amable porque eres deleitable; y amable pues eres provechoso. No puedes ¡oh, hombre! excusarte de amar á Dios. Si eres virtuoso, ama á Dios por sus virtudes; si eres codicioso, ámale porque es riquísimo; si quieres deleites, amale, pues están en Él todos cuantos deleites puedes imaginar. ¡Oh! ¡cuánto debe ser poderoso el que, como dice el profeta, sustenta con tres dedos la inmensidad de la tierra, y con tanta ligereza revuelve el cielo, y el que amansa la braveza del mar con la flaca arena! ¡Oh! ¡cuán benigno es el que, viendo tantos males, disimula y con soberana paciencia espera! y ¡cuán amoroso con sus amigos el que á sus enemigos ruega con la paz! Sólo tú, Señor, llenas el deseo de mi alma, como el sello el vacío de la cera. Y como todas las cosas estén más perfecta-



---

mente en tu divina Majestad que en sí mismas, de aquí es que todas las cosas naturalmente te han de amar. ¿Cómo, pues, podrá nuestro amor desviarse ni apartarse de tí, pues en tí se afina, se conserva y se perfecciona? ¿Cómo puede nuestro amor apartarse de su objeto? Si yo quiero vender mi amor, ¿quién me lo podrá mejor comprar que tú, que eres riquísimo y me puedes dar por él la vida eterna? Si lo quiero dar gracioso, ¿quién mejor lo merece? Si por fuerza, ¿quién más violentamente me lo puede quitar? Y si lo quiero dar por vía de agradecimiento, ¿á quién debo tanto? Tengo, pues, yo de amarte, aunque no quiera, porque eres mi Dios, donde están todos los bienes eternos, hermosura, riquezas y deleites, y en fin, todo bien. Y así como la piedra de su natural se va abajo, así si suelto el amor, él naturalmente se irá á tí, mi Dios. Si pongo mis ojos en tu divina Majestad veo un abismo de bondad, luz inmensa y hermosura infinita. Y si me convierto á las criaturas veo innumerables ángeles hermosos, nobilísimos, resplandecientes y purísimos, á los cuales todo este mundo visible está sujeto, porque la criatura corporal sujétase á la espiritual. Veo los hermosos cielos, las resplandecientes estrellas, los fulgentísimos planetas, y todo esto tan bueno y perfecto, que muchos de los gentiles los adoraron por dioses. Y si desciendo más abajo veré una infinidad de diversas criaturas. Si pregunto á todo esto qué es lo que hace responderán que ninguna otra cosa sinó obedecer y servir al sumo bien y Criador de todas las cosas. Por tu órden persevera el día, porque todas las cosas te sirven. No hay mosquito que con toda su fuerza no haga esto. Pues ¿qué haré yo ahora? ¿Por ventura, lidiando todas las criaturas sobre quién te servirá mejor, sólo el hombre estará ocioso? Justo es, Señor, que yo te ame con todo mi grande amor todo cuanto es á mí posible.

---



## MEDITACION LIV

*Como Dios ha de ser amado por ser nuestro*

Natural es al hombre el amor de sí mismo, y por consiguiente amar sus propias cosas, por amor de lo cual, clementísimo y amantísimo Señor, ninguna cosa dejaste de intentar por ser de nosotros amado. ¿Qué lengua angélica ni humana jamás dirá las invenciones tuyas, ni las trazas que has dado por ser amado de una criatura tan miserable como el hombre? Sabías, buen Dios, y muy bien sabías cuán amigos somos nosotros de nuestras propias cosas, y que apenas sabemos sacar al amor de nosotros mismos y de lo que á nosotros toca; y así, por granjear por esta vía nuestro amor, tuviste por bien de hacerte nuestro hermano y hombre verdadero, como nosotros, y entregarte á nosotros y darte por nuestro, porque te amásemos como á cosa nuestra. Estó sintió tu profeta Zacarías cuando, hablando de tu venida al mundo, dijo: Alégrate, hija de Sion. Mira que viene tu Rey á tí. Dijo que era nuestro, y no contento con esto, añadió diciendo: que venía para nosotros, porque pues tan amigos somos de nuestras cosas y de nuestro provecho, amásemos al que era nuestro y venía para nuestra utilidad. Por amor de esto dijo Josué al pueblo de Israel: Tened diligente cuidado de amar al Señor Dios vuestro. Eres, Señor, tan nuestro, que más eres mío que lo soy yo de mí mismo. Tanto me amaste, que me reputaste y estimaste por más tuyo que á tí mismo. Pues razon es que yo te ame más que á mí, teniéndote por más mío que lo eres de tí mismo. Más me amaste que á tí, pues quisiste morir por mí; porque si no quisieras más la vida de mi alma y mi salvacion que tu vida temporal, no te ofrecieras á la muerte por mi salud. Yo soy el



Señor Dios tuyo, dijiste á tu pueblo. Muchos señores y reyes hay que son suyos; otros hay que son de sus parientes y no suyos; y otros que son de sus amigos, porque se dan todos á ellos. Pero tú, Dios nuestro y Rey celestial, no quisiste ser tuyo, sinó nuestro. ¿Qué tienes, Señor, que no sea nuestro? Si tienes el cielo, nuestro es; de cuya virtud é influencias vivimos, así como es la tierra, la cual diste á los hijos de los hombres. Criaste las estrellas y planetas para el servicio de todas las gentes; y á tí mismo reinante te das á nosotros en premio y galardón. Tú, Señor, eres el que dices: Yo soy tu parte y heredad. Más mío eres por el señorío que tienes en mí que todo lo restante del mundo, y más íntima y perfectamente estás en mí que la misma sustancia mía; y así te debo amar más que á mí y que todo lo criado. Naturalmente más ama el hombre la ciudad donde nació y se crió que otra alguna, y más su casa que la ajena, y más á su padre propio que al padre ajeno. Pues si esto es así, razón es que yo ame á quien es todo el bien de todas las criaturas y propio mío; y cuanto á algunos efectos, te puedes decir más nuestro que de ningunas otras criaturas. Quanto á las criaturas que carecen de conocimiento, está claro, pues ellas no te conocen y nosotros te conocemos. Y si los ángeles te conocen, no recibiste en tí la naturaleza angélica así como la humana, y á ninguno de ellos diste tanta gracia ni gloria como al alma de tu unigénito Hijo y de la santísima Vírgen, Madre suya. No recibió á los ángeles, sinó á la generacion de Abraham, dice tu santo Apóstol. No se puede decir el ángel es Dios, y Dios es ángel, como se dice por esta union el hombre es Dios, y Dios es hombre. Por esta razón se puede decir que eres Dios nuestro y Señor nuestro, y propio nuestro, pues eres Redentor nuestro, y nos compraste con tu preciosa sangre, y sufriste grandes trabajos por nuestro amor, y al fin muerte con que satisfaciste al Padre por nosotros. Míos son esos clavos, míos esos azotes y corona de espinas, y mía esa cruz, gracias y tesoros ce-



lestiales, que mereciste para mí y para sólo mi provecho. Pues si ser una cosa nuestra propia es causa de ser muy querida y amada de nosotros, siendo tú Dios mío y Señor mío, y todo mío, muy justo es por cierto que yo te quiera y te ame más que todas las cosas. Es el hombre amigo de su interes y provecho. Pues si yo soy amigo de honras, riquezas y placeres, amándote tendré contigo todas estas cosas. En decirme que eres Dios mío me das á entender que si te tengo por tal poseo toda la felicidad del mundo, si quiero bien considerarlo. No tiene el mundo esta opinion, porque piensa, como dice el profeta, que consiste la bienaventuranza en prosperidad y abundancia de honras y riquezas, y á los que poseen estas cosas llaman los hombres bienaventurados; pero bienaventurado dice David que es aquel pueblo cuyo Dios es su Señor. Siendo tú nuestro, contigo gozamos de todos los bienes. Y si eres mío, yo que amo todas mis cosas, ¿por qué apartaré á tí, mi Dios, siendo mío? ¿Por qué, alma mía, exceptúas y sacas á tu Dios del comun amor de tus cosas, siendo tuyo sobre todas las cosas, y más que todas ellas? ¿Por ventura Él solo entre todas las cosas es juzgado entre todas ellas por indigno de ser amado? y pues amas á todas tus cosas, á Él, que es más tuyo que todas tus cosas, has de amar más. ¿No se indignará Dios, y con mucha razon, sobre tan execrable menosprecio? ¿Qué te diré, oh alma; qué te diré, mezquina; no te confundes sobre tan grande maldad tuya? Amas tus cosas, y no amas, ni deseas, ni trabajas por alcanzar aquella perpetua y clarísima heredad tuya, que para siempre ha de durar. Perdiste una joya y estás triste; perdiste tus dineros y te pesa; y perdiste á tu Dios y no lo sientes, como si no fuese Dios más tuyo que todas esas otras cosas. Si amases y te dolieras, tanto mayor sería el dolor cuanto fué más grande el amor. Porque amas los bienes temporales te pesa de perderlos; y porque no amas á Dios no tienes pena por haberle perdido. ¡Oh! ¡cuán nuestro eres, Señor, y cuánto te entregaste y diste á nosotros,



---

pues nos diste tu vida propia; y cuanto había en tí pusiste al tormento por mí, y sola la lengua, de la cual te podías aprovechar, empleaste en nuestro servicio, rogando por nosotros al Padre, y despues intercediendo ante Él con lágrimas por nuestros pecados, y fuiste oído, como dice tu Apóstol, por la reverencia que te tenía! Hicístenos señores de todas tus cosas, y vestiste á los de tu casa de doblada vestidura de gracia y gloria, y de todo cuanto hemos menester. ¿Qué señor así provee á sus siervos, y qué señor podremos hallar tan bueno, tan blando, tan afable y tan benéfico para con los suyos? A ninguno despides sin que él se despida de tí primero; nos das de comer, riegas nuestras heredades, envías al sol sobre los buenos y malos, y llueves sobre los justos é injustos, y eres tan nuestro y así te empleas en nuestro servicio, y te nos das de manera que nos diste tu propia carne en manjar y tu sangre en bebida. ¡Oh, preciosa perla y sobrepujante margarita, que deshecha en el vinagre de tu acerbísima pasion, tuviste por bien de ser, no sólo nuestro, pero nuestro mantenimiento y vida! Y pues eres, Redentor del mundo, tan mío, he de amarte como á cosa mía, y no me contentaré hasta que yo sea tuyo, así como tú eres mío, dándote vida y alma y todo cuanto hay en mí, para que te sirvas como de cosa propia tuya.

---



## MEDITACION LV

*Como Dios ha de ser amado de todo nuestro corazon*

Cuando en tu ley nos mandaste, Señor, que te amásemos, añadiste diciendo que eres Dios nuestro y uno solo. Si por caso imposible no fueras un solo Dios, sino muchos dioses, pudiera ya tener alguna excusa para no amarte de todo mi corazon, porque tuviera mi corazon, dividido y repartido por diversas partes; pero siendo uno solo fácil cosa es amarte de todo mi corazon poniendo todo mi amor en tu divina Majestad. El que te ama de todo su corazon siempre trae puesto su pensamiento en tí, aunque ande ocupado en otras cosas. Y si á alguno le parece que es imposible traer lo más del tiempo el pensamiento en tí, mire á un hombre que edifica una casa ó hace alguna obra que mucho ama y desea ver acabada, que siempre piensa en aquello que ama y está haciendo; y de manera que cuasi nunca se aparta de la obra con la memoria y pensamiento, mirando si los oficiales trabajan, si verá el fin de la obra y cómo gozará de ella, y sueña muchas veces de noche en esto, y despierta con estos pensamientos. Si yo te amase, Señor, de todo mi corazon, siempre pensaría en tí, y nunca caería de mi memoria el amado, aunque me ocupase en otras cosas. Donde está mi tesoro está mi corazon, y donde tuviere el amor tendré mis deseos y aficiones. El que te ama de todo su corazon siempre piensa cómo te servirá, desea estar siempre contigo y conversarte; y todas sus cosas y áun las ajenas desea gastar contigo y emplear en tu servicio. Cuando mandas en tu ley que el falso profeta no sea oido, dices así: No oirás las palabras de tal profeta soñador, porque os tienta el Señor Dios vuestro, para que sepa si le amáis ó no con



todo vuestro corazon y con toda vuestra alma. Cuando doy parte de mi corazon al mundo, como á falso profeta que miente y engaña en sus promesas, divido mi corazon entre tí y el mundo. Por amor de esto dices por tu profeta Joel: Convertíos á mí en todo vuestro corazon. No pongáis una parte del amor en vosotros ni en vuestras cosas; pero todo vuestro amor sea en mí y en las cosas que yo os mando. En decir que te amemos de todo nuestro corazon nos das á entender que tu santo amor quiere toda el alma por aposento, y pides todo el corazon y toda la casa, porque todo lo quieres llenar del licor de tu suavidad. No quieres, Señor, el corazon partido, sinó entero.

En aquel juicio y sentencia de Salomon, cuando mandó partir el niño vivo, y dar una parte de él á aquellas dos mujeres, la que no era verdadera madre, ni tenía justicia, decía que se dividiese y llevase cada una la mitad; mas la verdadera madre no aceptó esta division, ántes decía que se diese á la otra todo entero y vivo. Quiere el mundo, falso y engañador, que pide contra justicia, que parta yo mi corazon por medio, y llevar él la mitad, y que te dé, Señor, medio corazon: de suerte que, amándote, ame á él juntamente contigo; lo cual no consiente la justicia ni razon, sinó que se dé todo entero á cuyo es, y lo reciba su verdadera madre. ¿Por qué andas, corazon mío, cojeando por dos partes? ¿Por qué andas por dos caminos? Por amor de esto, Señor y Redentor mío, despidiéndote de tus discípulos en la última cena, les decías que les convenía que tú te fueses de su presencia, porque si no te ibas no vendría el Espíritu Santo á ellos. ¿Por ventura, Señor, eres tú algun pecado mortal, que impides la venida del Espíritu Santo en las almas de los discípulos? ¿Tenías tú, Redentor mío, bandos con el Espíritu Santo, ó sois en alguna cosa contrarios, pues no podíais morar juntos? Virtuosos eran aquellos bienaventurados Apóstoles, y habían renunciado el mundo y llegado á la fuente de la vida; y con amarte perfec-



tamente, porque en el amor que te tenían había alguna mezcla de amor de la presencia corporal y hermosura de tu sacratísima humanidad, querías purificar y espiritualizar aquel amor que los discípulos te tenían, privándolos de tu presencia corporal, porque no amasen sino cosas espirituales y pusiesen todos sus deseos en las cosas invisibles, quitándolos de las visibles, para que así, encendidos sus deseos en lo divino y celestial, y despegados de lo corporal y presente, estuviesen sus almas dispuestas para recibir en ellas al Espíritu Santo. Eras, Señor, en cuanto hombre, como un aposentador del Espíritu Santo, el cual, disponiendo la posada para un gran príncipe que ha de venir á ella, no consiente al señor del aposento que tenga cosa alguna en su casa; pero manda que todo vaya fuera y quede del todo desocupado el aposento, para que reciba á la grandeza del príncipe, que todo lo ocupe. Así querías, Salvador nuestro, que los corazones de los discípulos estuviesen tan desocupados, no sólo del amor del mundo, mas aún tambien de todo lo que tiene resabio de mundo ó alguna sombra de él, que aún de un gusto que recibían sus almas con tu presencia corporal, con ser honesto y bueno, querías fuesen privados; porque así quisiste espiritualizar y afinar sus aficiones, que no consentiste hubiese en ellos cosa que tuviese color ni apariencia de bien corporal y presente. Pues si esto es así, ¿cómo te amaré yo, Dios mío y todo mi bien, de todo mi corazón, teniéndole tan entregado al mundo? ¿Cómo te le daré todo entero, estando tan lleno de mi propio amor? Quieres toda la posada desembarazada, pides todo el corazón entero y desocupado de todo amor peregrino y contrario de tu santo amor, y yo no sé cómo lo podré ofrecer todo entero á tu divina Majestad, teniéndole empeñado al mundo y á mis pasiones. Si tus santos Apóstoles, á quienes tú llamaste amigos, no tenían perfecta disposición para recibir en sus almas á tu santo Espíritu, ¿qué disposición es la mía, estando tan lleno de carne y sangre, para recibir este mismo Espíritu en mi alma? Porque



querías que de todo su corazón te sirviese el patriarca Abraham, quebrando del todo con el mundo y haciendo divorcio perfecto con su tierra y naturaleza, le mandaste saliese de ella, porque de esta manera te pudieses con él comunicar y se hiciese digno de recibir las mercedes que le tenías prevenidas. ¡Oh! ¡cuán solo y cuán desembarazado del mundo quieres, Señor, á nuestro corazón, pues dijiste por el profeta Oséas á una alma: La llevaré á la soledad y la hablaré al corazón. Hablas, Señor, en silencio á nuestra alma, cuando no hay en ella vocería de apetitos y propias pasiones. ¿Qué nos pides, Señor, en tu ley, sinó que te sirvamos con todo nuestro corazón? Eres aficionado á nuestro corazón, y nos pides en la Escritura que te lo demos, y ninguna cosa te agrada que no se hace con amor. Conténtase el demonio con cualquier cosa, por pequeña que sea, como otro Faraon, rey de Egipto, que ya que no podía tener cautivos á los hijos de Israel, rogábales que dejasen sus ganados en Egipto, ó siquiera lo bendijesen primero, diciendo á lo ménos bien de él. El demonio, que no ha hecho nada por nosotros, ninguna cosa pierde en contentarse con cualquier cosa que le diéremos. Pero tú, Señor, que nos diste todo cuanto tenemos y recibimos de tu mano todo lo que somos, quieres todo el corazón para tí, y no estarás contento si no te lo doy todo, sin dividirle con otro. ¡Oh, Señor, que ya he caído en la cuenta, y conozco lo mucho que os debo, y entiendo que cuanto yo tengo es nada delante de Vos, y vale poco para servirlos en algo de lo mucho que de Vos he recibido, y sé que con el corazón os contentáis y que sólo eso queréis! Aquí os le ofrezco: recibidle, Señor, que todo os le doy y ninguna parte reservo para mí, y con todo eso no pago la obligacion que os tengo ni hago nada para lo mucho que os debo. Te vas, Señor, tras el corazón del hombre, porque en él dejaste el tesoro de tu sangre, pues la derramaste por él. Llamaré, pues, en todo mi corazón: óyeme, Señor.

---



## MEDITACION LVI

*Como pide Dios lo interior de nuestra alma*

Mandando, Señor, que te amásemos de todo nuestro corazón, no sólo quisiste enseñarnos el camino de la verdad, pero aún deseas tanto nuestra salvación, que no sólo nos quisiste dejar el arancel de tu ley, mas aún tuviste por bien hacer un epílogo de tu voluntad, porque la brevedad fuese causa de que mejor aprendiésemos lo que tanto nos importaba, y sabiéndolo lo tuviésemos en la memoria, y acordándonos de ello lo obrásemos, y obrándolo alcanzásemos el fin deseado, que es la gloria y bienaventuranza eterna. En decir que te amemos de todo corazón y voluntad, quieres, Señor, que te demos lo interior de nuestras almas. Del animal que te sacrificaban querías, Señor, que lo interior de él, que eran las entrañas, riñones y redaño, te fuese sacrificado con fuego. Todo aquello, como dice tu santo Apóstol, acaecía en figura y era significación de misterio. No quieres las cosas de fuera, no pides lo exterior y momentáneo, como el mundo, que con bienes aparentes y vanos se contenta; pero mandas que lo interior de nuestra alma te sea ofrecido y dedicado; y esto no como quiera, sinó sacrificado con el fuego de tu santo amor. ¿Y qué mucho, Señor, que ofrezca yo á tu divina Majestad mi corazón abrasado en tu santo amor, pues tú, mi Dios, con fuego de infinito amor así ardías en la cruz, donde te pusiste por amor de mí, que tantas llamas de fuego salían de ese tu pecho sagrado, cuantas heridas había en tu santísimo cuerpo? Después que el ave generosa, así como un águila ú otro halcón, ha volado en altanería, y rompido el aire con su vuelo y



subido á las nubes, y trabajado y traído la caza á tierra, con que lo ceben con lo interior del ave que cazó se contenta y queda muy pagado. ¡Oh, ave generosa, que descendiste del cielo á las entrañas de la Vírgen, y de su vientre á la tierra, y de la tierra al desierto, y del desierto á la cruz, y de la cruz al limbo, y del limbo al cielo, y diste estas vueltas por cazar nuestras almas, que sueltas y fuera de tu mano andaban perdidas! ¿Qué mucho que pidas nuestro corazon en galardón del trabajo que por nosotros pasaste, y en satisfaccion de lo mucho que por nuestra redencion hiciste? ¿Qué ave hizo tan lindas quiebras en su vuelo ni le costó tanta sangre la caza como á tí, Señor y Dios nuestro, la salvacion de nuestras almas? ¡Ay de mí, que despues de tantos beneficios recibidos y al cabo de tantos años no respondo con el agradecimiento que debo, dándote mi corazon, pues le quieres para aposentarte en él y enriquecerle! ¡Oh! ¡cuántos hay, mi Dios (y quiera tu divina Majestad no sea yo del número de ellos), que dan el corazon á sí mismos y al mundo, dando á tí, Señor, solamente las cosas exteriores, que son las ceremonias de fuera y señales y muestras de cristianos! Otros, teniendo mala la conciencia, hacen limosnas y edifican hospitales y monasterios. Aunque estas obras son buenas, falta lo principal, que es el corazon, que tú demandas, porque en lo de dentro quieres ser aposentado. Dices en tu ley que lo interior del sacrificio sea tuyo. Bendice, pues, alma mía, al Señor, y todas mis cosas interiores á su santo nombre. Mi corazon y mi sangre se alegraron en Dios vivo. Si en mi corazon te aposentares, Señor, andará todo lo demas de mi vida bien gobernado. Con pequeña vuelta del corazon se da vuelta á toda la vida, como con pequeño gobierno con menearle mansamente se guía una nave poderosa. No es otra cosa amor sinó una vehemente y bien ordenada voluntad. Ninguna voluntad hay que ame á á tí, mi Dios, como mereces ser amado, sinó sola tu divina voluntad, ni puede haber otra. Esta tu divina voluntad



ama tu bondad con amor infinito, tanto cuanto esa misma bondad merece.

En este conocimiento, que te amas á tí mismo con infinito amor, hallan los santos alivio de sus deseos, viéndolos cumplidos tan perfectamente, y así les es parte de su gloria, conociendo y viendo que te amas con tan perfecto amor. ¿Pues qué mucho que me mandes que te ame y pidas mi corazón y mis entrañas, pues respecto del que es amado, que eres tú, Señor, bien soberano y Majestad infinita, todo lo que los ángeles y los hombres pueden producir amando no pasa de amor finito, ni puede pasar? Luego tu infinita bondad siempre queda por pagar y pides mayor tributo, queriendo, y con justicia, si es á nosotros posible, ser amado infinitamente. Sea alabado tu santo nombre, porque él mismo se paga á sí mismo, amándose en eternidad cuanto es digno de ser amado. Pero aquí, así como puedo, (aunque no cuanto deseo y soy obligado), te amaré, Dios mío, fortaleza mía, refugio mío y librador mío. Daré á tí, Señor, mi corazón y mis entrañas, despegadas del amor de este siglo, según aquello del salmo: Si abundaren las riquezas, no pongáis vuestro corazón en ellas. Quitando el corazón de las riquezas y de toda afición temporal, lo tengo de ofrecer á tí solo, Dios vivo y verdadero. Veo, Señor, que todas las cosas te aman, aunque sea perdiendo el ser natural que tienen. Que los ángeles te sirvan, no hacen mucho, pues servirte es reinar; pero que sirvan al hombre, mandádoselo tú, esto no es con algún menoscabo de la naturaleza angélica, pues aquellos bienaventurados espíritus son vuestros siervos y ministros de la criatura, que dice David, que hiciste menor que ellos. Que los cielos den vueltas, porque tú se lo mandas que los sujetaste en esperanza, no es de maravillar, porque es honra de ellos; pero que den vueltas perpetuamente por amor del hombre, ¿no es de tener en mucho? Toda criatura gime y tiene dolor de parto y está sujeta á vanidad. Corrómpense todas las criaturas inferiores, y digno por cierto acabamiento,



*del amor de todas las cosas al creador*  
 pues es en servicio del Criador; pero que sea por amor del hombre, es cosa de considerar. Pues luego si de todo su corazón, y aún con falta y detrimento suyo, te aman, Señor, todas las cosas, deshaciéndose en tu servicio, ¿no será cosa lamentable é indignísimo que sólo el hombre esté tibio en tu amor y sea flojo en amarte, pues todas las cosas se consumen en su servicio, por incitar al hombre al amor de su Criador? ¿Amándote, Señor, todas las criaturas, cada una en su manera y según mejor puede, sólo yo, para cuyo servicio fueron todas hechas, tengo de vivir sin amarte? Y cuando ninguna de ellas te amara, amándote yo te amaban todas las cosas que criaste, pues el hombre es toda criatura; y así amando él ama toda criatura, y cuando él no ama todas son burladas de su fin. Si el rey sirve á uno, aquel á quien el rey sirve sirve todo el reino; y pues de este mundo visible es rey el hombre, á quien el hombre sirve todo el mundo sirve, y ama á quien el hombre ama. ¿Y qué mayor injuria se puede hacer al hombre que no ame á quien todo el mundo ama? ¿Para qué quieres, alma mía, andar perdida y vaga por estas cosas de fuera, queriendo tu Esposo Jesucristo recogerse en tus entrañas y hacer en tí lugar de paz y reposo? Ama á tu Dios y Señor: ofrécele lo íntimo de tu corazón; y pues Él por el amor infinito que te tuvo te dió su corazón, vida y entrañas, y porque mejor te supiese no te lo dió crudo, sino asado con fuego de amor sin medida que te tuvo, ofrece tú á este magnífico bienhechor todo lo interior de tí misma, amándole de corazón sobre todo lo amado.



## MEDITACION LVII

*Como Dios ha de ser amado con todas nuestras fuerzas*

Mándanos, Señor, que te amemos con todo nuestro corazón y con toda nuestra voluntad y con todas nuestras fuerzas. Bien sé que aquí tejen algunas cuestiones grandes, porque les parece que tanta perfección sea imposible á los caminantes, á los que están en esta vida, que amen á Dios de todo su corazón, de toda su alma y de toda su mente, lo cual es todo de los bienaventurados, cuya fuerza está toda absorta y se emplea en el amor de Dios. Mas nunca, Señor, tú permitas que digamos que mandas á tus criaturas cosas imposibles. ¿Pues qué diremos á esto? Ligeramente se desata esta cuestión, si se toma la intención del precepto, porque podemos amar de todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas, porque te ofrecemos todo nuestro corazón y no le dividimos mal, como lo hizo Caín, el cual, aunque ofreció bien, porque repartió mal, fué reprobado, como dice la Escritura. Así hay algunos que dividen su corazón, dando parte de él á Dios y parte al mundo y á los deleites, los cuales de tal manera quieren agradar á Dios y ser siervos suyos, y estar bien con Él y en su gracia, que no desagraden al mundo ni le contradigan. De tal manera desean las cosas celestiales, que también quieren las terrenas. Quieren los deleites del cielo, pero también los del suelo: contra los cuales dice el Apóstol Santiago: Adúlteros, ¿no sabéis por ventura que la amistad de este mundo es enemiga de Dios? Estos tales, porque no ofrecen el todo, no ofrecen nada, porque no acepta Dios la parte del corazón, ni tiene por bien el espíritu morar juntamente con la vanidad. Y de aquí les viene que porque no aman de todo



corazon son traspasadores de este precepto. De éstos dice un profeta: Partido es el corazon de ellos. No pueden estos escaparse de la muerte espiritual, porque la division del corazon es una muerte del alma; porque así como el cuerpo partido no vive, así tampoco puede vivir el alma dividida. No ames, pues, alma mía, sinó á solo Dios y por Dios; y de tal manera, que á solo tu Esposo Jesucristo des el peso del amor, de suerte que aún con lícitos amores no te has de derramar por las criaturas. Todo tu estudio sea darte á Dios y disponer á Él sólo morada limpia y desembarazada en tu alma. Transfórmense, Señor, y consúmanse en tí todos nuestros pensamientos, toda nuestra aficion, todo nuestro apetito y toda la virtud de nuestras almas, de manera que seas de nosotros amado con todas las fuerzas de mi alma. ¿Para qué, Dios nuestro, edificaré yo en mi alma heno, pajas podridas, tierra, ladrillos, adobes de Egipto, pudiendo edificar en ella piedras preciosas y esmaltadas de tu divino y puro amor, como estaban edificados los muros de la celestial Jerusalem, que vió San Juan? ¡Oh, dulzura de mi vida y Esposo de mi alma! ¿Por qué tengo yo de mezclar tu santo amor con el amor terreno y mundano? Te amaré, mi Dios, con todo mi corazon y con todas mis fuerzas y poderío; y de tal manera te amo y quiero, que á mí mismo no me quiero bien por ser mío, sinó por ser tuyo. El amor natural que cada cosa tiene á sí misma y á su propio sér y conservacion, así está trocado en tu amor santo que no quiere mi naturaleza, favorecida y ayudada de tu gracia, amar otra cosa en el cielo, ni en la tierra, sinó á tí solo, único bien mío, Redentor mío y centro de mi alma. ¡Oh, inmenso Dios y Señor nuestro! si para recibir aquel aceite que milagrosamente manaba en casa de la viuda que tenía tantas deudas, dió por aviso el profeta Eliseo que buscasse vasos vacíos, y ella lo hizo así, y pagó lo que debía y quedó rica, ¿cuánto más tú, Señor, que eres Profeta de los profetas, querrás que para recibir el aceite precioso de tu gracia estén nuestro co-



razon y potencias del alma vacías y limpias de todo amor propio y mundano? Querer ser amado de todo corazon y con todas nuestras fuerzas es mandarnos que no se ocupe nuestro corazon en amor contrario al divino amor y que te demos los vasos vacíos y limpios, sin heces de vil amor. Con tal y tan admirable aceite se pagan las deudas de nuestros pecados, y aún echamos en deuda á tí, Señor y Dios nuestro, á la cual deuda te quisiste obligar por ley que ordenaste. Si perdonaste á la Magdalena fué porque amó mucho, como lo dijiste á Simon Fariseo: Muchos pecados le son perdonados porque amó mucho. Ungió con precioso unguento tus santos piés. Tantas lágrimas derramó que con ellas regaba tus piés los cuales enjugaba con sus cabellos. Con haber hecho estos y otros santos ejercicios, llenos de humildad y devocion, solamente al amor atribuiste el perdon de sus pecados; y así no dijiste que le fueron perdonados porque lloró mucho, sinó porque amó mucho. El arrepentimiento y dolor de sus pecados y todas las lágrimas que derramó y buenas obras que hizo no perdonaran sus pecados si no amara. La contricion, que perdona los pecados, del amor de Dios procede. Con este santo amor tuvo aquella devota y generosa penitente con que pagar las deudas de sus pecados y aún tener á Dios por deudor; porque es tan grande tu bondad, Dios y Señor nuestro, que te quisiste hacer deudor de los que te aman. Volvió aquella santa mujer del todo en todo las espaldas al mundo: apartó su corazon del amor de la tierra y entrególe todo á tí; y porque te amó con todo su corazon y con todas sus fuerzas, le fueron perdonados todos sus pecados. Lo mismo acaeció á David, á quien perdonaste por el amor que tuvo, reprobando á Saul y echándole del reino.

Cuando mi corazon estuviere, Señor, de tu parte podré dar parte á lo demas, amándolo accesoriamente y sólo por tí y por amor de tí. Cuando el rey ha tomado un castillo y pone guardas y alcaide en él, no deja entrar sinó á quien está por



el rey, teniendo la puerta cerrada y guardada á los enemigos. Así, Señor, pusiste los sentidos por guardas de nuestro corazón, y no quieres que la razón, como alcaide de la fortaleza del corazón, á quien conviene discernir quién es de tu parte y quién del mundo, abra á nadie sin saber qué bando defiende. El amor de las criaturas, cuando es por tí, puede entrar en el corazón y avenirse con tu amor. Si llamare el amor de los bienes temporales, teniendo ellos respeto á Dios, podrá entrar; y en fin, á todo lo que está por Dios admite consigo el amor de Dios. Eres, Señor, celoso, y como el marido no consiente que ame su mujer á otro más que á él, así no consientes, siendo Esposo de mi alma, que ame ella á otro más que á tí, y por eso quieres que te ame de todo su corazón y con todas sus fuerzas. Tú eres el que dijiste á Moisés: Yo soy el Señor Dios tuyo, fuerte y celoso; y por el amor que nos tienes, cuando ves que amamos alguna cosa más que á tí, nos lo quitas, porque amemos á tí sólo; y si porfiamos nos dejas amar lo que queremos en pena de nuestra porfía. Así dices á tu pueblo por un profeta: Yo quitaré mi celo de tí. Ama lo que quisieres, y cuan desordenadamente quisieres; no me se da nada, porque ya no tengo celo de tí. Por amor de esto el profeta Isaías, viendo cuán desordenados andaban los hombres en el amor, maravillándose cómo lo sufrías, Señor, siendo tan celoso y conociéndote por tal, pregunta á tí mismo, diciendo: ¿A dónde está tu celo y tu fortaleza? ¿Qué es de aquellos celos que pones tú en tus almas, de los cuales dices por Ezequiel que pondrás tu celo en mí? Así también ahora dices que te amemos de todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas, y de manera que no reine otro amor en nuestras almas sinó el que á tu divina Majestad debemos. Sólo este amor ha de tener el alma que no quiere ser adúltera, amándote sobre todas las cosas y con aquellas fuerzas y poder grande que tiene el amor y efectos maravillosos que hace en el pecho donde se aposenta.



## MEDITACION LVIII

*De las grandes fuerzas del amor de Dios*

El amor, dice la Escritura, es fuerte como la muerte: más fuerte es que la muerte, pues vemos que entrando en el campo en desafío el amor y la muerte quedó por el amor el campo y alcanzó la victoria, como parece y se verifica en los santos mártires. Tanto pudo el amor encastillado en los pechos de aquellos invencibles caballeros de Jesucristo, que despreciaron los tormentos y no temieron la muerte, de la cual alcanzaron gloriosos trofeos, pues ántes quisieron morir que perder el amor que á su Dios tenían. Triunfó el amor de la muerte y alcanzó de él la victoria. ¿A quién se da la corona, sinó al vencedor? La Escritura dice que no será coronado sinó el que legítimamente peleare. ¿Por qué se da al mártir la corona, sino por la victoria? ¿Porqué la santa Iglesia celebra sus vencimientos y coronas, sinó por las victorias que alcanzaron de los tiranos y de sí mismos y de los tormentos y espantos de la muerte, y de esa misma muerte? Más pudo el amor que la muerte, pues á todos los males del mundo y á la misma muerte venció el amor con sus grandes fuerzas y poder, y al fin quedó por él la victoria. Armado de este divino amor, escarnece el Apóstol San Pablo de la muerte y de todos los males del mundo, diciendo: ¿Quién nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿Por ventura nos apartará la tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion ó el cuchillo? Estoy cierto que ni la muerte ni la vida nos podrá apartar de la caridad de Cristo. No teme San Pablo á la muerte, porque más poderoso es el amor que la muerte. ¿Qué vence la muerte? Vence á reyes, príncipes, emperadores y papas. Todo eso es nada,



pues el amor venció al Rey de los reyes y al Criador de esos príncipes, papas y emperadores. Éntrase por el cielo y halla al Hijo de Dios con toda su gloria y majestad, tan eterno y omnipotente como el Padre, tan bueno como él y de una misma naturaleza, y acometiendo contra él, el amor dió con él en el suelo, y de inmortal le hizo mortal y pasible y le hace hacer cosas que, mirando de la una parte que es Dios y de la otra lo que hacía como hombre, parecieron al mundo disparates las obras que le hizo hacer el amor. Y así dijo el Apóstol á los corintios: Nosotros predicamos á Jesucristo crucificado, escándalo á los judíos y locura y desatino á los gentiles. ¿Quién hizo esto? La fuerza y poderío del amor. Si se hizo Dios hombre y se puso en la cruz por el hombre, todo esto fué por amor, segun aquello que está escrito. Dios, que es rico en su misericordia, por la grande caridad con que nos amó estando muertos en pecados, nos dió vida en Cristo, por cuya gracia somos salvos. Venció el amor al invencible, y tuvo por bien de darse por vencido, no de otro, sinó de sí mismo, que por esencia es amor, á quien se rindió libremente, dándose por prisionero del gran capitan, que es el santo amor; cuya victoria es tan gloriosa, tan dulce y tan alegre, que quien es vencido queda con él el campo, y el que se da á partido al amor santo sale con el triunfo: y quien es herido y muere á manos del divino amor, este tal escapa con la vida. Pues si el amor vence al invencible y le sujeta á la muerte, y vence á la misma muerte; y si la vence es más fuerte que la muerte, ¿cómo no dice la Escritura que es más fuerte que la muerte, sinó fuerte como la muerte? Más fuerte es que la muerte; pero comparó al amor á lo que lo pudo comparar, y á todo lo más fuerte que pudo hallar. Aunque en la transfiguracion del Señor fué su rostro más claro que el sol y sus vestiduras más blancas que la nieve, dijo el evangelista que era su rostro resplandeciente y claro como el sol y sus vestidos como la nieve, porque no halló en las cosas que acá vemos cosa



más clara que el sol, ni cosa alguna más blanca que la nieve. Dió la similitud segun pudo, aunque no segun el amor lo merecía. No es más fuerte una cosa que sí misma; y pues el amor es muerte, dijo ser el amor fuerte como la muerte. Porque así como la muerte mata los sentidos exteriores del cuerpo, privándolos de todo apetito propio y natural, así el amor compele al amante á despreciar todos los deseos de la tierra. Mata el divino amor la codicia de la carne, el apetito sensitivo, la vida sensual y el hombre exterior, porque viva el interior á Jesucristo. Es el amor vida del alma y muerte de ella, segun sus dos porciones, superior é inferior, y parte intelectual racional y animal sensitiva, que da forma á nuestro cuerpo. Por lo cual el Apóstol San Pablo, estando tratando de las grandes fuerzas del amor, dijo á Dios, hablando de los efectos que hacía en nuestras almas: Porque por amor de tí somos mortificados todo el día. Mata el amor de Dios todo lo que es mundo, y así llamó el Apóstol muertos á los colosenses, diciendo: Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida con la de Cristo en Dios. ¡Oh, poderosa muerte, con la cual siendo el hombre muerto al mundo vive verdadera vida en Dios! ¡Oh, valerosas y poderosísimas las fuerzas del amor y muy más fuertes que las de la muerte! No osara la muerte acometer al Hijo de Dios, ni se atreviera á llegar á él, si del amor no fuera primero vencido. Si uno saliese al campo con otro, ¿no sería grande su fortaleza, si venciese al contrario, teniendo las manos atadas y sin armas y estando ya vencido? Sería de loar el ánimo de aquel que vence al contrario con sus propias armas, siendo libre, y así alcanzase de él la victoria. Así vence la muerte á los hombres vencidos, atados de piés y manos, y condenados á morir; porque, como dice el Apóstol, establecido está á los hombres morir una vez. Mas el amor santo deja libre al contrario, á nadie compele y queriendo el alma libremente es vencida del amor. Con sus armas deja al hombre, pues no le priva de los sentidos, y al



---

fin el santo amor sale con la victoria. Es tanto más fuerte que la muerte, que solo él bastó á vencer y matar la muerte. El amor quitó las fuerzas á la muerte en la cruz, y por verla tan desarmada y tan vencida del amor se atrevieron muchos hombres y delicadas doncellas contra ella, y con las armas del amor la vencieron. Encruelézcase el tirano, enciéndase el fuego, prevénganse los tormentos, agúcense los cuchillos, bramen las bestias para despedezar y tragar, tráiganse los peines de hierro para desentrañar, derrítase pez y resina, y todo lo más terrible y espantoso que se puede inventar, que todo lo sobrepuja y vence la gran fuerza del amor. A ningun tormento se sujeta el amor, á ningun daño obedece, á ningun detrimento se inclina; mas ántes ardiendo en aquellos pechos bienaventurados de los santos mártires el fuego del amor, cuanto más agua le echaban, pensando de matarle, tanto más le encendían. ¡Oh, poderoso fuego, y si le enviases, Señor, á mi alma, en cuán poco tendría las cosas, que ahora me dan pena! ¿Quién dió ánimo á Moises, para que con tan valeroso pecho se opusiese contra el soberbio y poderoso rey Faraon? ¿Quién hizo que tan duramente Elías reprendiese al rey Acab, y Eliseo á los tres reyes que iban á la guerra, sinó tu santo amor? ¿Quién hizo al príncipe de la Iglesia, San Pedro, y á los santos Apóstoles, siendo primero flacos, que con tan generoso y magnánimo corazón respondiesen en el concilio que convenía obedecer á Dios, y no á ellos, sinó el amor? Este es aquel amor santo que ninguna cosa teme, que todo lo pone debajo de sus piés y lo allana y desprecia. Todo lo puede y todo le es posible, y ninguna cosa se le hace dificultosa. Y finalmente, tanto poder tiene el amor, y tan grandes son sus fuerzas, que trae á Dios á la tierra y sube al hombre al cielo.

---



## MEDITACION LIX

*Como todos pueden amar á Dios*

¿Qué excusa podré yo tener en el día del juicio ante tu divino acatamiento, Dios mío y Señor mío, si no amare tanta bondad y clemencia? ¿Qué quieres de mí sinó amor? Despues de tantos y tan innumerables beneficios que me has hecho y haces cada hora, no pides otra cosa sinó amor. Por lo cual tu siervo Moises dijo al pueblo israelita: Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor Dios tuyo, sinó que temas á tu Dios y Señor, y andes en sus caminos, y le ames con todo tu corazon y con toda tu alma? Porque sabes, Señor, cuán prontos y prevenidos están los hombres para amarte, si quieren, mandas que te amen. ¿Quién podrá decir ni declarar con palabras cuán piadosa y misericordiosamente hayas hecho esto? Porque si en otra cualquier obra consistiera nuestra salud, muchos se pudieran excusar, muchos quedaran excluidos de la gloria, porque la obra con que la habían de alcanzar no les sería fácil, ó les sería imposible. Si quisieras que nos salváramos por las limosnas, no se salvaran los pobres, porque no tienen de qué hacer limosna. Si en los ayunos estuviera nuestra salud, no se salvaran los enfermos y flacos. Si en la doctrina y sabiduría, ¿qué hicieran los simples y que poco saben? Si en la virginitad, ¿en qué esperaran los casados? Y si en la pobreza, ¿qué hicieran los ricos? Y así de todas las otras cosas. Muchos se pudieran excusar, y así quedaran excluidos de la bienaventuranza. Mas del amor ¿quién se excusará? ¿Quién legítimamente será excluido? Todos te pueden amar, Señor: á sabios y no sabios, á ricos y pobres, á chicos y á grandes, á mozos y á viejos, á hombres y á mujeres, y á todo estado y á toda edad es



comun el amor. Ninguno es flaco, ninguno es pobre y ninguno es viejo para amar. Como quieres, clementísimo Señor, la gloria para todos, así la pusiste en precio que todos la pueden comprar. Si dijere alguno que no puede ayunar ó que no puede dar limosna, ó que no puede ir á misa, le creeremos. Pero ¿podrá decir alguno que no puede amar? Esto es imposible. Muchos están en el cielo, que no ayunaron, ni dieron limosnas, ni anduvieron romerías, porque no tuvieron facultad para hacer estas cosas; pero ninguno está allá que á Dios no amase. Justamente se podrá uno excusar de hacer estas cosas; pero poner excusa el que no ama no es posible. Para todos está pronto el amor; y en todo lugar, en toda hora y en todo tiempo puedes amar. Ora comas, ora bebas, ora andes, ora estés sentado, ora trabajes y ora descanses, como quiera que te hayas y donde quiera que vuelvas, si quisieres, puedes amar. Ninguna cosa nos puede impedir el amor, porque el amor es nuestro y ninguno nos le puede robar ni tomar. Testigos son de esto los santos mártires, á los cuales bien pudieron los tiranos quitar la vida, mas no el amor, y de muy buen grado dieron la vida por no dar el amor; porque el amor más es que la vida. Pues así tú, Dios nuestro, como piísimo Señor, rectísimo y sapientísimo Gobernador de este mundo, criaste á todos para la vida, y así deseas la salud de todos, que á ninguno cierras el camino para alcanzarla; y por eso, aunque en estos bienes temporales y transitorios nos hiciste desiguales, haciendo á unos ricos y á otros pobres, ni estas cosas nos das como las pedimos ni como las deseamos; pero en los legítimos y verdaderos bienes, que convienen á la salud eterna, á ninguno hiciste pobre, mas á todos diste poderío igual para que de ellos se enriqueciesen cuanto quisiesen y quien quisiese, y por su albedrío se hiciese cada uno tan rico y tan grande cuanto se dispusiere á la gracia. Estos bienes, que los hombres de este mundo tanto engrandecen y aman, en poco los tienes tú, mi Dios, y en tu casa son reputados como salvados y cosa de poca



estimacion. Mas los que son verdaderos y estables bienes, resérvaslos para el albedrío de cada uno; y de manera que quien quiera que los quisiere no sea privado de ellos. En lo uno y en lo otro te muestras, Dios mío, ser piadoso; en lo uno y en lo otro justo y santo, para que se cierre toda boca, y toda maldad no tenga que hablar y no tenga razonable ni justa queja contra tí, por muy grande que sea la malicia. De todos estos tus bienes el amor tiene la cumbre; ni hay cosa en tu casa más preciosa que tu santo amor, ni más prestante. Cuando en el desierto enviaste maná del cielo á tu pueblo israelita, unos cogían más y otros ménos, pero á ninguno sobraba ni faltaba; y cada uno tenía la parte que había menester para su necesidad. Así, Señor y Dios nuestro, das tu santo amor á cada uno de nosotros, segun la disposicion y méritos de cada uno, sin aceptacion de personas. Prevenido está el Padre de familias para enviar á todos á su Viña, y no negará el dinero de la bienaventuranza á los que en ella trabajaren; pues el Príncipe de la Iglesia afirma que no es aceptador de personas; á todos llama á las bodas y á ninguno niega su santo amor, si él por su malicia y rebeldía no cierra las manos y no quiere recibirle y se hace indigno de él. ¿A quién no convidas con tu santo amor? ¿A quién desechaste, y quién lo pidió que lo negases? Tú eres el que dices: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé. Venid y comprad, oh almas cristianas, sin plata y sin algun interes, vino y leche. ¿Por qué colgáis plata, y no en panes, y vuestro trabajo, y no en hartura? Oidme y comed el bien y se deleitará vuestra alma en grosura. Venid á mí y vivirá vuestra vida. ¿Por qué anda mi alma sedienta por la sequedad y esterilidad del mundo, y deja á tí, Dios mío y todo mi bien, donde están acumulados todos los bienes que yo puedo desear? A todos te manifiestas, Señor, á todos te muestras, y extiendes las alas de tu clemencia sobre buenos y malos y convidas con tu santo amor á los justos y á los pecadores. Ninguno tiene excusa ante tu divino acatamien-



---

to, si no te ama; y en el juicio universal callará toda criatura delante de la rectitud de tu justicia. Todos podemos amarte, y cuando no te amamos es por nuestra culpa, pues ninguna excusa suficiente ni bastante podemos dar cuando no fueres amado de nosotros. Aunque ahora, por mucho que nos esforcemos, parte amamos y parte deseamos, ni se puede cumplir por entero el mandamiento del santo amor. Cuando nos es mandado que te amemos de todo nuestro corazón y de toda nuestra mente y alma, porque el cuerpo que se corrompe carga y agrava el alma, y los sentidos del hombre con su peso se encorvan é inclinan á estas cosas inferiores, no puede todo ocuparse en lo que quería y trabaja en derramar al alma por muchas cosas. Y por unos resquicios secretos, que apenas podemos entender, salida de sí, anda vanamente vagueando, cercando y pensando en circuito muchas cosas de este mundo. Y así mal dividida, no se puede asir ni encadenar de aquel sumo Bien del todo, como sería razón y á ella sería conveniente. Mas vendrá tiempo, oh, alma mía, en el cual todos estos movimientos de tu corazón cesarán, y toda mutación de tus vanos pensamientos se amansarán, y callarán todas las cosas y te alegrarás; porque alcanzarás estabilidad del ánimo, abundarás y te maravillarás, y se ensanchará tu corazón, donde estará fijo y estable, sin jamás mudarse. Entónces serás abrasada como un carbon muy encendido; y así encendida, y toda abrasada del amor, serás toda transformada en tu Dios; y llegándote toda á Él, como está escrito, serás hecha un espíritu con Él, cuyo fuego dice Isaías que es en Sion y horno en Jerusalem. Aquí en Sion hay fuego que humea, y allí en Jerusalem horno encendido. Horno verdaderamente, en el cual los vasos de los celestiales espíritus son alumbrados con aquel ardentísimo y potentísimo fuego divino, que son unidos y transformados en tí, mi Dios, para gustar de aquel perpetuo é inaccesible ímpetu de gloria que nunca faltas.

---



## MEDITACION LX

*Que no podemos pagar á Dios sinó con amor*

¿Qué recompensa puedo hacer á tí, mi Criador, mi Redentor, mi Gobernador, mi Juez y mi Galardonador? Estos cinco acreedores muy grandes y muy estrechos tengo, y no sé á cuál de ellos primero pague. Al Criador debo la vida, porque de Él la recibí de gracia; al Redentor debo la misma vida, porque Él puso la suya por la mía en la cruz; á mi Gobernador, que me apacienta desde mi juventud de balde, y con tantos regalos, y tan diversos, y en tan diversas maneras, tambien confieso que le debo mi vida, la cual poseo por su beneficio; mas ni áun á mi Juez puedo yo satisfacer en todo el tiempo de mi vida. Pues ¿qué daré á tan magnífico premiadador? ¿Por ventura, aunque en tanto que viviere le sea obedientísimo y sufriere por Él todas las cosas terribles y ásperas, se igualará mi obra con el jornal que me tienes prevenido? No son condignas las pasiones de este tiempo, para merecer por ellas la gloria advenidera, que se manifestará á nosotros. Todas estas cosas debo á mí mismo, y no sé á quién me dé primero. De diez mil talentos, segun la parábola evangélica, soy deudor, y yo necesitado y pobre, y cada día suena en mis oidos aquella terrible y espantosa voz del Evangelio, que dice: Dame cuenta de tu mayordomía. ¿Qué haré? ¿A dónde iré, pues aunque me venda no podré satisfacer uno por mil? Sale tambien al encuentro á la solícita congoja mía el profeta Michéas, diciendo: ¿Qué cosa digna ofreceré al Señor? ¿Por ventura le ofreceré sacrificio y becerro de un año? ¿Por ventura se podrá aplacar el Señor en millares de carneros, con muchos millares de cabrones gruesos? ¿Por ventura daré mi



primogénito por mi maldad y el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? No por cierto, no más que mostrarte, oh hombre, lo que sea bueno y lo que el Señor busca y quiere de tí. Quiere por cierto que hagas juicio y ames misericordia, y que andes solícito con tu Dios. Solícito en que no le ofendas y solícito en buscar su voluntad. Solícito para que en todas las cosas y por todas las cosas le agrades. Esta solicitud y cuidado es, Señor, del que te ama, y no del que te teme; del que ama á tu divina Majestad, y no del que teme el tormento. Da, pues, alma mía, al Señor esta solicitud y cuidado, y suelta eres de la deuda. Ama, y todo lo has pagado. Solamente este tributo del amor por todas tus deudas te demanda el Altísimo. Aunque te mandara entrar en hornos de fuego encendidos y morir cruelmente, no pagabas lo que debías, cuanto más, que este Señor, que no quiere la muerte del pecador, sinó que viva, no manda que te mates, sinó que ames, y con el tributo y estipendio del amor se da por pagado. ¿Por qué no pagas á tu Hacedor y Redentor este tan suave y jocundo tributo del amor? ¿Por qué, pues, no amas, alma mía, á quien tanto debes? Las bestias reconocen á su bienhechor, y sola la criatura racional tira coces contra el aguijon, y sólo el hombre es el que alza la obediencia á su Dios y niega el amor que debe á quien tanto le amó, que no dudó de ponerse en el tormento de la cruz por mostrar el grande amor que le tenía. ¡Oh, vergüenza grande! ¡oh, lamentable desventura, no conocer á quien tanto debe y no amar á quien tanto merece ser amado! Sólo el hombre, entre todos los brutos, se embravece con los beneficios que de tu largueza recibe. ¡Oh! ¡cuán justamente te quejas de esto, Señor Dios nuestro, diciendo por un profeta: Conoció el buey á su poseedor y la bestia el pesebre de su señor, é Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió! ¡Oh, hombre! pregunta á los brutos irracionales, que ellos te enseñaran; sé discípulo de las bestias tú que fuiste criado señor de ellas. Ellas te enseñarán qué gratitud, qué benevo-



lencia y qué amor eres obligado á dar á Aquel de quien tantos bienes recibes. Ten vergüenza, miserable, á aprender á ser grato en la escuela de las bestias y de que ellas te venzan en virtud, á las cuales tú vences en razon y entendimiento. Mandaste, Señor, á los leones hambrientos que no tocasen al profeta Daniel, y te obedecieron, y que la ballena guardase á Jonas, y cumplió tu mandamiento. Mandaste á los cuervos que administrasen carnes al profeta Elías, y sirvieron al santo con mucha diligencia; y no sólo las criaturas que tienen sentimiento te obedecen, mas áun tambien las insensibles, sirviendo todo lo que pueden, y dan á su Dios y Criador todo lo que las pide, aunque la tengan de su naturaleza. Hirió tu siervo Moises con la vara en la piedra, y de su dureza dió luégo contra su natural abundancia de aguas blandas y corrientes. Sólo el hombre niega á tí, mi Dios, lo que le pides, y pidiéndole, no lo que no tiene, sinó lo que tiene, que es su amor y voluntad; y pudiendo dar lo que quieres con mucha facilidad y con honra suya, no quiere condescender con tu peticion. Más duro eres que piedra ¡oh, corazon mío! pues no das tu amor á Dios, dando aguas abundantes la piedra dura. Sólo el amor te hace andar con Dios á las parejas, y en sólo esto le puedes pagar en la misma moneda. Sólo con amor quieres, Dios nuestro, que te pagemos. Si me riges, no quieres que yo te gobierne ni rija; si me reprendes, no quieres que yo te reprenda; si me castigas, no quieres que yo te castigue, sinó que te sufra; y si me juzgas, no tengo yo de juzgarte, sinó obedecerte; pero si me amas quieres que yo te ame. Me amas, Señor, porque quieres ser amado de mí, y no amas por otra cosa, sinó por ser amado de nosotros. Porque sabes que amándote seremos bienaventurados, quieres que te amemos. Lo que se da por amor no se puede mejor ni más convenientemente recompensar sinó con amor. Sólo el acto y obra de la voluntad puedo yo dar á tí, mi Dios, y entre estas obras de la voluntad el amor tiene el lugar primero. Siendo tú, Señor, inmenso



---

Dios y sumo bien, no te desdeñas de poner tu amor en un vil gusanillo de la tierra. Y sobre todo, despues de tantas causas que hay para que yo te ame, me pones precepto de amor, como si fuese tan duro que tengo necesidad de tal mandamiento. Bendígante los ángeles, lóente para siempre jamas arcángeles y serafines, y alábente sin fin todas las jerarquías celestiales, pues despues de verme tan obligado con tan innumerables dones y soberanos beneficios, no me pides otro tributo sinó amor, ni quieres de mí sinó solamente que te ame; gracias te doy sin cuento, Dios mío, por la merced que me haces en querer ser pagado con tan suave y deleitable servicio, tan jocundo y fácil de cumplir, que ántes sufriré todas las penas y tormentos del infierno que dejarte de amar.

---



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
Meditacion primera.—Como todo lo criado nos convida al amor de Dios. . . . .	5
Meditacion II.—Como las criaturas nos envían al divino amor. . . . .	8
Meditacion III.—Como Dios ha de ser amado por sí mismo. . . . .	11
Meditacion IV.—Que Dios ha de ser amado, por ser sumamente bueno. . . . .	15
Meditacion V.—Que Dios ha de ser amado, por ser sumamente hermoso. . . . .	19
Meditacion VI.—Cómo ha de ser Dios amado. . . . .	22
Meditacion VII.—Como Dios solamente ha de ser amado. . . . .	26
Meditacion VIII.—Como Dios ha de ser amado, por ser centro de nuestra alma. . . . .	30
Meditacion IX.—Como el amor nos lleva á Dios, como á nuestro centro. . . . .	34
Meditacion X.—Como el alma no se quieta sinó en Dios, como en su centro. . . . .	38
Meditacion XI.—Como hemos de amar á Dios, porque nos ama. . . . .	42
Meditacion XII.—Como hemos de amar á Dios, porque nos amó primero. . . . .	46



	<u>Págs.</u>
Meditacion XIII.—Como el amor que Dios nos tiene es eterno y tan antiguo como Él. . . . .	50
Meditacion XIV.—De dónde nace el amor que Cristo nos tiene. . . . .	54
Meditacion XV.— Del origen y causa del amor de Jesucristo. . . . .	58
Meditacion XVI.—Que este amor de Cristo es sin término. . . . .	62
Meditacion XVII.—De la muestra de amor que el Salvador nos dió en su muerte. . . . .	65
Meditacion XVIII.—Como la cruz de Cristo enciende nuestras almas en amor. . . . .	68
Meditacion XIX.—Como Dios ha de ser amado, por ser nuestro bienhechor. . . . .	72
Meditacion XX.—Que Dios ha de ser amado por los beneficios que nos hace. . . . .	76
Meditacion XXI.—Que Dios ha de ser amado, por ser holganza nuestra. . . . .	80
Meditacion XXII.—Del beneficio que nos hizo Dios en darnos á su Hijo. . . . .	83
Meditacion XXIII.—Del amor que Dios nos tuvo dándonos á su Hijo. . . . .	87
Meditacion XXIV.—Cuán grande fué el amor de Dios, dándose á sí mismo. . . . .	91
Meditacion XXV.—De la excelencia del divino amor. . . . .	95
Meditacion XXVI.—Del beneficio de la encarnacion. . . . .	99
Meditacion XXVII.—Del beneficio de la redencion. . . . .	103
Meditacion XXVIII.—Del amor de la redencion. . . . .	107
Meditacion XXIX.—Del amor con que Cristo se ofreció para nuestra redencion. . . . .	111
Meditacion XXX.—Del amor de Dios en dárseos en manjar. . . . .	115
Meditacion XXXI.—Como Dios en el Sacramento del altar satisfizo al amor que nos tenía. . . . .	119
Meditacion XXXII.—Como mostró Dios su amor en el tiempo que instituyó este sacramento. . . . .	123



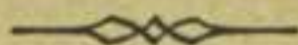
	<u>Págs</u>
Meditacion XXXIII.—Del amor y disposicion con que se ha de recibir este sacramento. . . . .	128
Meditacion XXXIV.—Del beneficio de la creacion. . .	133
Meditacion XXXV.—Del beneficio de la conservacion.	137
Meditacion XXXVI.—Del beneficio dado á nuestro cuerpo. . . . .	140
Meditacion XXXVII.—De los bienes de naturaleza dados á nuestra alma. . . . .	145
Meditacion XXXVIII.—De los bienes de gracia dados á nuestra alma. . . . .	149
Meditacion XXXIX.—Del bien de esta divina gracia y amor. . . . .	153
Meditacion XL.—De los males de que Dios nos libró. .	157
Meditacion XLI.—De los bienes á nosotros prometidos.	162
Meditacion XLII.—Como el fundamento de todos los beneficios de Dios es el amor. . . . .	166
Meditacion XLIII.—Del mandamiento del amor de Dios.	170
Meditacion XLIV.—Que manda Dios que le amemos por enriquecernos. . . . .	175
Meditacion XLV.—Que manda Dios que le amemos, porque vivamos. . . . .	180
Meditacion XLVI.—Como el amor de Dios es vida de nuestra alma. . . . .	185
Meditacion XLVII.—Que manda Dios que le amemos por darnos vida descansada. . . . .	189
Meditacion XLVIII.—Como el amor de Dios hace suaves todas las cosas. . . . .	193
Meditacion XLIX.—Que manda Dios que le amemos por honrarnos. . . . .	197
Meditacion L.—Cómo se entiende el mandamiento del amor de Dios. . . . .	201
Meditacion LI.—Como el mandamiento del amor de Dios es el grande y primer mandamiento. . . . .	205
Meditacion LII.—Como Dios ha de ser amado por ser Señor. . . . .	209
Meditacion LIII.—Como Dios ha de ser amado por ser	



	<u>Págs.</u>
Dios. . . . .	213
Meditacion LIV.—Como Dios ha de ser amado por ser nuestro. . . . .	217
Meditacion LV.—Como Dios ha de ser amado de todo nuestro corazon. . . . .	221
Meditacion LVI.—Como pide Dios lo interior de nuestra alma. . . . .	225
Meditacion LVII.—Como Dios ha de ser amado con todas nuestras fuerzas. . . . .	229
Meditacion LVIII.—De las grandes fuerzas del amor de Dios. . . . .	233
Meditacion LIX.—Como todos pueden amar á Dios. . . . .	237
Meditacion LX.—Que no podemos pagar á Dios sinó con amor. . . . .	241



## FE DE ERRATAS



PÁG.	LÍN.	SE LEE.	DEBE LEERSE.
78	26	pasa	pase
81	4	Nos	No
105	18	recataste	rescataste
155	29	nombre	hombre











